

ANTOLOGÍA PARCIAL E INCOMPLETA DEL REALISMO Y DEL NATURALISMO LITERARIOS

José Antonio Hernández Guerrero



BIBLIOTECA VIRTUAL
MIGUEL DE CERVANTES
www.cervantesvirtual.com

Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes
Alicante, 2023

HERNÁNDEZ GUERRERO, José Antonio
Antología parcial e incompleta del Realismo y del Naturalismo Literarios
Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2023, 196 pp.
ISBN: 978-84-1143-967-1

Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2023.
Este libro está sujeto a una licencia de «Atribución-NoComercial 4.0
Internacional (CC BY-NC 4.0)» de Creative Commons.



© 2023, José Antonio Hernández Guerrero
Algunos derechos reservados
ISBN: 978-84-1143-967-1

Portada: Selección de ediciones antiguas de libros de la literatura clásica, fotografía de José Antonio Hernández Guerrero.

ÍNDICE

	Págs.
REALISMO LITERARIO	7
Características generales del Realismo literario	7
FRANCIA	9
El Realismo francés	9
El Naturalismo literario	9
Henri Beyle «Stendhal» (1783-1842)	10
<i>Le Rouge et le Noir</i>	10
<i>El Rojo y el Negro</i>	12
Honoré de Balzac (1799-1850)	15
<i>Illusions perdues</i>	15
<i>Las ilusiones perdidas</i>	19
<i>Le père Goriot</i> (1834)	22
<i>Papá Goriot</i> (1834)	26
Gustave Flaubert (1821-1880)	33
<i>Madame Bovary</i>	33
<i>Madame Bovary</i>	39
<i>L'éducation sentimentale</i>	44
<i>La educación sentimental</i>	51
Émile Zola (1840-1902)	57
<i>L'Assommoir</i>	57
<i>La Taberna</i>	60
INGLATERRA	64
Charles Dickens (1812-1870)	64
<i>Oliver Twist</i>	64
<i>Oliver Twist</i>	67
<i>A Christmas Carol</i>	69
<i>Cuento de Navidad</i>	72
Anthony Trollope (1815-1882)	76
<i>The Way We Live Now</i> (1875)	76
<i>El mundo que vivimos</i> (1875)	82
<i>Doctor Thorne</i>	87
<i>Doctor Thorne</i>	91

NORTEAMÉRICA	94
Mark Twain (1835-1910)	94
<i>The Adventures of Tom Sawyer</i>	94
<i>Las aventuras de Tom Sawyer</i>	97
RUSIA	100
Fiódor Dostoievski (1821-1881)	100
<i>Преступление и наказание</i>	101
<i>Crimen y castigo</i>	106
ESPAÑA	111
Benito Pérez Galdós (1843-1920)	111
<i>Doña Perfecta</i>	111
<i>Episodios Nacionales. Cádiz</i>	113
Leopoldo Alas «Clarín» (1852-1901)	116
<i>La Regenta</i>	116
Juan Valera (1824-1905)	133
<i>Pepita Jiménez</i>	133
Emilia Pardo Bazán (1851-1921)	140
<i>Un viaje de novios</i>	140
José María de Pereda (1833-1906)	145
<i>Peñas arriba</i>	145
Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891)	151
<i>El sombrero de tres picos</i>	151
Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928)	153
<i>Cañas y barro</i> (1902)	153
LATINOAMÉRICA	160
CHILE	160
Alberto Blest Gana (1830-1920)	160
<i>El loco Estero</i>	161
CUBA	164
Cirilo Villaverde de la Paz (1812-1894)	164
<i>Cecilia Valdés</i>	164
ARGENTINA	170
Eugenio Cambaceres (1843-1889)	170
<i>En la sangre</i> (1887)	170

MÉXICO	172
Emilio Rabasa (1856-1930)	172
<i>La bola</i>	172
PORTUGAL	175
Eça de Queirós (1845-1900)	175
<i>O Crime do Padre Amaro</i>	175
<i>El crimen del padre Amaro</i>	180
ALEMANIA	185
Theodor Fontane (1819-1898)	185
<i>Effi Briest</i> (1896)	185
<i>Effi Briest</i> (1896)	190
BIBLIOGRAFÍA	195

NOTA PRE VIA

Las antologías –colecciones de fragmentos de obras elegidas según el criterio de su autor– son parciales y personales. Podemos decir que, por definición, son incompletas y subjetivas. Soy consciente, por lo tanto, de que el título de esta selección es redundante, pero he decidido emplearlo para enfatizar mi invitación explícita a los lectores para que cada uno elabore su repertorio propio añadiendo o suprimiendo los textos que, a su juicio, sean los más adecuados e importantes.

Espero que la atenta lectura y el examen crítico de estos trozos, además de estimular la búsqueda de otras obras, sirvan también como referentes para elaborar composiciones propias y para realizar ejercicios prácticos de Literatura Comparada, el estudio que va más allá de las fronteras de un autor, de una lengua, de un país y de una época, e, incluso, que relaciona los textos escritos con otras manifestaciones artísticas¹.

Estoy de acuerdo con los autores que defienden la necesidad de elaborar una «teoría de la literatura» –de la lectura y de la escritura– sobre la base de la comparación de textos realmente universales de cualquier época, de cualquier género y de cualquier estilo. La lectura crítica y el análisis «comparado» de estos textos podrán servir para identificar sus similitudes y sus diferencias, y para, en otras palabras, identificar la «intertextualidad»², un fenómeno tan antiguo como son las obras literarias y las creaciones artísticas.

Crear e inventar inspirándonos en modelos es una práctica habitual en todas las actividades humanas como podemos comprobar, por ejemplo, en la gastronomía, en la moda o en el diseño de vehículos. No exageramos cuando afirmamos que, en todas las creaciones humanas, siempre encontramos huellas de obras anteriores o de otras coetáneas de diferentes géneros.

Los críticos artísticos desde siempre se han referido a rasgos de estilo, de época, de escuela o de generación. Y siempre han descrito las fuentes, las influencias, los préstamos literarios o los plagios artísticos. Los autores del pasado acudían a sus modelos clásicos y a sus «fuentes» porque se sentían inmersos en el fluir de la Historia, se hacían eco de textos ajenos y tenían conciencia de la permanente validez de la cultura clásica.

¹ Cf., Remak, H. H., 1971, «La Literatura Comparada: definición y función», en Vega, M. J., y Carbonell, N., 1998, *La Literatura Comparada. Principios y Métodos*, Madrid, Gredos: 89. Gil-Albarellos Pérez-Pedrero, 2006, *Introducción a la Literatura Comparada*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad. Marino, A., 1988, *Comparatisme et théorie de la littérature*, Paris, PUF. Brunel, P., Pichois, Cl., Rousseau, A.-M., 1983, *Qu'est-ce que la Littérature Comparée?*, Paris, Armand Colin. Angenot, M., Bessière, J., Fokkema, Kushner, E., 1989, Paris, PUF.

² La palabra «intertextualidad» deriva, según Julia Kristeva, de la teoría de Mijaíl Bajtín, para quien el hombre es un ser dialógico, inconcebible sin el otro. Cf., «Bajtín, la palabra, el diálogo y la novela» en la revista *Critique*, Paris, 1967.

La «dialogía», uno de los conceptos fundamentales de Bajtín, es la base de la intertextualidad porque establece la relación de voces propias y ajenas, individuales y colectivas. Se concibe la palabra como asunción de la palabra «ajena», de la voz del otro. Se opone a la voz monológica, normativa, autoritaria.

REALISMO LITERARIO

El Realismo literario es un movimiento generado durante el siglo XIX que, en oposición al idealismo romántico, pretende representar y analizar la realidad de una manera objetiva y crítica. A partir de la observación de los episodios reales los textos relatan, a veces detalladamente, los comportamientos humanos situándolos en sus espacios y en sus tiempos reales³. Aunque la novela fue el género más difundido, se escribieron también cuentos, obras dramáticas y poemas líricos utilizando un lenguaje directo referido a asuntos de la realidad concreta.

El origen del Realismo literario se sitúa hacia mediados del siglo XIX en Francia⁴ y, desde allí, se extendió a Inglaterra, Estados Unidos, Rusia, España y Portugal⁵. Según la mayoría de los historiadores fue la consecuencia del triunfo de la revolución industrial, de la aparición del proletariado, de la división de la burguesía, del desarrollo de la prensa y de la concurrencia de nuevas teorías sociales e ideologías (nacionalismo, liberalismo, socialismo, positivismo, marxismo, etc.).

La aparición de la prensa en el siglo XIX, favorecida por la alfabetización de la sociedad, proporcionó a las novelas realistas una amplia difusión. Divulgadas inicialmente por capítulos, fueron bien acogidas sobre todo las que trataban los asuntos sociales y se referían a los comportamientos ciudadanos.

Características generales del Realismo literario

El Realismo literario se caracterizó fundamentalmente por su compromiso social, por la representación detallada de la realidad y por su claridad expresiva. En sus narraciones de los problemas sociales manifiestan, a veces, tanto sus raíces éticas como sus consecuencias políticas. El novelista, movido por la responsabilidad de denunciar las injusticias sociales, narra los hechos de la manera más detallada posible sin excluir los datos desagradables, aunque cuidando las formas de expresarlos. A veces, con la intención de ofrecer una mayor verosimilitud, emplea el lenguaje técnico.

³ Nora Catelli se refiere a la función de la novela en la historia y en el devenir social de la siguiente manera: «En realidad lo que hacen tanto las grandes novelas realistas como los folletines que empezaron a hacerse populares a principios del siglo XIX es incluir una dimensión de la vida individual –de cualquier vida individual, por más miserable o anónima que sea– y propinarle una trayectoria indisoluble ligada a la historia. La noción de que las vidas individuales (no las castas) están vinculadas al devenir histórico como tal es característica del siglo XIX». (En *La literatura admirable*, dir. Jordi Llovet, *Pasado y Presente*, 2018: 400).

⁴ La novela más «clásica» en la historia de la literatura universal es la que se escribe, aproximadamente, desde alrededor de 1830 hasta la última década del siglo XIX, y, sobre todo, en Francia y especialmente Balzac. Martín de Riquer y José María Valverde, 1994: 337.

⁵ En Alemania y en Italia no se escribieron novelas propiamente realistas.

El propósito de generar la credibilidad de los lectores determina que, en la mayoría de los textos, predomine el uso del narrador omnisciente que, como es sabido, conoce mejor que los mismos personajes las razones de los comportamientos porque posee el poder de penetrar en el interior de sus consciencias. A veces, para transmitir la sensación de objetividad e independencia, no solo narra los hechos, sino que también los analiza y los juzga.

Los escritores realistas optan por el uso del lenguaje directo y prefieren describir los objetos de manera clara y objetiva, aunque, a veces, se extienden en detalles explicativos y en descripciones pormenorizadas, y suelen evitar la ambigüedad discursiva.

La gran mayoría de los personajes son ciudadanos comunes pertenecientes a la clase media y a los sectores populares. Cuando aparecen ciudadanos de la nobleza no suelen ser los protagonistas y dejan de ser centrales, y, por supuesto, no están presentes los seres mitológicos o legendarios. La mayoría de los asuntos tratados son las transformaciones sociales, la pobreza y la exclusión, las tensiones entre la aristocracia y la burguesía, la ambición y el ascenso social y la crisis de las instituciones sociales como, por ejemplo, el matrimonio, el adulterio, el divorcio o el papel social de la mujer, etc.

FRANCIA

El Realismo francés

Durante la primera mitad del siglo XIX empiezan a aparecer en Francia las primeras obras realistas, unos relatos que, frente a la valoración romántica del culto a los sentimientos, a la subjetividad y a la idealización de los personajes de las gestas históricas, retratan los asuntos cotidianos de una forma cercana, vivencial y minuciosa mediante descripciones detalladas de los comportamientos de personajes normales y, en apariencias, insignificantes. El realismo estético coincide con los momentos hegemónicos del protagonismo de la burguesía, con el auge de las actividades mercantiles y financieras, sobre todo, con el positivismo filosófico. En 1826, *Le Mercure Français* define el realismo como la doctrina literaria que postula la imitación, no de las obras maestras y clásicas, sino de los originales que ofrece la naturaleza, y aventura que ese será el carácter peculiar de la literatura del siglo XIX⁶.

El Naturalismo literario

El Naturalismo es un movimiento artístico, sobre todo literario, emparentado con el Realismo. Pretende reproducir la realidad con una objetividad documental en todos sus aspectos, tanto en los más sublimes como los más vulgares, desagradables o sórdidos. Se diferencia del realismo en que muestra la realidad circundante, pero sin hacer juicio moral sobre ella. Algunos de sus grandes exponentes fueron Émile Zola y Guy de Maupassant. Su máximo representante, teorizador e impulsor fue el escritor Émile Zola (1840-1902), quien expuso sus fundamentos teóricos en el prólogo a su novela *Thérèse Raquin* (1867) y, sobre todo, en su ensayo *Le roman expérimental* (1880). También destacó René Albert Guy de Maupassant (1850-1893) que escribió cuentos, seis novelas y crónicas periodísticas.

Desde Francia, en 1870, el Naturalismo se extendió a toda Europa durante los veinte años siguientes adaptándose a las distintas literaturas nacionales. Presenta a un ser humano que, sin las trabas del libre albedrío, está determinado por la herencia genética y por el medio en que vive (determinismo). En él influyen el positivismo de Auguste Comte (1798-1857), que no valora lo que no puede ser objeto de experiencia y de método científico, el evolucionismo natural de Charles Darwin (1809-1882), el darwinismo social de Herbert Spencer (1820-1903), el materialismo histórico de Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895)⁷.

⁶ Cf. Riquer y Valverde, 1994: 377.

⁷ También experimenta el influjo de las Ciencias Naturales y, sobre todo, de la Medicina y la reciente ciencia de la genética: el austriaco Gregor Johann Mendel (1822-1902) había formulado las leyes fisiológicas de la herencia que condicionan al ser humano en 1865. Así, el crítico francés Hipólito Taine

Henri Beyle «Stendhal» (1783-1842)

Abiertamente republicano y agnóstico, Henri Beyle «Stendhal» trabajó en el ministerio de Guerra y, acompañando como ayudante del general Michaud, viajó a Italia, país que adoptó como su patria de elección. Tras abandonar el ejército, sus asiduas visitas a los salones y a los teatros parisienses, se inició en el cultivo de la literatura.

Publicó sus primeros libros de crítica de arte bajo el seudónimo de L. A. C. Bombet, y en 1817, apareció *Roma, Nápoles y Florencia*, un ensayo en el que mezcla la crítica con recuerdos personales, y utiliza por primera vez el seudónimo de Stendhal. Tras regresar a París, cuando terminó la persecución de los partidarios de Napoleón, en 1822 publicó *Sobre el amor*, un ensayo basado en sus propias experiencias.

Tras nuevos viajes al Reino Unido e Italia redactó su primera novela, *Armancia*, y, en 1830 apareció su primera obra maestra *Le Rouge et le Noir (Rojo y negro)*, una crónica analítica de la sociedad francesa durante la Restauración en la que dibuja las ambiciones de su época y las contradicciones de la emergente sociedad de clases, destacando sobre todo el análisis psicológico de los personajes y el estilo directo y objetivo de la narración⁸.

Le Rouge et le Noir

Chronique du XIXe siècle by Stendhal (Marie-Henri Beyle)

Volume premier
La vérité, l'âpre vérité Danton

Chapitre premier
Une petite ville

*Put thousands together Less bad,
But the cage less gay.*

Hobbes

La petite ville de Verrières peut passer pour l'une des plus jolies de la Franche-Comté. Ses maisons blanches avec leurs toits pointus de tuiles rouges s'étendent sur la pente d'une colline, dont des touffes de vigoureux châtaigniers marquent les moindres sinuosités. Le Doubs coule à

(1828-1893) afirmaba que «la virtud y el vicio son productos como el vitriolo y el azúcar». Junto a este materialismo, influyeron poderosamente en Zola los principios incluidos en *La Médecine expérimentale* (1869) de Claude Bernard (1813-1878). Zola consideraba que «el novelista está formado por un observador y un experimentador» que perciben los síntomas de enfermedad de la sociedad.

⁸ Fernández, T. y Tamaro, E., 2004. «Biografía de Stendhal». En *Biografías y Vidas. La enciclopedia biográfica en línea*, Barcelona (<https://www.biografiasyvidas.com/biografia/s/stendhal.htm>).

quelques centaines de pieds au-dessous de ses fortifications bâties jadis par les Espagnols, et maintenant ruinées.

Verrières est abritée du côté du nord par une haute montagne, c'est une des branches du Jura. Les cimes brisées du Verra se couvrent de neige dès les premiers froids d'octobre. Un torrent, qui se précipite de la montagne, traverse Verrières avant de se jeter dans le Doubs et donne le mouvement à un grand nombre de scies à bois; c'est une industrie fort simple et qui procure un certain bien-être à la majeure partie des habitants plus paysans que bourgeois. Ce ne sont pas cependant les scies à bois qui ont enrichi cette petite ville. C'est à la fabrique des toiles peintes, dites de Mulhouse, que l'on doit l'aisance générale qui, depuis la chute de Napoléon a fait rebâtir les façades de presque toutes les maisons de Verrières.

A peine entre-t-on dans la ville que l'on est étourdi par le fracas d'une machine bruyante et terrible en apparence. Vingt marteaux pesants, et retombant avec un bruit qui fait trembler le pavé, sont élevés par une roue que l'eau du torrent fait mouvoir. Chacun de ces marteaux fabrique, chaque jour, je ne sais combien de milliers de clous. Ce sont de jeunes filles fraîches et jolies qui présentent aux coups de ces marteaux énormes les petits morceaux de fer qui sont rapidement transformés en clous. Ce travail, si rude en apparence, est un de ceux qui étonnent le plus le voyageur qui pénètre pour la première fois dans les montagnes qui séparent la France de l'Helvétie. Si, en entrant à Verrières, le voyageur demande à qui appartient cette belle fabrique de clous qui assourdit les gens qui montent la grande rue, on lui répond avec un accent traînard: Eh! elle est à M. le maire.

Pour peu que le voyageur s'arrête quelques instants dans cette grande rue de Verrières, qui va en montant depuis la rive du Doubs jusque vers le sommet de la colline, il y acent à parier contre un qu'il verra paraître un grand homme à l'air affairé et important.

A son aspect tous les drapeaux se lèvent rapidement. Ses cheveux sont grisonnants, et il est vêtu de gris. Il est chevalier de plusieurs ordres, il a un grand front, un nez aquilin, et au total sa figure ne manque pas d'une certaine régularité: on trouve même, au premier aspect qu'elle réunit à la dignité du maire de village cette sorte d'agrément qui peut encore se rencontrer avec quarante-huit ou cinquante ans. Mais bientôt le voyageur parisien est choqué d'un certain air de contentement de soi et de suffisance mêlé à je ne sais quoi de borné et de peu inventif. On sent enfin que le talent de cet homme-là se borne à se faire payer bien exactement ce qu'on lui doit, et à payer lui-même le plus tard possible quand il doit.

Tel est le maire de Verrières, M. de Rênal. Après avoir traversé la rue d'un pas grave, il entre à la mairie et disparaît aux yeux du voyageur. Mais, cent pas plus haut, si celui-ci continue sa promenade, il aperçoit une maison d'assez belle apparence, et à travers une grille de fer attenante à la maison, des jardins magnifiques. Au-delà, c'est une ligne d'horizon formée par les collines de la Bourgogne; et qui semble faite à souhait pour le plaisir des yeux. Cette vue fait oublier au voyageur l'atmosphère empestée des petits intérêts d'argent dont il commence à être asphyxié.

On lui apprend que cette maison appartient à M. de Rênal. C'est aux bénéfices qu'il a faits sur sa grande fabrique declous que le maire de Verrières doit cette belle habitation en pierre de taille qu'il achève en ce moment. Sa famille dit-on, est espagnole antique, et, à ce qu'on prétend, établie dans le pays bien avant la conquête de Louis X.

Depuis 1815 il rougit d'être industriel: 1815 l'a fait maire de Verrières. Les murs en terrasse qui soutiennent les diverses parties de ce magnifique jardin qui, d'étage en étage, descend jusqu'au Doubs, sont aussi la récompense de la science de M. de Rênal dans le commerce du ter.

Ne vous attendez point à trouver en France ces jardins pittoresques qui entourent les villes manufacturières de l'Allemagne, Leipzig, Francfort, Nuremberg, etc. En Franche-Comté, plus on bâtit de murs, plus on hérissé sa propriété de pierres rangées les unes au-dessus des autres, plus on acquiert de droits aux respects de ses voisins. Les jardins de M. de Rênal, remplis de murs, sont encore admirés parce qu'il a acheté au poids de l'or certains petits morceaux de terrain qu'ils occupent. Par exemple, cette scie à bois, dont la position singulière sur la rive du Doubs vous a

frappé en entrant à Verrières, et où vous avez remarqué le nom de SOREL, écrit en caractères gigantesques sur une planche qui domine le toit, elle occupait, il y a six ans, l'espace sur lequel on élève en ce moment le mur de la quatrième terrasse des jardins de M. de Rênal.

Malgré sa fierté, M. le maire a dû faire bien des démarches auprès du vieux Sorel, paysan dur et entêté; il a dû lui compter de beaux louis d'or pour obtenir qu'il transportât son usine ailleurs. Quant au ruisseau public qui faisait aller la scie, M. de Rênal, au moyen du crédit dont il jouit à Paris, a obtenu qu'il fût détourné. Cette grâce lui vint après les élections de 182... Il a donné à Sorel quatre arpents pour un, à cinq cents pas plus bas sur les bords du Doubs. Et, quoique cette position fût beaucoup plus avantageuse pour son commerce de planches de sapin, le père Sorel, comme on l'appelle depuis qu'il est riche, a eu le secret d'obtenir de l'impudence et de la manie de propriétaire, qui animait son voisin, une somme de 6000 F.

Il est vrai que cet arrangement a été critiqué par les bonnes têtes de l'endroit. Une fois, c'était un jour de dimanche, il y a quatre ans de cela, M. de Rênal, revenant de l'église encostumé de maire, vit de loin le vieux Sorel, entouré de ses trois fils, sourire en le regardant. Ce sourire a porté un jour fatal dans l'âme de M. le maire, il pense depuis lors qu'il eût pu obtenir l'échange à meilleur marché.

Pour arriver à la considération publique à Verrières, l'essentiel est de ne pas adopter, tout en bâtissant beaucoup de murs, quelque plan apporté d'Italie par ces maçons, qui, au printemps, traversent les gorges du Jura pour gagner Paris. Une telle innovation vaudrait à l'imprudent bâtisseur une éternelle réputation de mauvaise tête, et il serait à jamais perdu auprès des gens sages et modérés qui distribuent la considération en Franche-Comté.

Dans le fait, ces gens sages y exercent le plus ennuyeux despotisme; c'est à cause de ce vilain mot que le séjour des petites villes est insupportable, pour qui a vécu dans cette grande république qu'on appelle Paris. La tyrannie de l'opinion, et quelle opinion! est aussi bête dans les petites villes de France, qu'aux États-Unis d'Amérique.

El Rojo y el Negro

El pequeño pueblo de Verrières puede pasar por ser uno de los más bonitos de Franche-Comté. Sus casas blancas con sus tejados puntiagudos de tejas rojas se extienden sobre la ladera de una colina, en la que las matas de castaños vigorosos marcan pequeñas sinuosidades. El Doubs fluye a unos cientos de pies por debajo de sus fortificaciones construidas anteriormente por los españoles y, ahora, en ruinas.

Verrières está protegida en el lado norte por una alta montaña, es uno de los brazos del Jura. Las cimas rotas de Verra están cubiertas de nieve desde los primeros días fríos de octubre. Un torrente, que se precipita desde la montaña, cruza Verrières antes de arrojar al Doubs y da movimiento a un gran número de sierras que proporciona madera a una industria muy sencilla que genera cierto bienestar a la mayoría de los habitantes, que son más campesinos que burgueses. Sin embargo, no son las sierras para madera las que han enriquecido a este pequeño pueblo. Es la fábrica de telas pintadas, conocida como Mulhouse, a la que debemos esa facilidad general con la que, desde la caída de Napoleón, ha hecho reconstruir las fachadas de casi todas las casas de Verrières.

Tan pronto como ingresas a la ciudad, te sorprende el estruendo de una máquina ruidosa y aparentemente terrible. Veinte pesados martillos, que producen un ruido que hace temblar el pavimento, son levantados por una rueda que el agua del torrente hace mover. Cada uno de estos martillos produce, todos los días, no sé cuántos miles de clavos. Unas jovencitas frescas y bonitas sitúan bajo los golpes de estos enormes martillos los pequeños trozos de hierro que rápidamente se transforman en clavos. Esta obra, de aspecto tan tosco, es una de las que más asombran al viajero que se adentra por primera vez en las montañas que separan Francia de Helvetia. Si al entrar en Verrières el viajero pregunta de quién es esta fina fábrica de clavos que ensordece a la gente que sube por la calle principal, se le responde con un acento pícaro: ¡Pues! pertenece al alcalde.

Si un viajero se detiene unos momentos en esta calle principal de Verrières, que va cuesta arriba desde la orilla del Doubs hasta la cima de la colina, habrá cien personas que apostarán contra uno a que verán aparecer un hombre alto con aspecto de preocupado y de importante.

A su lado todas las banderas se elevan rápidamente. Su cabello está encaneciendo y siempre va vestido de gris. Es caballero de varias órdenes, tiene la frente grande y, en conjunto, su rostro no carece de cierta regularidad: a primera vista descubrimos que ostenta la dignidad del alcalde de un pueblo. Manifiesta esa imagen grata que todavía conservan los hombres de cuarenta y ocho o de cincuenta años. Pero pronto el viajero parisino se sorprenderá aún más por un cierto aire de autosatisfacción y de suficiencia mezclado con algo de sobriedad y de escasa creatividad. Finalmente sentiremos que el talento de este hombre se limita a que le paguen exactamente lo que se le debe, y a que él pague lo más tarde posible lo que él debe.

Tal es el alcalde de Verrières, M. de Rênal. Tras cruzar la calle con paso grave, entra en el ayuntamiento y desaparece de los ojos del viajero. Pero, cien pasos más arriba, si continúa su camino, verá una casa bastante hermosa, y a través de una puerta de hierro contigua a la casa, unos magníficos jardines. Más allá hay una línea de horizonte formada por las colinas de Borgoña que parecen construidas a la perfección para el placer de los ojos. Esta vista hace olvidar al viajero la atmósfera pestilente de intereses de mezquindad con la que comienza a asfixiarse.

Le dicen que esta casa pertenece al señor de Rênal. Es el producto de los beneficios que ha obtenido de su gran fábrica de clavos a los que el alcalde de Verrières debe esta hermosa vivienda de sillería que actualmente se está terminando. Se dice que su familia es española antigua y, según se afirma, se establecieron en el país mucho antes de la conquista de Luis X.

Desde 1815, años en el que fue nombrado alcalde de Verrières se fue sintiendo avergonzado por ser industrial. Los muros escalonados que sostienen las distintas partes de este magnífico jardín que, de manera escalonada, desciende hasta el Doubs, son también el resultado de las habilidades del señor Rênal.

No espere encontrar en Francia esos pintorescos jardines que rodean las ciudades manufactureras de Alemania, Leipzig, Frankfort, Nuremberg, etc. En Franche-Comté, cuantos más muros se construyen, cuanto más se eriza la propiedad con piedras superpuestas, más derechos se adquieren al respeto de los vecinos. Los jardines de M. de Rênal, llenos de muros, todavía son admirados porque compró ciertos pequeños terrenos que ocupan por el peso del oro. Por ejemplo, esta sierra para madera, cuya singular posición en la orilla del Doubs te llamó la atención al entrar en Verrières, y donde notaste el nombre SOREL, escrito en caracteres gigantescos en un tablero que domina el techo, ocupó seis años, el espacio en que se levanta en este momento el muro de la cuarta terraza de los jardines de M. de Rênal.

A pesar de su orgullo, el alcalde debió de dar muchos pasos con el viejo Sorel, un campesino duro y testarudo al que se vio obligado a pagarle un atractivo luis d'or⁹ para que trasladara su

⁹ Es un tipo de moneda de oro emitida en Francia a partir del reinado de Luis XIII en 1640 hasta 1792, durante la Revolución francesa, aunque hubo después una acuñación limitada bajo Luis XVIII. Su nombre deriva de la aparición del retrato del rey Luis XIII en el anverso de la moneda, costumbre que siguieron todos sus sucesores en el trono de Francia.

fábrica a otro lugar. En cuanto al arroyo público que hacía andar la sierra, el señor de Rênal, con el crédito que tiene en París, consiguió que se desviase. Esta gracia le llegó después de las elecciones de 182... Le dio a Sorel cuatro espacios por cada uno, quinientos pasos más abajo, a orillas del Doubs. Y, aunque esta posición era mucho más ventajosa para su comercio de tablones de abeto, el padre Sorel, como se le ha llamado desde que se hizo rico, tenía la habilidad de convencer a los propietarios mediante el soborno con suma de 6000 f.

Es cierto que este arreglo fue criticado por los buenos jefes del lugar. Una vez, fue un domingo, hace cuatro años, el Sr. de Rênal, volviendo de la iglesia con su traje de alcalde, vio de lejos al viejo Sorel, rodeado de sus tres hijos, sonriendo mientras lo miraba. Esta sonrisa trajo una luz fatal al alma del alcalde, porque pensó desde entonces que podría haber obtenido el canje a un precio aún más barato.

Para lograr la consideración pública en Verrières, lo esencial es no adoptar, mientras se construyen muchos muros, algún plan traído de Italia por estos albañiles que, en primavera, cruzan las gargantas del Jura para llegar a París. Semejante innovación le daría al constructor imprudente una reputación eterna de cabeza dura, y se perdería para siempre entre las personas sabias y moderadas que distribuyen consideración en Franche-Comté.

De hecho, estos sabios ejercen allí el más fatigoso despotismo; es por esta fea palabra que vivir en pueblos pequeños es insoportable para cualquiera que haya vivido en esa gran república llamada París. La tiranía de la opinión, ¡y qué opinión! es tan estúpida en los pequeños pueblos de Francia como en los Estados Unidos de América.

Honoré de Balzac (1799-1850)

Honoré de Balzac en *La comedia humana* –nombre opuesto a la *Divina comedia* de Dante– cuenta de manera detallada la vida de la sociedad francesa de su tiempo. Empieza cuando, a partir de 1833, intuye que sus novelas pueden desarrollarse en un conjunto unitario dividido en tres partes: Estudios de costumbres, Estudios filosóficos y Estudios analíticos, pero después, en 1842, adoptó el título de *Comedia humana* cuya unidad radica, más que en los personajes que se van repitiendo, en la persona del autor. En 1850, tras una serie de problemas económicos y de salud, y por el disgusto que le produjo la prohibición expresa del zar ruso de contraer matrimonio con la condesa Hanska, Balzac celebra la ceremonia en Wierzchownia (Ucrania) y traslada su residencia a las afueras de París.

Illusions perdues

En *Illusions perdues* –*Las ilusiones perdidas*– (1837) narra las desventuras de Lucien de Rubempré, un joven poeta que trata de medrar en París. El relato de esta novela se continúa en *Esplendor y miserias de las cortesanas*, en la que Lucien se esfuerza por recuperar el estatus perdido con la ayuda de uno de los personajes recurrentes de Balzac, el pícaro Vautrin.

Illusions perdues

Première partie
Les deux poètes

À l'époque où commence cette histoire, la presse de Stanhope et les rouleaux à distribuer l'encre ne fonctionnaient pas encore dans les petites imprimeries de province. Malgré la spécialité qui la met en rapport avec la typographie parisienne, Angoulême se servait toujours des presses en bois, auxquelles la langue est redevable du mot faire gémir la presse, maintenant sans application. L'imprimerie arriérée y employait encore les balles en cuir frottées d'encre, avec lesquelles l'un des pressiers tamponnait les caractères. Le plateau mobile où se place la forme pleine de lettres sur laquelle s'applique la feuille de papier était encore en pierre et justifiait son nom de marbre. Les dévorantes presses mécaniques ont aujourd'hui si bien fait oublier ce mécanisme, auquel nous devons, malgré ses imperfections, les beaux livres des Elzevier, des Plantin, des Alde et des Didot, qu'il est nécessaire de mentionner les vieux outils auxquels

Jérôme-Nicolas Séchard portait une superstitieuse affection; car ils jouent leur rôle dans cette grande petite histoire.

Ce Séchard était un ancien compagnon pressier, que dans leur argot typographique les ouvriers chargés d'assembler les lettres appellent un ours. Le mouvement de va-et-vient, qui ressemble assez à celui d'un ours en cage, par lequel les pressiers se portent de l'encrier à la presse et de la presse à l'encrier, leur a sans doute valu ce sobriquet. En revanche, les ours ont nommé les compositeurs des singes, à cause du continuel exercice qu'ils font pour attraper les lettres dans les cent cinquante-deux petites cases où elles sont contenues. À la désastreuse époque de 1793, Séchard, âgé d'environ cinquante ans, se trouva marié. Son âge et son mariage le firent échapper à la grande réquisition qui emmena presque tous les ouvriers aux armées. Le vieux pressier resta seul dans l'imprimerie dont le maître, autrement dit le Naïf, venait de mourir en laissant une veuve sans enfants. L'établissement parut menacé d'une destruction immédiate: l'ours solitaire était incapable de se transformer en singe; car, en sa qualité d'imprimeur, il ne sut jamais ni lire ni écrire.

Sans avoir égard à ses incapacités, un représentant du peuple, pressé de répandre les beaux décrets de la Convention, investit le pressier du brevet de maître imprimeur, et mit sa typographie en réquisition. Après avoir accepté ce périlleux brevet, le citoyen Séchard indemnisa la veuve de son maître en lui apportant les économies de sa femme, avec lesquelles il paya le matériel de l'imprimerie à moitié de la valeur. Ce n'était rien. Il fallait imprimer sans faute ni retard les décrets républicains. En cette conjoncture difficile, Jérôme-Nicolas Séchard eut le bonheur de rencontrer un noble Marseillais qui ne voulait ni émigrer pour ne pas perdre ses terres, ni se montrer pour ne pas perdre sa tête, et qui ne pouvait trouver de pain que par un travail quelconque.

Monsieur le comte de Maucombe endossa donc l'humble veste d'un prote de province: il composa, lut et corrigea lui-même les décrets qui portaient la peine de mort contre les citoyens qui cachaient des nobles; l'ours devenu naïf les tira, les fit afficher; et tous deux ils restèrent sains et saufs. En 1795, le grain de la Terreur étant passé, Nicolas Séchard fut obligé de chercher un autre maître Jacques qui pût être compositeur, correcteur et prote. Un abbé, depuis évêque sous la Restauration et qui refusait alors de prêter le serment, remplaça le comte de Maucombe jusqu'au jour où le Premier Consul rétablit la religion catholique. Le comte et l'évêque se rencontrèrent plus tard sur le même banc de la Chambre des pairs. Si en 1802 Jérôme-Nicolas Séchard ne savait pas mieux lire et écrire qu'en 1793, il s'était ménagé d'assez belles étoffes pour pouvoir payer un prote. Le compagnon si insoucieux de son avenir était devenu très redoutable à ses singes et à ses ours.

L'avarice commence où la pauvreté cesse. Le jour où l'imprimeur entrevit la possibilité de se faire une fortune, l'intérêt développa chez lui une intelligence matérielle de son état, mais avide, soupçonneuse et pénétrante. Sa pratique narguait la théorie. Il avait fini par toiser d'un coup d'œil le prix d'une page et d'une feuille selon chaque espèce de caractère. Il prouvait à ses ignares chalands que les grosses lettres coûtaient plus cher à remuer que les fines; s'agissait-il des petites, il disait qu'elles étaient plus difficiles à manier. La composition étant la partie typographique à laquelle il ne comprenait rien, il avait si peur de se tromper qu'il ne faisait jamais que des marchés léonins.

Si ses compositeurs travaillaient à l'heure, son œil ne les quittait jamais. S'il savait un fabricant dans la gêne, il achetait ses papiers à vil prix et les emmagasinait. Aussi dès ce temps possédait-il déjà la maison où l'imprimerie était logée depuis un temps immémorial. Il eut toute espèce de bonheur: il devint veuf et n'eut qu'un fils; il le mit au lycée de la ville, moins pour lui donner de l'éducation que pour se préparer un successeur; il le traitait sévèrement afin de prolonger la durée de son pouvoir paternel; aussi les jours de congé le faisait-il travailler à la casse en lui disant d'apprendre à gagner sa vie pour pouvoir un jour récompenser son pauvre père, qui se saignait pour l'élever. Au départ de l'abbé, Séchard choisit pour prote celui de ses quatre compositeurs que le futur évêque lui signala comme ayant autant de probité que d'intelligence. Par ainsi, le bonhomme fut en mesure d'atteindre le moment où son fils pourrait diriger l'établissement, qui s'agrandirait alors sous des mains jeunes et habiles.

David Séchard fit au lycée d'Angoulême les plus brillantes études. Quoiqu'un ours, parvenu sans connaissances ni éducation, méprisât considérablement la science, le père Séchard envoya son fils à Paris pour y étudier la haute typographie; mais il lui fit une si violente recommandation d'amasser une bonne Somme dans un pays qu'il appelait le paradis des ouvriers, en lui disant de ne pas compter sur la bourse paternelle, qu'il voyait sans doute un moyen d'arriver à ses fins dans ce séjour au pays de Sapience. Tout en apprenant son métier, David acheva son éducation à Paris. Le prote des Didot devint un savant. Vers la fin de l'année 1819 David Séchard quitta Paris sans y avoir coûté un rouge liard à son père, qui le rappelait pour mettre entre ses mains le timon des affaires.

L'imprimerie de Nicolas Séchard possédait alors le seul journal d'annonces judiciaires qui existât dans le département, la pratique de la préfecture et celle de l'évêché, trois clientèles qui devaient procurer une grande fortune à un jeune homme actif.

Précisément à cette époque, les frères Cointet, fabricants de papiers, achetèrent le second brevet d'imprimeur à la résidence d'Angoulême, que jusqu'alors le vieux Séchard avait su réduire à la plus complète inaction, à la faveur des crises militaires qui, sous l'Empire, comprimèrent tout mouvement industriel; par cette raison, il n'en avait point fait l'acquisition, et sa parcimonie fut une cause de ruine pour la vieille imprimerie. En apprenant cette nouvelle, le vieux Séchard pensa joyeusement que la lutte qui s'établirait entre son établissement et les Cointet serait soutenue par son fils, et non par lui. «J'y aurais succombé, se dit-il; mais un jeune homme élevé chez MM. Didot s'en tirera».

Le septuagénaire soupirait après le moment où il pourrait vivre à sa guise. S'il avait peu de connaissances en haute typographie, en revanche il passait pour être extrêmement fort dans un art que les ouvriers ont plaisamment nommé la soulographie, art bien estimé par le divin auteur du Pantagruel, mais dont la culture, persécutée par les sociétés dites de tempérance, est de jour en jour plus abandonnée. Jérôme-Nicolas Séchard, fidèle à la destinée que son nom lui avait faite, était doué d'une soif inextinguible. Sa femme avait pendant longtemps contenu dans de justes bornes cette passion pour le raisin pilé, goût si naturel aux ours que monsieur de Chateaubriand l'a remarqué chez les véritables ours de l'Amérique; mais les philosophes ont remarqué que les habitudes du jeune âge reviennent avec force dans la vieillesse de l'homme. Séchard confirmait cette observation: plus il vieillissait, plus il aimait à boire. Sa passion laissait sur sa physionomie oursine des marques qui la rendaient originale.

Son nez avait pris le développement et la forme d'un A majuscule corps de triple canon. Ses deux joues veinées ressemblaient à ces feuilles de vigne pleines de gibbosités violettes, purpurines et souvent panachées. Vous eussiez dit d'une truffe monstrueuse enveloppée par les pampres de l'automne. Cachés sous deux gros sourcils pareils à deux buissons chargés de neige, ses petits yeux gris, où pétillait la ruse d'une avarice qui tuait tout en lui, même la paternité, conservaient leur esprit jusque dans l'ivresse. Sa tête chauve et découronnée, mais ceinte de cheveux grisonnants qui frisotaient encore, rappelait à l'imagination les Cordeliers des Contes de La Fontaine. Il était court et ventru comme beaucoup de ces vieux lampions qui consomment plus d'huile que de mèche; car les excès en toute chose poussent le corps dans la voie qui lui est propre. L'ivrognerie, comme l'étude, engraisse encore l'homme gras et maigrit l'homme maigre. Jérôme-Nicolas Séchard portait depuis trente ans le fameux tricorne municipal, qui dans quelques provinces se retrouve encore sur la tête du tambour de la ville. Son gilet et son pantalon étaient en velours verdâtre. Enfin, il avait une vieille redingote brune, des bas de coton chinés et des souliers à boucles d'argent.

Ce costume où l'ouvrier se retrouvait encore dans le bourgeois convenait si bien à ses vices et à ses habitudes, il exprimait si bien sa vie, que ce bonhomme semblait avoir été créé tout habillé: vous ne l'auriez pas plus imaginé sans ses vêtements qu'un oignon sans sa pelure. Si le vieil imprimeur n'eût pas depuis longtemps donné la mesure de son aveugle avidité, son abdication suffirait à peindre son caractère. Malgré les connaissances que son fils devait rapporter de la grande école des Didot, il se proposa de faire avec lui la bonne affaire qu'il ruminait depuis

longtemps. Si le père en faisait une bonne, le fils devait en faire une mauvaise. Mais, pour le bonhomme, il n'y avait ni fils ni père, en affaire.

S'il avait d'abord vu dans David son unique enfant, plus tard il y vit un acquéreur naturel de qui les intérêts étaient opposés aux siens: il voulait vendre cher, David devait acheter à bon marché; son fils devenait donc un ennemi à vaincre. Cette transformation du sentiment en intérêt personnel, ordinairement lente, tortueuse et hypocrite chez les gens bien élevés, fut rapide et directe chez le vieil ours, qui montra combien la souïlographie rusée l'emportait sur la typographie instruite.

Quand son fils arriva, le bonhomme lui témoigna la tendresse commerciale que les gens habiles ont pour leurs dupes: il s'occupa de lui comme un amant se serait occupé de sa maîtresse; il lui donna le bras, il lui dit où il fallait mettre les pieds pour ne pas se croter; il lui avait fait bassiner son lit, allumer du feu, préparer un souper. Le lendemain, après avoir essayé de griser son fils durant un plantureux dîner, Jérôme-Nicolas Séchard, fortement aviné, lui dit un: «Causons d'affaires?» qui passa si singulièrement entre deux hoquets, que David le pria de remettre les affaires au lendemain. Le vieil ours savait trop bien tirer parti de son ivresse pour abandonner une bataille préparée depuis si longtemps.

D'ailleurs, après avoir porté son boulet pendant cinquante ans, il ne voulait pas, dit-il, le garder une heure de plus. Demain son fils serait le naïf. Ici peut-être est-il nécessaire de dire un mot de l'établissement. L'imprimerie, située dans l'endroit où la rue de Beaulieu débouche sur la place du Mûrier, s'était établie dans cette maison vers la fin du règne de Louis XIV. Aussi depuis longtemps les lieux avaient-ils été disposés pour l'exploitation de cette industrie. Le rez-dechaussée formait une immense pièce éclairée sur la rue par un vieux vitrage, et par un grand châssis sur une cour intérieure. On pouvait d'ailleurs arriver au bureau du maître par une allée. Mais en province les procédés de la typographie sont toujours l'objet d'une curiosité si vive, que les chalands aimaient mieux entrer par une porte vitrée pratiquée dans la devanture donnant sur la rue, quoiqu'il fallût descendre quelques marches, le sol de l'atelier se trouvant au-dessous du niveau de la chaussée.

Les curieux, ébahis, ne prenaient jamais garde aux inconvénients du passage à travers les défilés de l'atelier. S'ils regardaient les berceaux formés par les feuilles étendues sur des cordes attachées au plancher, ils se heurtaient le long des rangs de casses, ou se faisaient décoiffer par les barres de fer qui maintenaient les presses. S'ils suivaient les agiles mouvements d'un compositeur grappillant ses lettres dans les cent cinquantedeux cassetins de sa casse, lisant sa copie, relisant sa ligne dans son composteur en y glissant une interligne, ils donnaient dans une rame de papier trempé chargée de ses pavés, ou s'attrapaient la hanche dans l'angle d'un banc; le tout au grand amusement des singes et des ours. Jamais personne n'était arrivé sans accident jusqu'à deux grandes cages situées au bout de cette caverne, qui formaient deux misérables pavillons sur la cour, et où trônaient d'un côté le prote, de l'autre le maître imprimeur.

Las ilusiones perdidas

En el momento en que comienza esta historia, la prensa Stanhope y los rodillos para distribuir tinta aún no estaban en funcionamiento en las pequeñas imprentas provinciales. A pesar de que este tipo de aparato ya se estaba usando en la tipografía parisina, Angoulême utilizó siempre prensas de madera, a las que el lenguaje le debe la palabra hacer gemir la prensa, ahora sin aplicación. La imprenta, por el contrario, todavía usaba las bolas de cuero frotadas con tinta, con las que uno de los impresores estampaba los caracteres. La placa móvil donde se coloca el formulario lleno de letras sobre el que se aplica la hoja de papel todavía era de piedra y justificaba su nombre de mármol. Las prensas mecánicas devoradoras nos han hecho olvidar hoy tan bien este mecanismo al que debemos, a pesar de sus imperfecciones, los hermosos libros de Elzevier, Plantin, Alde y Didot, por eso es necesario mencionar las antiguas herramientas a las que Jérôme-Nicolas Séchard tenía un afecto supersticioso, porque juegan su papel en esta pequeña gran historia.

Este Séchard era un exjornalero de prensa, a quien en su jerga tipográfica los obreros encargados de ensamblar las letras llaman oso. El vaivén, que recuerda un poco al de un oso enjaulado, por el que los tipógrafos van del tintero a la imprenta y de la imprenta al tintero, sin duda les valió este apodo.

Los osos, en cambio, han nombrado a los compositores como «los monos», por el continuo ejercicio que hacen para atrapar las letras en las ciento cincuenta y dos cajitas que las contienen. En el período desastroso de 1793, Séchard, de unos cincuenta años, estaba casado. Su edad y su matrimonio le permitieron escapar a la gran requisita que llevó a casi todos los trabajadores a los ejércitos. Él se quedó solo en la imprenta cuyo dueño, es decir el Ingenuo, acababa de morir dejando una viuda sin hijos. El establecimiento parecía amenazado de destrucción inmediata: el oso solitario era incapaz de transformarse en mono; porque, como impresor, nunca supo leer ni escribir.

Sin tener en cuenta sus incapacidades, un representante del pueblo, con prisa por difundir los hermosos decretos de la Convención, invistió al impresor con la patente de maestro impresor y requisó su tipografía. Después de aceptar esta peligrosa patente, el ciudadano Séchard compensó a la viuda de su amo llevándole los ahorros de su esposa, con los que pagó el equipo de impresión a la mitad del valor. No fue nada. Los decretos republicanos debían imprimirse sin falta ni demora. En esta difícil situación, Jérôme-Nicolas Séchard tuvo la suerte de conocer a un noble marsellés que no quería emigrar para no perder su tierra, ni mostrarse para no perder la cabeza, y que sólo encontraba pan a través del trabajo duro.

El señor le Comte de Maucombe, por lo tanto, se puso la humilde chaqueta de un protegido provinciano: él mismo redactó, leyó y corrigió los decretos que conllevaban la pena de muerte contra los ciudadanos que escondían a los nobles, el oso ingenuo las sacó, las hizo exhibir y ambos quedaron sanos y salvos. En 1795, pasado el momento del Terror, Nicolas Séchard se vio obligado a buscar otro maestro Jacques que pudiera ser compositor y corrector. Un abad, obispo bajo la Restauración y que luego se negó a prestar juramento, reemplazó al Conde de Maucombe hasta el día en que el Primer Cónsul restauró la religión católica. El conde y el obispo se encontraron más tarde en el mismo banco de la Cámara de los Pares. Si en 1802 Jérôme Nicolas Séchard no sabía leer y escribir mejor que en 1793, se había provisto de suficientes medios para poder pagar un especialista. El compañero tan descuidado de su futuro se había vuelto admirable para sus monos y sus osos.

La avaricia comienza donde termina la pobreza. El día que el impresor vislumbró la posibilidad de hacer fortuna, sus intereses desarrollaron en él una inteligencia material propia de su condición, pero codiciosa, suspicaz y penetrante. Su práctica se burlaba de la teoría. Había terminado midiendo de un vistazo el precio de una página y una hoja según cada tipo de personaje. Estaba

demostrando a sus ignorantes compradores que las letras grandes cuestan más moverlas que las delgadas, pero las pequeñas les parecían que eran más difíciles de manejar. Siendo la composición la parte tipográfica de la que no entendía nada, tenía tanto miedo de equivocarse que sólo hacía unos contratos leoninos.

Si sus compositores trabajaron a tiempo, su ojo nunca los dejó. Si conocía a un fabricante en problemas, compraría sus papeles a bajo precio para guardarlos. También desde ese momento ya era dueño de la casa donde se había alojado la imprenta desde tiempos inmemoriales. Tuvo todo tipo de felicidad: enviudó y tuvo un solo hijo, lo metió en el liceo de la ciudad, menos para darle una educación que para preparar un sucesor. Lo trató con dureza para prolongar la duración de su poder paternal hasta tal punto que en sus días libres lo hizo trabajar en la chatarrería, diciéndole que aprendiera a ganarse la vida para que algún día pudiera recompensar a su pobre padre, que se estaba desangrando para criarlo. Cuando el abad se fue, Séchard eligió como su protegido a uno de sus cuatro compositores a quienes el futuro obispo le señaló que tenían tanta probidad como inteligencia. Así, el buen hombre pudo llegar al momento en que su hijo pudiera dirigir el establecimiento que luego crecería bajo manos jóvenes y hábiles.

David Séchard realizó los estudios más brillantes en el liceo de Angoulême. Aunque es cierto que llegó sin conocimientos ni educación porque despreciaba la ciencia, el padre Séchard envió a su hijo a París para estudiar allí alta tipografía, pero le hizo una recomendación tan violenta de amasar una buena cantidad de dinero en un país que llamó el paraíso de los trabajadores, diciéndole que no contara con la bolsa paterna, encontró la manera de lograr a sus fines durante su estancia en la capital de la Sabiduría. Mientras aprendía su oficio, David completó su educación en París. El brote de los Didots se convirtió en erudito. A finales de 1819, David Séchard abandonó París sin haberle costado ni un céntimo a su padre que le llamó para poner en sus manos el timón de los negocios.

La imprenta de Nicolás Séchard poseía entonces el único periódico de anuncios judiciales que existía en el departamento, la práctica de la prefectura y la del obispado, tres clientelas que procurarían una gran fortuna a un joven activo.

Precisamente en esta época, los hermanos Cointet, fabricantes de papel, compraron en la residencia de Angulema la patente de la segunda imprenta, que hasta entonces el viejo Séchard había podido reducir a la más completa inacción, gracias a las crisis militares que, bajo el Imperio, impidió cualquier movimiento industrial. Por eso él no la había adquirido, y su parsimonia fue causa de ruina de esta vieja imprenta. Al oír esta noticia, el viejo Séchard pensó felizmente que se suscitaría una lucha entre su establecimiento y los Cointet pero que sería realizada por su hijo y no por él. «Habría sucumbido a eso», se dijo a sí mismo, «pero un joven criado por MM. Didot se saldrá con la suya».

El septuagenario anhelaba el momento en que pudiera vivir como él quisiera. Si tenía pocos conocimientos de alta tipografía, en cambio se decía que era extremadamente fuerte en un arte que los trabajadores llamaban en broma embriaguez, un arte muy estimado por el divino autor de Pantagruel, pero cuyo cultivo, perseguido por las sociedades –dicen– de la templanza, es cada día más abandonada. Jérôme-Nicolas Séchard, fiel al destino que le había dado su nombre, estaba dotado de una sed inextinguible. Su esposa había contenido durante mucho tiempo en límites justos esta pasión por las uvas trituradas, un gusto tan natural en los osos que Monsieur de Chateaubriand lo ha notado en los verdaderos osos de América; pero los filósofos han observado que los hábitos de la juventud vuelven con fuerza en la vejez del hombre. Séchard confirmó esta observación: cuanto mayor se hacía, más le gustaba beber. Su pasión dejó marcas en su fisonomía de erizo de mar que le daban un aspecto original.

Su morro había adquirido el desarrollo y la forma de un cuerpo de tres cañones en A mayúscula. Sus dos mejillas venosas se parecían a esas hojas de vid llenas de protuberancias moradas, moradas y, a menudo, abigarradas. Habríase dicho que era una trufa monstruosa envuelta por las vides del otoño. Ocultos bajo dos grandes cejas como dos arbustos cargados de nieve, sus ojillos grises, en los que brillaba la astucia de una avaricia que mataba todo en él, incluso su paternidad, conservaban su espíritu aun en la embriaguez. Su cabeza calva y sin corona,

pero rodeada de canas que todavía se rizaban, recordaba a la imaginación a los Cordeliers de los Cuentos de La Fontaine. Era bajito y barrigón como muchos de esos viejos faroles que gastan más aceite que mecha porque los excesos en todo empujan al cuerpo por su propio camino. La embriaguez, como el estudio, engorda más al gordo y enflaquece al flaco. Jérôme-Nicolas Séchard lucía desde hacía treinta años el famoso tricornio municipal, que en algunas provincias todavía se encuentra en el parche del tambor de la ciudad. Su chaleco y pantalón eran de terciopelo verdoso. Por último, vestía una vieja levita marrón, medias de algodón moteadas y zapatos con hebillas de plata.

Este traje con el que el obrero se parecía todavía al burgués le iba tan bien a sus vicios y a sus costumbres, expresaba tan bien su vida, que daba la impresión tipo de haber nacido ya completamente vestido: no lo habríais imaginado más sin su ropa que una cebolla sin piel. Si el viejo impresor no hubiera dado hace mucho tiempo la medida de su ciega codicia, bastaría su abdicación para pintar su carácter. A pesar de los conocimientos que su hijo iba a traer de la gran escuela de Didot, se propuso hacer con él el buen negocio que llevaba tiempo dándole vueltas. Si el padre hizo una buena, el hijo tuvo que hacer una mala. Pero, para el buen hombre, no había ni hijo ni padre en el negocio.

Si primero había visto en David a su único hijo, luego vio en él a un comprador natural cuyos intereses eran opuestos a los suyos: quería vender caro, David tenía que comprar barato; su hijo se convirtió así en un enemigo a vencer. Esta transformación del sentimiento en interés propio, normalmente lenta, tortuosa e hipócrita en las personas de buena cuna, fue rápida y directa en el viejo oso, que mostró cómo la borrachera astuta prevalecía sobre la tipografía educada.

Cuando llegó su hijo, el buen hombre le mostró la ternura comercial que los inteligentes tienen con sus embaucados: lo cuidó como un amante habría cuidado a su amante, le dio el brazo, le dijo dónde poner los pies para no ensuciarse, la había hecho bañar su cama, encender un fuego, preparar una cena. Al día siguiente, después de intentar intoxicar a su hijo durante una cena fastuosa, Jérôme-Nicolas Séchard, muy borracho, le dijo: «¿Hablemos de negocios?». Lo que ocurrió entre los dos fue tan singular que David le rogó que pospusiera el asunto hasta el día siguiente. El viejo oso sabía demasiado bien cómo aprovechar su borrachera para abandonar una batalla que había estado preparada durante tanto tiempo.

Además, después de haber llevado su pelota durante cincuenta años, no quería, dijo, tenerla una hora más. Mañana su hijo sería el ingenuo. Aquí quizás sea necesario decir una palabra sobre el establecimiento. La imprenta, ubicada donde la rue de Beaulieu conduce a la place du Mûrier, se estableció en esta casa hacia el final del reinado de Luis XIV. También desde hace mucho tiempo se habían trazado los lugares para la explotación de esta industria. La planta baja formaba una inmensa sala iluminada que daba a la calle por viejos acristalamientos, y por un gran marco a un patio interior. También se puede llegar a la oficina del maestro por un callejón. Pero en provincias los procesos de tipografía son siempre objeto de una curiosidad tan viva, que los compradores preferían entrar por una puerta de cristal hecha en el escaparate que daba a la calle, aunque había que bajar unos escalones, estando el suelo del taller por debajo del nivel de la carretera.

Los curiosos, asombrados, nunca se dieron cuenta de los inconvenientes de pasar por los desfiladeros del taller. Si miraban las cuñas formadas por las hojas tendidas en cuerdas atadas al suelo, chocaban entre sí a lo largo de las filas de déguaces, o se despeinaban con las barras de hierro que sostenían las prensas. Si seguían los ágiles movimientos de un compositor recogiendo sus letras de las ciento cincuenta y dos cajitas de su estuche, leyendo su copia, releyendo su línea, deslizando un espacio entre ellas, estaban entrando en una resma de agua empapada y papel cargado con unas piedras en las que se agarraban en la esquina de un banco; todo para la gran diversión de monos y osos. Nunca nadie había llegado sin casualidad hasta dos grandes jaulas situadas al fondo de esta caverna que formaron dos míseros pabellones en el patio, y donde se entronizaba de un lado la impresora y del otro, al maestro impresor.

Le père Goriot (1834)

Inicialmente apareció en la *Revue de Paris* y en 1835 fue publicada en formato de libro. Forma parte de la colección de las *Escenas de la vida privada de la Comedia humana*. Narra la vida de la familia y el proceso de estratificación y de corrupción que experimenta la sociedad parisina durante la Restauración francesa. El punto de partida es la situación dramática de papá Goriot, un hombre que muere en la miseria y es rechazado por sus hijas tras haber sacrificado todos sus bienes por ellas. Sus personajes principales son Eugène Rastignac, un joven cándido y ambicioso que sueña con formar parte de la alta sociedad, y algunos clientes alojados en la Casa Vauquer como la señora de Bauseánt, una dama de la alta sociedad o las hijas de Goriot.

Le père Goriot

Au grand et illustre Geoffroy-Saint-Hilaire, Comme un témoignage d'admiration de ses travaux et de son génie.

Madame Vauquer, née de Conflans, est une vieille femme qui, depuis quarante ans, tient à Paris une pension bourgeoise établie rue Neuve-Sainte-Genève, entre le quartier latin et le faubourg Saint-Marceau. Cette pension, connue sous le nom de la Maison Vauquer, admet également des hommes et des femmes, des jeunes gens et des vieillards, sans que jamais la médisance ait attaqué les mœurs de ce respectable établissement. Mais aussi depuis trente ans ne s'y était-il jamais vu de jeune personne, et pour qu'un jeune homme y demeure, sa famille doit-elle lui faire une bien maigre pension. Néanmoins, en 1819, époque à laquelle ce drame commence, il s'y trouvait une pauvre jeune fille. En quelque discrédit que soit tombé le mot drame par la manière abusive et tortionnaire dont il a été prodigué dans ces temps de douloureuse littérature, il est nécessaire de l'employer ici: non que cette histoire soit dramatique dans le sens vrai du mot; mais, l'œuvre accomplie, peut-être aura-t-on versé quelques larmes intra muros et extra. Sera-t-elle comprise au-delà de Paris? le doute est permis.

Les particularités de cette scène pleine d'observations et de couleurs locales ne peuvent être appréciées qu'entre les buttes de Montmartre et les hauteurs de Montrouge, dans cette illustre vallée de plâtras incessamment près de tomber et de ruisseaux noirs de boue; vallée remplie de souffrances réelles, de joies souvent fausses, et si terriblement agitée qu'il faut je ne sais quoi d'exorbitant pour y produire une sensation de quelque durée. Cependant il s'y rencontre çà et là des douleurs que l'agglomération des vices et des vertus rend grandes et solennelles: à leur aspect, les égoïsmes, les intérêts, s'arrêtent et s'apitoient; mais l'impression qu'ils en reçoivent est comme un fruit savoureux promptement dévoré. Le char de la civilisation, semblable à celui de l'idole de Jaggernat, à peine retardé par un cœur moins facile à broyer que les autres et qui enraie sa roue, l'a brisé bientôt et continue sa marche glorieuse. Ainsi ferez-vous, vous qui tenez ce livre

d'une main blanche, vous qui vous enfoncez dans un moelleux fauteuil en vous disant: Peut-être ceci va-t-il m'amuser. Après avoir lu les secrètes infortunes du père Goriot, vous dînez avec appétit en mettant votre insensibilité sur le compte de l'auteur, en le taxant d'exagération, en l'accusant de poésie.

Ah! sachez-le: ce drame n'est ni une fiction, ni un roman. *All is true*, il est si véritable, que chacun peut en reconnaître les éléments chez soi, dans son cœur peut-être!

La maison où s'exploite la pension bourgeoise appartient à madame Vauquer. Elle est située dans le bas de la rue Neuve-Sainte-Geneviève, à l'endroit où le terrain s'abaisse vers la rue de l'Arbalète par une pente si brusque et si rude que les chevaux la montent ou la descendent rarement. Cette circonstance est favorable au silence qui règne dans ces rues serrées entre le dôme du Val-de-Grâce et le dôme du Panthéon, deux monuments qui changent les conditions de l'atmosphère en y jetant des tons jaunes, en y assombrissant tout par les teintes sévères que projettent leurs coupes. Là, les pavés sont secs, les ruisseaux n'ont ni boue ni eau, l'herbe croît le long des murs. L'homme le plus insouciant s'y attriste comme tous les passants, le bruit d'une voiture y devient un événement, les maisons y sont mornes, les murailles y sentent la prison. Un Parisien égaré ne verrait là que des pensions bourgeoises ou des Institutions, de la misère ou de l'ennui, de la vieillesse qui meurt, de la joyeuse jeunesse contrainte à travailler. Nul quartier de Paris n'est plus horrible, ni, disons-le, plus inconnu. La rue Neuve-Sainte-Geneviève surtout est comme un cadre de bronze, le seul qui convienne à ce récit, auquel on ne saurait trop préparer l'intelligence par des couleurs brunes, par des idées graves; ainsi que, de marche en marche, le jour diminue et le chant du conducteur se creuse, alors que le voyageur descend aux Catacombes. Comparaison vraie! Qui décidera de ce qui est plus horrible à voir, ou des cœurs desséchés, ou des crânes vides?

La façade de la pension donne sur un jardinet, en sorte que la maison tombe à angle droit sur la rue Neuve-Sainte-Geneviève, où vous la voyez coupée dans sa profondeur. Le long de cette façade, entre la maison et le jardinet, règne un cailloutis en cuvette, large d'une toise, devant lequel est une allée sablée, bordée de géraniums, de lauriers-roses et de grenadiers plantés dans de grands vases en faïence bleue et blanche. On entre dans cette allée par une porte bâtarde, surmontée d'un écriteau sur lequel est écrit:

Maison-Vauquer, et dessous: Pension bourgeoise des deux sexes et autres. Pendant le jour, une porte à claire-voie, armée d'une sonnette criarde, laisse apercevoir au bout du petit pavé, sur le mur opposé à la rue, une arcade peinte en marbre vert par un artiste du quartier. Sous le renforcement que simule cette peinture, s'élève une statue représentant l'Amour. À voir le vernis écaillé qui la couvre, les amateurs de symboles y découvriraient peut-être un mythe de l'amour parisien qu'on guérit à quelques pas de là. Sous le socle, cette inscription à demi effacée rappelle le temps auquel remonte cet ornement par l'enthousiasme dont il témoigne pour Voltaire, rentré dans Paris en 1777: Qui que tu sois, voici ton maître.

Il l'est, le fut, ou le doit être. À la nuit tombante, la porte à claire-voie est remplacée par une porte pleine. Le jardinet, aussi large que la façade est longue, se trouve encaissé par le mur de la rue et par le mur mitoyen de la maison voisine, le long de laquelle pend un manteau de lierre qui la cache entièrement, et attire les yeux des passants par un effet pittoresque dans Paris. Chacun de ces murs est tapissé d'espaliers et de vignes dont les fructifications grêles et poudreuses sont l'objet des craintes annuelles de madame Vauquer et de ses conversations avec les pensionnaires. Le long de chaque muraille, règne une étroite allée qui mène à un couvert de tilleuls, mot que madame Vauquer, quoique née de Conflans, prononce obstinément tieuilles, malgré les observations grammaticales de ses hôtes. Entre les deux allées latérales est un carré d'artichauts flanqué d'arbres fruitiers en quenouille, et bordé d'oseille, de laitue ou de persil. Sous le couvert de tilleuls est plantée une table ronde peinte en vert, et entourée de sièges. Là, durant les jours caniculaires, les convives assez riches pour se permettre de prendre du café, viennent le savourer par une chaleur capable de faire éclore des œufs. La façade, élevée de trois étages et surmontée de mansardes, est bâtie en moellons et badigeonnée avec cette couleur jaune qui donne un caractère ignoble à presque toutes les maisons de Paris. Les cinq croisées percées à chaque étage

ont de petits carreaux et sont garnies de jalousies dont aucune n'est relevée de la même manière, en sorte que toutes leurs lignes jurent entre elles. La profondeur de cette maison comporte deux croisées qui, au rez-de-chaussée, ont pour ornement des barreaux en fer, grillagés. Derrière le bâtiment est une cour large d'environ vingt pieds, où vivent en bonne intelligence des cochons, des poules, des lapins, et au fond de laquelle s'élève un hangar à serrer le bois. Entre ce hangar et la fenêtre de la cuisine se suspend le garde-manger, au-dessous duquel tombent les eaux grasses de l'évier. Cette cour a sur la rue Neuve-Sainte-Geneviève une porte étroite par où la cuisinière chasse les ordures de la maison en nettoyant cette sentine à grand renfort d'eau, sous peine de pestilence.

Naturellement destiné à l'exploitation de la pension bourgeoise, le rez-de-chaussée se compose d'une première pièce éclairée par les deux croisées de la rue, et où l'on entre par une porte-fenêtre. Ce salon communique à une salle à manger qui est séparée de la cuisine par la cage d'un escalier dont les marches sont en bois et en carreaux mis en couleur et frottés. Rien n'est plus triste à voir que ce salon meublé de fauteuils et de chaises en étoffe de crin à raies alternativement mates et luisantes. Au milieu se trouve une table ronde à dessus de marbre Sainte-Anne, décorée de ce cabaret en porcelaine blanche ornée de filets d'or effacés à demi, que l'on rencontre partout aujourd'hui. Cette pièce, assez mal planchée, est lambrissée à hauteur d'appui. Le surplus des parois est tendu d'un papier verni représentant les principales scènes de Télémaque, et dont les classiques personnages sont coloriés.

Le panneau d'entre les croisées grillagées offre aux pensionnaires le tableau du festin donné au fils d'Ulysse par Calypso. Depuis quarante ans cette peinture excite les plaisanteries des jeunes pensionnaires, qui se croient supérieurs à leur position en se moquant du dîner auquel la misère les condamne. La cheminée en pierre, dont le foyer toujours propre atteste qu'il ne s'y fait de feu que dans les grandes occasions, est ornée de deux vases pleins de fleurs artificielles, vieilles et encagées, qui accompagnent une pendule en marbre bleuâtre du plus mauvais goût. Cette première pièce exhale une odeur sans nom dans la langue, et qu'il faudrait appeler l'odeur de pension. Elle sent le renfermé, le moisi, le rance; elle donne froid, elle est humide au nez, elle pénètre les vêtements; elle a le goût d'une salle où l'on a dîné; elle pue le service, l'office, l'hospice. Peut-être pourrait-elle se décrire si l'on inventait un procédé pour évaluer les quantités élémentaires et nauséabondes qu'y jettent les atmosphères catarrhales et sui generis de chaque pensionnaire, jeune ou vieux. Eh! bien, malgré ces plates horreurs, si vous le compariez à la salle à manger, qui lui est contiguë, vous trouveriez ce salon élégant et parfumé comme doit l'être un boudoir. Cette salle entièrement boisée, fut jadis peinte en une couleur indistincte aujourd'hui, qui forme un fond sur lequel la crasse a imprimé ses couches de manière à y dessiner des figures bizarres. Elle est plaquée de buffets gluants sur lesquels sont des carafes échanrées, ternies, des ronds de moiré métallique, des piles d'assiettes en porcelaine épaisse, à bords bleus, fabriquées à Tournai. Dans un angle est placée une boîte à cases numérotées qui sert à garder les serviettes, ou tachées ou vineuses, de chaque pensionnaire.

Il s'y rencontre de ces meubles indestructibles, proscrits partout, mais placés là comme le sont les débris de la civilisation aux Incurables. Vous y verriez un baromètre à capucin qui sort quand il pleut, des gravures exécrables qui ôtent l'appétit, toutes encadrées en bois noir verni à filets dorés; un cartel en écaille incrustée de cuivre; un poêle vert, des quinquets d'Argand où la poussière se combine avec l'huile, une longue table couverte en toile cirée assez grasse pour qu'un facétieux externe y écrive son nom en se servant de son doigt comme de style, des chaises estropiées, de petits paillassons piteux en sparterie qui se déroule toujours sans se perdre jamais, puis des chaufferettes misérables à trous cassés, à charnières défaites, dont le bois se carbonise.

Pour expliquer combien ce mobilier est vieux, crevassé, pourri, tremblant, rongé, manchot, borgne, invalide, expirant, il faudrait en faire une description qui retarderait trop l'intérêt de cette histoire, et que les gens pressés ne pardonneraient pas. Le carreau rouge est plein de vallées produites par le frottement ou par les mises en couleur. Enfin, là règne la misère sans poésie; une misère économe, concentrée, râpée. Si elle n'a pas de fange encore, elle a des taches; si elle n'a ni trous ni haillons, elle va tomber en pourriture.

Cette pièce est dans tout son lustre au moment où, vers sept heures du matin, le chat de madame Vauquer précède sa maîtresse; saute sur les buffets, y flaire le lait que contiennent plusieurs jattes couvertes d'assiettes, et fait entendre son rourou matinal. Bientôt la veuve se montre, attifée de son bonnet de tulle sous lequel pend un tour de faux cheveux mal mis, elle marche en traînant ses pantoufles grimacées. Sa face vieillotte, grassouillette, du milieu de laquelle sort un nez à bec de perroquet; ses petites mains potelées, sa personne dodue comme un rat d'église, son corsage trop plein et qui flotte, sont en harmonie avec cette salle où suinte le malheur, où s'est blottie la spéculation, et dont madame Vauquer respire l'air chaudement fétide sans en être écœurée. Sa figure fraîche comme une première gelée d'automne, ses yeux ridés, dont l'expression passe du sourire prescrit aux danseuses à l'amer renfrognement de l'escompteur, enfin toute sa personne explique la pension, comme la pension implique sa personne.

Le baigne ne va pas sans l'argousin, vous n'imaginerez pas l'un sans l'autre. L'embonpoint blafard de cette petite femme est le produit de cette vie, comme le typhus est la conséquence des exhalaisons d'un hôpital. Son jupon de laine tricotée, qui dépasse sa première jupe faite avec une vieille robe, et dont la ouate s'échappe par les fentes de l'étoffe lézardée, résume le salon, la salle à manger, le jardinet, annonce la cuisine et fait pressentir les pensionnaires. Quand elle est là, ce spectacle est complet. Âgée d'environ cinquante ans, madame Vauquer ressemble à toutes les femmes qui ont eu des malheurs. Elle a l'œil vitreux, l'air innocent d'une entremetteuse qui va se gendarmer pour se faire payer plus cher, mais d'ailleurs prête à tout pour adoucir son sort, à livrer Georges ou Pichegru, si Georges ou Pichegru étaient encore à livrer. Néanmoins, elle est bonne femme au fond, disent les pensionnaires, qui la croient sans fortune en l'entendant geindre et tousser comme eux. Qu'avait été monsieur Vauquer? Elle ne s'expliquait jamais sur le défunt. Comment avait-il perdu sa fortune? Dans les malheurs, répondait-elle. Il s'était mal conduit envers elle, ne lui avait laissé que les yeux pour pleurer, cette maison pour vivre, et le droit de ne compatir à aucune infortune, parce que, disait-elle, elle avait souffert tout ce qu'il est possible de souffrir. En entendant trotter sa maîtresse, la grosse Sylvie, la cuisinière, s'empressait de servir le déjeuner des pensionnaires internes.

Généralement les pensionnaires externes ne s'abonnaient qu'au dîner, qui coûtait trente francs par mois. À l'époque où cette histoire commence, les internes étaient au nombre de sept. Le premier étage contenait les deux meilleurs appartements de la maison. Madame Vauquer habitait le moins considérable, et l'autre appartenait à madame Couture, veuve d'un Commissaire-Ordonnateur de la République française. Elle avait avec elle une très jeune personne, nommée Victorine Taillefer, à qui elle servait de mère. La pension de ces deux dames montait à dix-huit cents francs. Les deux appartements du second étaient occupés, l'un par un vieillard nommé Poiret; l'autre, par un homme âgé d'environ quarante ans, qui portait une perruque noire, se teignait les favoris, se disait ancien négociant, et s'appelait monsieur Vautrin. Le troisième étage se composait de quatre chambres, dont deux étaient louées, l'une par une vieille fille nommée mademoiselle Michonneau; l'autre, par un ancien fabricant de vermicelles, de pâtes d'Italie et d'amidon, qui se laissait nommer le Père Goriot. Les deux autres chambres étaient destinées aux oiseaux de passage, à ces infortunés étudiants qui, comme le père Goriot et mademoiselle Michonneau, ne pouvaient mettre que quarante-cinq francs par mois à leur nourriture et à leur logement; mais madame Vauquer souhaitait peu leur présence et ne les prenait que quand elle ne trouvait pas mieux: ils mangeaient trop de pain. En ce moment, l'une de ces deux chambres appartenait à un jeune homme venu des environs d'Angoulême à Paris pour y faire son Droit, et dont la nombreuse famille se soumettait aux plus dures privations afin de lui envoyer douze cents francs par an. Eugène de Rastignac, ainsi se nommait-il, était un de ces jeunes gens façonnés au travail par le malheur, qui comprennent dès le jeune âge les espérances que leurs parents placent en eux, et qui se préparent une belle destinée en calculant déjà la portée de leurs études, et, les adaptant par avance au mouvement futur de la société, pour être les premiers à la pressurer. Sans ses observations curieuses et l'adresse avec laquelle il sut se produire dans les salons de Paris, ce récit n'eût pas été coloré des tons vrais qu'il devra sans doute à son esprit sagace et à son désir de pénétrer les mystères d'une situation épouvantable aussi soigneusement cachée par ceux qui l'avaient créée que par celui qui la subissait.

Au-dessus de ce troisième étage étaient un grenier à étendre le linge et deux mansardes où couchaient un garçon de peine, nommé Christophe, et la grosse Sylvie, la cuisinière. Outre les sept pensionnaires internes, madame Vauquer avait, bon an, mal an, huit étudiants en Droit ou en Médecine, et deux ou trois habitués qui demeuraient dans le quartier, abonnés tous pour le dîner seulement. La salle contenait à dîner dix-huit personnes et pouvait en admettre une vingtaine; mais le matin, il ne s'y trouvait que sept locataires dont la réunion offrait pendant le déjeuner l'aspect d'un repas de famille. Chacun descendait en pantoufles, se permettait des observations confidentielles sur la mise ou sur l'air des externes, et sur les événements de la soirée précédente, en s'exprimant avec la confiance de l'intimité. Ces sept pensionnaires étaient les enfants gâtés de madame Vauquer, qui leur mesurait avec une précision d'astronome les soins et les égards, d'après le chiffre de leurs pensions. Une même considération affectait ces êtres rassemblés par le hasard. Les deux locataires du second ne payaient que soixante-douze francs par mois. Ce bon marché, qui ne se rencontre que dans le faubourg Saint-Marcel, entre la Bourbe et la Salpêtrière, et auquel madame Couture faisait seule exception, annonce que ces pensionnaires devaient être sous le poids.

Papá Goriot (1834)

- I -

Una pensión burguesa

La señora Vauquer, de soltera De Conflans, es una anciana que desde hace cuarenta años regenta una pensión en la calle Neuve-Sainte-Genève, entre el barrio latino y el de Saint-Marceau. Esta pensión, conocida por el nombre de Casa Vauquer, admite tanto a hombres como a mujeres, a jóvenes y a ancianos, sin que las malas lenguas hayan atacado nunca las costumbres de tan respetable establecimiento. Pero también es cierto que, desde hacía treinta años, nunca se había visto en ella a personas jóvenes, y, cuando un hombre joven vivía allí, era porque su familia le pasaba mensualmente muy poco dinero. No obstante, en el año 1819, época en la que da comienzo este drama, se hallaba en Casa Vauquer una joven pobre. Aunque la palabra drama haya caído en descrédito por el modo abusivo con que ha sido prodigada en estos tiempos de dolorosa literatura, es preciso emplearla aquí: no afirmo que esta historia sea dramática en la verdadera acepción de la palabra, pero es posible que, tras terminar la lectura de la obra, el lector habrá derramado algunas lágrimas intra muros y extra. ¿Será comprendida más allá de París?

Nos permitimos ponerlo en duda. Las particularidades de esta historia llena de observaciones y de colores locales no pueden apreciarse mejor que entre el pie de Montmartre y las alturas de Montrouge, en ese ilustre valle de cascote continuamente a punto de caer y de arroyos negros de barro, un valle repleto de sufrimientos reales, de alegrías a menudo ficticias, y tan terriblemente agitado que es preciso que ocurra algo exorbitante para producir una sensación de cierta duración.

Sin embargo, aquí de vez en cuando se acumulan demasiados vicios, los sufrimientos resultan muy importantes y graves. Si, a simple vista, los egoísmos y los intereses permanecen sosegados, la impresión que generan es como la de una fruta sabrosa que se ofrece para ser devorada. El carro de la civilización, semejante al del ídolo de Jaggernat, apenas retardado por un corazón menos fácil de triturar que los otros y que fija los rayos de su rueda, pronto se rompe y continúa su gloriosa marcha. Así mismo haréis vosotros, los que sostenéis este libro con una mano blanca, que os hundís en un mullido sofá, diciéndoos: «Quizás esto va a divertirme».

Después de haber leído los secretos infortunios de papá Goriot comeréis con buen apetito poniendo vuestra sensibilidad a cuenta del autor, tachándole de exagerado, acusándole de poesía. ¡Ah!, sabedlo: este drama no es una ficción ni una novela. *All is true*, todo es tan verdadero, que cada cual puede reconocer los elementos del mismo en su casa, quizás en su propio corazón.

La casa convertida en pensión pertenece a la señora Vauquer. Está situada en la parte baja de la calle Neuve-Sainte-Geneviève, en el lugar donde el terreno descende hacia la calle de la Arbalète, con una pendiente tan brusca que raras veces suben o bajan por ella los caballos.

Esta circunstancia favorece el silencio que reina en esas calles apretadas, entre la cúpula del Val-de-Grâce y la cúpula del Panteón, dos monumentos que cambian las condiciones de la atmósfera proyectando en ella unos tonos amarillos y volviéndolo todo sombrío con sus sombras severas. Allí el suelo está seco, los arroyos no tienen agua ni barro, la hierba crece a lo largo de los muros. El hombre más despreocupado se entristece allí lo mismo que todos los transeúntes, el ruido de un carruaje se convierte en un acontecimiento, las casas son tétricas, las murallas huelen a prisión. Un parisiense extraviado sólo vería allí pensiones o instituciones, miseria y tedio, vejez que muere, fogosa juventud obligada a trabajar.

Ningún barrio de París es más horrible, y digámoslo también, más desconocido. La calle Neuve-Sainte-Geneviève, sobre todo, es como un marco de bronce, el único que conviene a este relato, para el cual hay que preparar la mente mediante colores pardos, por medio de ideas graves. Es así como de peldaño en peldaño va disminuyendo la luz, y el canto del guía va expirando cuando el viajero descende a las Catacumbas.

¡Comparación exacta! ¿Quién decidirá lo que es más horrible: corazones resechos o cráneos vacíos? La fachada de la pensión da a un jardincillo, de suerte que la casa da en ángulo recto a la calle Neuve-Sainte-Geneviève, donde la veis cortada en su profundidad. A lo largo de esta fachada, entre la casa y el jardincillo, hay un firme en forma de canalón, de una toesa de anchura, delante del cual se ve una avenida enarenada, bordeada de geranios, de adelfas y granados plantados en grandes jarrones de mayólica azul y blanca. En la puerta de acceso a esta avenida hay un rótulo en el que se lee: CASA VAUQUER, y debajo: Pensión para ambos sexos.

Durante el día, una puerta calada, armada de una vocinglera campanilla, permite advertir al extremo del pavimento, en el muro opuesto de la calle, una arcada pintada en mármol verde por un artista de barrio. Bajo el refuerzo simulado por esta pintura se levanta una estatua que representa al Amor. Bajo el zócalo, esta inscripción, medio borrada, recuerda el tiempo al que se remonta tal obra artística por el entusiasmo que atestigua hacia Voltaire, que regresó a París en 1777: Seas quien fueres, he aquí tu dueño: Lo es, lo fue o debe serlo.

Al caer la noche, la puerta calada es sustituida por una puerta llena. El jardincillo, tan ancho como larga es la fachada, se encuentra encajonado por el muro de la calle y por el muro medianero de la casa vecina, a lo largo de la cual pende un manto de yedra que la oculta completamente y atrae las miradas de los transeúntes por un efecto que resulta pintoresco en París.

Cada uno de estos muros se halla tapizado por espaldares y vides cuyas menguadas y polvorientas fructificaciones son objeto de los temores anuales de la señora Vauquer y de sus conversaciones con los huéspedes. A lo largo de cada muralla hay una estrecha avenida que lleva a un grupo de tilos. Entre las dos avenidas laterales hay un parterre de alcachofas flanqueado por árboles frutales y bordeado de acedera, lechuga o perejil. Bajo los tilos hay una mesa redonda pintada de verde y rodeada de asientos. Allí, durante los días caniculares, los huéspedes lo

suficientemente ricos para permitirse el lujo de tomar café vienen a saborearlo bajo un calor capaz de empollar huevos. La fachada, de tres pisos y buhardillas, está construida con murrillos y pintada de ese color amarillo que presta un carácter innoble a casi todas las casas de París. Las cinco ventanas practicadas a cada piso tienen pequeños cristales y están provistas de celosías, ninguna de las cuales está levantada de la misma manera, de suerte que todas sus líneas conspiran entre sí. La profundidad de esta casa comporta dos ventanas que en la planta baja tienen como adorno unos barrotes de hierro. Detrás del edificio hay un patio de unos veinte pies de ancho, en el que viven en perfecta armonía cerdos, gallinas, conejos, y al fondo del cual se levanta un cobertizo para guardar la leña. Entre este cobertizo y la ventana de la cocina se cuelga la fresquera, debajo de la cual caen las aguas grasientas del fregadero de la cocina. Este patio tiene en la calle Neuve-Sainte-Geneviève una puerta estrecha por la cual la cocinera echa las basuras de la casa, limpiando esta sentina con gran acompañamiento de agua, so pena de pestilencia.

Naturalmente destinada a la explotación de la pensión, la planta baja se compone de una primera pieza iluminada por las dos ventanas de la calle y en la que se penetra por una puerta-ventana. Este salón comunica con un comedor que se halla separado de la cocina por la caja de una escalera cuyos peldaños son de madera y ladrillos descoloridos y gastados. Nada hay más triste que ver este salón amueblado con sillones y sillas con una tela a rayas, alternativamente mates y relucientes. Parte de las paredes está tapizada con papel barnizado, que representa las principales escenas de Telémaco, y cuyos clásicos personajes están pintados en colores. El panel, situado entre las ventanas enrejadas, ofrece a los pensionistas el cuadro del banquete dado al hijo de Ulises por Calipso. Desde hace cuarenta años, esta pintura suscita las bromas de los huéspedes jóvenes, que se creen superiores por burlarse de la comida a la que la miseria les condena. La chimenea de piedra, cuyo hogar siempre limpio atestigua que sólo se enciende fuego en las grandes ocasiones, está adornada por dos jarrones llenos de flores artificiales que acompañan a un reloj de mármol azulado del peor gusto. Esta primera pieza exhala un olor que carece de nombre en el idioma y que habría que llamar olor de pensión. Huele a encerrado, a moho, a rancio; produce frío, es húmeda, penetra los vestidos; posee el sabor de una habitación en la que se ha comido y apesta a servicio o a hospicio. Quizás podría describirse si se inventara un procedimiento para evaluar las cantidades elementales y nauseabundas que en ella arrojan las atmósferas catarrales y *sui generis* de cada huésped, joven o anciano. Bien, a pesar de estos horrores, si lo comparaseis con el comedor, que le es contiguo, hallaríais que este salón resulta elegante y perfumado. Esta sala, completamente recubierta de madera, estuvo en otro tiempo pintada de un color que hoy no puede identificarse, que forma un fondo sobre el cual la grasa ha impreso sus capas de un modo que dibuja en él extrañas figuras.

En ella hay bufetes pegajosos sobre los cuales se ven botellas, pilas de platos de porcelana gruesa, de bordes azules, fabricados en Tournay. En un ángulo hay una caja con compartimientos numerados que sirve para guardar las servilletas, manchadas o vinosas, de cada huésped. Se encuentran allí algunos de esos muebles indestructibles, proscritos en todas partes, pero colocados allí como los desechos de la civilización en los Incurables. Veréis allí un barómetro de capuchino que sale cuando llueve, grabados execrables que quitan el apetito, todos ellos enmarcados en madera negra barnizada con bordes dorados; una estufa verde, quinqués de Argand, en los que el polvo se combina con el aceite, una larga mesa cubierta de tela encerada lo suficientemente grasienta para que un bromista escriba su nombre sirviéndose de su dedo como de un punzón, sillas desvencijadas, pequeñas esteras de esparto, calentapiés medio roto, cuya madera se carboniza. Para explicar hasta qué punto este mobiliario es viejo, podrido, trémulo, roído, manco, tuerto, inválido, expirante, haría falta efectuar una descripción que retardaría con exceso el interés de esta historia, y las personas que tienen prisa no perdonarían. El ladrillo rojo está lleno de valles producidos por el desgaste causado por los pies o por los fondos de color. En fin, allí reina la miseria sin poesía; una miseria económica, concentrada. Si aún no tiene fango, tiene manchas; si no presenta andrajos ni agujeros, va a descomponerse por efecto de la putrefacción.

Esta pieza se halla en todo su lustre en el momento en que, hacia las siete de la mañana, el gato de la señora Vauquer precede a su dueña, salta sobre los bufetes, husmea en ellos la leche contenida en varios potes, y deja oír su ronroneo matutino. Pronto aparece la viuda, con su gorro,

bajo el que pende un mechón de pelo postizo, y camina arrastrando sus viejas zapatillas. Su cara avejentada, grasienta, de en medio de la cual brota una nariz como el pico de un loro; sus manos agrietadas, su cuerpo parecido al de una rata de iglesia, su busto demasiado cargado y flotante, se hallan en armonía con esta sala que rezuma desgracia, en la que se ha refugiado la especulación, y cuyo aire cálidamente fétido es respirado por la señora Vauquer sin que le produzca desmayo.

Su rostro fresco como una primera helada de otoño, sus ojos circundados de arrugas, cuya expresión pasa de la sonrisa prescrita a las bailarinas, a la amarga mueca de los usureros, en fin, toda su persona implica la pensión, así como la pensión implica toda su persona. El presidio no se imagina sin el capataz, no puede concebirse el uno sin el otro. La fofa gordura de esta mujer es el producto de esta vida, como el tifus es la consecuencia de las exhalaciones de un hospital. Su vestido, hecho con ropa vieja, resume el salón, el comedor, el jardincillo, anuncia la cocina y hace presentir los huéspedes. Cuando ella está allí, el espectáculo es completo. De una edad de unos cincuenta años, la señora Vauquer se parece a todas las mujeres que han tenido desgracias. Tiene los ojos vidriosos, el aire inocente de una callejera que se hace acompañar para hacerse pagar mejor, pero, por otra parte, dispuesta a todo con tal de hacer más agradable su suerte. Sin embargo, es buena mujer en el fondo, dicen los huéspedes, que la creen sin fortuna al oírla gemir y toser como ellos. ¿Quién había sido el señor Vauquer? Ella nunca hablaba del difunto. ¿Cómo había perdido su fortuna? En las desgracias, respondía la señora Vauquer. Se había portado mal con ella, sólo le había dejado los ojos para llorar, aquella casa para vivir y el derecho de no compadecer ningún infortunio, porque, decía, había sufrido todo lo que es posible sufrir. Al oír los pasos de la señora, la gorda Silvia, la cocinera, se apresuraba a servir el desayuno de los huéspedes internos.

Generalmente los huéspedes externos sólo se abonaban a la comida del mediodía, que costaba treinta francos mensuales. En la época en que comienza esta historia, los internos eran siete. El primer piso contenía los dos mejores apartamentos de la casa. La señora Vauquer habitaba el menos considerable, y el otro pertenecía a la señora Couture, viuda de un comisario-ordenador de la República francesa. Tenía consigo a una muchacha llamada Victorina Taillefer, a la que hacía de madre.

La pensión de estas dos señoras ascendía a mil ochocientos francos. Los dos apartamentos del segundo piso estaban ocupados, el uno por un anciano llamado Poiret; el otro por un hombre de unos cuarenta años de edad que llevaba una peluca negra, se teñía las patillas, decíase antiguo negociante y se llamaba señor Vautrin. El tercer piso se componía de cuatro habitaciones, dos de las cuales estaban alquiladas, una a una solterona llamada señorita Michonneau; la otra a un antiguo fabricante de fideos, pastas de Italia y de almidón, el cual dejaba que le llamaran papá Goriot. Las otras dos habitaciones estaban destinadas a los pájaros de paso, a esos desdichados estudiantes que, como papá Goriot y la señorita Michonneau, no podían destinar más que cuarenta y cinco francos mensuales a su sustento y a su alojamiento; pero la señora Vauquer deseaba poco su presencia y sólo les tomaba cuando no hallaba algo mejor: comían demasiado pan. En este momento, una de las dos habitaciones pertenecía a un joven venido de los alrededores de Angulema a París para estudiar leyes, y cuya numerosa familia se sometía a las más duras privaciones con objeto de poder enviarle mil doscientos francos anuales.

Eugenio de Rastignac, que tal era su nombre, era uno de esos jóvenes que han sido forjados por la desgracia, que comprenden desde su infancia las esperanzas que sus padres depositan en ellos, y que se preparan un hermoso porvenir calculando ya el alcance de sus estudios y adaptándolos de antemano al movimiento futuro de la sociedad. Sin sus observaciones curiosas y la habilidad con la cual supo presentarse en los salones de París, este relato no poseería los matices de veracidad que sin duda deberá a su inteligencia sagaz y a su deseo de penetrar los misterios de una situación espantosa tan cuidadosamente ocultada por los que la habían creado como por el que padecía los efectos de la misma. Encima de este tercer piso había un desván para tender la ropa y dos buhardillas en las que dormían un jornalero llamado Cristóbal y la gorda Silvia, la cocinera.

Además de los siete internos, la señora Vauquer tenía, alguno que otro año, ocho estudiantes de derecho o de medicina, y dos o tres hombres que vivían en el barrio y que sólo estaban

abonados para la comida. La sala podía tener dieciocho personas para comer y podía admitir una veintena; pero por la mañana sólo se encontraban siete huéspedes cuya reunión ofrecía durante el desayuno el aspecto de una comida en familia. Cada cual bajaba en zapatillas, permitíase observaciones confidenciales sobre el modo de vestir o sobre el aire de los externos y sobre los acontecimientos de la noche anterior, expresándose con la confianza de la intimidad. Estos siete huéspedes eran los niños mimados de la señora Vauquer, la cual les medía con precisión de astrónomo los cuidados y las atenciones, conforme al importe de sus pensiones. Una misma consideración afectaba a esos seres reunidos por el azar. Los dos inquilinos del segundo sólo pagaban mil doscientos francos anuales. Esta pensión tan barata, que sólo se encuentra en el barrio de Saint-Marcel, entre la Bourbe y la Salpêtrière, y de la que constituía excepción la señora Couture, revela que estos huéspedes debían hallarse bajo el peso de desgracias más o menos manifiestas. Así, el espectáculo desolador que ofrecía el interior de aquella casa se repetía en el vestido de sus habituales, igualmente míseros. Los hombres llevaban levitas cuyo color se había hecho problemático, zapatos como los que se arrojan en el rincón de los guardacantones de los barrios elegantes y vestiduras raídas. Las mujeres llevaban ropa gastada, reteñida, desteñida, viejos encajes zurcidos, guantes lustrosos por el uso. Si así era la indumentaria, casi todas esas personas mostraban unos cuerpos sólidamente contruidos, constituciones que habían resistido las tormentas de la vida, caras frías, duras, borradas como las de los escudos desmonetizados. Las bocas marchitas estaban armadas de dientes ávidos. Estos huéspedes hacían presentir dramas consumados o en acción; no esos dramas representados a la luz de las candilejas, entre telas pintadas, sino dramas vivientes y mudos, dramas helados que removían cálidamente el corazón, dramas continuos.

La vieja señorita Michonneau llevaba sobre sus ojos fatigados una visera grasienta de tafetán verde, con un borde de alambre de latón que habría asustado al ángel de la Piedad. Su chal de franjas delgadas y lloronas parecía cubrir un esqueleto, tan angulosas eran las formas que cubría. ¿Qué ácido había despojado a aquella criatura de sus gracias femeninas? Debía de haber sido linda y bien proporcionada.

¿Había sido el vicio, la pena, la codicia? ¿Había amado demasiado, había sido una cortesana? ¿Expiaba los triunfos de una juventud insolente que había sido sustituida por una vejez ante la cual huían los transeúntes? Su mirada daba escalofríos, su rostro era amenazador. Tenía la voz estridente de una cigarra que grita en su mata al acercarse el invierno. Decía haber cuidado a un señor anciano aquejado de un catarro en la vejiga y abandonada por sus hijos, que la creyeron sin recursos. Aquel viejo le había legado mil francos de renta vitalicia, periódicamente disputados por los herederos, de cuyas calumnias era objeto. Aunque el juego de las pasiones hubiera causado estragos en su rostro, se hallaban todavía en él vestigios de una blancura y de una delicadeza que permitían suponer que el cuerpo conservaba algunos restos de belleza.

El señor Poiret era una especie de mecánico. Al verle extenderse como una sombra gris a lo largo de una avenida del Jardín Botánico, la cabeza cubierta con una vieja gorra, sosteniendo apenas en la mano su bastón de puño de marfil amarillento, dejando flotar su levita que ocultaba mal un pantalón casi vacío, y unas piernas cubiertas con medias azules, mostrando su sucio chaleco blanco y su corbata mal anudada alrededor de su cuello de pavo, muchas personas se preguntaban si aquella sombra chinesca pertenecía a la raza audaz de los hijos de Jafet que mariposean por el bulevar italiano.

¿Qué trabajo había podido reducirle a tal estado? ¿Qué pasión había consumido su rostro? ¿Qué había sido? Quizás había sido empleado en el Ministerio de Justicia, en la oficina a la que los ejecutores de obras envían sus memorias de gastos, la cuenta de los suministros de velos negros para los parricidas, bramante para los cuchillos.

Quizás había sido cobrador a la puerta de un matadero, o subinspector de higiene. En fin, aquel hombre parecía haber sido uno de aquellos asnos de nuestra gran noria social, un pivote alrededor del cual habían girado los infortunios o las suciedades públicas, en fin, uno de esos hombres de los que al verles decimos: «Es preciso, sin embargo, que haya también tipos así». El bello París ignora esos rostros lívidos de sufrimientos morales o físicos. Pero París es un verdadero océano.

Echad la sonda en él, y nunca llegaréis a conocer su profundidad. Recorredlo, describidlo; por mucho cuidado que pongáis en recorrerlo, en describirlo; por muy numerosos que sean y por muy grande que sea el interés que tengan los exploradores de ese mar, siempre se encontrará en él un lugar virgen, un antro desconocido, unas flores, unas perlas, monstruos, algo inaudito, olvidado por los buceadores literarios. La Casa Vauquer es una de esas monstruosidades curiosas.

Dos figuras formaban allí un sorprendente contraste con la masa de los huéspedes y de los habituales. Aunque la señorita Victorina Taillefer tuviera una blancura enfermiza parecida a la de las jóvenes afectadas de clorosis, y aunque se uniera al sufrimiento general que constituía el fondo de este cuadro, por una tristeza habitual, por un aire taciturno, sin embargo, su rostro no era viejo, sus movimientos y su voz eran ágiles. Aquella joven calamidad parecía un arbusto de hojas amarillentas, recién plantado en un terreno adverso.

Sus cabellos de un rubio oscuro y su cintura en exceso delgada expresaban aquella gracia que los poetas modernos encontraban en las estatuillas de la Edad Media. Sus ojos grises expresaban una dulzura y una resignación cristianas. Sus vestidos sencillos, poco caros, revelaban formas juveniles. Era linda por yuxtaposición.

De haber sido feliz, habría sido encantadora: la felicidad es la poesía de las mujeres, tal como la «toilette» es el afeitado. Si la alegría de un baile hubiera reflejado sus rosados matices sobre aquella cara pálida; si las dulzuras de una vida elegante hubieran llenado, hubieran teñido de carmín aquellas mejillas ya ligeramente sumidas; si el amor hubiera reanimado aquellos ojos tristes, Victorina habría podido competir con las más hermosas jóvenes. Le faltaba lo que crea por segunda vez a la mujer, los trapos y los billetes amorosos. Su historia habría suministrado tema para un libro. Su padre creía tener razones para no reconocerla, negábase a tenerla a su lado, no le concedía más que seiscientos francos al año, y había alterado su fortuna para poderla transmitir íntegramente a su hijo. Parienta lejana de la madre de Victorina, que en otro tiempo había ido a morir de desesperación a su casa, la señora Couture cuidaba de la huérfana como si fuera hija suya.

Desgraciadamente la viuda del comisario-ordenador de los ejércitos de la República no poseía en el mundo más que su viudedad y su pensión; podía un día dejar a aquella pobre criatura, sin experiencia y sin recursos, a merced del mundo. La buena mujer llevaba a Victorina a misa todos los domingos, a confesar cada quince días, con objeto de hacer de ella una joven piadosa. Tenía razón. Los sentimientos religiosos ofrecían un porvenir a aquella pobre niña, que amaba a su padre, que cada año se dirigía a su casa para llevar el perdón de su madre, pero que todos los años encontraba la puerta de la casa paterna inexorablemente cerrada. Su hermano, único mediador, no había ido ni una sola vez a verla en cuatro años, y no le enviaba ningún recurso. Rogaba a Dios que abriera los ojos de su padre, que ablandase el corazón de su hermano, y rezaba por ellos sin acusarlos. La señora Couture y la señora Vauquer no encontraban en el diccionario bastantes injurias para calificar este bárbaro proceder. Cuando ellas maldecían a aquel millonario infame, Victorina dejaba oír palabras dulces, parecidas al canto de la paloma torcaz herida, cuyo grito de dolor expresa aún el temor.

Eugenio de Rastignac poseía un rostro muy meridional, la tez blanca, cabellos negros, ojos azules. Sus maneras, su actitud habitual denotaban al hijo de una familia noble, en la que la educación primera sólo había comportado tradiciones de buen gusto. Aunque trataba muy bien sus trajes, aunque durante los días laborables acababa de gastar las prendas de vestir del año anterior, sin embargo, algunas veces podía salir vestido como un joven elegante. Generalmente llevaba una levita vieja, un mal chaleco, la corbata negra, raída, mal anudada, del estudiante, un pantalón que hacía juego con todo lo anterior, y unas botas remendadas.

Entre estos dos personajes y los otros, Vautrin, el hombre de cuarenta años, el de las patillas teñidas, servía de transición. Era uno de esos hombres de los que dice la gente: «¡He ahí un buen mozo!»». Tenía anchas las espaldas, el pecho bien desarrollado, los músculos bien marcados, manos compactas, cuadradas y bien marcadas en las falanges de los dedos por ramilletes de pelos de un color rubio ardiente. Su rostro, surcado por arrugas prematuras, ofrecía señales de dureza que estaban desmentidas por sus maneras ágiles. Su voz, de bajo, en armonía con su carácter

alegre, no resultaba en modo alguno desagradable. Era amable y risueño. Si una cerradura funcionaba mal, pronto la había desmontado, arreglado y vuelto a montar, diciendo: «Esto es cosa mía».

Por otra parte, todo lo conocía: los barcos, el mar, Francia, el extranjero, los negocios, los hombres, los acontecimientos, las leyes, los hoteles y las prisiones. Era muy servicial. Había prestado varias veces dinero a la señora Vauquer y a algunos huéspedes; pero las personas a quienes favorecía antes morirían que dejar de devolverle lo que les había prestado, tan grande era el temor que su mirada profunda y resuelta inspiraba a pesar de su aire benévolo. Por el modo de escupir denotaba una sangre fría imperturbable que no había de hacerle retroceder ante un crimen con tal de salir de una situación equívoca. Cual juez severo, sus ojos parecían ir al fondo de todas las cuestiones, de todas las conciencias, de todos los sentimientos. Sus costumbres consistían en salir después de desayunar, regresar para comer, ausentarse toda la tarde y volver hacia medianoche, con ayuda de una gonzúa que le había confiado la señora Vauquer. Sólo él gozaba de este favor. Pero también él era quien se hallaba en mejores relaciones con la viuda, a la que llamaba mamá, cogiéndola por el talle, halago que la gente comprendía muy poco. La buena mujer creía que era cosa fácil, mientras que sólo Vautrin tenía en realidad los brazos lo suficientemente largos para apretar aquella pesada circunferencia. Un rasgo de su carácter era el de pagar generosamente quince francos al mes por un suplemento en el postre. Era un personaje menos superficial que aquellos jóvenes que son arrastrados por los torbellinos de la vida parisiense, o que aquellos viejos indiferentes a quienes no les afectaba Vautrin. Este sabía o adivinaba los asuntos de aquellos que le rodeaban, mientras que nadie podía penetrar ni sus pensamientos ni sus ocupaciones. Aunque hubiera arrojado su aparente benevolencia, su constante complacencia y su alegría como una barrera entre los demás y él, a menudo dejaba traslucir la espantosa profundidad de su carácter. A menudo una salida digna de Juvenal, con la que parecía complacerse en burlarse de las leyes, fustigar a la alta sociedad y convencerla de inconsecuencia consigo misma, debía hacer suponer que guardaba rencor al estado social y que había en el fondo de su vida algún misterio cuidadosamente oculto.

Atraída quizá, sin saberlo, por la fuerza del uno o por la belleza del otro, la señorita Taillefer repartía sus miradas furtivas y sus pensamientos secretos entre aquel cuarentón y el joven estudiante; pero ninguno de ellos parecía pensar en ella, por más que de un día a otro el azar pudiera cambiar su situación y hacer de ella un buen partido. Por otra parte, ninguna de aquellas personas se molestaba en comprobar si las desgracias alegadas por una de ellas eran falsas.

Gustave Flaubert (1821-1880)

Las obras de Flaubert ponen de manifiesto su entrega apasionada a la escritura y su permanente esfuerzo por alcanzar la perfección literaria. Sus biógrafos coinciden en explicar la laboriosidad con la que pulía sus textos hasta encontrar la palabra exacta –*le mot juste*– para expresar sus ideas, para describir con precisión las diferentes situaciones y para lograr el ritmo adecuado de su prosa. Explican, por ejemplo, que era tan detallista que, a veces, reescribía una misma página más de diez veces. Siempre se esforzó en el proceso de recopilar información para sus relatos.

Además de las novelas más conocidas como *Madame Bovary* (1857), *La educación sentimental* (1869) o *Bouvard y Pécuchet* (1881), escribió textos teatrales, cuentos y una extensa correspondencia epistolar.

En la escritura de *Madame Bovary*, obra en la que critica a la burguesía de la época, invirtió cerca de cinco años. En ella cuenta la historia del matrimonio: Charles y Emma Bovary, la hija de un granjero y lectora habitual de novelas románticas. Tras advertir que la realidad no era como ella la imaginó, buscó la felicidad fuera del matrimonio¹⁰.

Madame Bovary

Nous étions à l'étude, quand le proviseur entra, suivi d'un nouveau habillé en bourgeois et d'un garçon de classe qui portait un grand pupitre. Ceux qui dormaient se réveillèrent, et chacun se leva comme surpris dans son travail. Le proviseur nous fit signe de nous rasseoir; puis, se tournant vers le maître d'études:

–Monsieur Roger, lui dit-il à demi-voix, voici un élève que je vous recommande, il entre en cinquième. Si son travail et sa conduite sont méritoires, il passera dans les grands, où l'appelle son âge.

Resté dans l'angle, derrière la porte, si bien qu'on l'apercevait à peine, le nouveau était un gars de la campagne, d'une quinzaine d'années environ, et plus haut de taille qu'aucun de nous tous. Il avait les cheveux coupés droit sur le front, comme un chantre de village, l'air raisonnable et fort embarrassé. Quoiqu'il ne fût pas large des épaules, son habit-veste de drap vert à boutons noirs devait le gêner aux entournures et laissait voir, par la fente des parements, des poignets rouges habitués à être nus. Ses jambes, en bas bleus, sortaient d'un pantalon jaunâtre très tiré par les bretelles. Il était chaussé de souliers forts, mal cirés, garnis de clous.

¹⁰ La novela se hizo tan popular que su protagonista se convirtió en un referente en psicología: el bovarismo o síndrome de Madame Bovary describe el sentimiento de insatisfacción constante que sienten algunas personas al comparar su vida con la que siempre han fantaseado.

On commença la récitation des leçons. Il les écouta de toutes ses oreilles, attentif comme au sermon, n'osant même croiser les cuisses, ni s'appuyer sur le coude, et, à deux heures, quand la cloche sonna, le maître d'études fut obligé de l'avertir, pour qu'il se mît avec nous dans les rangs.

Nous avions l'habitude, en entrant en classe, de jeter nos casquettes par terre, afin d'avoir ensuite nos mains plus libres; il fallait, dès le seuil de la porte, les lancer sous le banc, de façon à frapper contre la muraille en faisant beaucoup de poussière; c'était là le genre.

Mais, soit qu'il n'eût pas remarqué cette manœuvre ou qu'il n'eût osé s'y soumettre, la prière était finie que le nouveau tenait encore sa casquette sur ses deux genoux. C'était une de ces coiffures d'ordre composite, où l'on retrouve les éléments du bonnet à poil, du chapska, du chapeau rond, de la casquette de loutre et du bonnet de coton, une de ces pauvres choses, enfin, dont la laideur muette a des profondeurs d'expression comme le visage d'un imbécile.

Ovoïde et renflée de baleines, elle commençait par trois boudins circulaires; puis s'alternaient, séparés par une bande rouge, des losanges de velours et de poils de lapin; venait ensuite une façon de sac qui se terminait par un polygone cartonné, couvert d'une broderie en soutache compliquée, et d'où pendait, au bout d'un long cordon trop mince, un petit croisillon de fils d'or, en manière de gland. Elle était neuve; la visière brillait.

–Levez-vous –dit le professeur.

Il se leva; sa casquette tomba. Toute la classe se mit à rire.

Il se baissa pour la reprendre. Un voisin la fit tomber d'un coup de coude, il la ramassa encore une fois.

–Débarrassez-vous donc de votre casque –dit le professeur, qui était un homme d'esprit.

Il y eut un rire éclatant des écoliers qui décontenança le pauvre garçon, si bien qu'il ne savait s'il fallait garder sa casquette à la main, la laisser par terre ou la mettre sur sa tête. Il se rassit et la posa sur ses genoux.

–Levez-vous –reprit le professeur–, et dites-moi votre nom.

Le nouveau articula, d'une voix bredouillante, un nom inintelligible.

–Répétez!

Le même bredouillement de syllabes se fit entendre, couvert par les huées de la classe.

–Plus haut! –cria le maître–, plus haut!

Le nouveau, prenant alors une résolution extrême, ouvrit une bouche démesurée et lança à pleins poumons, comme pour appeler quelqu'un, ce mot: Charbovari.

Ce fut un vacarme qui s'élança d'un bond, monta en crescendo, avec des éclats de voix aigus (on hurlait, on aboyait, on trépignait, on répétait: Charbovari! Charbovari!), puis qui roula en notes isolées, se calmant à grand'peine, et parfois qui reprenait tout à coup sur la ligne d'un banc où saillissait encore ça et là, comme un pétard mal éteint, quelque rire étouffé.

Cependant, sous la pluie des pensums, l'ordre peu à peu se rétablit dans la classe, et le professeur, parvenu à saisir le nom de Charles Bovary, se l'étant fait dicter, épeler et relire, commanda tout de suite au pauvre diable d'aller s'asseoir sur le banc de paresse, au pied de la chaire. Il se mit en mouvement, mais, avant de partir, hésita.

–Que cherchez-vous? –demanda le professeur.

–Ma cas... –fit timidement le nouveau, promenant autour de lui des regards inquiets.

–Cinq cents vers à toute la classe! –Exclamé d'une voix furieuse, arrêta, comme le Quos ego, une bourrasque nouvelle–. Restez donc tranquilles! –continuait le professeur indigné, et

s'essuyant le front avec son mouchoir qu'il venait de prendre dans sa toque—: Quant à vous, le nouveau, vous me copierez vingt fois le verbe *ridiculus sum*.

Puis, d'une voix plus douce:

—Eh! vous la retrouverez, votre casquette; on ne vous l'a pas volée!

Tout reprit son calme. Les têtes se courbèrent sur les cartons, et le nouveau resta pendant deux heures dans une tenue exemplaire, quoiqu'il y eût bien, de temps à autre, quelque boulette de papier lancée d'un bec de plume qui vînt s'éclabousser sur sa figure. Mais il s'essuyait avec la main, et demeurait immobile, les yeux baissés.

Le soir, à l'étude, il tira ses bouts de manches de son pupitre, mit en ordre ses petites affaires, régla soigneusement son papier. Nous le vîmes qui travaillait en conscience, cherchant tous les mots dans le dictionnaire et se donnant beaucoup de mal. Grâce, sans doute, à cette bonne volonté dont il fit preuve, il dut de ne pas descendre dans la classe inférieure; car, s'il savait passablement ses règles, il n'avait guère d'élégance dans les tournures. C'était le curé de son village qui lui avait commencé le latin, ses parents, par économie, ne l'ayant envoyé au collège que le plus tard possible.

Son père, M. Charles-Denis-Bartholomé Bovary, ancien aide-chirurgien-major, compromis, vers 1812, dans des affaires de conscription, et forcé, vers cette époque, de quitter le service, avait alors profité de ses avantages personnels pour saisir au passage une dot de soixante mille francs, qui s'offrait en la fille d'un marchand bonnetier, devenue amoureuse de sa tournure. Bel homme, hâbleur, faisant sonner haut ses éperons, portant des favoris rejoins aux moustaches, les doigts toujours garnis de bagues et habillé de couleurs voyantes, il avait l'aspect d'un brave, avec l'entrain facile d'un commis voyageur. Une fois marié, il vécut deux ou trois ans sur la fortune de sa femme, dînant bien, se levant tard, fumant dans de grandes pipes en porcelaine, ne rentrant le soir qu'après le spectacle et fréquentant les cafés. Le beau-père mourut et laissa peu de chose; il en fut indigné, se lança dans la fabrique, y perdit quelque argent, puis se retira dans la campagne, où il voulut faire valoir. Mais, comme il ne s'entendait guère plus en culture qu'en indienne, qu'il montait ses chevaux au lieu de les envoyer au labour, buvait son cidre en bouteilles au lieu de le vendre en barriques, mangeait les plus belles volailles de sa cour et graissait ses souliers de chasse avec le lard de ses cochons, il ne tarda point à s'apercevoir qu'il valait mieux planter là toute spéculation.

Moyennant deux cents francs par an, il trouva donc à louer dans un village, sur les confins du pays de Caux et de la Picardie, une sorte de logis moitié ferme, moitié maison de maître; et, chagrin, rongé de regrets, accusant le ciel, jaloux contre tout le monde, il s'enferma dès l'âge de quarante-cinq ans, dégoûté des hommes, disait-il, et décidé à vivre en paix.

Sa femme avait été folle de lui autrefois; elle l'avait aimé avec mille servilités qui l'avaient détaché d'elle encore davantage. Enjouée jadis, expansive et tout aimante, elle était, en vieillissant, devenue (à la façon du vin éventé qui se tourne en vinaigre) d'humeur difficile, piaillarde, nerveuse. Elle avait tant souffert, sans se plaindre, d'abord, quand elle le voyait courir après toutes les gotons de village et que vingt mauvais lieux le lui renvoyaient le soir, blasé et puant l'ivresse! Puis l'orgueil s'était révolté. Alors elle s'était tue, avalant sa rage dans un stoïcisme muet, qu'elle garda jusqu'à sa mort.

Elle était sans cesse en courses, en affaires. Elle allait chez les avoués, chez le président, se rappelait l'échéance des billets, obtenait des retards; et, à la maison, repassait, cousait, blanchissait, surveillait les ouvriers, soldait les mémoires, tandis que, sans s'inquiéter de rien, Monsieur, continuellement engourdi dans une somnolence boudeuse dont il ne se réveillait que pour lui dire des choses désobligeantes, restait à fumer au coin du feu, en crachant dans les cendres.

Quand elle eut un enfant, il le fallut mettre en nourrice. Rentré chez eux, le marmot fut gâté comme un prince. Sa mère le nourrissait de confitures; son père le laissait courir sans souliers, et,

pour faire le philosophe, disait même qu'il pouvait bien aller tout nu, comme les enfants des bêtes. À l'encontre des tendances maternelles, il avait en tête un certain idéal viril de l'enfance, d'après lequel il tâchait de former son fils, voulant qu'on l'élevât durement, à la spartiate, pour lui faire une bonne constitution. Il l'envoyait se coucher sans feu, lui apprenait à boire de grands coups de rhum et à insulter les processions. Mais, naturellement paisible, le petit répondait mal à ses efforts. Sa mère le traînait toujours après elle; elle lui découpait des cartons, lui racontait des histoires, s'entretenait avec lui dans des monologues sans fin, pleins de gaietés mélancoliques et de chatteries babillardes.

Dans l'isolement de sa vie, elle reporta sur cette tête d'enfant toutes ses vanités éparses, brisées. Elle rêvait de hautes positions, elle le voyait déjà grand, beau, spirituel, établi, dans les ponts et chaussées ou dans la magistrature. Elle lui apprit à lire, et même lui enseigna, sur un vieux piano qu'elle avait, à chanter deux ou trois petites romances. Mais, à tout cela, M. Bovary, peu soucieux des lettres, disait que ce n'était pas la peine. Aurai-ils jamais de quoi l'entretenir dans les écoles du gouvernement, lui acheter une charge ou un fonds de commerce? D'ailleurs, avec du toupet, un homme réussit toujours dans le monde. Madame Bovary se mordait les lèvres, et l'enfant vagabondait dans le village.

Il suivait les laboureurs, et chassait, à coups de motte de terre, les corbeaux qui s'envolaient. Il mangeait des mûres le long des fossés, gardait les dindons avec une gaule, fanait à la moisson, courait dans le bois, jouait à la marelle sous le porche de l'église les jours de pluie, et, aux grandes fêtes, suppliait le bedeau de lui laisser sonner les cloches, pour se pendre de tout son corps à la grande corde et se sentir emporter par elle dans sa volée.

Aussi poussa-t-il comme un chêne. Il acquit de fortes mains, de belles couleurs. À douze ans, sa mère obtint que l'on commençât ses études. On en chargea le curé.

Mais les leçons étaient si courtes et si mal suivies, qu'elles ne pouvaient servir à grand'chose. C'était aux moments perdus qu'elles se donnaient, dans la sacristie, debout, à la hâte, entre un baptême et un enterrement; o bien le curé envoyait chercher son élève après l'Angelus, quand il n'avait pas à sortir. On montait dans sa chambre, on s'installait: les moucherons et les papillons de nuit tournoyaient autour de la chandelle. Il faisait chaud, l'enfant s'endormait; et le bonhomme, s'assoupissant les mains sur son ventre, ne tardait pas à ronfler, la bouche ouverte. D'autres fois, quand M. le curé, revenant de porter le viatique à quelque malade des environs, apercevait Charles qui polissonnait dans la campagne, il l'appelait, le sermonnait un quart d'heure et profitait de l'occasion pour lui faire conjuguer son verbe au pied d'un arbre. La pluie venait les interrompre, ou une connaissance qui passait. Du reste, il était toujours content de lui, disait même que le jeune homme avait beaucoup de mémoire.

Charles ne pouvait en rester là; Madame fut énergique. Honteux, ou fatigué plutôt, Monsieur céda sans résistance, et l'on attendit encore un an que le gamin eût fait sa première communion.

Six mois se passèrent encore; et, l'année d'après, Charles fut définitivement envoyé au collège de Rouen, où son père l'amena lui-même, vers la fin d'octobre, à l'époque de la foire Saint Romain.

Il serait maintenant impossible à aucun de nous, de se rien rappeler de lui. C'était un garçon de tempérament modéré, qui jouait aux récréations, travaillait à l'étude, écoutant en classe, dormant bien au dortoir, mangeant bien au réfectoire. Il avait pour correspondant un quincailleur en gros de la rue Ganterie, qui le faisait sortir une fois par mois, le dimanche, après que sa boutique était fermée, l'envoyait se promener sur le port à regarder les bateaux, puis le ramenait au collège dès sept heures, avant le souper. Le soir de chaque jeudi, il écrivait une longue lettre à sa mère, avec de l'encre rouge et trois pains à cacheter; puis il repassait ses cahiers d'histoire, ou bien lisait un vieux volumen d'Anacharsis qui traînait dans l'étude. En promenade, il causait avec le domestique, qui était de la campagne comme lui.

À force de s'appliquer, il se maintint toujours vers le milieu de la classe; une fois même, il gagna un premier accessit d'histoire naturelle.

Mais à la fin de sa troisième, ses parents le retirèrent du collège pour lui faire étudier la médecine, persuadés qu'il pourrait se pousser seul jusqu'au baccalauréat.

Sa mère lui choisit une chambre, au quatrième, sur l'Eau-de-Robec, chez un teinturier de sa connaissance. Elle conclut les arrangements pour sa pension, se procura des meubles, une table et deux chaises, fit venir de chez elle un vieux lit en merisier, et acheta de plus un petit poêle en fonte, avec la provision de bois qui devait chauffer son pauvre enfant. Puis elle partit au bout de la semaine, après mille recommandations de se bien conduire, maintenant qu'il allait être abandonné à lui-même.

Le programme des cours, qu'il lut sur l'affiche, lui fit un effet d'étourdissement; cours d'anatomie, cours de pathologie, cours de physiologie, cours de pharmacie, cours de chimie, et de botanique, et de clinique, et de thérapeutique, sans compter l'hygiène ni la matière médicale, tous noms dont il ignorait les étymologies et qui étaient comme autant de portes de sanctuaires pleins d'augustes ténèbres.

Il n'y comprit rien; il avait beau écouter, il ne saisissait pas. Il travaillait pourtant, il avait des cahiers reliés, il suivait tous les cours, il ne perdait pas une seule visite. Il accomplissait sa petite tâche quotidienne à la manière du cheval de manège, qui tourne en place les yeux bandés, ignorant de la besogne qu'il broie.

Pour lui épargner de la dépense, sa mère lui envoyait chaque semaine, par le messenger, un morceau de veau cuit au four, avec quoi il déjeunait le matin, quand il était rentré de l'hôpital, tout en battant la semelle contre le mur.

Ensuite il fallait courir aux leçons, à l'amphithéâtre, à l'hospice, et revenir chez lui, à travers toutes les rues. Le soir, après le maigre dîner de son propriétaire, il remontait à sa chambre et se remettait au travail, dans ses habits mouillés qui fumaient sur son corps devant le poêle rougi.

Dans les beaux soirs d'été, à l'heure où les rues tièdes sont vides, quand les servantes jouent au volant sur le seuil des portes, il ouvrait sa fenêtre et s'accoudait. La rivière, qui fait de ce quartier de Rouen comme une ignoble petite Venise, coulait en bas, sous lui, jaune, violette ou bleue, entre ses ponts et ses grilles. Des ouvriers, accroupis au bord, lavaient leurs bras dans l'eau.

Sur des perches partant du haut des greniers, des écheveaux de coton séchaient à l'air. En face, au-delà des toits, le grand ciel pur s'étendait, avec le soleil rouge se couchant. Qu'il devait faire bon là-bas! Quelle fraîcheur sous la hêtrée! Et il ouvrait les narines pour aspirer les bonnes odeurs de la campagne, qui ne venaient pas jusqu'à lui.

Il maigrit, sa taille s'allongea, et sa figure prit une sorte d'expression dolente qui la rendit presque intéressante. Naturellement, par nonchalance, il en vint à se délier de toutes les résolutions qu'il s'était faites. Une fois, il manqua la visite, le lendemain son cours, et, savourant la paresse, peu à peu, n'y retourna plus.

Il prit l'habitude du cabaret, avec la passion des dominos. S'enfermer chaque soir dans un sale appartement public, pour y taper sur des tables de marbre de petits os de mouton marqués de points noirs, lui semblait un acte précieux de sa liberté, qui le rehaussait d'estime vis-à-vis de lui-même.

C'était comme l'initiation au monde, l'accès des plaisirs défendus; et, en entrant, il posait la main sur le bouton de la porte avec une joie presque sensuelle. Alors, beaucoup de choses comprimées en lui se dilatèrent; il apprit par cœur des couplets qu'il chantait aux bienvenues, s'enthousiasma pour Béranger, sut faire du punch et connut enfin l'amour.

Grâce à ces travaux préparatoires Grâce à ces travaux préparatoires, il échoua complètement à son examen d'officier de santé. On l'attendait le soir même à la maison pour fêter son succès! Il partit à pied et s'arrêta vers l'entrée du village, où il fit demander sa mère, lui conta tout. Elle l'excusa, rejetant l'échec sur l'injustice des examinateurs, et le raffermir un peu, se chargeant d'arranger les choses. Cinq ans plus tard seulement, M. Bovary connut la vérité; elle était vieille, il l'accepta, ne pouvant d'ailleurs supposer qu'un homme issu de lui fût un sot.

Charles se remit donc au travail et prépara sans discontinuer les matières de son examen, dont il apprit d'avance toutes les questions par cœur. Il fut reçu avec une assez bonne note. Quel beau jour pour sa mère! On donna un grand dîner.

Où irait-il exercer son art? À Tostes. Il n'y avait là qu'un vieux médecin. Depuis longtemps madame Bovary guettait sa mort, et le bonhomme n'avait point encore plié bagage, que Charles était installé en face, comme son successeur.

Mais ce n'était pas tout que d'avoir élevé son fils, de lui avoir fait apprendre la médecine et découvert Tostes pour l'exercer: il lui fallait une femme. Elle lui en trouva une: la veuve d'un huissier de Dieppe, qui avait quarante-cinq ans et douze cents livres de rente.

Quoiqu'elle fût laide, sèche comme un cotret, et bourgeonnée comme un printemps, certes madame Dubuc ne manquait pas de partis à choisir. Pour arriver à ses fins, la mère Bovary fut obligée de les évincer tous, et elle déjoua même fort habilement les intrigues d'un charcutier qui était soutenu par les prêtres.

Charles avait entrevu dans le mariage l'avènement d'une condition meilleure, imaginant qu'il serait plus libre et pourrait disposer de sa personne et de son argent. Mais sa femme fut le maître; il devait devant le monde dire ceci, ne pas dire cela, faire maigre tous les vendredis, s'habiller comme elle l'entendait, harceler par son ordre les clients qui ne payaient pas. Elle décachetait ses lettres, épiait ses démarches, et l'écoutait, à travers la cloison, donner ses consultations dans son cabinet, quand il y avait des femmes. Il lui fallait son chocolat tous les matins, des égards à n'en plus finir. Elle se plaignait sans cesse de ses nerfs, de sa poitrine, de ses humeurs.

Le bruit des pas lui faisait mal; on s'en allait, la solitude lui devenait odieuse; revenait-on près d'elle, c'était pour la voir mourir, sans doute. Le soir, quand Charles rentrait, elle sortait de dessous ses draps ses longs bras maigres, les lui passait autour du cou, et, l'ayant fait asseoir au bord du lit, se mettait à lui parler de ses chagrins: il l'oubliait, il en aimait une autre! On lui avait bien dit qu'elle serait malheureuse; et elle finissait en lui demandant quelque sirop pour sa santé et un peu plus d'amour.

*Madame Bovary*¹¹

Estábamos en el Estudio cuando entró el director vestido de un nuevo traje de calle y seguido de un mozo que traía una gran cartera. Los que dormían se despertaron, y todos nos pusimos de pie como sorprendidos en nuestro trabajo.

El director nos hizo una señal para que volviéramos a sentarnos; luego, volviéndose hacia el jefe de estudios, le dijo a media voz:

–Señor Roger, aquí tiene a un alumno que le recomiendo, entra en quinto. Si su trabajo y su conducta lo merecen, pasará a los mayores, como corresponde a su edad.

El nuevo, que se había quedado en el rincón detrás de la puerta de tal modo que apenas se le veía, era un chico de campo, de unos quince años, y más alto de estatura que cualquiera de nosotros. Llevaba el pelo cortado recto sobre la frente, como un cantante de pueblo, y parecía formal y muy azorado. Aunque no fuera ancho de hombros, su casaca de paño verde con botones negros debía de molestarle en las sisas y dejaba ver, por las vueltas de las bocamangas, unas muñecas rojas habituadas a ir descubiertas. Sus piernas, con medias azules, salían de un pantalón amarillento muy tensado por los tirantes. Calzaba unos recios zapatos mal lustrados y guarnecidos de clavos.

Empezamos el recitado de las lecciones. Las escuchó con los oídos muy abiertos, atento como si estuviera en un sermón, sin atreverse siquiera a cruzar las piernas ni apoyarse en los codos y, a las dos, cuando sonó la campana, el jefe de estudios tuvo que avisarle para que se pusiera con nosotros en la fila.

Al entrar en clase teníamos la costumbre de tirar nuestras gorras al suelo con el fin de tener más libres las manos; desde el umbral las lanzábamos debajo del banco, de manera que golpearan contra la pared levantando mucho polvo. Eso era lo que pretendíamos.

Pero, bien porque no se hubiera fijado en esa maniobra, o por no atreverse a someterse a ella, cuando ya habíamos acabado el rezo el nuevo seguía con la gorra sobre sus rodillas. Era uno de esos compuestos con partes del casco de granadero, de los chascales, del sombrero de copa, de la gorra de nutria y del gorro de dormir, en resumen, una de esas cosas lamentables cuya fealdad tiene profundidades de expresión como el rostro de un imbécil. Ovoide y armada de ballenas, empezaba por tres rodetes circulares; luego, separados por una tira roja, alternaban unos rombos de terciopelo con otros de piel de conejo; a continuación, venía una especie de bolsa rematada por un polígono de cartón y cubierto de un bordado de complicado turbante del que pendía, en el extremo de un largo cordón demasiado delgado, un pequeño colgante de hilos de oro, en forma de borla. Su visera era también reluciente.

–Levántese –dijo el profesor.

Él se levantó; la gorra cayó al suelo. Toda la clase se echó a reír.

Se agachó para recogerla. A su lado, un compañero volvió a tirarla empujándola con el codo, él volvió a recogerla.

–Deje en paz su casco de una vez –dijo el profesor, hombre ocurrente.

Las carcajadas de los escolares desconcertaron al pobre muchacho, tanto que no sabía si debía conservar su gorra en la mano, dejarla en el suelo o ponérsela en la cabeza.

Volvió a sentarse y la colocó sobre sus rodillas.

¹¹ Traducción de Mario Armiño.

–Levántese –continuó el profesor–, y dígame su nombre.

Farfullando, el nuevo articuló un nombre ininteligible.

–¡Repita!

Se dejó oír la misma farfulla de sílabas, ahogada por los abucheos de la clase.

–¡Más alto! –gritó el maestro–, ¡más alto!

El nuevo, entonces, tomando una resolución extrema, abrió una boca desmesurada y, a pleno pulmón, como quien llama a alguien, soltó esta palabra: Charbovari.

Se produjo entonces un alboroto que, de repente, subió *in crescendo*, con gritos agudos (todos aullaban, ladraban, pateaban, mientras coreaban: ¡Charbovari! ¡Charbovari!), rodó luego en notas aisladas, calmándose a duras penas y resurgiendo a veces de pronto en la fila de un banco donde aún estallaba aquí y allá, como un petardo mal apagado, alguna risa reprimida.

Mientras tanto, bajo una lluvia de castigos, el orden fue restableciéndose en la clase, y el profesor, que por fin logró entender el nombre de Charles Bovary tras hacérselo dictar, deletrear y releer, mandó enseguida al pobre diablo que fuera a sentarse en el banco de los torpes, al pie de su tarima. Se puso en movimiento, pero, antes de echar a andar, vaciló.

–¿Qué está buscando? –preguntó el profesor.

–Mi go... –dijo tímidamente el nuevo, paseando a su alrededor unas miradas inquietas.

–Quinientos versos a toda la clase! –exclamando con voz furiosa, cortó en seco una nueva borrasca-. ¡A ver si se están tranquilos! –Seguía indignado el profesor que se enjugaba la frente con un pañuelo que acababa de sacar de su bonete-. Y usted, el nuevo, me copiará veinte veces el verbo *ridiculus sum*.

Luego, en un tono más suave:

–¡Y ya encontrará su gorra, que nadie se la ha robado!

Todo volvió a la calma. Las cabezas se inclinaron sobre los cuadernos y el nuevo permaneció durante dos horas en una compostura ejemplar, por más que, de vez en cuando, alguna bolita de papel lanzada con el extremo de una plumilla fuera a estrellarse en su rostro. Pero él se limpiaba con la mano y seguía inmóvil, con los ojos bajos.

Por la tarde, en el Estudio, sacó sus manguitos del pupitre, puso en orden sus cosas y tiró cuidadosamente las rayas en su papel. Lo vimos trabajar a conciencia, buscando todas las palabras en el diccionario y esforzándose mucho. Gracias, sin duda, a esa buena voluntad de que dio prueba, no tuvo que bajar de clase; pues, aunque sabía pasablemente las reglas, apenas mostraba elegancia en los giros. Había sido el cura de su pueblo el que lo inició en el latín porque sus padres, para ahorrar, habían retrasado su envío al colegio cuanto les fue posible.

Su padre, el señor Charles-Denis-Bartholomé Bovary, antiguo ayudante de cirujano mayor, comprometido, hacia 1812, en asuntos de reclutamiento y forzado por esa época a dejar el ejército, había aprovechado entonces sus atractivos personales para cazar al vuelo una dote de sesenta mil francos, que le presentaba la hija de un vendedor de géneros de punto, enamorada de su tipo. Mozo presumido como esos que hacen resonar las espuelas, con unas patillas unidas al bigote, los dedos siempre cubiertos de sortijas y vestido de llamativos colores, tenía trazas de bravucón y la animación fácil de un viajante de comercio. Una vez casado, vivió dos o tres años de la fortuna de su mujer, cenando bien, levantándose tarde, fumando en grandes pipas de porcelana, no volviendo a casa por las noches hasta después del teatro y frecuentando los cafés. Murió su suegro y dejó poca cosa; él se indignó, se metió a fabricante, perdió en ello algún dinero, luego se retiró al campo donde quiso explotar sus tierras. Pero como entendía tan poco de cultivos como de indianas, como montaba sus caballos en vez de enviarlos a la labor, se bebía su sidra en botellas en vez de venderla por barricas, se comía las mejores aves del corral y engrasaba sus botas de

caza con el tocino de sus cerdos, no tardó en percatarse de que más le valía renunciar a todas sus aspiraciones.

Por doscientos francos de alquiler al año, encontró en un pueblo, en los límites del País de Caux con la Picardía, una especie de alojamiento, mitad casa de labranza, mitad casa señorial; y dolido, roído de pesares, culpando al cielo, envidiando a todo el mundo, se encerró a sus cuarenta y cinco años, asqueado de los hombres, decía, y decidido a vivir en paz.

Su mujer había estado loca por él en el pasado; lo había amado con mil servilismos que lo alejaron de ella todavía más. Alegre al principio, expansiva y muy amorosa, al envejecer se había vuelto (como el vino aireado que se vuelve vinagre) de carácter difícil, gruñona, nerviosa. ¡Había padecido tanto en los primeros tiempos sin quejarse, cuando lo veía correr tras todas las busconas del pueblo y cuando veinte tugurios se lo devolvían por la noche, embotado y apestando a borrachera! Después, su orgullo la fue sublevando. Entonces prefirió callarse y tragarse la rabia con un estoicismo mudo que conservó hasta la muerte. Siempre andaba ocupada en gestiones y en pleitos. Visitaba a los procuradores, al presidente del tribunal, recordaba el vencimiento de los pagarés y conseguía aplazamientos. En la casa planchaba, cosía, lavaba la ropa, vigilaba a los jornaleros, pagaba las facturas y, mientras, sin preocuparse de nada, el señor, continuamente sumido en una somnolencia desabrida de la que sólo despertaba para decirle cosas desagradables, pasaba las horas fumando al calor de la lumbre y escupiendo en las cenizas.

Cuando tuvo un hijo, tubo de dejarlo a una nodriza. De vuelta en casa, el niño fue mimado como un príncipe. La madre lo alimentaba con golosinas, el padre lo dejaba corretear descalzo y, dándoselas de filósofo, llegaba a decir que bien podía andar completamente desnudo, como las crías de las bestias. En contra de las tendencias maternas, tenía en la cabeza cierto ideal viril de la infancia por el que trataba de formar a su hijo, exigiendo que lo criaran con dureza, a la espartana, para que adquiriese una buena constitución. Lo mandaba a dormir en una cama sin calentar, le enseñaba a beber grandes tragos de ron y a hacer burla de las procesiones. Pero el pequeño, de naturaleza apacible, respondía mal a sus esfuerzos. La madre lo llevaba siempre pegado a sus faldas, le recortaba muñecos de cartón, le contaba cuentos, hablaba con él en monólogos interminables, llenos de alegrías melancólicas y de arrumacos parlanchines. Dada la soledad de su vida, trasladó a la cabeza de aquel niño todas sus vagas vanidades truncadas. Soñaba para él elevadas posiciones, ya lo veía crecido, guapo, inteligente, bien situado, ingeniero de puentes y caminos o magistrado. Le enseñó a leer e incluso a cantar en un viejo piano que tenía dos o tres pequeñas romanzas. Mas, a todo esto, el señor Bovary, poco interesado por las artes, decía que todo aquello ¡no valía la pena!

¿Iban a tener alguna vez con qué mantenerlo en las escuelas del Gobierno, comprarle un cargo o ponerle una tienda? Además, teniendo descaro, un hombre siempre triunfa en sociedad. La señora Bovary se mordía los labios, y el niño seguía vagabundeando por el pueblo.

Se iba con los labriegos y ahuyentaba, tirándoles terrones, a los cuervos que alzaban el vuelo. Comía moras a lo largo de las cunetas, guardaba los pavos con una vara, amontonaba el heno en época de siega, corría por el bosque, jugaba a la rayuela bajo el pórtico de la iglesia los días de lluvia, y, en las grandes festividades, pedía al sacristán que le dejara tocar las campanas, para colgarse con todo el cuerpo de la gran cuerda y sentirse llevado en su vuelo por ella. Así fue creciendo como un roble, y adquirió unas manos fuertes y un color saludable.

A los doce años, su madre consiguió que empezara a estudiar. De ello se encargó al cura. Pero las clases eran tan breves y tan mal aprovechadas que no podían servir de gran cosa. Se las daba a ratos perdidos, en la sacristía, de pie, deprisa, entre un bautizo y un entierro; o bien el cura mandaba en busca de su alumno después del ángelus, cuando no tenía que salir. Subían a su cuarto, se acomodaban: los moscardones y las falenas revoloteaban alrededor de la vela. Hacía calor, el muchacho se adormecía y el bueno del cura, adormilado con las manos sobre el vientre, no tardaba en roncar con la boca abierta. Otras veces, cuando al volver de llevar el viático a algún enfermo de los alrededores el señor cura descubría a Charles holgazaneando por el campo, lo llamaba, le sermoneaba durante un cuarto de hora y aprovechaba la ocasión para hacerle conjugar algún verbo al pie de un árbol. Hasta que la lluvia venía a interrumpirlos o un conocido que

pasaba. Por lo demás, siempre estaba satisfecho del muchacho, y hasta afirmaba que el joven tenía mucha memoria.

Charles no podía seguir así. La madre se mostró enérgica. Avergonzado, o más bien hartado, el padre cedió sin resistencia, y aguardaron un año todavía, hasta que el chiquillo hubiera hecho la primera comunión.

Pasaron otros seis meses y, por fin, al año siguiente, Charles fue enviado al colegio de Ruán, adonde lo llevó su padre en persona, a finales de octubre, por la feria de San Román.

Hoy, ninguno de nosotros podría recordar nada de él. Era un muchacho de temperamento tranquilo, que jugaba en los recreos, trabajaba en el Estudio, atendía en clase, dormía bien en el dormitorio, comía bien en el refectorio. Tenía por tutor a un ferretero mayorista de la calle Ganterie que lo sacaba una vez al mes, en domingo, después de cerrar la tienda, lo mandaba a pasear al puerto para que viera los barcos, y después lo devolvía al colegio a eso de las siete, antes de la cena. Todos los jueves por la noche escribía una larga carta a su madre, con tinta roja y tres obleas; luego repasaba sus cuadernos de Historia, o leía un viejo tomo de Anacharsis que andaba rondando por el Estudio. En los paseos, charlaba con el criado, que era, como él, de campo. A fuerza de aplicarse, se mantuvo siempre hacia la mitad de la clase y una vez, incluso, llegó a ganar un primer accésit en Historia Natural. Pero, al terminar tercero, sus padres lo sacaron del colegio para hacerle estudiar Medicina, convencidos de que sería capaz de terminar por sí solo el bachillerato.

Su madre le buscó en un cuarto piso una habitación que daba al Eau-de-Robec, en casa de un tintorero conocido suyo. Ultimó las condiciones de su pensión, se procuró muebles, una mesa y dos sillas, hizo traer de su casa una vieja cama de cerezo silvestre y compró además una estufilla de hierro, junto con la provisión de leña que debía calentar a su pobre hijo. Y al cabo de una semana se marchó, después de insistir en que se portase bien, ahora que iba a quedar abandonado a sí mismo.

La lectura del programa de clases en el tablón de anuncios lo dejó aturdido: clases de Anatomía, clases de Patología, clases de Fisiología, clases de Farmacia, clases de Química, y de Botánica, y de Clínica y de Terapéutica, sin contar la Higiene ni la Materia Médica, nombres todos cuyas etimologías ignoraba y eran como otras tantas puertas de santuarios llenos de augustas tinieblas.

No alcanzaba a comprender nada y, por más que se esforzaba, no asimilaba. Y sin embargo trabajaba, tenía los cuadernos forrados, asistía a todas las clases, no se perdía una sola visita a los hospitales. Cumplía sus pequeñas tareas cotidianas como un caballo de noria que da vueltas en el mismo sitio con los ojos vendados, ignorante de la tarea que hace.

Para ahorrarle gastos, su madre le enviaba todas las semanas, con el recadero, un pedazo de ternera asada al horno, con el que almorzaba nada más volver del hospital al mediodía mientras golpeaba las suelas contra la pared. Luego tenía que salir corriendo a las clases, al anfiteatro, al hospicio, y volver atravesando todas las calles. Por la noche, después de la frugal cena de su casero, subía a su cuarto y se ponía a trabajar, con las mismas ropas mojadas que humeaban sobre su cuerpo, delante de la estufa al rojo vivo.

En los bellos atardeceres de verano, a la hora en que las calles tibias se vacían, cuando las criadas juegan al volante en el umbral de los portales, abría la ventana y se acodaba en ella. El río, que hace de ese barrio de Ruán una especie de innoble pequeña Venecia, corría abajo, a sus pies, amarillo, violeta o azul, entre sus puentes y sus verjas. Obreros acuclillados en la orilla se lavaban los brazos en el agua. Sobre varas que salían de lo alto de los desvanes, se secaban al aire madejas de algodón. Enfrente, más allá de los tejados, se extendía el amplio cielo puro, con el sol rojizo del poniente. ¡Qué bien se debía de estar allí! ¡Qué frescor! Y abría las aletas de la nariz para aspirar los buenos olores del campo que no llegaban hasta él.

Adelgazó, su cuerpo se estiró y su cara adquirió una especie de expresión doliente que casi la hizo interesante. De manera espontánea, por indolencia, terminó abandonando todas las

resoluciones que se había impuesto. Una vez faltó a la visita, al día siguiente a clase, y poco a poco, saboreando la pereza, acabó por no volver.

Se acostumbó a la taberna, con pasión por el dominó. Encerrarse cada tarde en un sucio establecimiento público para dar golpes en las mesas de mármol con unos huesecillos de carnero marcados con puntos negros le parecía una preciosa afirmación de su libertad que aumentaba su propia estima. Era como la iniciación al mundo, el acceso a los placeres prohibidos y, al entrar, ponía la mano en el pomo de la puerta con una alegría casi sensual. Muchas cosas comprimidas dentro de él se dilataron entonces: aprendió de memoria coplas que cantaba en las fiestas de bienvenida, se entusiasmó con Béranger, aprendió a hacer ponche y por fin conoció el amor.

Gracias a estos trabajos preparatorios, fracasó completamente en los exámenes de oficial de salud. ¡Esa misma noche lo esperaban en casa para celebrar su triunfo! Fue a pie y se detuvo en la entrada del pueblo y allí mandó en busca de su madre y se lo contó todo. Ella lo disculpó, achacando el fracaso a la injusticia de los examinadores, y lo animó un poco encargándose de arreglar las cosas. Hasta cinco años después no supo el señor Bovary la verdad. Como ya era una noticia vieja, la aceptó porque, además, no podía suponer que un hijo de él fuera un tonto.

Charles volvió pues al trabajo y preparó sin interrupción las materias de su examen, aprendiendo de memoria todas las preguntas por anticipado. Aprobó con bastantes buenas notas. ¡Qué hermoso día para su madre! ¡Dieron un gran convite!

¿Adónde iría a ejercer su arte? A Tostes. Allí sólo había un médico viejo. Hacía mucho que la señora Bovary acechaba su muerte, y aún no se había ido al otro barrio el buen señor cuando ya estaba Charles instalado enfrente como su sucesor.

Pero no bastaba con haber criado a su hijo, haberle obligado a estudiar medicina y haber descubierto Tostes para ejercerla, necesitaba una mujer. Le encontró una: la viuda de un escribano de Dieppe, que tenía cuarenta y cinco años y mil doscientas libras de renta.

Aunque era fea, seca como un palo de escoba y con tantos granos como brotes hay en primavera, lo cierto es que a la señora Dubuc no le faltaban pretendientes donde elegir. Para alcanzar sus fines, mamá Bovary se vio obligada a apartarlos uno a uno, e incluso desbarató con gran habilidad las intrigas de un charcutero apoyado por los curas.

Charles había vislumbrado en el matrimonio el advenimiento de una situación mejor, imaginando que sería más libre y podría disponer de su persona y su dinero. Pero fue su mujer quien mandó. Delante de la gente él tenía que decir esto, callar aquello, debía ayunar los viernes, vestirse como a ella le parecía, apremiar por orden suya a los clientes que no pagaban. Le abría las cartas, espiaba sus pasos y escuchaba, a través del tabique, cuando en la consulta había mujeres.

Había que hacerle el chocolate todas las mañanas, colmarla de atenciones infinitas. Se quejaba continuamente de los nervios, del pecho, de sus humores. La agobiaba el ruido de los pasos. Si se iban, la soledad se le volvía odiosa, si volvían a su lado, era desde luego para verla morir. Por la noche, cuando Charles regresaba, sacaba de debajo de las sábanas sus largos brazos flacos para pasárselos alrededor del cuello y, haciéndole sentarse en el borde de la cama, le hablaba de sus penas: ¡la tenía abandonada, quería a otra! Con razón le habían dicho que sería desgraciada y acababa pidiéndole algún jarabe para su salud y un poco más de cariño.

L'éducation sentimentale

Escrita en 1869, fue la última novela que escribió Flaubert y está considerada como una de las más influyentes del siglo XIX. Fue alabada por escritores contemporáneos como George Sand, Émile Zola y Henry James. Cuenta la vida de Frédéric Moreau, un joven que vivió durante la revolución de 1848 y la fundación del Segundo Imperio francés, y se enamoró de una mujer mayor, Madame Arnoux, a la que conoció en un fugaz viaje. Flaubert basó parte de las experiencias románticas del protagonista en su propia vida como, por ejemplo, la ayuda que Frédéric le presta al marido de la señora Arnoux, cuando esta le cuenta que los negocios le van mal.

L'éducation sentimentale

- I -

Le 15 septembre 1840, vers six heures du matin, la Ville-de-Montereau, près de partir, fumait à gros tourbillons devant le quai Saint Bernard. Des gens arrivaient hors d'haleine; des barriques, des câbles, des corbeilles de linge gênaient la circulation; les matelots ne répondaient à personne; on se heurtait; les colis montaient entre les deux tambours, et le tapage s'absorbait dans le bruissement de la vapeur, qui, s'échappant par des plaques de tôle, enveloppait tout d'une nuée blanchâtre, tandis que la cloche, à l'avant, tintait sans discontinuer. Enfin le navire partit; et les deux berges, peuplées de magasins, de chantiers et d'usines, filèrent comme deux larges rubans que l'on déroule. Un jeune homme de dix-huit ans, à longs cheveux et qui tenait un album sous son bras, restait auprès du gouvernail, immobile. À travers le brouillard, il contemplait des clochers, des édifices dont il ne savait pas les noms; puis il embrassa, dans un dernier coup d'œil, l'île Saint Louis, la Cité, Notre-Dame; et bientôt, Paris disparaissant, il poussa un grand soupir. M. Frédéric Moreau, nouvellement reçu bachelier, s'en retournait à Nogent-sur-Seine, où il devait languir pendant deux mois, avant d'aller faire son droit. Sa mère, avec la somme indispensable, l'avait envoyé au Havre voir un oncle, dont elle espérait, pour lui, l'héritage; il en était revenu la veille seulement; et il se dédommageait de ne pouvoir séjourner dans la capitale, en regagnant sa province par la route la plus longue.

Le tumulte s'apaisait; tous avaient pris leur place; quelques-uns, debout, se chauffaient autour de la machine, et la cheminée crachait avec un râle lent et rythmique son panache de fumée noire; des gouttelettes de rosée coulaient sur les cuivres; le pont tremblait sous une petite vibration intérieure, et les deux roues, tournant rapidement, battaient l'eau. La rivière était bordée par des grèves de sable. On rencontrait des trains de bois qui se mettaient à onduler sous le remous des vagues, ou bien, dans un bateau sans voiles, un homme assis pêchait; puis les brumes errantes se

fondirent, le soleil parut, la colline qui suivait à droite le cours de la Seine peu à peu s'abaissa, et il en surgit une autre, plus proche, sur la rive opposée.

Des arbres la couronnaient parmi des maisons basses couvertes de toits à l'italienne. Elles avaient des jardins en pente que divisaient des murs neufs, des grilles de fer, des gazons, des serres chaudes, et des vases de géraniums, espacés régulièrement sur des terrasses où l'on pouvait s'accouder. Plus d'un, en apercevant ces coquettes résidences, si tranquilles, enviait d'en être le propriétaire, pour vivre là jusqu'à la fin de ses jours, avec un bon billard, une chaloupe, une femme ou quelque autre rêve. Le plaisir tout nouveau d'une excursion maritime facilitait les épanchements. Déjà les farceurs commençaient 8 leurs plaisanteries. Beaucoup chantaient. On était gai. Il se versait des petits verres.

Frédéric pensait à la chambre qu'il occuperait là-bas, au plan d'un drame, à des sujets de tableaux, à des passions futures. Il trouvait que le bonheur mérité par l'excellence de son âme tardait à venir. Il se déclama des vers mélancoliques; il marchait sur le pont à pas rapides; il s'avança jusqu'au bout, du côté de la cloche; et, dans un cercle de passagers et de matelots, il vit un monsieur qui contait des galanteries à une paysanne, tout en lui maniant la croix d'or qu'elle portait sur la poitrine. C'était un gaillard d'une quarantaine d'années, à cheveux crépus. Sa taille robuste emplissait une jaquette de velours noir, deux émeraudes brillaient à sa chemise de batiste, et son large pantalon blanc tombait sur d'étranges bottes rouges, en cuir de Russie, rehaussées de dessins bleus.

La présence de Frédéric ne le déranger pas. Il se tourna vers lui plusieurs fois, en l'interpellant par des clins d'œil; ensuite il offrit des cigares à tous ceux qui l'entouraient. Mais, ennuyé de cette compagnie, sans doute, il alla se mettre plus loin. Frédéric le suivit. La conversation roula d'abord sur les différentes espèces de tabacs, puis, tout naturellement, sur les femmes. Le monsieur en bottes rouges donna des conseils au jeune homme; il exposait des théories, narrait des anecdotes, se citait lui-même en exemple, débitant tout cela d'un ton paternel, avec une ingénuité de corruption divertissante.

Il était républicain; il avait voyagé, il connaissait l'intérieur des théâtres, des restaurants, des journaux, et tous les artistes célèbres, qu'il appelait familièrement par leurs prénoms; Frédéric lui confia bientôt ses projets; il les encouragea. Mais il s'interrompit pour observer le tuyau de la cheminée, puis il marmotta vite un long calcul, afin de savoir «combien chaque coup de piston, à tant de fois par minute, devait, etc.».

—Et, la somme trouvée, il admira beaucoup le paysage. Il se disait heureux d'être échappé aux affaires.

Frédéric éprouvait un certain respect pour lui, et ne résista pas à l'envie de savoir son nom. L'inconnu répondit tout d'une haleine:

—Jacques Arnoux propriétaire de l'Art industriel, boulevard Montmartre.

Un domestique ayant un galon d'or à la casquette vint lui dire:

—Si Monsieur voulait descendre?

Mademoiselle pleure.

Il disparut.

L'Art industriel était un établissement hybride, comprenant un journal de peinture et un magasin de tableaux. Frédéric avait vu ce titre-là, plusieurs fois, à l'étalage du libraire de son pays natal, sur d'immenses prospectus, où le nom de Jacques Arnoux se développait magistralement.

Le soleil dardait d'aplomb, en faisant reluire les gabillots de fer autour des mâts, les plaques du bastingage et la surface de l'eau; elle se coupait à la proue en deux sillons, qui se déroulaient jusqu'au bord des prairies. À chaque détour de la rivière, on retrouvait le même rideau de peupliers pâles. La campagne était toute vide.

Il y avait dans le ciel de petits nuages blancs arrêtés, et l'ennui, vaguement répandu, semblait alanguir la marche du bateau et rendre l'aspect des voyageurs plus insignifiant encore.

À part quelques bourgeois, aux Premières, c'étaient des ouvriers, des gens de boutique avec leurs femmes et leurs enfants. Comme on avait coutume alors de se vêtir sordidement en voyage, presque tous portaient de vieilles calottes grecques ou des chapeaux déteints, de maigres habits noirs râpés par le frottement du bureau, ou des redingotes ouvrant la capsule de leurs boutons pour avoir trop servi au magasin; çà et là, quelque gilet à châle laissait voir une chemise de calicot, maculée de café; des épingles de chrysocale piquaient des cravates en lambeaux; des sous-pieds cousus retenaient des chaussons de lisière; deux ou trois gredins qui tenaient des bambous à ganse de cuir lançaient des regards obliques, et des pères de famille ouvraient de gros yeux, en faisant des questions. Ils causaient debout, ou bien accroupis sur leurs bagages; d'autres dormaient dans des coins; plusieurs mangeaient.

Le pont était sali par des écales de noix, des bouts de cigares, des pelures de poires, des détritrus de charcuterie apportée dans du papier; trois ébénistes, en blouse, stationnaient devant la cantine; un joueur de harpe en haillons se reposait, accoudé sur son instrument; on entendait par intervalles le bruit du charbon de terre dans le fourneau, un éclat de voix, un rire; et le capitaine, sur la passerelle, marchait d'un tambour à l'autre, sans s'arrêter. Frédéric, pour rejoindre sa place, poussa la grille des Premières, déranga deux chasseurs avec leurs chiens.

Ce fut comme une apparition: Elle était assise, au milieu du banc, toute seule; ou du moins il ne distingua personne, dans l'éblouissement que lui envoyèrent ses yeux. En même temps qu'il passait, elle leva la tête; il fléchit involontairement les épaules; et, quand il se fut mis plus loin, du même côté, il la regarda. Elle avait un large chapeau de paille, avec des rubans roses qui palpitaient au vent derrière elle.

Ses bandeaux noirs, contournant la pointe de ses grands sourcils, descendaient très bas et semblaient presser amoureusement l'ovale de sa figure. Sa robe de mousseline claire, tachetée de petits pois, se répandait à plis nombreux. Elle était en train de broder quelque chose; et son nez droit, son menton, toute sa personne se découpait sur le fond de l'air bleu.

Comme elle gardait la même attitude, il fit plusieurs tours de droite et de gauche pour dissimuler sa manœuvre; puis il se planta tout près de son ombrelle, posée contre le banc, et il affectait d'observer une chaloupe sur la rivière.

Jamais il n'avait vu cette splendeur de sa peau brune, la séduction de sa taille, ni cette finesse des doigts que la lumière traversait. Il considérait son panier à ouvrage avec ébahissement, comme une chose extraordinaire. Quels étaient son nom, sa demeure, sa vie, son passé? Il souhaitait connaître les meubles de sa chambre, toutes les robes qu'elle avait portées, les gens qu'elle fréquentait; et le désir de la possession physique même disparaissait sous une envie plus profonde, dans une curiosité douloureuse qui n'avait pas de limites.

Une négresse, coiffée d'un foulard, se présenta, en tenant par la main une petite fille, déjà grande. L'enfant, dont les yeux roulaient des larmes, venait de s'éveiller. Elle la prit sur ses genoux. «Mademoiselle n'était pas sage, quoiqu'elle eût sept ans bientôt; sa mère ne l'aimerait plus; on lui pardonnait trop ses caprices». Et Frédéric se réjouissait d'entendre ces choses, comme s'il eût fait une découverte, une acquisition.

Il la supposait d'origine andalouse, créole peut-être; elle avait ramené des îles cette négresse avec elle? Cependant, un long châle à bandes violettes était placé derrière son dos, sur le bordage de cuivre. Elle avait dû, bien des fois, au milieu de la mer, durant les soirs humides, en envelopper sa taille, s'en couvrir les pieds, dormir dedans!

Mais, entraîné par les franges, il glissait peu à peu, il allait tomber dans l'eau; Frédéric fit un bond et le rattrapa. Elle lui dit:

–Je vous remercie, monsieur.

Leurs yeux se rencontrèrent.

–Ma femme, es-tu prête? –cria le sieur Arnoux, apparaissant dans le capot de l’escalier.

Mlle Marthe courut vers lui, et, cramponnée à son cou, elle tirait ses moustaches. Les sons d’une harpe retentirent, elle voulut voir la musique; et bientôt le joueur d’instrument, amené par la négresse, entra dans les Premières. Arnoux le reconnut pour un ancien modèle; il le tutoya, ce qui surprit les assistants. Enfin le harpiste rejeta ses longs cheveux derrière ses épaules, étendit les bras et se mit à jouer. C’était une romance orientale, où il était question de poignards, de fleurs et d’étoiles.

L’homme en haillons chantait cela d’une voix mordante; les battements de la machine coupaient la mélodie à fausse mesure; il pinçait plus fort: les cordes vibraient, et leurs sons métalliques semblaient exhiler des sanglots, et comme la plainte d’un amour orgueilleux et vaincu. Des deux côtés de la rivière, des bois s’inclinaient jusqu’au bord de l’eau; un courant d’air frais passait; Mme Arnoux regardait au loin d’une manière vague. Quand la musique s’arrêta, elle remua les paupières plusieurs fois, comme si elle sortait d’un songe.

Le harpiste s’approcha d’eux, humblement. Pendant qu’Arnoux cherchait de la monnaie, Frédéric allongea vers la casquette sa main fermée, et, l’ouvrant avec pudeur, il y déposa un louis d’or. Ce n’était pas la vanité qui le poussait à faire cette aumône devant elle, mais une pensée de bénédiction où il l’associait, un mouvement de cœur presque religieux. Arnoux, en lui montrant le chemin, l’engagea cordialement à descendre. Frédéric affirma qu’il venait de déjeuner; il se mourait de faim, au contraire; et il ne possédait plus un centime au fond de sa bourse.

Ensuite il songea qu’il avait bien le droit, comme un autre, de se tenir dans la chambre. Autour des tables rondes, des bourgeois mangeaient, un garçon de café circulait; M. et Mme Arnoux étaient dans le fond, à droite; il s’assit sur la longue banquette de velours, ayant ramassé un journal qui se trouvait là.

Ils devaient, à Montereau, prendre la diligence de Châlons. Leur voyage en Suisse durerait un mois. Mme Arnoux blâma son mari de sa faiblesse pour son enfant. Il chuchota dans son oreille, une gracieuseté, sans doute, car elle sourit. Puis il se dérangea pour fermer derrière son cou le rideau de la fenêtre.

Le plafond, bas et tout blanc, rabattait une lumière crue. Frédéric, en face, distinguait l’ombre de ses cils. Elle trempait ses lèvres dans son verre, cassait un peu de croûte entre ses doigts; le médaillon de lapis-lazuli, attaché par une chaînette d’or à son poignet, de temps à autre sonnait contre son assiette. Ceux qui étaient là, pourtant, n’avaient pas l’air de la remarquer. Quelquefois, par les hublots, on voyait glisser le flanc d’une barque qui accostait le navire pour prendre ou déposer des voyageurs. Les gens attablés se penchaient aux ouvertures et nommaient les pays riverains.

Arnoux se plaignait de la cuisine: il se récria considérablement devant l’addition, et il la fit réduire. Puis il emmena le jeune homme à l’avant du bateau pour boire des grogs. Mais Frédéric s’en retourna bientôt sous la tente, où Mme Arnoux était revenue. Elle lisait un mince volumen à couverture grise. Les deux coins de sa bouche se relevaient par moments, et un éclair de plaisir illuminait son front. Il jaloussa celui qui avait inventé ces choses dont elle paraissait occupée.

Plus il la contemplait, plus il sentait entre elle et lui se creuser des abîmes. Il songeait qu’il faudrait la quitter tout à l’heure, irrévocablement, sans en avoir arraché une parole, sans lui laisser même un souvenir!

Une plaine s’étendait à droite; à gauche un herbage allait doucement rejoindre une colline, où l’on apercevait des vignobles, des noyers, un moulin dans la verdure, et des petits chemins au-delà, formant des zigzags sur la roche blanche qui touchait au bord du ciel. Quel bonheur de Monter côte à côte, le bras autour de sa taille, pendant que sa robe balaierait les feuilles jaunies, en écoutant sa voix, sous le rayonnement de ses yeux! Le bateau pouvait s’arrêter,

ils n'avaient qu'à descendre; et cette chose bien simple n'était pas plus facile, cependant, que de remuer le soleil!

Un peu plus loin, on découvrit un château, à toit pointu, avec des tourelles carrées. Un parterre de fleurs s'étalait devant sa façade; et des avenues s'enfonçaient, comme des voûtes noires, sous les hauts tilleuls. Il se la figura passant au bord des charmilles. À ce moment, une jeune dame et un jeune homme se montrèrent sur le perron, entre les caisses d'orangers. Puis tout disparut.

La petite fille jouait autour de lui. Frédéric voulut la baiser. Elle se cacha derrière sa bonne; sa mère la gronda de n'être pas aimable pour le monsieur qui avait sauvé son châte. Était-ce une ouverture indirecte?

«Va-t-elle enfin me parler?» se demandait-il.

Le temps pressait. Comment obtenir une invitation chez Arnoux? Et il n'imagina rien de mieux que de lui faire remarquer la couleur de l'automne, en ajoutant:

–Voilà bientôt l'hiver, la saison des bals et des dîners!

Mais Arnoux était tout occupé de ses bagages.

La côte de Surville apparut, les deux ponts se rapprochaient, on longea une corderie, ensuite une rangée de maisons basses; il y avait, en dessous, des marmites de goudron, des éclats de bois; et des gamins couraient sur le sable, en faisant la roue. Frédéric reconnut un homme avec un gilet à manches, il lui cria:

–Dépêche-toi.

On arrivait. Il chercha péniblement Arnoux dans la foule des passagers, et l'autre répondit en lui serrant la main:

–Au plaisir, cher monsieur!

Quand il fut sur le quai, Frédéric se retourna. Elle était près du gouvernail, debout. Il lui envoya un regard où il avait tâché de mettre toute son âme; comme s'il n'eût rien fait, elle demeura immobile. Puis, sans égard aux salutations de son domestique:

–Pourquoi n'as-tu pas amené la voiture jusqu'ici?

Le bonhomme s'excusait.

–Quel maladroit! Donne-moi de l'argent!

Et il alla manger dans une auberge. Un quart d'heure après, il eut envie d'entrer comme par hasard dans la cour des diligences. Il la verrait encore, peut-être?

«À quoi bon?» se dit-il.

Et l'américaine l'emporta. Les deux chevaux n'appartenaient pas à sa mère. Elle avait emprunté celui de M. Chambrion, le receveur, pour l'atteler auprès du sien. Isidore, parti la veille, s'était reposé à Bray jusqu'au soir et avait couché à Montereau, si bien que les bêtes, rafraîchies, trottaient lestement.

Des champs moissonnés se prolongeaient à n'en plus finir. Deux lignes d'arbres bordaient la route, les tas de cailloux se succédaient; et peu à peu, Villeneuve-Saint-Georges, Ablon, Châtillon, Corbeil et les autres pays, tout son voyage lui revint à la mémoire, d'une façon si nette qu'il distinguait maintenant des détails nouveaux, des particularités plus intimes; sous le dernier volant de sa robe, son pied passait dans une mince bottine en soie, de couleur marron; la tente de coutil formait un large dais sur sa tête, et les petits glands rouges de la bordure tremblaient à la brise, perpétuellement.

Elle ressemblait aux femmes des livres romantiques. Il n'aurait voulu rien ajouter, rien retrancher à sa personne. L'univers venait tout à coup de s'élargir. Elle était le point lumineux où l'ensemble des choses convergeait; –et, bercé par le mouvement de la voiture, les paupières à demi closes, le regard dans les nuages, il s'abandonnait à une joie rêveuse et infinie.

À Bray, il n'attendit pas qu'on eût donné l'avoine, il alla devant, sur la route, tout seul. Arnoux l'avait appelée «Marie!» Il cria très haut «Marie!» Sa voix se perdit dans l'air.

Une large couleur de pourpre enflammait le ciel à l'occident. De grosses meules de blé, qui se levaient au milieu des chaumes, projetaient des ombres géantes. Un chien se mit à aboyer dans une ferme, au loin. Il frissonna, pris d'une inquiétude sans cause. Quand Isidore l'eut rejoint, il se plaça sur le siège pour conduire. Sa défaillance était passée. Il était bien résolu à s'introduire, n'importe comment, chez les Arnoux, et à se lier avec eux.

Leur maison devait être amusante, Arnoux lui plaisait d'ailleurs; puis, qui sait? Alors, un flot de sang lui monta au visage: ses tempes bourdonnaient, il fit claquer son fouet, secoua les rênes, et il menait les chevaux d'un tel train, que le vieux cocher répétait:

–Doucement! mais doucement! vous les rendrez poussifs.

Peu à peu Frédéric se calma, et il écouta parler son domestique. On attendait Monsieur avec grande impatience. Mlle Louise avait pleuré pour partir dans la voiture.

–Qu'est-ce donc, Mlle Louise?

–La petite à M. Roque, vous savez?

–Ah! j'oubliais! –répliqua Frédéric, négligemment.

Cependant, les deux chevaux n'en pouvaient plus. Ils boitaient l'un et l'autre; et neuf heures sonnaient à Saint-Laurent lorsqu'il arriva sur la place d'Armes, devant la maison de sa mère. Cette maison, spacieuse, avec un jardin donnant sur la campagne, ajoutait à la considération de Mme Moreau, qui était la personne du pays la plus respectée.

Elle sortait d'une vieille famille de gentilshommes, éteinte maintenant. Son mari, un plébéien que ses parents lui avaient fait épouser, était mort d'un coup d'épée, pendant sa grossesse, en lui laissant une fortune compromise. Elle recevait trois fois la semaine et donnait de temps à autre un beau dîner. Mais le nombre des bougies était calculé d'avance, et elle attendait impatiemment ses fermages. Cette gêne, dissimulée comme un vice, la rendait sérieuse.

Cependant, sa vertu s'exerçait sans étalage de prudence, sans aigreur. Ses moindres charités semblaient de grandes aumônes. On la consultait sur le choix des domestiques, l'éducation des jeunes filles, l'art des confitures, et Monseigneur descendait chez elle, dans ses tournées épiscopales.

Mme Moreau nourrissait une haute ambition pour son fils. Elle n'aimait pas à entendre blâmer le Gouvernement, par une sorte de prudence anticipée. Il aurait besoin de protections d'abord; puis, grâce à ses moyens, il deviendrait conseiller d'État, ambassadeur, ministre. Ses triomphes au collège de Sens légitimaient cet orgueil; il avait remporté le prix d'honneur.

Quand il entra dans le salon, tous se levèrent à grand bruit, on l'embrassa; et avec les fauteuils et les chaises on fit un large demi-cercle autour de la cheminée. M. Gamblin lui demanda immédiatement son opinion sur Mme Lafarge. Ce procès, la fureur de l'époque, ne manqua pas d'amener une discussion violente; Mme Moreau l'arrêta, au regret toutefois de M. Gamblin; il la jugeait utile pour le jeune homme, en sa qualité de futur jurisconsulte, et il sortit du salon, piqué¹².

¹² Mme Lafarge (1816-1852) passionna longtemps la curiosité publique. Accusée d'avoir empoisonné son mari, mort le 14 janvier 1840, elle comparut devant la cour d'assises de la Corrèze le 2 septembre suivant. Après douze jours de débats palpitants, elle fut déclarée coupable avec circonstances atténuantes et condamnée aux travaux forcés à perpétuité.

Rien ne devait surprendre dans un ami du père Roque! À propos du père Roque, on parla de M. Dambreuse, qui venait d'acquérir le domaine de la Fortelle. Mais le percepteur avait entraîné Frédéric à l'écart, pour savoir ce qu'il pensait du dernier ouvrage de M. Guizot¹³. Comment allait ce bon parent? Il ne donnait plus de ses nouvelles. N'avait-il pas un arrière-cousin en Amérique?

La cuisinière annonça que le potage de Monsieur était servi. On se retira, par discrétion. Puis, dès qu'ils furent seuls, dans la salle, sa mère lui dit, à voix basse:

–Eh bien?

Le vieillard l'avait reçu très cordialement¹⁴, mais sans montrer ses intentions.

Mme Moreau soupira.

«Où est-elle, à présent?» songeait-il.

La diligence roulait, et, enveloppée dans le châle sans doute, elle appuyait contre le drap du coupé sa belle tête endormie. Ils montaient dans leurs chambres quand un garçon du Cygne de la Croix apporta un billet.

–Qu'est-ce donc?

–C'est Deslauriers qui a besoin de moi –dit-il.

–Ah! ton camarade! –fit Mme Moreau avec un ricanement de mépris–. L'heure est bien choisie, vraiment!

Frédéric hésitait. Mais l'amitié fut plus forte. Il prit son chapeau.

–Au moins, ne sois pas longtemps! –lui dit sa mère.

¹³ Tous désiraient connaître ses affaires; et Mme Benoît s'y prit adroitement en s'informant de son oncle.

¹⁴ M. Guizot (1787-1874) avait déjà été plusieurs fois ministre à l'époque où se place le récit de Flaubert, et était à la veille de devenir président du Conseil. Le 29 octobre 1840, Louis-Philippe lui confiait, avec le portefeuille des Affaires étrangères, la direction effective du Cabinet, que présidait nominalement le maréchal Soult. Guizot était le chef incontesté des conspirateurs.

La educación sentimental

- I -

Hacia las seis de la mañana del 15 de septiembre de 1840, próximo a zarpar, el Ville de Montereau despedía grandes torbellinos de humo delante del muelle de Saint-Bernard. La gente llegaba sin aliento, las barricadas, los cables, los cestos de ropa blanca dificultaban la circulación, los marineros no contestaban a nadie, tropezaban unas con otras las personas, los bultos subían por entre los dos tambores y el bullicio se absorbía en el ruido del vapor que, escapándose por las tapaderas de hierro de las chimeneas, todo lo envolvía en una nube blanquecina mientras la campana sonaba adelante sin cesar. Por fin, el barco arrancó y las dos orillas, pobladas de tiendas, de canteros y de fábricas, desfilaron como dos anchas cintas que se desenrollan.

Un joven de dieciocho años, de pelo largo, que llevaba una libreta debajo del brazo, estaba inmóvil cerca del timón. A través de la bruma contemplaba campanarios y edificios, cuyos nombres ignoraba. Después divisó en una última ojeada la isla de Saint-Louis, la Cité, Notre-Dame, y muy pronto, al desaparecer París, lanzó un suspiro prolongado. Frédéric Moreau, que acababa de recibir el título de bachiller, regresaba a Nogent-sur-Seine, donde debía descansar durante dos meses antes de ir a cursar derecho. Su madre, con la suma indispensable, le había enviado al Havre a ver a un hermano suyo del que esperaba que fuese heredero su hijo; volvió de allí la víspera y lamentaba no poder permanecer en la capital, siguiendo el camino más largo para llegar a su provincia.

Se apaciguó el tumulto. Todos ocuparon su sitio: algunos, en pie, se calentaban alrededor de la máquina, y la chimenea despedía, con resoplido lento y rítmico, su penacho de humo negro, gotitas de rocío resbalaban por los cobres, el puente temblaba al impulso de una pequeña vibración interior y las dos ruedas, girando rápidamente, golpeaban el agua.

El río se veía costado de playas arenosas, se encontraban algunas balsas de madera que ondulaban al compás de las olas o lanchas sin velas en la que pescaba un hombre sentado. Luego, las brumas errantes se fundieron, apareció el sol, descendió poco a poco la colina que seguía el curso del Sena, por la derecha, surgiendo otra, más próxima, en la orilla opuesta.

La coronaban algunos árboles en medio de casas chatas, cubiertas de tejados a la italiana, con jardines en declive, separados por muros nuevos, verjas de hierro, céspedes, templadas estufas y tiestos de geranios, espaciados con regularidad en terrazas provistas de antepechos. Más de uno, al divisar aquellas coquetas residencias tan tranquilas, deseaba ser propietario para vivir en ellas hasta el fin de sus días, con un buen billar, una chalupa, una mujer o cualquier otro sueño. El placer enteramente nuevo de una excursión fluvial facilitaba las expansiones. Ya los bromistas empezaban con sus gracias, muchos cantaban, las gentes estaban alegres y tomaban copas.

Frédéric pensaba en el cuarto que ocuparía en su casa, en un tema para un drama, en otros para cuadros y en futuras pasiones. Juzgaba que la felicidad merecida por la excelencia de su alma tardaba en venir. Declamó versos melancólicos, paseaba por el puente con paso rápido, se adelantó hasta el fin hacia el lado de la campana y, en un círculo de pasajeros y marineros, vio a un señor que decía galanterías a una aldeana jugando, mientras, con la cruz de oro que llevaba ella sobre el pecho. Era un hombre de cuarenta años, de cabello crespo. Su busto vigoroso llenaba una chaqueta de terciopelo negro, en su camisa de batista brillaban dos esmeraldas y su ancho pantalón blanco caía sobre unas botas raras, coloradas, de cuero de Rusia, bordadas con dibujos azules.

La presencia de Frédéric no le detuvo. Se volvió hacia él muchas veces, interpeleándole a través de sus miradas. Después, ofreció cigarrillos a cuantos le rodeaban. Pero harto de aquella compañía, sin duda, se fue más lejos. Frédéric le siguió. La conversación transcurrió primeramente sobre las diferentes especies de tabaco; después, naturalmente, acerca de las mujeres. El señor de las botas coloradas dio consejos al joven, expuso teorías, narró anécdotas, se citó a sí mismo como ejemplo, diciendo todo esto con tono paternal y con expresiones irónicas y divertidas.

Era republicano, había viajado, conocía las interioridades de los teatros, de los restaurantes, de los periódicos, y a todos los artistas célebres, a los que llamaba familiarmente por sus nombres. Frédéric le fue confiando poco a poco sus proyectos, y él lo animó a seguirlos. Pero se interrumpió para observar el cañón de la chimenea y, luego, formuló, deprisa, un cálculo para saber «cuánto cada golpe de pistón, tantas veces por minuto, debía dar, etcétera». Y cuando hizo la suma admiró mucho el paisaje, manifestándose dichoso por haber abandonado los negocios. Frédéric sentía cierto respeto hacia él y no resistió al deseo de conocer su apellido. El desconocido contestó sin pararse:

–Jacques Arnoux, propietario del Arte Industrial, bulevar Montmartre.

Un criado, con galón dorado en la gorra, vino a decirle:

–Si el señor tuviera la bondad de bajar... la señorita le reclama.

Desapareció.

El Arte Industrial era un establecimiento híbrido, compuesto de publicaciones sobre pintura y un almacén de cuadros. Frédéric había visto aquel título muchas veces en el escaparate de un librero de su país natal, en prospectos inmensos, donde el nombre de Jacques Arnoux aparecía ostentadamente.

El sol hería de plano haciendo relucir las grímpolas de hierro, las gavias, alrededor de los mástiles, las planchas del filarete y la superficie del agua, que por la parte de proa se cortaba en dos surcos que se desvanecían en el límite de las praderas. En todos los recodos del río se encontraba el mismo panorama de álamos blancos. El campo se veía enteramente solitario y, en el cielo, nubecillas blancas y quietas. El tedio, vagamente esparcido, parecía amortiguar la marcha del barco y dar a los viajeros un aspecto más insignificante todavía.

Excepto algunos burgueses, en primera clase, los demás eran obreros, tenderos con sus mujeres y sus chicos. Como entonces había costumbre de vestirse con lo peor en los viajes, casi todos llevaban gorros griegos viejos o sombreros descoloridos, estrechos trajes negros raídos por el roce de las mesas, o levitas con los ojales rotos de haber servido demasiado en la tienda, algunos chalecos de elástico dejaban asomar camisas de algodón manchadas de café, y algunos alfileres de similar¹⁵ clavados en corbatas hechas jirones, trabillas recosidas sujetando zapatos de orillo, dos o tres desharrapados que llevaban bastones con corregüelas¹⁶ lanzaban miradas oblicuas, y padres de familia abrían desmesuradamente los ojos haciendo preguntas, hablando en pie o echados sobre sus equipajes. Otros dormían por los rincones y muchos comían.

El puente estaba sucio de cáscaras de nueces, colillas de cigarro, mondaduras de peras. Tres ebanistas, de blusa, estaban parados delante de la cantina, un músico, arpista, en harapos, descansaba apoyando los codos en su instrumento, se oía a intervalos el ruido del carbón de piedra en la hornilla, un grito, una risa. Y el capitán, en el entrepunte, andaba de uno a otro tambor, sin detenerse. Frédéric, para ir a su sitio, empujó la verja que separaba la primera clase y molestó a dos cazadores con sus perros. Aquello fue como una aparición. Ella estaba sentada en medio del banco, completamente sola. Él no vio a nadie debido al deslumbramiento de sus ojos. Al mismo

¹⁵ Aleación de cinc y cobre que tiene el color y el brillo del oro.

¹⁶ Adornos de correas de piel.

tiempo que él pasaba ella alzó la cabeza, él la bajó involuntariamente y, cuando pasó un poco más lejos, la miró.

Llevaba un sombrero de paja ancho con cintas de color rosa que flotaban al viento por su espalda. Sus cabellos negros descendían hasta el extremo de sus grandes cejas y parecían ceñir amorosamente el óvalo de su rostro. Su traje, de muselina clara con lunarcitos, caía en numerosos pliegues. Se ocupaba en bordar algo y su nariz recta, su mentón, su persona toda resaltaba sobre el fondo azul del espacio.

Como se mantenía en la misma actitud, él dio vueltas a izquierda y derecha para disimular la maniobra. Luego se detuvo muy cerca de su sombrilla, colocada contra el banco y fingió que observaba una chalupa por el río. Jamás había visto aquel esplendor de tez morena, la seducción de un busto, ni aquella delicadeza de los dedos que la luz atravesaban. Contemplaba su cesta de labor con arrobamiento, como algo extraordinario. ¿Cuáles eran su nombre, su domicilio, su vida, su pasado? Ansiaba conocer los muebles de su cuarto, todos los trajes que hubiera llevado, las gentes que la visitaban, y el deseo de la posesión física hasta desaparecía ante un afán más profundo, en una dolorosa curiosidad sin límites.

Una negra, con un pañuelo a la cabeza, se presentó, llevando de la mano a una niña ya mayor, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas y que acababa de despertarse. La cogió sobre sus rodillas. La señorita no era buena, aunque iba pronto a cumplir siete años, su madre ya no la quería, aunque le perdonara sus excesivos caprichos. Y Frédéric se alegraba de oír aquellas cosas como si hubiera hecho un descubrimiento, una adquisición. La suponía de origen andaluz, quizás criolla. ¿Habría traído de las islas consigo a aquella negra? Un gran chal de rayas violeta ceñía su espalda sobre la borda de cobre. ¡Cuántas veces, en medio del mar, durante las noches húmedas, habría envuelto su busto, habría cubierto sus pies hasta dormir a su abrigo! El chal iba deslizándose poco a poco hacia el agua. Frédéric dio un salto y lo cogió.

Ella le dijo:

–Muy agradecida, caballero.

Sus ojos se encontraron.

–¿Estás lista, mujer? –preguntó el señor Arnoux, apareciendo en la escalera.

La señorita Marthe corrió hacia él y, colgada de su cuello, le tiraba de los bigotes. El sonido de un arpa se oyó de pronto, y quiso la niña oír la música en el momento en el que el del instrumento, traído por la negra, entró en el departamento de primera. Arnoux le reconoció por ser un antiguo modelo y le tuteó, cosa que sorprendió a los presentes. Por fin, el arpista echó hacia atrás su ancho pecho, extendió el brazo y se puso a tocar.

Era una romanza oriental que se refería a puñales, a flores y a estrellas. El hombre de los harapos cantaba aquello con un tono mordaz, a medida en que los movimientos de la máquina cortaban la melancolía sin medida, él apretaba más haciendo que vibraran las cuerdas y que sus sonidos metálicos parecieran exhalar sollozos como si fuera la queja de un amor orgulloso y vencido. En ambas orillas del río se veían los bosques descender hasta el agua. Circulaba una corriente de aire fresco y la señora Arnoux miraba vagamente a lo lejos. Cuando cesó la música movió los párpados muchas veces como si saliera de un sueño.

El arpista se les aproximó humildemente. Mientras Arnoux buscaba una moneda, Frédéric alargó hacia la gorra su mano cerrada y, abriéndola pudorosamente, depositó en ella una moneda de oro de veinte francos. Y no era la vanidad lo que le empujaba a dar aquella limosna delante de ella, sino un pensamiento de bendición al que se asociaba un movimiento del corazón casi religioso. Arnoux, enseñándole el camino, le invitó cordialmente a que almorzara.

Frédéric aseguró que acababa de almorzar, pero, en realidad se moría de hambre y no tenía ya ni un céntimo en el fondo de su bolsillo. Después pensó que tenía tanto derecho como otro cualquiera a permanecer en la cámara. Alrededor de las mesas redondas comían los burgueses y

circulaba un camarero. Los señores de Arnoux se hallaban en el extremo, a la derecha, él se sentó en la larga banqueta de terciopelo y cogió un periódico que allí encontró.

Debían tomar la diligencia de Châlons en Montereau. Su viaje a Suiza duraría un mes. La señora Arnoux censuraba a su marido por su debilidad con la pequeña. Murmuró él algo a su oído, una gracia indudablemente, puesto que ella sonrió. Después fue a correr la cortina de la ventana de detrás. El techo bajo y enteramente blanco arrojaba una luz fuerte. Frédéric, de frente, distinguía la sombra de sus pestañas. Mojaba ella sus labios en el vaso y entre sus dedos sostenía una cartera. El medallón de lapislázuli, sujeto con una cadenilla de oro a su muñeca, sonaba de cuando en cuando contra el plato.

Los que estaban allí, sin embargo, no parecían notarlo. Algunas veces se veía por las ventanas deslizarse el flanco de una barca que abordaba el barco para tomar o dejar viajeros. Las gentes que estaban sentadas a la mesa se inclinaban hacia las aberturas y decían el nombre de los lugares ribereños. Arnoux se quejaba de la cocina, gritó mucho por la cuenta y obligó a que la redujeran. Después se llevó al joven a proa para beber grogs, pero Frédéric se volvió muy pronto a la toldilla, donde se encontraba la señora Arnoux, que leía un pequeño volumen de tapas grises.

Los extremos de su boca se entreabrían en algunos momentos y un relámpago de placer iluminaba su frente. Frédéric tuvo celos del que había inventado aquellas cosas que ocupaban su mente. Cuanto más la contemplaba, más sentía que entre ambos se abrían unos abismos. Pensaba que era preciso abandonarla lenta, irrevocablemente, sin haber cruzado una frase, sin que dejarse ni siquiera un recuerdo.

Una llanura se extendía hacia la derecha y, a la izquierda, un herbazal iba a reunirse suavemente con una colina en que se percibían viñedos, nogales, un molino en medio del verde, algunos senderos, más allá, formando zigzag sobre la blanca roca que tocaba al límite del cielo. ¡Qué dicha subir juntos, el brazo rodeando su cintura, mientras su traje fuese barriendo las hojas amarillentas, escuchando su voz, dominado por los rayos de sus ojos! El barco podía detenerse, no tenían más que bajarse, y aquella cosa tan sencilla no era más fácil, sin embargo, que cambiar el curso del sol.

Algo más lejos se descubría un castillo de tejado puntiagudo con torrecillas cuadradas. Un parterre de flores se extendía delante de su fachada y las avenidas penetraban en los altos tilos como negras bóvedas. Se la figuró pasando por el límite de los setos. En aquel instante, una señorita y un caballero joven se dejaron ver en la escalera, entre los tiestos de naranjos. Luego, todo desapareció. La chiquilla jugaba cerca de él. Frédéric quiso besarla, pero ella se ocultó detrás de la criada. Le riñó su madre por no ser amable con el caballero que había salvado su chal.

«¿Era esta una manera indirecta de entrar en conversación? ¿Irás, por fin, a hablarme?», se preguntó.

Apremiaba el tiempo. ¿Cómo obtener una invitación para la casa de Arnoux?

Y no se le ocurrió nada mejor que hacerle notar el calor del otoño, añadiendo:

–Pronto el invierno, la estación de los bailes y las comidas...

Pero Arnoux se hallaba muy ocupado con sus equipajes.

La costa de Surville apareció. Los dos puentes se juntaban, se costó una cordelería. Después, una fila de casas chatas, abajo, marmitas de brea, trozos de madera y los pilluelos corrían por la arena dando vueltas al cable. Frédéric reconoció a un hombre con chaleco de mangas y le gritó:

–Dese prisa.

Llegaron. Buscó trabajosamente a Arnoux entre la multitud de pasajeros, y el otro contestó, estrechándole la mano:

–Hasta la vista, amigo mío.

Cuando estuvo sobre el muelle, Frédéric se volvió. La señora se hallaba cerca del timón, en pie. Le envió una mirada en la que procuró poner toda su alma como si nada hubiera hecho. Ella permaneció inmóvil.

Después, sin fijar atención en los saludos de su criado, le dijo:

–¿Por qué no has traído el coche hasta aquí?

El buen hombre se excusó.

–Qué torpe! Dame dinero.

Y se fue a comer a una posada.

Un cuarto de hora después, tuvo deseos de entrar como por casualidad en el patio de las diligencias. Todavía podría verla, quizás.

«¿Para qué?», se dijo.

Y el coche americano le llevó. Uno de los dos caballos no pertenecía a su madre. Lo había pedido prestado el del señor Chambrion, el recaudador, para engancharlo con el suyo. Isidore salió la víspera y descansó en Bray hasta la noche y había dormido en Montereau. Por eso las bestias trotaban bien.

Campos segados se prolongaban hasta el infinito. Dos hileras de árboles bordeaban el camino y los moretones de guijarros se sucedían. Poco a poco, pasaron por Villeneuve-Saint-Georges, Ablon, Châtillon, Corbeil y por los otros pueblos. Todo «su» viaje le vino a la memoria de manera tan clara que ahora distinguía detalles nuevos, particularidades más íntimas. Por debajo del último volante de «su» vestido veía «su» pie calzado con fina bota de seda color marrón. El velo formaba un amplio dosel sobre su cabeza, y las bolitas encarnadas de las guarniciones se movían perpetuamente al soplo de la brisa.

Se parecía a las mujeres de los libros románticos. No hubiera querido añadir ni quitar nada a su persona. El universo se ensanchaba de repente. Ella era el punto luminoso donde convergía el conjunto de las cosas. Y mecido por el movimiento del carruaje, con los párpados medio cerrados y la mirada en las nubes, se entregaba a una alegría soñadora e infinita.

En Bray no esperó a que le dieran la comida: se fue por el camino adelante, enteramente solo. Arnoux la había llamado Marie. Entonces, él gritó, muy alto: «¡Marie!». Su voz se perdió en el viento.

Una ancha franja de color púrpura inflamaba el cielo al Occidente. Grandes ruedas de molino se veían en medio de los rastros y proyectaban gigantescas sombras. Un perro se puso a ladrar en cierta lejana hacienda. Se estremeció, sobrecogido, con una inquietud sin causa.

Cuando Isidore se le reunió, se colocó en el pescante para guiar. Su desfallecimiento había pasado y se estaba enteramente resuelto a introducirse, no importaba cómo, en casa de los Arnoux y a relacionarse con ellos. Su hogar debía de ser agradable y Arnoux, además, le agradaba. Después, ¿quién sabe? Entonces, una oleada de sangre le subió a la cara y sus sienes zumbaban. Chasqueó el látigo, sacudió las riendas y llevaba los caballos a un paso tal, que el viejo cochero le repetía:

–Espacio, más espacio, los dejará usted sin resuello.

Poco a poco se calmó Frédéric y escuchó a su criado.

Esperaban al señor con gran impaciencia. La señorita Louise había llorado porque quería venir en el coche.

–¿Quién es la señorita Louise?

–La chiquitina del señor Roque, ¿sabe usted?

–¡Ah!, no me acordaba –replicó Frédéric indolentemente.

A todo esto, los dos caballos no podían más, ambos cojeaban y las nueve sonaban en Saint-Laurent cuando llegó a la plaza de armas, delante de la casa de su madre. Aquella casa espaciosa, con un jardín que lindaba con el campo, daba aún mayor consideración a la señora Moreau, que era la persona más respetada del país.

Procedía de una antigua familia noble ya extinguida. Su marido, un plebeyo con quien sus padres la casaron, había muerto de una herida durante su embarazo dejándole una escasa fortuna. Ella daba de comer tres veces a la semana y disimulaba aquella estrechez, como si fuera un vicio mostrándose discreta, sin ostentación y sin acritud. Sus menores obras de caridad parecían grandes limosnas. Se le consultaba sobre la elección de los criados, la educación de las jóvenes, el arte de los dulces, y monseñor acudía su casa en las visitas episcopales.

La señora Moreau alimentaba una gran ambición para su hijo y no le gustaba oír que censurasen al gobierno, por una especie de prudencia anticipada. Él necesitaría protección al principio y luego, gracias a sus cualidades, llegaría a consejero de Estado, embajador, ministro. Sus triunfos en el colegio de Sens legitimaban aquel orgullo porque había obtenido el premio de honor.

Cuando entró en el salón, todos se levantaron con gran ruido y le abrazaron, y con las butacas y las sillas se formó un amplio semicírculo alrededor de la chimenea. El señor Gamblin le preguntó inmediatamente su opinión sobre la señora Lafarge. Este asunto y el ambiente encendido de la época produjeron una violenta discusión que la señora Moreau contuvo, con el pesar del señor Gamblin –que sí la juzgaba útil para el joven, en calidad de futuro jurisconsulto– salió del salón contrariado.

Nada debía sorprender en un amigo del tío Roque. A propósito del tío Roque, se habló del señor Dambreuse, que acababa de adquirir la propiedad de la Fortelle. Pero el recaudador se había llevado aparte a Frédéric para saber lo que pensaba de la última obra de Guizot. Todos deseaban conocer sus asuntos, y la señora Benoît preguntó directamente sobre su tío.

¿Cómo estaba aquel buen pariente?

No daba ya noticias suyas.

¿No tenía un primo lejano en América?

La cocinera anunció que la sopa del señor estaba servida. La gente se retiró por discreción. En cuanto, poco después, estuvieron solos, su madre le dijo en voz baja:

–¿Y bien?

El viejo le había recibido muy cordialmente, pero sin manifestar sus intenciones. La señora Moreau suspiró.

«¿Dónde estará ahora ella?», pensó él.

La diligencia rodaba y, envuelta en el chal, sin duda, apoyaba en el paño del coche su hermosa cabeza dormida.

Subían a sus cuartos, cuando un mozo del Cisne de la Cruz trajo una carta.

–¿Qué es eso?

–Deslauriers, que me necesita –dijo.

–¡Ah!, tu camarada –contestó la señora Moreau, con sonrisa de desprecio–. ¡La hora ha sido bien elegida, ciertamente!

Frédéric vacilaba, pero la amistad venció y cogió su sombrero.

–Por lo menos, no tardes mucho –le dijo su madre.

Émile Zola (1840-1902)

Teórico del Naturalismo, Émile Zola formula sus fundamentos en el prólogo a su novela *Thérèse Raquin* y, sobre todo, en su ensayo *Le roman expérimental* (1880) en los que rechaza de manera explícita el Romanticismo. Su intención es producir una novela «fisiológica» aplicando algunas de las teorías de Taine sobre la influencia de la raza y el medio sobre el individuo, los principios de Claude Bernard sobre la herencia, el positivismo de Comte, el experimentalismo de Claude Bernard y el determinismo de Taine. Defiende una novela experimental en la que la sociedad sea la protagonista.

En *La Taberna* narra la vida de Gervaise, una mujer casada con un parásito, Lantier, que la engaña y la abandona por otra mujer. Ella, con hijos a los que alimentar, busca trabajos y se casa con un antiguo conocido, Coupeau. Tras un accidente su nuevo marido se entrega a la bebida y abandona el trabajo. Gervais cumple su sueño de tener una pequeña tienda propia con la que mantener a la familia. Su marido entabla amistad con Lantier y, finalmente, todos llegan a una profunda degradación humana.

L'Assommoir

Gervaise avait attendu Lantier jusqu'à deux heures du matin. Puis, toute frissonnante d'être restée en camisole à l'air vif de la fenêtre, elle s'était assoupie, jetée en travers du lit, fiévreuse, les joues trempées de larmes. Depuis huit jours, au sortir du Veau à deux têtes, où ils mangeaient, il l'envoyait se coucher avec les enfants et ne reparaissait que tard dans la nuit, en racontant qu'il cherchait du travail. Ce soir-là, pendant qu'elle guettait son retour, elle croyait l'avoir vu entrer au bal du Grand-Balcon, dont les dix fenêtres flambantes éclairaient d'une nappe d'incendie la coulée noire des boulevards extérieurs; et, derrière lui, elle avait aperçu la petite Adèle, une brunisseuse qui dînait à leur restaurant, marchant à cinq ou six pas, les mains ballantes, comme si elle venait de lui quitter le bras pour ne pas passer ensemble sous la clarté crue des globes de la porte.

Quand Gervaise s'éveilla, vers cinq heures, raidie, les reins brisés, elle éclata en sanglots. Lantier n'était pas rentré. Pour la première fois, il découchait. Elle resta assise au bord du lit, sous le lambu de perse déteinte qui tombait de la flèche attachée au plafond par une ficelle. Et, lentement, de ses yeux voilés de larmes, elle faisait le tour de la misérable chambre garnie, meublée d'une commode de noyer dont un tiroir manquait, de trois chaises de paille et d'une petite table graisseuse, sur laquelle traînait un pot à eau ébréché. On avait ajouté, pour les enfants, un lit de fer qui barrait la commode et emplissait les deux tiers de la pièce. La malle de Gervaise et de Lantier, grande ouverte dans un coin, montrait ses flancs vides, un vieux chapeau d'homme tout au fond, enfoui sous des chemises et des chaussettes sales; tandis que, le long des murs, sur

le dossier des meubles, pendaient un châle troué, un pantalon mangé par la boue, les dernières nippes dont les marchands d'habits ne voulaient pas. Au milieu de la cheminée, entre deux flambeaux de zinc dépareillés, il y avait un paquet de reconnaissances du Mont-de-Piété, d'un rose tendre. C'était la belle chambre de l'hôtel, la chambre du premier, qui donnait sur le boulevard.

Cependant, couchés côte à côte sur le même oreiller, les deux enfants dormaient. Claude, qui avait huit ans, ses petites mains rejetées hors de la couverture, respirait d'une haleine lente, tandis qu'Étienne, âgé de quatre ans seulement, souriait, un bras passé au cou de son frère. Lorsque le regard noyé de leur mère s'arrêta sur eux, elle eut une nouvelle crise de sanglots, elle tamponna un mouchoir sur sa bouche, pour étouffer les légers cris qui lui échappaient. Et, pieds nus, sans songer à remettre ses savates tombées, elle retourna s'accouder à la fenêtre, elle reprit son attente de la nuit, interrogeant les trottoirs, au loin.

L'hôtel se trouvait sur le boulevard de la Chapelle, à gauche de la barrière Poissonnière. C'était uneasure de deux étages, peinte en rouge lie de vin jusqu'au second, avec des persiennes pourries par la pluie. Au-dessus d'une lanterne aux vitres étoilées, on parvenait à lire, entre les deux fenêtres: Hôtel Boncœur, tenu par Marsoullier, en grandes lettres jaunes, dont la moisissure du plâtre avait emporté des morceaux. Gervaise, que la lanterne gênait, se haussait, son mouchoir sur les lèvres. Elle regardait à droite, du côté du boulevard de Rochechouart, où des groupes de bouchers, devant les abattoirs, stationnaient en tabliers sanglants; et le vent frais apportait une puanteur par moments, une odeur fauve de bêtes massacrées. Elle regardait à gauche, enfilant un long ruban d'avenue, s'arrêtant, presque en face d'elle, à la masse blanche de l'hôpital de Lariboisière, alors en construction. Lentement, d'un bout à l'autre de l'horizon, elle suivait le mur de l'octroi, derrière lequel, la nuit, elle entendait parfois des cris d'assassinés; et elle fouillait les angles écartés, coins sombres, noirs d'humidité et d'ordure, avec la peur d'y le corps de Lantier, le ventre troué de coups de couteau. Quand elle levait les yeux, au-delà de cette muraille grise et interminable qui entourait la ville d'une bande de désert, elle apercevait une grande lueur, une poussière de soleil, pleine déjà du grondement matinal de Paris. Mais c'était toujours à la barrière Poissonnière qu'elle revenait, le cou tendu, s'étourdissant à voir couler, entre les deux pavillons trapus de l'octroi, le flot ininterrompu d'hommes, de bêtes, de charrettes, qui descendait des hauteurs de Montmartre et de la Chapelle. Il y avait là un piétinement de troupeau, une foule que de brusques arrêts étalaient en mares sur la chaussée, un défilé sans fin d'ouvriers allant au travail, leurs outils sur le dos, leur pain sous le bras; et la cohue s'engouffrait dans Paris où elle se noyait, continuellement. Lorsque Gervaise, parmi tout ce monde, croyait reconnaître Lantier, elle se penchait davantage, au risque de tomber; puis, elle appuyait plus fortement son mouchoir sur sa bouche, comme pour renfoncer sa douleur.

Une voix jeune et gaie lui fit quitter la fenêtre.

–Le bourgeois n'est donc pas là, madame Lantier?

–Mais non, monsieur Coupeau, répondit-elle en tâchant de sourire.

C'était un ouvrier zingueur qui occupait, tout en haut de l'hôtel, un cabinet de dix francs. Il avait son sac passé à l'épaule.

Ayant trouvé la clef sur la porte, il était entré, en ami.

–Vous savez, continua-t-il, maintenant, je travaille là, à l'hôpital... Hein! quel joli mois de mai! Ça pique dur, ce matin.

Et il regardait le visage de Gervaise, rougi par les larmes.

Quand il vit que le lit n'était pas défait, il hocha doucement la tête; puis, il vint jusqu'à la couchette des enfants qui dormaient toujours avec leurs mines roses de chérubins; et, baissant la voix:

–Allons! le bourgeois n'est pas sage, n'est-ce pas?... Ne vous désolez pas, madame Lantier. Il s'occupe beaucoup de politique; l'autre jour, quand on a voté pour Eugène Sue, un bon, paraît-il,

il était comme un fou. Peut-être bien qu'il a passé la nuit avec des amis à dire du mal de cette crapule de Bonaparte.

–Non, non, murmura-t-elle avec effort, ce n'est pas ce que vous croyez. Je sais où est Lantier... Nous avons nos chagrins comme tout le monde, mon Dieu!

Coupeau cligna les yeux, pour montrer qu'il n'était pas dupe de ce mensonge. Et il partit, après lui avoir offert d'aller chercher son lait, si elle ne voulait pas sortir: elle était une belle et brave femme, elle pouvait compter sur lui, le jour où elle serait dans la peine. Gervaise, dès qu'il se fut éloigné, se remit à la fenêtre.

À la barrière, le piétinement de troupeau continuait, dans le froid du matin. On reconnaissait les serruriers à leurs bourgerons bleus, les maçons à leurs cottes blanches, les peintres à leurs paletots, sous lesquels de longues blouses passaient. Cette foule, de loin, gardait un effacement plâtreux, un ton neutre, où dominaient le bleu déteint et le gris sale. Par moments, un ouvrier s'arrêtait court, rallumait sa pipe, tandis qu'autour de lui les autres marchaient toujours, sans un rire, sans une parole dite à un camarade, les joues terreuses, la face tendue vers Paris, qui, un à un, les dévorait, par la rue béante du Faubourg Poissonnière. Cependant, aux deux coins de la rue des Poissonniers, à la porte des deux marchands de vin qui enlevaient leurs volets, des hommes ralentissaient le pas; et, avant d'entrer, ils restaient au bord du trottoir, avec des regards obliques sur Paris, les bras mous, déjà gagnés à une journée de flâne. Devant les comptoirs, des groupes s'offraient des tournées, s'oubliaient là, debout, emplissant les salles, crachant, toussant, s'éclaircissant la gorge à coups de petits verres.

Gervaise guettait, à gauche de la rue, la salle du père Colombe, où elle pensait avoir vu Lantier, lorsqu'une grosse femme, nu-tête, en tablier, l'interpella du milieu de la chaussée.

–Dites donc, madame Lantier, vous êtes bien matinale!

Gervaise se pencha.

–Tiens! c'est vous, madame Boche!... Oh! j'ai un tas de besogne, aujourd'hui!

–Oui, n'est-ce pas? les choses ne se font pas toutes seules.

Et une conversation s'engagea, de la fenêtre au trottoir.

Madame Boche était concierge de la maison dont le restaurant du Veau à deux têtes occupait le rez-de-chaussée. Plusieurs fois, Gervaise avait attendu Lantier dans sa loge, pour ne pas s'attabler seule avec tous les hommes qui mangeaient, à côté. La concierge raconta qu'elle allait à deux pas, rue de la Charbonnière, pour trouver au lit un employé, dont son mari ne pouvait pas tirer le raccommodage d'une redingote. Ensuite, elle parla d'un de ses locataires qui était rentré avec une femme, la veille, et qui avait empêché le monde de dormir, jusqu'à trois heures du matin. Mais, tout en bavardant, elle dévisageait la jeune femme, d'un air de curiosité aiguë; et elle semblait n'être venue là, se poser sous la fenêtre, que pour savoir.

–Monsieur Lantier est donc encore couché? demanda-telle brusquement.

–Oui, il dort, répondit Gervaise, qui ne put s'empêcher de rougir.

Madame Boche vit les larmes lui remonter aux yeux; et, satisfaite sans doute, elle s'éloignait en traitant les hommes de sacrés fainéants, lorsqu'elle revint, pour crier:

–C'est ce matin que vous allez au lavoir, n'est-ce pas?... J'ai quelque chose à laver, je vous garderai une place à côté de moi, et nous causerons.

Puis, comme prise d'une subite pitié:

–Ma pauvre petite, vous feriez bien mieux de ne pas rester là, vous prendrez du mal... Vous êtes violette.

Gervaise s'entêta encore à la fenêtre pendant deux mortelles heures, jusqu'à huit heures. Les boutiques s'étaient ouvertes. Le flot de blouses descendant des hauteurs avait cessé; et seuls quelques retardataires franchissaient la barrière à grandes enjambées. Chez les marchands de vin, les mêmes hommes, debout, continuaient à boire, à tousser et à cracher.

Aux ouvriers avaient succédé les ouvrières, les brunisseuses, les modistes, les fleuristes, se serrant dans leurs minces vêtements, trottant le long des boulevards extérieurs; elles allaient par bandes de trois ou quatre, causaient vivement, avec de légers rires et des regards luisants jetés autour d'elles; de loin en loin, une, toute seule, maigre, l'air pâle et sérieux, suivait le mur de l'octroi, en évitant les coulées d'ordures. Puis, les employés étaient passés, soufflant dans leurs doigts, mangeant leur pain d'un sou en marchant; des jeunes gens efflanqués, aux habits trop courts, aux yeux battus, tout brouillés de sommeil; de petits vieux qui roulaient sur leurs pieds, la face blême, usée par les longues heures du bureau, regardant leur montre pour régler leur marche à quelques secondes près. Et les boulevards avaient pris leur paix du matin; les rentiers du voisinage se promenaient au soleil; les mères, en cheveux, en jupes sales, berçaient dans leurs bras des enfants au maillot, qu'elles changeaient sur les bancs; toute une marmaille mal mouchée, débraillée, se bousculait, se traînait par terre, au milieu de piaulements, de rires et de pleurs. Alors, Gervaise se sentit étouffer, saisie d'un vertige d'angoisse, à bout d'espoir; il lui semblait que tout était fini, que les temps étaient finis, que Lantier ne rentrerait plus jamais. Elle allait, les regards perdus, des vieux abattoirs noirs de leur massacre et de leur puanteur, à l'hôpital neuf, blafard, montrant, par les trous encore béants de ses rangées de fenêtres, des salles nues où la mort devait faucher. En face d'elle, derrière le mur de l'octroi, le ciel éclatant, le lever de soleil qui grandissait au-dessus du réveil énorme de Paris, l'éblouissait.

La Taberna

Gervasia había esperado a Lantier hasta las dos de la mañana. Después, temblando de frío por haber permanecido en camisón, expuesta al aire crudo que penetraba por la ventana, se había adormecido, tendida en la cama, con fiebre y con las mejillas humedecidas por las lágrimas. Hacía ocho días que, al salir del *Veau à deux têtes*, donde comían, él la mandaba a acostarse con los niños, y ya no reaparecía hasta muy entrada la noche, pretextando haber pasado el tiempo en busca de trabajo. Aquella noche, mientras esperaba su regreso, creyó haberlo visto entrar en el baile del Grand Balcon, cuyas diez ventanas resplandecientes iluminaban como una cascada de luz la hilera negra de los bulevares exteriores; tras él había advertido a Adelita, una bruñidora que comía en el restaurante, que caminaba a cinco o seis pasos de distancia, balanceando las manos, como si acabara de soltarle el brazo a fin de que no los viesen pasar juntos bajo la viva luz de los globos de la puerta.

Cuando Gervasia se despertó hacia las cinco, aterida y con los riñones doloridos, estalló en sollozos, pues Lantier no había vuelto aún. Por vez primera no dormía en su casa. Permaneció sentada al borde de la cama, bajo el jirón de una desteñida tela de Persia que colgaba de una anilla sujeta al techo por un bramante. Y lentamente, con los ojos bañados en lágrimas, recorrió la miserable habitación amueblada, que contaba con una cómoda de nogal, a la que faltaba un cajón, tres sillas de paja y una mesita grasienta, sobre la cual se veía una jarra descascarillada. A este mobiliario se añadía una cama de hierro para los niños, que obstruía el paso hacia la cómoda y

ocupaba las dos terceras partes de la habitación. El enorme baúl de Lantier y Gervasia, horadado en una esquina, mostraba sus lados vacíos; en el fondo, se veía un viejo sombrero de hombre, medio oculto entre camisas y calcetines sucios: mientras que, a lo largo de las paredes, sobre el respaldo de los muebles, pendían un chal agujereado y un pantalón salpicado de barro, últimos despojos desdeñados por los traperos. En el centro de la chimenea, entre dos desiguales candelabros de cinc, había un rollo de papeletas de las casas de empeño, de un color rosa claro. Y era ésta la mejor habitación del hotel, la del piso primero, con frente al bulevar.

Entretanto, acostados uno al lado del otro y reposando la cabeza sobre una misma almohada, dormían los dos niños. Claudio, de ocho años, con sus manecitas fuera del embozo, respiraba con dificultad, mientras Esteban, que apenas llegaba a los cuatro, sonreía abrazado al cuello de su hermano. Cuando la mirada anegada en lágrimas de su madre se detuvo en ellos, la atacó una nueva crisis de sollozos, teniendo que taparse la boca con un pañuelo para ahogar los ligeros gritos que se le escapaban. Y con los pies desnudos, sin pensar en calzar sus chancletas caídas, volvió a asomarse a la ventana, retornando a su espera de la noche y dirigiendo su vista a las aceras de la calle.

El hotel se encontraba situado en el bulevar de la *Chapelle*, a la izquierda de la barrera *Poissonniers*. Era una casucha de dos pisos, pintada hasta el segundo de un color rojo semejante al vino turbio, con persianas podridas por la lluvia. Por encima de una linterna de vidrios agrietados se podía leer entre las dos ventanas: *Hotel Boncœur*, a cargo de Marsoullier, en grandes letras amarillas, a las que faltaban algunos trozos, a causa de las resquebrajaduras del revoque. Gervasia, a quien la linterna no le permitía ver bien, se alzaba en puntillas con el pañuelo entre los labios.

Miraba hacia la derecha, por el lado del bulevar *Rochechouart*, donde se estacionaban grupos de carniceros, con sus mandiles llenos de sangre, delante de los mataderos. Un viento frío le llevaba, a intervalos, un hediondo olor a reses degolladas. Luego dirigió la vista hacia la izquierda, abarcando una larga extensión de la avenida, deteniéndose, casi enfrente de ella, en la blanca masa del hospital *Lariboisière*, entonces en construcción. Lentamente, de un extremo al otro del horizonte, siguió avizorando por el muro del resguardo, tras del cual, por las noches, oía a veces gritos de asesinados. Y escudriñó los ángulos más apartados, los rincones sombríos, negros de humedad e inmundicia, temerosa de descubrir el cuerpo de Lantier con el vientre agujereado a puñaladas. Al levantar la vista más allá de aquella muralla gris e interminable que rodeaba la ciudad como una faja de desierto, podía distinguir un gran resplandor, una polvareda de sol, rebosante ya del zumbido matinal de París.

Pero era siempre hacia la barrera *Poissonniers* a donde reiteradamente volvía los ojos, alargando el cuello, aturdiéndose al ver correr entre las dos achatadas casillas del resguardo la ininterrumpida oleada de hombres, de animales y de carros, que descendían de las alturas de *Montmartre* y de la *Chapelle*. Allí se advertían las pisadas de rebaño de una multitud que, con paradas repentinas, se extendía en marejada sobre la calzada; era un interminable desfile de obreros que iban a su trabajo, con las herramientas en la espalda y el pan bajo el brazo, y la turba se sumergía en París, donde continuamente se anegaba. Cuando Gervasia creía reconocer a Lantier, entre toda esa multitud, se inclinaba más aún, a riesgo de caer: luego, apretaba con más fuerza el pañuelo contra la boca, como si pretendiera ahogar su dolor.

Una voz juvenil y alegre la obligó a abandonar la ventana.

—¿No está en casa el patrón, señora Lantier?

—No, señor Coupeau —respondió ella, tratando de sonreír.

Era un obrero pizarrero, que ocupaba, en lo más alto del hotel, una habitación de diez francos. A la sazón llevaba su saco echado a la espalda. Al encontrar la llave puesta en la cerradura, había entrado como buen amigo.

—¿Sabe usted —siguió diciendo— que ahora trabajo allá, en el hospital?... ¡Ah! ¡Qué hermoso mes de mayo! Vaya, que no pica poco esta mañana.

Y miraba el rostro de Gervasia, enrojecido por las lágrimas. Cuando vio que la cama no estaba deshecha, movió suavemente la cabeza; luego se dirigió hasta la camita de los niños que, con sus rosados semblantes de querubines, continuaban durmiendo, y dijo, bajando la voz:

—¡Vamos! El amo no es muy juicioso, ¿verdad?... Pero no se aflija usted, señora Lantier. Lo que ocurre es que su esposo se ocupa mucho de política; días pasados, cuando se votó por Eugenio Sué, una buena persona, según parece, se puso como loco. Es muy probable que haya pasado la noche con algunos amigos hablando mal de ese crápula de Bonaparte.

—No, no —murmuró ella, haciendo un esfuerzo—. No es lo que usted cree. Yo sé dónde está Lantier... Nosotros, como todo el mundo, tenemos nuestras desazones. ¡Dios mío!

Coupeau guiñó los ojos, como dando a entender que no era fácil engañarlo. Y partió, tras haberle ofrecido ir en busca de leche, si ella no quería salir; podía contar con él cuando se viese en algún apuro, la estimaba, pues veía lo hermosa y buena mujer que era. Cuando Coupeau se hubo alejado, Gervasia volvió a asomarse a la ventana.

En la fría mañana continuaba el ruido del rebaño que pasaba por la barrera. Era fácil reconocer a los cerrajeros por sus mandiles azules, a los albañiles por sus blusas blancas, a los pintores por sus sobretodos, bajo los cuales aparecían largas blusas. Desde lejos, esta multitud ofrecía un aspecto borroso, un matiz indefinible, en el que dominaban el azul descolorido y el gris sucio. De cuando en cuando un obrero se detenía y encendía su pipa, mientras los demás pasaban por su lado sin detenerse, sin sonreír, sin decir una palabra al camarada, con las mejillas terrosas, la cara dirigida hacia París, que uno tras otro los devoraba por la anchurosa calle del arrabal *Poissonniers*. No obstante, en los dos extremos de la calle *Poissonniers*, frente a la entrada de dos tabernas, cuyos dueños abrían las puertas, algunos hombres, con los brazos caídos, listos ya a pasar un día de vagancia, moderaban el paso y dirigían miradas oblicuas hacia París. Delante de los mostradores, varios grupos bebían ya en rueda, olvidándose de sí mismos, llenando las salas, escupiendo, tosiendo, limpiándose el gaznate a fuerza de copas.

Gervasia atisbaba, a la izquierda de la calle, la taberna del tío Colombe, en donde creía haber visto a Lantier, cuando una mujer corpulenta, con la cabeza descubierta, la interpeló desde el centro de la calzada:

—Señora Lantier, ¿no está usted poco madrugadora esta mañana!

Gervasia se inclinó.

—¡Ah! ¡Es usted, señora Boche!... ¡Oh! ¡Tengo tanto que hacer hoy!

—Sí, es verdad, las cosas no se hacen solas.

Y se entabló la conversación desde la ventana a la acera. La señora Boche era portera de la casa cuyos bajos ocupaba el restaurante *Veau à deux têtes*. Muchas veces Gervasia había esperado a Lantier en la portería, para no sentarse sola a la mesa, entre los hombres que comían a su lado. La portera le dijo que iba muy cerca de allí, a la calle de la *Charbonnière*, para encontrar en la cama a un empleado a quien su marido no podía sacar el importe de la compostura de una levita. Después habló de uno de sus inquilinos, que la noche anterior había entrado con una mujer y no dejó dormir a nadie hasta las tres de la madrugada. Pero, al tiempo que iba charlando, escudriñaba a la joven, con viva curiosidad, pareciendo que se había acercado a la ventana con la sola idea de enterarse.

—¿Todavía está en la cama el señor Lantier? —preguntó de improviso.

—Sí, duerme todavía —respondió Gervasia, poniéndose colorada, sin poder evitarlo.

La señora Boche vio que las lágrimas le brotaban de los ojos e indudablemente satisfecha, se alejó, tratando a los hombres de incurables holgazanes, y, de pronto, se volvió para gritar:

—Irá usted esta mañana al lavadero, ¿no es cierto?... Yo tengo algunas cositas que lavar, le guardaré sitio a mi lado y charlaremos.

Después, como acometida por súbita piedad:

—¡Pobrecita mía! —exclamó—; mejor sería que no permaneciese ahí; puede coger una enfermedad... Está usted morada.

Gervasia se empeñó en quedarse todavía en la ventana dos horas mortales, hasta las ocho. Las tiendas estaban ya abiertas. Había cesado el oleaje de blusas, que descendía de lo alto, y sólo algunos rezagados atravesaban la barrera a grandes pasos. En las tabernas, los mismos hombres, de pie, continuaban bebiendo, tosiendo y escupiendo. A los obreros habían sucedido las obreras, las bruñidoras, las modistas, las floristas, arrebuñadas en sus escasas ropas, avanzando a lo largo de los bulevares exteriores; iban en grupos de tres o cuatro, charlando vivamente, riendo con desenvoltura y dirigiendo en torno suyo miradas centelleantes; de vez en cuando, alguna de ellas, completamente sola, delgada, pálida y de aspecto serio, seguía la muralla del resguardo, evitando los regueros de inmundicias.

Después pasaron los empleados soplándose los dedos y comiendo, mientras caminaban, su panecillo de cinco céntimos, jóvenes extenuados con vestidos demasiado estrechos, los ojos caídos y aún empañados por el sueño, viejecillos de cara descolorida, que arrastraban los pies, consumidos por las largas horas de oficina, mirando el reloj para ajustar su paso a las exigencias del tiempo. Y, por fin, los bulevares tomaron su pacífico aspecto mañanero los rentistas de la vecindad se paseaban al sol, las madres, despeinadas, con los vestidos sucios, mecían en sus brazos criaturas, de pecho y mudábanles de pañales en los bancos, toda una chiquillería desarrapada, con las narices sucias, se atropellaba, se arrastraba por el suelo en medio de chillidos, de risas y de lágrimas.

INGLATERRA

Charles Dickens (1812-1870)

Elogiado por León Tolstói, George Orwell, G. K. Chesterton y Tom Wolfe, Charles Dickens creó algunos de los personajes de ficción más conocidos en la historia de la literatura universal. Sus obras gozaron de una amplia popularidad y algunas de sus novelas siguen siendo aún hoy leídas. Es cierto también que, a juicio de otros autores como Oscar Wilde, Henry James y Virginia Woolf, sus textos carecían de profundidad psicológica, y que, a veces, recalca las malas condiciones sociales y los rasgos de los personajes perversos.

Oliver Twist

Oliver Twist es un niño huérfano que se enfrenta a un mundo hostil. Escapa a la ciudad de Londres donde conoce el ambiente del submundo del hampa y ejerce de protagonista de múltiples pillerías que, a veces, proporciona unos modelos elementales de valores éticos.

Oliver Twist

Chapter I

Treats of the places where Oliver Twist was born and of the circumstances attending his birth

Among other public buildings in a certain town, which for many reasons it will be prudent to refrain from mentioning, and to which I will assign no fictitious name, there is one anciently common to most towns, great or small: to wit, a workhouse; and in this workhouse was born; on a day and date which I need not trouble myself to repeat, inasmuch as it can be of no possible consequence to the reader, in this stage of the business at all events; the item of mortality whose name is prefixed to the head of this chapter.

For a long time after it was ushered into this world of sorrow and trouble, by the parish surgeon, it remained a matter of considerable doubt whether the child would survive to bear any name at all; in which case it is somewhat more than probable that these memoirs would never have appeared; or, if they had, that being comprised within a couple of pages, they would have possessed the inestimable merit of being the most concise and faithful specimen of biography, extant in the literature of any age or country.

Although I am not disposed to maintain that the being born in a workhouse, is in itself the most fortunate and enviable circumstance that can possibly befall a human being, I do mean to say that in this particular instance, it was the best thing for Oliver Twist that could by possibility have occurred. The fact is, that there was considerable difficulty in inducing Oliver to take upon himself the office of respiration, a troublesome practice, but one which custom has rendered necessary to our easy existence; and for some time he lay gasping on a little flock mattress, rather unequally poised between this world and the next: the balance being decidedly in favour of the latter. Now, if, during this brief period, Oliver had been surrounded by careful grandmothers, anxious aunts, experienced nurses, and doctors of profound wisdom, he would most inevitably and indubitably have been killed in no time. There being nobody by, however, but a pauper old woman, who was rendered rather misty by an unwonted allowance of beer; and a parish surgeon who did such matters by contract; Oliver and Nature fought out the point between them. The result was, that, after a few struggles, Oliver breathed, sneezed, and proceeded to advertise to the inmates of the workhouse the fact of a new burden having been imposed upon the parish, by setting up as loud a cry as could reasonably have been expected from a male infant who had not been possessed of that very useful appendage, a voice, for a much longer space of time than three minutes and a quarter.

As Oliver gave this first proof of the free and proper action of his lungs, the patchwork coverlet which was carelessly flung over the iron bedstead, rustled; the pale face of a young woman was raised feebly from the pillow; and a faint voice imperfectly articulated the words, 'Let me see the child, and die.'

The surgeon had been sitting with his face turned towards the fire: giving the palms of his hands a warm and a rub alternately. As the young woman spoke, he rose, and advancing to the bed's head, said, with more kindness than might have been expected of him:

'Oh, you must not talk about dying yet.'

'Lor bless her dear heart, no!' interposed the nurse, hastily depositing in her pocket a green glass bottle, the contents of which she had been tasting in a corner with evident satisfaction.

'Lor bless her dear heart, when she has lived as long as I have, sir, and had thirteen children of her own, and all on 'em dead except two, and them in the wurkus with me, she'll know better than to take on in that way, bless her dear heart! Think what it is to be a mother, there's a dear young lamb do.'

Apparently this consolatory perspective of a mother's prospects failed in producing its due effect. The patient shook her head, and stretched out her hand towards the child. The surgeon deposited it in her arms. She imprinted her cold white lips passionately on its forehead; passed her hands over her face; gazed wildly round; shuddered; fell back and died. They chafed her breast, hands, and temples; but the blood had stopped forever.

They talked of hope and comfort. They had been strangers too long. 'It's all over, Mrs. Thingummy!' said the surgeon at last. 'Ah, poor dear, so it is!' said the nurse, picking up the cork of the green bottle, which had fallen out on the pillow, as she stooped to take up the child. 'Poor dear!' 'You needn't mind sending up to me, if the child cries, nurse', said the surgeon, putting on his gloves with great deliberation. 'It's very likely it will be troublesome. Give it a little gruel if it is.' He put on his hat, and, pausing by the bed-side on his way to the door, added, 'She was a good-looking girl, too; where did she come from?'

'She was brought here last night,' replied the old woman, 'by the overseer's order. She was found lying in the street. She had walked some distance, for her shoes were worn to pieces; but where she came from, or where she was going to, nobody knows'.

The surgeon leaned over the body, and raised the left hand. 'The old story,' he said, shaking his head: 'no wedding-ring, I see. Ah! Good-night!'

The medical gentleman walked away to dinner; and the nurse, having once more applied herself to the green bottle, sat down on a low chair before the fire, and proceeded to dress the infant.

What an excellent example of the power of dress, young Oliver Twist was! Wrapped in the blanket which had hitherto formed his only covering, he might have been the child of a nobleman or a beggar; it would have been hard for the haughtiest stranger to have assigned him his proper station in society. But now that he was enveloped in the old calico robes which had grown yellow in the same service, he was badged and ticketed, and fell into his place at once—a parish child—the orphan of a workhouse the humble, half-starved drudge to be cuffed and buffeted through the world despised by all, and pitied by none.

Oliver cried lustily. If he could have known that he was an orphan, left to the tender mercies of church-wardens and overseers, perhaps he would have cried the louder.

Oliver Twist

Capítulo I

Trata del lugar en el que vio la luz primera Oliver Twist y de las circunstancias que concurrieron en su nacimiento

Entre los edificios públicos de los que se siente orgullosa una ciudad, cuyo nombre creo prudente callar por varias razones, hay uno que antiguamente era común a la mayor parte de las ciudades, grandes o pequeñas: el hospicio. En el hospicio nació, cierto día cuya fecha no me tomaré la molestia de consignar, sencillamente porque carece de importancia para el lector, el feliz o desdichado mortal cuyo nombre encabeza este primer capítulo de la verídica historia que vamos a narrar.

Tras largo tiempo después de haber penetrado en este mundo de miserias y de lágrimas gracias a los cuidados del cirujano de la parroquia, dio lugar a dudas muy fundadas la cuestión de si el niño viviría lo suficiente para poder llevar un nombre cualquiera. Si la importantísima cuestión se hubiera resuelto en sentido negativo, es más que probable que estas memorias no hubiesen visto nunca la luz pública, y aun suponiendo que yo las hubiese escrito, no habrían abarcado más de dos páginas, y hubieran poseído el mérito inestimable de ser el ejemplar más fiel y conciso de biografía de que envanecerse pudiera la literatura de todas las épocas y de todos los países.

Aunque no me atreveré a sostener que el hecho de haber nacido en un hospicio es en sí el favor más grande y envidiable que la Fortuna pueda dispensar a una criatura humana, declararé, sin embargo, que en este caso fue lo mejor que al pobre Oliver pudo ocurrirle. El hecho fue que costó ímprobos trabajos conseguir que Oliver fuera capaz de llenar sus funciones respiratorias, función penosa, que la costumbre ha hecho necesaria para vivir con reposo. El pobre niño permaneció durante algún tiempo dando boqueadas sobre un colchón incomodísimo, manteniendo un equilibrio inestable en este mundo y en el otro, pero más próximo al otro que a éste. Es seguro que, si en aquellos momentos críticos hubieran rodeado a Oliver cariñosas abuelas, anhelantes tías, nodrizas expertas y médicos afamados, el niño se hubiera muerto sin duda alguna en menos tiempo del que ahora tardo en contarlo; pero como allí no había más que una pobre vieja, casi siempre borracha por efecto del abuso de la cerveza, y un cirujano que prestaba sus servicios al establecimiento por cierta cantidad fija de dinero, entre el niño y la naturaleza pudieron salir airoso del lance. El resultado fue que, después de algunos esfuerzos, Oliver respiró, estornudó y anunció a los habitantes del hospicio que desde aquel instante iba a pesar una carga nueva sobre la parroquia con un grito tan agudo como racionalmente podía esperarse de un recién nacido que solamente desde tres minutos antes era incapaz de emitir sonidos.

En cuanto Oliver dio esta primera prueba de la fuerza y de la libertad de sus pulmones, se agitó ligeramente la colcha remendada que en picos desiguales prendía por los lados de la cama de hierro y una joven, cuyo rostro cubrían livideces de muerte, alzó penosamente la cabeza sobre la almohada, y murmuró con voz apenas inteligible estas palabras:

—¡Dejen que vea al niño y moriré contenta!

El cirujano, que estaba sentado junto a la lumbre de la chimenea calentándose las manos, se levantó al escuchar las palabras de la joven, y acercándose al lecho, dijo con mayor dulzura de la que de él era de esperar:

—¡Bah! ¿Quién piensa ahora en morir?

—¡Oh, no! ¡Dios no lo querrá! —terció la enfermera, escondiendo presurosa una botella verde, cuyo contenido acababa de paladear con evidente fruición—. Cuando haya vivido tanto como yo, y haya sido, como yo, madre de trece hijos y los haya perdido todos menos los dos que trabajan

conmigo en esta santa casa, otra será su manera de pensar. ¡Piense en la dicha que supone ser madre de un corderito como éste!

Parece que aquella perspectiva consoladora de felicidad maternal no debió de producir grandes resultados. La paciente, moviendo con tristeza la cabeza, tendió sus manos temblorosas hacia el niño. El cirujano lo depositó en sus brazos. La madre aplicó con ternura sus labios fríos y descoloridos a la frente del recién nacido, pasó después la mano por el rostro, tendió alrededor unas miradas extraviadas, se estremeció convulsivamente, cayó con pesadez sobre la almohada y expiró. El cirujano y la enfermera frotaron el pecho, las manos y las sienes de aquella madre desgraciada, pero la sangre se había helado para siempre. Le hablaron de esperanza y de consuelo, pero el remedio llegaba demasiado tarde.

–¡Esto concluyó, señora Thingummy! –exclamó el cirujano al fin.

–¡Pobre mujer! ¡Lo veo claro! –contestó la vieja, recogiendo el tapón de la botella verde que había dejado caer sobre la almohada al inclinarse para tomar al niño–. ¡Pobre mujer!

–Aunque el niño llore, no es necesario que me llamen –dijo el cirujano, calzándose los guantes con gran calma–. Es más que probable que resulte un huésped harto bullicioso y, en ese caso, dele un poquito de papilla para calmarle.

Dicho esto, el cirujano se puso el sombrero y, deteniéndose un momento junto a la cama en su camino hacia la puerta, añadió:

–Era una muchacha hermosa; ¿de dónde venía?

–Anoche la trajeron aquí –contestó la enfermera– por orden del inspector. Encontráronla tendida sin conocimiento en medio de la calle. Debía de haber recorrido a pie grandes distancias, pues sus zapatos estaban destrozados, pero nadie sabe de dónde venía ni a dónde iba.

El cirujano se inclinó sobre el cadáver, alzó la mano izquierda de la muerta y murmuró, moviendo la cabeza:

–¡La historia de siempre! ¡Comprendido!... No lleva anillo de boda... ¡Buenas noches!

Fue el buen cirujano a comer, mientras la enfermera, después de llevar una vez más la botella verde a sus labios, se sentó en una silla baja delante de la chimenea, y procedió a vestir al niño. ¡Cuán admirable ejemplo de la influencia del traje ofreció en aquel momento el niño Oliver! Envuelto en la colcha que hasta entonces fuera su único vestido, lo mismo podía ser hijo de un gran señor que de un mendigo. El hombre más experimentado no hubiera podido señalarle el rango que por su nacimiento debía ocupar en la sociedad, pero, tras vestirlo con las mantillas de algodón burdo, amarillentas y deshilachadas a fuerza de años de servicio en el establecimiento, le fajaron y le pusieron un número tan grande que el más miope lo hubiese clasificado sin vacilar: aquel niño era un expósito, un hijo de la parroquia, un huérfano del hospicio, el humilde, el mísero paria condenado a sufrir golpes y malos tratos, a vivir despreciado por todo el mundo y por nadie compadecido.

Lloraba Oliver con tesón, pero a buen seguro que, si hubiese sabido que era un huérfano entregado a los dulces cuidados de los bedeles e inspectores del establecimiento, sus lloros habrían sido más amargos y más desesperados.

A Christmas Carol

Stave I: Marley's Ghost

Marley was dead: to begin with. There is no doubt whatever about that. The register of his burial was signed by the clergyman, the clerk, the undertaker, and the chief mourner. Scrooge signed it. And Scrooge's name was good upon 'Change, for anything he chose to put his hand to.

Old Marley was as dead as a door-nail.

Mind! I don't mean to say that I know, of my own knowledge, what there is particularly dead about a door-nail. I might have been inclined, myself, to regard a coffin-nail as the deadest piece of ironmongery in the trade. But the wisdom of our ancestors is in the simile; and my unhallowed hands shall not disturb it, or the Country's done for. You will therefore permit me to repeat, emphatically, that Marley was as dead as a door-nail. Scrooge knew he was dead? Of course he did. How could it be otherwise? Scrooge and he were partners for I don't know how many years. Scrooge was his sole executor, his sole administrator, his sole assign, his sole residuary legatee, his sole friend, and sole mourner. And even Scrooge was not so dreadfully cut up by the sad event, but that he was an excellent man of business on the very day of the funeral, and solemnised it with an undoubted bargain.

The mention of Marley's funeral brings me back to the point I started from. There is no doubt that Marley was dead. This must Sons and Lovers be distinctly understood, or nothing wonderful can come of the story I am going to relate. If we were not perfectly convinced that Hamlet's Father died before the play began, there would be nothing more remarkable in his taking a stroll at night, in an easterly wind, upon his own ramparts, than there would be in any other middle-aged gentleman rashly turning out after dark in a breezy spot –say Saint Paul's Churchyard for instance– literally to astonish his son's weak mind.

Scrooge never painted out Old Marley's name. There it stood, years afterwards, above the warehouse door: Scrooge and Marley. The firm was known as Scrooge and Marley. Sometimes people new to the business called Scrooge Scrooge, and sometimes Marley, but he answered to both names. It was all the same to him.

Oh! But he was a tight-fisted hand at the grind-stone, Scrooge! a squeezing, wrenching, grasping, scraping, clutching, covetous, old sinner! Hard and sharp as flint, from which no steel had ever struck out generous fire; secret, and self-contained, and solitary as an oyster. The cold within him froze his old features, nipped his pointed nose, shrivelled his cheek, stiffened his gait; made his eyes red, his thin lips blue; and spoke out shrewdly in his grating voice. A frosty rime was on his head, and on his eyebrows, and his wiry chin. He carried his own low temperature always about with him; he iced his office in the dogdays; and didn't thaw it one degree at Christmas.

External heat and cold had little influence on Scrooge.

No warmth could warm, no wintry weather chill him. No wind that blew was bitterer than he, no falling snow was more intent upon its purpose, no pelting rain less open to entreaty. Foul weather didn't know where to have him. The heaviest rain, and snow, and hail, and sleet, could boast of the advantage over him in only one respect. They often 'came down' handsomely, and Scrooge never did.

Nobody ever stopped him in the street to say, with gladsome looks, 'My dear Scrooge, how are you? When will you come to see me?' No beggars implored him to bestow a trifle, no children asked him what it was o'clock, no man or woman ever once in all his life inquired the way to such and such a place, of Scrooge. Even the blind men's dogs appeared to know him; and when they

saw him coming on, would tug their owners into doorways and up courts; and then would wag their tails as though they said, 'No eye at all is better than an evil eye, dark master!'

But what did Scrooge care! It was the very thing he liked. To edge his way along the crowded paths of life, warning all human sympathy to keep its distance, was what the knowing ones call 'nuts' to Scrooge.

Once upon a time –of all the good days in the year, on Christmas Eve– old Scrooge sat busy in his countinghouse. It was cold, bleak, biting weather: foggy withal: and he could hear the people in the court outside, go wheezing up and down, beating their hands upon their breasts, and stamping their feet upon the pavement stones to warm them. The city clocks had only just gone three, but it was quite dark already –it had not been light all day– and candles were flaring in the windows of the neighbouring *Sons and Lovers* offices, like ruddy smears upon the palpable brown air. The fog came pouring in at every chink and keyhole, and was so dense without, that although the court was of the narrowest, the houses opposite were mere phantoms. To see the dingy cloud come drooping down, obscuring everything, one might have thought that Nature lived hard by, and was brewing on a large scale.

The door of Scrooge's counting-house was open that he might keep his eye upon his clerk, who in a dismal little cell beyond, a sort of tank, was copying letters. Scrooge had a very small fire, but the clerk's fire was so very much smaller that it looked like one coal. But he couldn't replenish it, for Scrooge kept the coal-box in his own room; and so surely as the clerk came in with the shovel, the master predicted that it would be necessary for them to part. Wherefore the clerk put on his white comforter, and tried to warm himself at the candle; in which effort, not being a man of a strong imagination, he failed.

'A merry Christmas, uncle! God save you!' cried a cheerful voice. It was the voice of Scrooge's nephew, who came upon him so quickly that this was the first intimation he had of his approach.

'Bah!' said Scrooge, 'Humbug!'

He had so heated himself with rapid walking in the fog and frost, this nephew of Scrooge's, that he was all in a glow; his face was ruddy and handsome; his eyes sparkled, and his breath smoked again. 'Christmas a humbug, uncle!' said Scrooge's nephew. 'You don't mean that, I am sure?' 'I do,' said Scrooge. 'Merry Christmas! What reason have you to be merry? You're poor enough.'

'Come, then,' returned the nephew gaily. 'What right have you to be dismal? What reason have you to be morose? You're rich enough.'

Scrooge having no better answer ready on the spur of the moment, said 'Bah!' again; and followed it up with 'Humbug.'

'Don't be cross, uncle!' said the nephew.

'What else can I be,' returned the uncle, 'when I live in such a world of fools as this? Merry Christmas! Out upon merry Christmas! What's Christmas time to you but a time for paying bills without money; a time for finding yourself a year older, but not an hour richer; a time for balancing your books and having every item in 'em through a round dozen of months presented dead against you? If I could work my will,' said Scrooge indignantly, 'every idiot who goes about with 'Merry Christmas' on his lips, should be boiled with his own pudding, and buried with a stake of holly through his heart. He should!'

'Uncle!' pleaded the nephew.

'Nephew!' returned the uncle sternly, 'keep Christmas in your own way, and let me keep it in mine.'

'Keep it!' repeated Scrooge's nephew. 'But you don't keep it.'

‘Let me leave it alone, then,’ said Scrooge. ‘Much good may it do you! Much good it has ever done you!’

‘There are many things from which I might have derived good, by which I have not profited, I dare say,’ returned the Sons and Lovers nephew. ‘Christmas among the rest. But I am sure I have always thought of Christmas time, when it has come round – apart from the veneration due to its sacred name and origin, if anything belonging to it can be apart from that – as a good time; a kind, forgiving, charitable, pleasant time: the only time I know of, in the long calendar of the year, when men and women seem by one consent to open their shut-up hearts freely, and to think of people below them as if they really were fellow-passengers to the grave, and not another race of creatures bound on other journeys. And therefore, uncle, though it has never put a scrap of gold or silver in my pocket, I believe that it has done me good, and will do me good; and I say, God bless it!’

The clerk in the Tank involuntarily applauded. Becoming immediately sensible of the impropriety, he poked the fire, and extinguished the last frail spark for ever.

‘Let me hear another sound from you,’ said Scrooge, ‘and you’ll keep your Christmas by losing your situation! You’re quite a powerful speaker, sir,’ he added, turning to his nephew. ‘I wonder you don’t go into Parliament.’

‘Don’t be angry, uncle. Come! Dine with us tomorrow.’

Scrooge said that he would see him – yes, indeed he did.

He went the whole length of the expression, and said that he would see him in that extremity first.

‘But why?’ cried Scrooge’s nephew. ‘Why?’

‘Why did you get married?’ said Scrooge.

‘Because I fell in love.’

‘Because you fell in love!’ growled Scrooge, as if that were the only one thing in the world more ridiculous than a merry Christmas. ‘Good afternoon!’

‘Nay, uncle, but you never came to see me before that happened. Why give it as a reason for not coming now?’

‘Good afternoon,’ said Scrooge.

‘I want nothing from you; I ask nothing of you; why cannot we be friends?’

‘Good afternoon,’ said Scrooge.

‘I am sorry, with all my heart, to find you so resolute. We have never had any quarrel, to which I have been a party. But I have made the trial in homage to Christmas, and I’ll keep my Christmas humour to the last. So A Merry Christmas, uncle!’

‘Good afternoon,’ said Scrooge.

‘And A Happy New Year!’

‘Good afternoon,’ said Scrooge.

His nephew left the room without an angry word, notwithstanding. He stopped at the outer door to bestow the greetings of the season on the clerk, who cold as he was, was warmer than Scrooge; for he returned them cordially.

‘There’s another fellow,’ muttered Scrooge; who overheard him: ‘my clerk, with fifteen shillings a week, and a wife and family, talking about a merry Christmas. I’ll retire to Bedlam’.

This lunatic, in letting Scrooge's nephew out, had let two other people in. They were portly gentlemen, pleasant to behold, and now stood, with their hats off, in Scrooge's office.

They had books and papers in their hands, and bowed to him.

'Scrooge and Marley's, I believe,' said one of the gentlemen, referring to his list. 'Have I the pleasure of addressing Mr. Scrooge, or Mr. Marley?'

'Mr. Marley has been dead these seven years,' Scrooge replied. 'He died seven years ago, this very night.'

Cuento de Navidad

Prefacio

Con este fantasmal librito he procurado despertar en el espíritu una idea sin provocarles a mis lectores un malestar consigo mismos, con los otros, con el tiempo ni conmigo.

Ojalá les encantés sus hogares y nadie sienta deseos de abandonarlos.

Su fiel amigo y servidor,

Diciembre de 1843, Charles Dickens

Cuento de Navidad

Primera parte

El fantasma de Marley

Marley estaba muerto; eso para empezar. No cabe la menor duda al respecto. El clérigo, el funcionario, el propietario de la funeraria y el que presidió el duelo habían firmado el acta de su enterramiento. También Scrooge había firmado, y la firma de Scrooge de reconocida solvencia en el mundo mercantil, tenía valor en cualquier papel donde apareciera. El viejo Morley estaba tan muerto como el clavo de una puerta.

¡Atención! No pretendo decir que yo sepa lo que hay de especialmente muerto en el clavo de una puerta. Yo, más bien, me había inclinado a considerar el clavo de un ataúd como el más muerto de todos los artículos de ferretería. Pero este símil contiene el buen juicio de nuestros

ancestros, y no serán mis manos impías las que lo alteren. Por consiguiente, permítanme repetir enfáticamente que Marley estaba tan muerto como el clavo de una puerta.

¿Sabía Scrooge que estaba muerto? Claro que sí. ¿Cómo no iba a saberlo? Scrooge y él habían sido socios durante no sé cuántos años. Scrooge fue su único albacea testamentario, su único administrador, su único asignatario, su único heredero residual, su único amigo y el único que llevó luto por él. Y ni siquiera Scrooge quedó terriblemente afectado por el luctuoso suceso; siguió siendo un excelente hombre de negocios el mismísimo día del funeral, que fue solemnizado por él a precio de ganga.

La mención del funeral de Marley me hace retroceder al punto en el que empecé. No cabe duda de que Marley estaba muerto. Es preciso comprenderlo con toda claridad, pues de otro modo no habría nada prodigioso en la historia que voy a relatar. Si no estuviésemos completamente convencidos de que el padre de Hamlet ya había fallecido antes de levantarse el telón, no habría nada notable en sus paseos nocturnos por las murallas de su propiedad, con viento del Este, como para causar asombro –en sentido literal– en la mente enfermiza de su hijo; sería como si cualquier otro caballero de mediana edad saliese irreflexivamente tras la caída de la noche a un lugar oreado, por ejemplo, el camposanto de Saint Paul.

Scrooge nunca tachó el nombre del viejo Marley. Años después, allí seguía sobre la entrada del almacén: «Scrooge y Marley». La firma comercial era conocida por «Scrooge y Marley». Algunas personas, nuevas en el negocio, algunas veces llamaban a Scrooge, «Scrooge», y otras, «Marley», pero él atendía por los dos nombres; le daba lo mismo.

¡Ay, pero qué agarrado era aquel Scrooge! ¡Viejo pecador avariento que extorsionaba, tergiversaba, usurpaba, amputaba, apresaba! Duro y agudo como un pedernal al que ningún eslabón logró jamás sacar una chispa de generosidad, era silencioso, reprimido y solitario como una ostra. La frialdad que tenía dentro había congelado sus viejas facciones y afilaba su nariz puntiaguda, acartonaba sus mejillas, daba rigidez a su porte. Había enrojecido sus ojos, azulado sus finos labios, y esa frialdad se percibía claramente en su voz raspante. Había escarcha canosa en su cabeza, cejas y tenso mentón. Siempre llevaba consigo su gélida temperatura. Él hacía que su despacho estuviese helado en los días más calurosos del verano, y en Navidad no se deshela ni un grado.

Poco influían en Scrooge el frío y el calor externos. Ninguna fuente de calor podría calentarle, ningún frío invernal escalofriarle. Él era más cortante que cualquier viento, más pertinaz que cualquier nevada, más insensible a las súplicas que la lluvia torrencial. Las inclemencias del tiempo no podían superarle. Las peores lluvias, nevadas, granizadas y neviscas podrían presumir de sacarle ventaja en un aspecto: a menudo ellas «se desprendían» con generosidad, cosa que Scrooge nunca hacía.

Jamás le paraba nadie en la calle para decirle con alegre semblante: «Mi querido Scrooge, ¿cómo está usted? ¿Cuándo vendrá a visitarme?» Ningún mendigo le pedía limosna ningún niño le preguntaba la hora, ningún hombre o mujer le había preguntado por una dirección ni una sola vez en su vida. Hasta los perros de los ciegos parecían conocerle y, al verle acercarse, arrastraban precipitadamente a sus dueños hasta los portales y los patios, y después movían el rabo, como diciendo: «¡Es mejor no tener ojo que tener el mal de ojo de un amo ciego!».

Pero a Scrooge, ¿qué le importaba? Eso era precisamente lo que le gustaba. Para él era una «gozada» abrirse camino entre los atestados senderos de la vida advirtiendo con firmeza humana que guardase las distancias.

Érase una vez –concretamente en los días mejores del año, la víspera de Navidad, el día de Nochebuena– en que el viejo Scrooge estaba muy atareado sentado en su despacho. El tiempo era frío, desapacible y cortante; además, con niebla. Se podía oír el ruido de la gente en el patio de fuera caminando de un lado a otro con jadeos, palmeándose el pecho y pateando el suelo para entrar en calor. Los relojes de la ciudad acababan de dar las tres, pero ya casi había oscurecido, no había aparecido luz durante todo el día y las velas brillaban en las ventanas de las oficinas

cercanas como manchas rojizas en la espesa atmósfera parda. Bajó la niebla y fluyó por todas las juntas, resquicios, ojos de cerradura, y en el exterior era tan densa que, aunque el patio era de los más estrechos, las casas de enfrente sólo eran sombras. Al ver como caía desmayadamente la sucia nube oscureciendo todo, se hubiera pensado que la Naturaleza se acercaba y elaboraba cerveza en gran escala.

La puerta del despacho de Scrooge permanecía abierta de modo que pudiera atisbar a su empleado que estaba copiando cartas en una deprimente y pequeña celda, una especie de cisterna. Scrooge tenía un fuego muy escaso, pero la lumbre del empleado era todavía mucho más pequeña: parecía un solo tizón. Pero no podía recargar la estufa porque Scrooge guardaba el carbón en su propio cuarto, y seguro que si el empleado entraba con la pala su jefe anticiparía que tenían que marcharse ya. Por consiguiente, el empleado se arrojó con su bufanda blanca e intentó calentarse con la vela. Como no era hombre de gran imaginación fracasaron todos sus esfuerzos.

—¡Feliz Navidad, tío, que Dios lo guarde! —exclamó una alegre voz. Era la voz del sobrino de Scrooge, que apareció ante él con tal rapidez que no tuvo tiempo para darse cuenta de que venía.

—¡Bah! —dijo Scrooge—. ¡Tonterías!

El sobrino de Scrooge estaba todo acalorado por la rápida caminata bajo la niebla y la helada. Tenía un rostro agraciado y sonrosado, sus ojos chispeaban y su aliento volvió a condensarse cuando dijo:

—¿Navidad una tontería, tío? Seguro que no lo dices en serio.

—Sí que lo digo. ¡Feliz Navidad! ¿Qué derecho tienes a ser feliz? ¿Qué motivos tienes para estar feliz? Eres pobre de sobra.

—Vamos, vamos —respondió el sobrino cordialmente—. ¿Qué derecho tienes a estar triste? ¿Qué motivos tienes para sentirte desgraciado? Eres rico de sobra.

Scrooge no supo repentizar una respuesta mejor y dijo otra vez: «¡Bah!», y siguió con «¡Tonterías!».

—No te enfades, tío —dijo el sobrino.

—¿Cómo no me voy a enfadar —respondió el tío—, si vivo en un mundo de locos como éste? ¡Felices Pascuas! ¡Y dale con Felices Pascuas! ¿Qué son las Pascuas sino el momento de pagar cuentas atrasadas sin tener dinero, el momento de darte cuenta de que eres un año más viejo y ni una hora más rico, el momento de hacer el balance y comprobar que cada una de las anotaciones de los libros te resulta desfavorable a lo largo de los doce meses del año? Si de mí dependiera —dijo Scrooge con indignación—, a todos esos idiotas que van por ahí con el Felices Navidades en la boca habría que cocerlos en su propio pudding y enterrarlos con una estaca de acebo clavada en el corazón. Eso es lo que habría que hacer.

—¡Tío! —imploró el sobrino.

—¡Sobrino! —replicó el tío secamente—, celebra la Navidad a tu modo, que yo la celebraré al mío.

—¡Celebraré! —repitió el sobrino de Scrooge—. Pero si tú no celebras nada...

—Entonces déjame en paz —dijo Scrooge—. ¡Que te aprovechen! ¡Mucho te han aprovechado!

—Puede que haya muchas cosas buenas de las que no he sacado provecho —replicó el sobrino—, entre ellas la Navidad. Pero estoy seguro de que al llegar la Navidad —aparte de la veneración debida a su sagrado nombre y a su origen, si es que eso se puede apartar— siempre he pensado que son unas fechas deliciosas, un tiempo de perdón, de afecto, de caridad, el único momento que conozco en el largo calendario del año, en el que hombres y mujeres parecen haberse puesto de acuerdo para abrir libremente sus cerrados corazones y para considerar a la gente de abajo como compañeros de viaje hacia la tumba y no como seres de otra especie embarcados con otro destino.

Y, por tanto, tío, aunque nunca ha puesto en mis bolsillos un gramo de oro ni de plata, creo que sí me ha aprovechado y me seguirá aprovechando. Por eso digo: ¡bendita sea!

El escribiente de la cisterna aplaudió involuntariamente, se dio cuenta en el acto de su imprudencia, se puso a hurgar en la lumbre y se apagó del todo el último rescoldo.

–Que oiga yo otro ruido de usted –dijo Scrooge–, y va a celebrar la Navidad con la pérdida del empleo. Eres un orador convincente, señor –agregó volviéndose hacia su sobrino–. Me pregunto por qué no estás en el Parlamento.

–No te enfades, tío. ¡Vamos! Cena con nosotros mañana.

Scrooge dijo que le acompañaría –sí, de veras que lo dijo–. Pero completó la frase diciendo que le acompañaría antes en la calamidad.

–Pero ¿por qué? –exclamó el sobrino de Scrooge–. ¿Por qué?

–¿Por qué te casaste? –dijo Scrooge.

–Porque me enamoré.

–¡Porque te enamoraste! –gruñó Scrooge, como si fuese la única cosa en el mundo más ridícula que una feliz Navidad–. ¡Buenas tardes!

–No, tío, tú nunca venías a verme antes de hacerlo. ¿Por qué lo pones como excusa para no venir ahora?

–Buenas tardes –dijo Scrooge.

–No quiero nada de ti, no te estoy pidiendo nada; ¿por qué no podemos ser amigos?

–Buenas tardes –dijo Scrooge.

–Lamento de todo corazón verte tan inflexible. Tú y yo no hemos tenido ninguna querrela, al menos por mi parte; pero he hecho esta prueba en honor a la Navidad y mantendré el espíritu de la Navidad hasta el final. Así, pues, ¡Felices Pascuas, tío!

–Buenas tardes –dijo Scrooge.

A pesar de todo, el sobrino salió del cuarto sin una palabra de enfado. Se detuvo para felicitar al escribiente, quien, frío como estaba, fue más afable que Scrooge y devolvió cordialmente la salutación.

–Otro que tal baila –murmuró Scrooge que le había oído–. Mi escribiente, con quince chelines semanales, esposa y familia, hablando de Felices Pascuas. Es para meterse en un manicomio.

Aquel lunático, al acompañar al sobrino de Scrooge hasta la puerta, dejó entrar a otras dos personas. Eran unos caballeros corpulentos, de agradable presencia, y se mantenían de pie, descubiertos, en el despacho de Scrooge. Llevaban en la mano libros y papeles, y le saludaron con una inclinación de cabeza.

–De Scrooge y Marley, creo –dijo uno de los caballeros comprobando su lista–. ¿Tengo el placer de dirigirme a Mr. Scrooge o a Mr. Marley?

–Mr. Marley lleva muerto estos últimos siete años –repuso Scrooge–. Murió hace siete años, esta misma noche.

Anthony Trollope (1815-1882)

Novelista prolífico y reconocido durante la época victoriana, sus obras se caracterizan por los minuciosos detalles con los que narran las motivaciones que mueven a sus personajes y por las precisas descripciones de sus decisiones, acertadas o erróneas. Durante su vida gozó de una amplia aceptación en especial con las novelas sobre asuntos y conflictos políticos, sociales y sexuales de su época. La crítica destaca, sobre todo, las conocidas como las *Crónicas de Barsetshire* o *Las novelas de Barchester*, situadas en el condado imaginario de Barsetshire.

Sus ochenta novelas y algunos de sus relatos breves ponen de manifiesto la mayoría de los rasgos que caracterizan al Realismo sobre todo por su preferencia por describir los rasgos de la sociedad en la que él vive. A veces, incluso, adopta un tono satírico para referirse a los modelos de la novelística victoriana. Las obras más leídas pertenecen a la serie clerical –las de Barchester– centradas en el mundo eclesiástico de una pequeña ciudad episcopal anglicana. También escribió una *Autobiografía*, que se publicó póstumamente.

En *El mundo que vivimos* narra la corrupción y la codicia de Augustus Melmotte, un banquero sin escrúpulos que, recién llegado a Londres, vende a sus inversores un producto sin valor y crea una burbuja que hace subir el precio de las acciones para acaparar beneficios. Esta historia cuenta su horror al regresar a Londres y encontrar una generalizada inmoralidad que corrompe a políticos, banqueros y escritores.

The Way We Live Now (1875)

Chapter I *Three editors*

Let the reader be introduced to Lady Carbury, upon whose character and doings much will depend of whatever interest these pages may have, as she sits at her writing-table in her own room in her own house in Welbeck Street. Lady Carbury spent many hours at her desk, and wrote many letters, –wrote also very much beside letters. She spoke of herself in these days as a woman devoted to Literature, always spelling the word with a big L. Something of the nature of her devotion may be learned by the perusal of three letters which on this morning she had written with a quickly running hand. Lady Carbury was rapid in everything, and in nothing more rapid than in the writing of letters.

Here is Letter No. 1

Thursday,
Welbeck Street.

Dear Friend,

I have taken care that you shall have the early sheets of my two new volumes to-morrow, or Saturday at latest, so that you may, if so minded, give a poor struggler like myself a lift in your next week's paper. Do give a poor struggler a lift. You and I have so much in common, and I have ventured to flatter myself that we are really friends! I do not flatter you when I say, that not only would aid from you help me more than from any other quarter, but also that praise from you would gratify my vanity more than any other praise. I almost think you will like my «Criminal Queens». The sketch of Semiramis is at any rate spirited, though I had to twist it about a little to bring her in guilty. Cleopatra, of course, I have taken from Shakespeare. What a wench she was! I could not quite make Julia a queen; but it was impossible to pass over so piquant a character. You will recognise in the two or three ladies of the empire how faithfully I have studied my Gibbon. Poor dear old Belisarius! I have done the best I could with Joanna, but I could not bring myself to care for her. In our days she would simply have gone to Broadmore. I hope you will not think that I have been too strong in my delineations of Henry VIII. and his sinful but unfortunate Howard. I don't care a bit about Anne Boleyn. I am afraid that I have been tempted into too great length about the Italian Catherine; but in truth she has been my favourite. What a woman! What a devil! Pity that a second Dante could not have constructed for her a special hell. How one traces the effect of her training in the life of our Scotch Mary. I trust you will go with me in my view as to the Queen of Scots. Guilty! guilty always! Adultery, murder, treason, and all the rest of it. But recommended to mercy because she was royal. A queen bred, born and married, and with such other queens around her, how could she have escaped to be guilty? Marie Antoinette I have not quite acquitted. It would be uninteresting; –perhaps untrue. I have accused her lovingly, and have kissed when I scourged. I trust the British public will not be angry because I do not whitewash Caroline, especially as I go along with them altogether in abusing her husband.

But I must not take up your time by sending you another book, though it gratifies me to think that I am writing what none but yourself will read. Do it yourself, like a dear man, and, as you are great, be merciful. Or rather, as you are a friend, be loving.

Yours gratefully and faithfully,

Matilda Carbury.

After all how few women there are who can raise themselves above the quagmire of what we call love, and make themselves anything but playthings for men. Of almost all these royal and luxurious sinners it was the chief sin that in some phase of their lives they consented to be playthings without being wives. I have striven so hard to be proper; but when girls read everything, why should not an old woman write anything?

This letter was addressed to Nicholas Broune, Esq., the editor of the «Morning Breakfast Table», a daily newspaper of high character; and, as it was the longest, so was it considered to be the most important of the three. Mr. Broune was a man powerful in his profession, –and he was fond of ladies. Lady Carbury in her letter had called herself an old woman, but she was satisfied to do so by a conviction that no one else regarded her in that light. Her age shall be no secret to the reader, though to her most intimate friends, even to Mr. Broune, it had never been divulged. She was forty-three, but carried her years so well, and had received such gifts from nature, that it was impossible to deny that she was still a beautiful woman. And she used her beauty not only to increase her influence –as is natural to women who are well-favoured– but also with a well-considered calculation that she could obtain material assistance in the procuring of bread and cheese, which was very necessary to her, by a prudent adaptation to her purposes of the good things with which providence had endowed her. She did not fall in love, she did not wilfully flirt,

she did not commit herself; but she smiled and whispered, and made confidences, and looked out of her own eyes into men's eyes as though there might be some mysterious bond between her and them –if only mysterious circumstances would permit it. But the end of all was to induce some one to do something which would cause a publisher to give her good payment for indifferent writing, or an editor to be lenient when, upon the merits of the case, he should have been severe.

Among all her literary friends, Mr. Broune was the one in whom she most trusted; and Mr. Broune was fond of handsome women. It may be as well to give a short record of a scene which had taken place between Lady Carbury and her friend about a month before the writing of this letter which has been produced. She had wanted him to take a series of papers for the «Morning Breakfast Table», and to have them paid for at rate No. 1, whereas she suspected that he was rather doubtful as to their merit, and knew that, without special favour, she could not hope for remuneration above rate No. 2, or possibly even No. 3. So she had looked into his eyes, and had left her soft, plump hand for a moment in his. A man in such circumstances is so often awkward, not knowing with any accuracy when to do one thing and when another! Mr. Broune, in a moment of enthusiasm, had put his arm round Lady Carbury's waist and had kissed her. To say that Lady Carbury was angry, as most women would be angry if so treated, would be to give an unjust idea of her character. It was a little accident which really carried with it no injury, unless it should be the injury of leading to a rupture between herself and a valuable ally. No feeling of delicacy was shocked. What did it matter? No unpardonable insult had been offered; no harm had been done, if only the dear susceptible old donkey could be made at once to understand that that wasn't the way to go on!

Without a flutter, and without a blush, she escaped from his arm, and then made him an excellent little speech. «Mr. Broune, how foolish, how wrong, how mistaken! Is it not so? Surely you do not wish to put an end to the friendship between us!».

«Put an end to our friendship, Lady Carbury! Oh, certainly not that».

«Then why risk it by such an act? Think of my son and of my daughter, both grown up. Think of the past troubles of my life; so much suffered and so little deserved. No one knows them so well as you do. Think of my name, that has been so often slandered but never disgraced! Say that you are sorry, and it shall be forgotten».

When a man has kissed a woman it goes against the grain with him to say the very next moment that he is sorry for what he has done. It is as much as to declare that the kiss had not answered his expectation. Mr. Broune could not do this, and perhaps Lady Carbury did not quite expect it. «You know that for worlds I would not offend you», he said. This sufficed. Lady Carbury again looked into his eyes, and a promise was given that the articles should be printed –and with generous remuneration.

When the interview was over Lady Carbury regarded it as having been quite successful. Of course when struggles have to be made and hard work done, there will be little accidents. The lady who uses a street cab must encounter mud and dust which her richer neighbour, who has a private carriage, will escape. She would have preferred not to have been kissed; but what did it matter? With Mr. Broune the affair was more serious. «Confound them all», he said to himself as he left the house; «no amount of experience enables a man to know them». As he went away he almost thought that Lady Carbury had intended him to kiss her again, and he was almost angry with himself in that he had not done so. He had seen her three or four times since, but had not repeated the offence.

We will now go on to the other letters, both of which were addressed to the editors of other newspapers. The second was written to Mr. Booker, of the «Literary Chronicle». Mr. Booker was a hard-working professor of literature, by no means without talent, by no means without influence, and by no means without a conscience. But, from the nature of the struggles in which he had been engaged, by compromises which had gradually been driven upon him by the encroachment of brother authors on the one side and by the demands on the other of employers who looked only to their profits, he had fallen into a routine of work in which it was very difficult to be scrupulous,

and almost impossible to maintain the delicacies of a literary conscience. He was now a bald-headed old man of sixty, with a large family of daughters, one of whom was a widow dependent on him with two little children. He had five hundred a year for editing the «Literary Chronicle», which, through his energy, had become a valuable property. He wrote for magazines, and brought out some book of his own almost annually. He kept his head above water, and was regarded by those who knew about him, but did not know him, as a successful man. He always kept up his spirits, and was able in literary circles to show that he could hold his own. But he was driven by the stress of circumstances to take such good things as came in his way, and could hardly afford to be independent. It must be confessed that literary scruple had long departed from his mind.

Letter No. 2 was as follows.

Welbeck Street,
25th February, 187.

Dear Mr. Booker,

I have told Mr. Leadham –[Mr. Leadham was senior partner in the enterprising firm of publishers known as Messrs. Leadham and Loiter]– to send you an early copy of my «Criminal Queens». I have already settled with my friend Mr. Broune that I am to do your «New Tale of a Tub» in the «Breakfast Table». Indeed, I am about it now, and am taking great pains with it. If there is anything you wish to have specially said as to your view of the Protestantism of the time, let me know. I should like you to say a word as to the accuracy of my historical details, which I know you can safely do. Don't put it off, as the sale does so much depend on early notices. I am only getting a royalty, which does not commence till the first four hundred are sold.

Yours sincerely,

Matilda Carbury.

Alfred Booker, Esq.,
«Literary Chronicle», Office, Strand.

There was nothing in this which shocked Mr. Booker. He laughed inwardly, with a pleasantly reticent chuckle, as he thought of Lady Carbury dealing with his views of Protestantism, –as he thought also of the numerous historical errors into which that clever lady must inevitably fall in writing about matters of which he believed her to know nothing. But he was quite alive to the fact that a favourable notice in the «Breakfast Table» of his very thoughtful work, called the «New Tale of a Tub», would serve him, even though written by the hand of a female literary charlatan, and he would have no compunction as to repaying the service by fulsome praise in the «Literary Chronicle». He would not probably say that the book was accurate, but he would be able to declare that it was delightful reading, that the feminine characteristics of the queens had been touched with a masterly hand, and that the work was one which would certainly make its way into all drawing-rooms. He was an adept at this sort of work, and knew well how to review such a book as Lady Carbury's «Criminal Queens», without bestowing much trouble on the reading. He could almost do it without cutting the book, so that its value for purposes of after sale might not be injured. And yet Mr. Booker was an honest man, and had set his face persistently against many literary malpractices. Stretched-out type, insufficient lines, and the French habit of meandering with a few words over an entire page, had been rebuked by him with conscientious strength. He was supposed to be rather an Aristides among reviewers. But circumstanced as he was he could not oppose himself altogether to the usages of the time. «Bad; of course it is bad», he said to a young friend who was working with him on his periodical. «Who doubts that? How many very

bad things are there that we do! But if we were to attempt to reform all our bad ways at once, we should never do any good thing. I am not strong enough to put the world straight, and I doubt if you are». Such was Mr. Booker.

Then there was letter No. 3, to Mr. Ferdinand Alf. Mr. Alf managed, and, as it was supposed, chiefly owned, the «Evening Pulpit», which during the last two years had become «quite a property», as men connected with the press were in the habit of saying. The «Evening Pulpit» was supposed to give daily to its readers all that had been said and done up to two o'clock in the day by all the leading people in the metropolis, and to prophesy with wonderful accuracy what would be the sayings and doings of the twelve following hours. This was effected with an air of wonderful omniscience, and not unfrequently with an ignorance hardly surpassed by its arrogance. But the writing was clever. The facts, if not true, were well invented; the arguments, if not logical, were seductive. The presiding spirit of the paper had the gift, at any rate, of knowing what the people for whom he catered would like to read, and how to get his subjects handled, so that the reading should be pleasant. Mr. Booker's «Literary Chronicle» did not presume to entertain any special political opinions. The «Breakfast Table» was decidedly Liberal. The «Evening Pulpit» was much given to politics, but held strictly to the motto which it had assumed; «*Nullius addictus jurare in verba magistri*»; and consequently had at all times the invaluable privilege of abusing what was being done, whether by one side or by the other. A newspaper that wishes to make its fortune should never waste its columns and weary its readers by praising anything. Eulogy is invariably dull, a fact that Mr. Alf had discovered and had utilized.

Mr. Alf had, moreover, discovered another fact. Abuse from those who occasionally praise is considered to be personally offensive, and they who give personal offence will sometimes make the world too hot to hold them. But censure from those who are always finding fault is regarded so much as a matter of course that it ceases to be objectionable. The caricaturist, who draws only caricatures, is held to be justifiable, let him take what liberties he may with a man's face and person. It is his trade, and his business calls upon him to vilify all that he touches. But were an artist to publish a series of portraits, in which two out of a dozen were made to be hideous, he would certainly make two enemies, if not more. Mr. Alf never made enemies, for he praised no one, and, as far as the expression of his newspaper went, was satisfied with nothing.

Personally, Mr. Alf was a remarkable man. No one knew whence he came or what he had been. He was supposed to have been born a German Jew; and certain ladies said that they could distinguish in his tongue the slightest possible foreign accent. Nevertheless it was conceded to him that he knew England as only an Englishman can know it. During the last year or two he had «come up» as the phrase goes, and had come up very thoroughly. He had been black-balled at three or four clubs, but had effected an entrance at two or three others, and had learned a manner of speaking of those which had rejected him calculated to leave on the minds of hearers a conviction that the societies in question were antiquated, imbecile, and moribund. He was never weary of implying that not to know Mr. Alf, not to be on good terms with Mr. Alf, not to understand that let Mr. Alf have been born where he might and how he might he was always to be recognised as a desirable acquaintance, was to be altogether out in the dark. And that which he so constantly asserted, or implied, men and women around him began at last to believe, —and Mr. Alf became an acknowledged something in the different worlds of politics, letters, and fashion.

He was a good-looking man, about forty years old, but carrying himself as though he was much younger, spare, below the middle height, with dark brown hair which would have shown a tinge of grey but for the dyer's art, with well-cut features, with a smile constantly on his mouth the pleasantness of which was always belied by the sharp severity of his eyes. He dressed with the utmost simplicity, but also with the utmost care. He was unmarried, had a small house of his own close to Berkeley Square at which he gave remarkable dinner parties, kept four or five hunters in Northamptonshire, and was reputed to earn £6,000 a year out of the «Evening Pulpit» and to spend about half of that income. He also was intimate after his fashion with Lady Carbury, whose diligence in making and fostering useful friendships had been unwearied. Her letter to Mr. Alf was as follows:

Dear Mr. Alf.

Do tell me who wrote the review on Fitzgerald Barker's last poem. Only I know you won't. I remember nothing done so well. I should think the poor wretch will hardly hold his head up again before the autumn. But it was fully deserved. I have no patience with the pretensions of would-be poets who contrive by toadying and underground influences to get their volumes placed on every drawing-room table. I know no one to whom the world has been so good-natured in this way as to Fitzgerald Barker, but I have heard of no one who has extended the good nature to the length of reading his poetry.

Is it not singular how some men continue to obtain the reputation of popular authorship without adding a word to the literature of their country worthy of note? It is accomplished by unflagging assiduity in the system of puffing. To puff and to get one's self puffed have become different branches of a new profession. Alas, me! I wish I might find a class open in which lessons could be taken by such a poor tyro as myself. Much as I hate the thing from my very soul, and much as I admire the consistency with which the «Pulpit» has opposed it, I myself am so much in want of support for my own little efforts, and am struggling so hard honestly to make for myself a remunerative career, that I think, were the opportunity offered to me, I should pocket my honour, lay aside the high feeling which tells me that praise should be bought neither by money nor friendship, and descend among the low things, in order that I might one day have the pride of feeling that I had succeeded by my own work in providing for the needs of my children.

But I have not as yet commenced the descent downwards; and therefore I am still bold enough to tell you that I shall look, not with concern but with a deep interest, to anything which may appear in the «Pulpit» respecting my «Criminal Queens». I venture to think that the book –though I wrote it myself– has an importance of its own which will secure for it some notice. That my inaccuracy will be laid bare and presumption scourged I do not in the least doubt, but I think your reviewer will be able to certify that the sketches are life-like and the portraits well considered. You will not hear me told, at any rate, that I had better sit at home and darn my stockings, as you said the other day of that poor unfortunate Mrs. Effington Stubbs.

I have not seen you for the last three weeks. I have a few friends every Tuesday evening; pray come next week or the week following. And pray believe that no amount of editorial or critical severity shall make me receive you otherwise than with a smile.

Most sincerely yours,

Matilda Carbury.

Lady Carbury, having finished her third letter, threw herself back in her chair, and for a moment or two closed her eyes, as though about to rest. But she soon remembered that the activity of her life did not admit of such rest. She therefore seized her pen and began scribbling further notes.

El mundo que vivimos (1875)

Capítulo I *Tres editores*

El interés que puedan tener estas páginas dependerá de la presentación que se haga al lector del carácter y de las acciones de Lady Carbury que está sentada en su escritorio, en su propia habitación y en su propia casa en Welbeck Street. Lady Carbury pasó muchas horas en su escritorio y escribió muchas cartas y, también, muchos otros textos. Ella se refería a sí misma en estos días como una mujer entregada a la Literatura, siempre deletreando la palabra con una gran L. Algo de la naturaleza de su devoción literaria podemos conocer leyendo atentamente tres cartas que en esta mañana ha escrito a mano con mucha rapidez. Lady Carbury era rápida en todo, y, especialmente, cuando escribía cartas. Aquí está la Carta No. 1

Carta No. 1

Jueves,
Calle Welbeck.

Querido amigo,

He decidido que tenga las primeras hojas de mis dos nuevos volúmenes, mañana o el sábado a más tardar, para que pueda, si así lo desea, darle un empujón a una pobre luchadora como yo en su periódico de la próxima semana. Darle un empujón a una pobre luchadora. ¡Usted y yo tenemos tanto en común, y me he aventurado a jactarme de que somos realmente amigos! No le halago cuando digo que no sólo su ayuda me ayudaría más que cualquier otra parte, sino que su alabanza complacería mi vanidad más que cualquier otra alabanza. Casi creo que le gustarán mis «*Criminal Queens*». El boceto de Semiramis es, en cualquier caso, enérgico, aunque tuve que torcerlo un poco para hacerla culpable. Cleopatra, por supuesto, la he tomado de Shakespeare. ¡Qué buena moza era! No pude convertir a Julia en reina, pero era imposible pasar por alto un carácter tan picante. Reconocerá en las dos o tres damas del imperio cuán fielmente he estudiado a mi Gibbon. ¡Pobre querido viejo Belisario! Hice lo mejor que pude con Joanna, pero no me atreví a cuidarla. En nuestros días simplemente habría ido a Broadmore. Espero que no piense que he sido demasiado fuerte en mis descripciones de Enrique VIII y su pecaminoso pero desafortunado Howard. No me importa nada Ana Bolena. Me temo que he sido tentada a extenderme demasiado sobre Catalina la italiana, pero en verdad ha sido mi favorita. ¡Qué mujer! ¡Qué diablo! Lástima que un segundo Dante no hubiera podido construir para ella un infierno especial. Cómo se rastrea el efecto de su formación en la vida de nuestra Scotch Mary. Confío en que estará conmigo en mi opinión sobre la Reina de Escocia. ¡Culpable! ¡culpable siempre! Adulterio, asesinato, traición y todo lo demás. Pero recomendada a la misericordia porque ella era real. Una reina criada, nacida y casada, y con tantas otras reinas a su alrededor, ¿cómo podría haberse escapado de la culpabilidad? A María Antonieta no la he absuelto del todo. Sería poco interesante, tal vez falso. La he acusado con amor, y la he besado cuando la azoté. Confío en que el público británico no se enojará porque no blanqueo a Caroline, especialmente porque estoy de acuerdo con ellos en que abusaba de su esposo.

Pero no debo abusar de su tiempo enviándole otro libro, aunque me complace pensar que estoy escribiendo lo que nadie más que usted leerá. Hágalo usted mismo, como un hombre querido, y, como es usted grande, sea misericordioso. O, más bien, como es usted un amigo, sea cariñoso.

Agradecida y fielmente,

Matilda Carbury.

Después de todo, qué pocas mujeres hay que puedan elevarse por encima del atolladero de lo que llamamos amor y convertirse en algo más que en juguetes para los hombres. De casi todas estas pecadoras regias y lujuriosas, el principal pecado fue que en alguna fase de su vida consintieron en ser juguetes sin ser esposas. Por eso me he esforzado tanto por ser correcta, pero, cuando las niñas leen todo, ¿por qué una anciana no ha de escribir nada?

Esta carta fue dirigida a Nicholas Broune, el editor de *Morning Breakfast Table*, un periódico diario de elevada calidad. Y, como era la más larga, fue considerada como la más importante de las tres. El señor Broune era un hombre poderoso en su profesión y le gustaban las damas. Lady Carbury en su carta se había llamado a sí misma una anciana, pero estaba satisfecha de hacerlo por la convicción de que nadie más la miraba de esa manera. Su edad no será un secreto para el lector, aunque a sus amigos más íntimos, incluso al Sr. Broune, nunca se los había revelado. Tenía cuarenta y tres años, pero los llevaba tan bien y había recibido tales dones de la naturaleza, que era imposible negar que seguía siendo una mujer hermosa. Y usó su belleza no solo para aumentar su influencia, como es natural en las mujeres bien favorecidas, sino también calculando que podría obtener ayuda material para alcanzar pan y queso, los alimentos indispensables para adaptar a sus propósitos las cosas buenas de las que la Providencia la había dotado. No se enamoró, no coqueteó deliberadamente, no se comprometió, pero sonreía y susurraba, hacía confidencias y miraba a través de sus propios ojos los ojos de los hombres como si pudiera haber algún vínculo misterioso entre ella y ellos, siempre que las circunstancias misteriosas lo permitieran.

Pero el fin de todo era inducir a alguien a hacer algo que haría que un editor le pagara una buena paga por escribir algo indiferente, o que un editor fuera indulgente cuando, según los méritos del caso, debería haber sido severo. Entre todos sus amigos literatos, el Sr. Broune era en quien más confiaba, y, además, al señor Broune le gustaban las mujeres hermosas. Sería bueno dar un breve registro de una escena que tuvo lugar entre Lady Carbury y su amiga aproximadamente un mes antes de escribir esta carta que se ha reproducido. Ella había querido que él tomara una serie de papeles para la «Mesa del desayuno de la mañana» y que los pagara a la tarifa número 1, mientras que sospechaba que él tenía dudas sobre su mérito y sabía que, sin un favor especial, ella no podía esperar una remuneración por encima de la tasa No. 2, o posiblemente incluso la No. 3. Así que lo había mirado a los ojos y había dejado su mano suave y regordeta por un momento en la de él. ¡Un hombre en tales circunstancias es a menudo torpe, sin saber con precisión cuándo hacer una cosa y cuándo hacer otra! El señor Broune, en un momento de entusiasmo, rodeó la cintura de lady Carbury con el brazo y la besó. Decir que Lady Carbury estaba enojada, como la mayoría de las mujeres estarían enojadas si fueran tratadas así, sería dar una idea injusta de su carácter. Fue un pequeño accidente que realmente no trajo consigo ningún daño, a menos que fuera el daño que llevaría a una ruptura entre ella y su valioso aliado. Ningún sentimiento de delicadeza le sorprendió. ¿Qué importaba? No le había ofrecido ningún insulto imperdonable ni le había hecho ningún daño, ¡si tan solo se pudiera hacer comprender de inmediato al querido y susceptible burro viejo que esa no era la manera de continuar!

Sin pestañear y sin sonrojarse, se escapó de su brazo y luego le dirigió un excelente discurso. «¡Señor Broune, qué tonto, qué equivocado, qué equivocado! ¿No es así? ¡Seguramente no desea poner fin a la amistad entre nosotros!».

—¿Poner fin a nuestra amistad? ¡lady Carbury! ¡Oh, desde luego que eso no!

—Entonces, ¿por qué arriesgarse con tal acto? Piense en mi hijo y en mi hija, ambos adultos. Piense en los problemas pasados de mi vida, tanto sufridos y tan poco merecidos. Nadie los conoce tan bien como usted. ¡Piense en mi nombre, que tantas veces ha sido calumniado, pero nunca deshonrado! Dígame que lo siente y lo olvidaré.

Cuando un hombre ha besado a una mujer, va en contra de él decir al momento siguiente que lamenta lo que ha hecho. Es tanto como declarar que el beso no había respondido a sus expectativas. El señor Broune no podía hacer esto, y tal vez lady Carbury no se lo esperaba. «Sabe usted que por nada del mundo le ofendería», dijo. Esto fue suficiente. Lady Carbury volvió a

mirarlo a los ojos y él le prometió que los artículos se imprimirían y con una remuneración generosa.

Cuando terminó la entrevista, Lady Carbury consideró que había tenido bastante éxito. Por supuesto, cuando hay que luchar y hacer un trabajo duro habrá pequeños accidentes. La dama que usa un taxi de la calle debe encontrar barro y polvo del que escapará su vecino más rico que tiene un carruaje privado. Habría preferido que no la besaran, pero ¿qué importaba? Con el señor Broune el asunto era más serio. «Malditos sean todos», se dijo a sí mismo al salir de la casa; «Ninguna cantidad de experiencia permite a un hombre conocerlos». Mientras se alejaba, casi pensó que lady Carbury tenía la intención de que la besara de nuevo, y casi se enfadó consigo mismo por no haberlo hecho. La había visto tres o cuatro veces desde entonces, pero no había vuelto a cometer la ofensa.

Pasemos ahora a las otras cartas, ambas dirigidas a los directores de otros periódicos. La segunda fue escrita al Sr. Booker, de la *Crónica Literaria*. El Sr. Booker fue un profesor de literatura muy trabajador, pero sin talento, sin influencia y sin conciencia. Por la naturaleza de las luchas en las que se había visto envuelto, por los compromisos que gradualmente le habían impuesto la intrusión de sus hermanos autores por un lado y por las demandas por el otro de los empresarios que sólo buscaban sus ganancias, había caído en una rutina de trabajo en la que era muy difícil ser escrupuloso y casi imposible mantener las delicadezas de una conciencia literaria. Ahora era un anciano calvo de sesenta años, con una familia numerosa de hijas, una de las cuales era una viuda dependiente de él con dos niños pequeños. Tenía quinientos al año para editar la *Crónica Literaria* que, gracias a su energía, se había convertido en una valiosa propiedad. Escribía para revistas y publicaba algún libro propio casi todos los años. Mantuvo su cabeza fuera del agua y fue considerado por aquellos que sabían de su existencia, pero no lo conocían como un hombre exitoso. Siempre mantuvo el ánimo y pudo demostrar en los círculos literarios que podía defenderse. Pero el estrés de las circunstancias lo impulsaba a tomar todas las cosas buenas que se interponían en su camino y difícilmente podía darse el lujo de ser independiente. Hay que confesar que hacía tiempo que el escrúpulo literario se había apartado de su mente.

La carta número 2 decía lo siguiente:

calle Welbeck,
25 de febrero de 187—.

Estimado Sr. Booker,

He hablado con el Sr. Leadham [Sr. Leadham era el socio mayoritario de la firma emprendedora de editores conocida como Messrs. Leadham and Loiter] para enviarle una copia anticipada de mi *Criminal Queens*. Ya he acordado con mi amigo el Sr. Broune que voy a hacer su *Nueva historia de una tina* en la «Mesa del desayuno». De hecho, lo estoy haciendo ahora, y me estoy esforzando mucho. Si hay algo que desee que se diga especialmente en cuanto a su punto de vista sobre el protestantismo de la época, hágamelo saber. Me gustaría que dijera unas palabras sobre la precisión de mis detalles históricos, lo que sé que puede hacer con seguridad. No lo posponga, ya que la venta depende mucho de los avisos anticipados. Solo recibo una regalía que no comienza hasta que se venden los primeros cuatrocientos.

Suya sinceramente,

Matilda Carbury.

Alfred Booker, Esq.,
«Crónica literaria», Office, Strand.

Nada había en esto que sorprendiera al Sr. Booker. Se rio para sus adentros con una risita agradablemente reticente, al pensar en Lady Carbury lidiando con sus puntos de vista sobre el protestantismo, al pensar también en los numerosos errores históricos en los que esa inteligente dama debía caer inevitablemente al escribir sobre asuntos de los que creía saber algo. Pero estaba muy consciente de que le serviría un aviso favorable en la «Mesa del desayuno» de su muy reflexivo trabajo, llamado «Nuevo cuento de una tina», aunque escrito por la mano de una charlatana literaria. No tendría escrúpulos en devolver el servicio con elogios exagerados en la «Crónica literaria». Probablemente no diría que el libro era perfecto, pero podría declarar que fue una lectura deliciosa, que las características femeninas de las reinas habían sido tocadas con una mano magistral, y que la obra era una de las que sin duda harían su aparición en todos los salones. Era un experto en este tipo de trabajo y sabía muy bien cómo reseñar un libro como *Criminal Queens* de Lady Carbury sin complicar mucho la lectura.

Casi podría hacerlo sin abrir el libro, de modo que su valor a efectos de posventa no se viera perjudicado. Y, sin embargo, el Sr. Booker era un hombre honesto y se había enfrentado persistentemente a muchas malas prácticas literarias. El tipo de letra estirado, las líneas insuficientes y la costumbre francesa de serpentear con unas pocas palabras en una página entera, habían sido reprendidas por él con concienzuda fuerza. Se suponía que era más bien un Arístides entre los críticos. Pero, dadas las circunstancias, no podía oponerse por completo a los usos de la época. «Malo, por supuesto que es malo», le dijo a un joven amigo que estaba trabajando con él en su periódico. «¿Quién lo duda? ¡Cuántas cosas muy malas hay que hacer! Pero si intentáramos reformar todas nuestras malas costumbres a la vez, nunca deberíamos hacer nada bueno. No soy lo suficientemente fuerte como para poner el mundo en orden, y dudo que alguien lo seas. Así era el Sr. Booker».

Luego estaba la carta No. 3, al Sr. Ferdinand Alf. El señor Alf era quien administraba y, como se suponía, era el principal propietario del *Púlpito Nocturno*, que durante los últimos dos años se había convertido en «una propiedad importante», como solían decir los hombres relacionados con la prensa. Se suponía que el *Púlpito Vespertino* daría diariamente a sus lectores todo lo que se había dicho y hecho hasta las dos de la mañana por todas las personas importantes de la metrópoli, y que profetizaría con maravillosa precisión cuáles serían los dichos y los hechos de las doce horas siguientes. Esto se efectuó con un aire de maravillosa omnisciencia, y no pocas veces con una ignorancia apenas superada por su arrogancia. Pero la escritura era inteligente. Los hechos, si no ciertos, estaban bien inventados; los argumentos, si no lógicos, eran seductores. El espíritu que presidía el periódico tenía el don, en todo caso, de saber qué le gustaría leer a las personas a las que atendía, y cómo manejar sus temas de modo que la lectura fuera agradable. La «Crónica literaria» del Sr. Booker no presumía tener ninguna opinión política especial. La «Mesa del desayuno» era decididamente liberal. El *púlpito vespertino* era muy dado a la política, pero se atenia estrictamente al lema que había asumido: *Nullius addictus jurare in verba magistri*, y en consecuencia tuvo en todo tiempo el invaluable privilegio de abusar de lo que se hacía, sea de un lado o del otro. Un periódico que desea hacer fortuna nunca debe desperdiciar sus columnas y cansar a sus lectores alabando cualquier cosa. El elogio es invariablemente aburrido, un hecho que el Sr. Alf había descubierto y utilizado.

Además, el señor Alf había descubierto otro hecho. El abuso de aquellos que ocasionalmente elogian se considera personalmente ofensivo, y aquellos que ofenden personalmente a veces hacen que el mundo se caliente demasiado para contenerlos. Pero la censura de aquellos que siempre están encontrando faltas se considera tan natural que deja de ser objetable. El caricaturista, que sólo dibuja caricaturas, se considera justificable, se tome todas las libertades que pueda con el rostro y la persona de un hombre. Es su oficio, y su negocio lo llama a vilipendiar todo lo que toca. Pero si un artista publicara una serie de retratos, en los que dos de una docena fueran horribles, sin duda se ganaría dos enemigos, si no más. El señor Alf nunca se hizo enemigos, porque no elogió a nadie y, en lo que respecta a la expresión de su periódico, no estaba satisfecho con nada.

Personalmente, el Sr. Alf era un hombre extraordinario. Nadie sabía de dónde venía ni qué había sido. Se suponía que había nacido judío alemán, y ciertas damas decían que podían distinguir en su lengua el más mínimo acento extranjero posible. Sin embargo, se le concedió que conocía Inglaterra como sólo un inglés puede conocerla. Durante el último año o dos, había «surgido», como dice la frase, y había ascendido muy a fondo. Había recibido una bola negra en tres o cuatro clubes, pero había entrado en otros dos o tres, y había aprendido una manera calculada de hablar de aquellos que lo habían rechazado para dejar en la mente de los oyentes la convicción de que las sociedades que preguntan eran anticuadas, imbéciles y moribundas. Nunca se cansó de insinuar que no conocer al Sr. Alf, no estar en buenos términos con el Sr. Alf, no entender que si el Sr. Alf hubiera nacido donde pudiera y como pudiera, siempre sería reconocido como un señor deseable, era estar completamente afuera en la oscuridad. Y lo que constantemente afirmaba o insinuaba era que los hombres y las mujeres que lo rodeaban finalmente comenzaron a creer en él, y así el Sr. Alf se convirtió en algo reconocido en los diferentes mundos de la política, de las letras y de la moda.

Era un hombre bien parecido, de unos cuarenta años, pero de porte como si fuera mucho más joven, delgado, por debajo de la estatura media, con cabello castaño oscuro que habría mostrado un tinte gris si no fuera por el arte del tintorero, con rasgos bien definidos, con una sonrisa constantemente en la boca cuya amabilidad siempre fue desmentida por la afilada severidad de sus ojos. Vestía con la mayor sencillez, pero también con el máximo cuidado. No estaba casado, tenía una pequeña casa propia cerca de Berkeley Square en la que organizaba cenas extraordinarias, tenía cuatro o cinco cazadores en Northamptonshire y se decía que ganaba 6.000 libras esterlinas al año en el *Púlpito vespertino*, y que gastaba aproximadamente la mitad de esos ingresos. También intimaba a su manera con Lady Carbury, cuya diligencia en hacer y fomentar amistades útiles había sido infatigable.

Su carta al Sr. Alf era la siguiente:

Estimado Sr. Alf:

Dígame quién escribió la reseña del último poema de Fitzgerald Barker. Sé que no lo hará. No recuerdo nada hecho tan bien. Creo que el pobre desgraciado difícilmente podrá volver a levantar la cabeza antes del otoño. Pero fue completamente merecido. No tengo paciencia con las pretensiones de los aspirantes a poetas que se las arreglan con influencias soterradas y halagadoras para colocar sus volúmenes en todas las mesas de los salones. No conozco a nadie a quien el mundo haya sido tan bondadoso de esta manera como a Fitzgerald Barker, pero no he oído hablar de nadie que haya extendido la bondad hasta el punto de leer su poesía.

¿No es singular cómo algunos hombres continúan obteniendo la reputación de autoría popular sin agregar una palabra digna de mención a la literatura de su país? Se logra mediante una asiduidad incansable en el sistema de inflado. Soplar e hincharse se han convertido en ramas diferentes de una nueva profesión. ¡Ay, yo! Ojalá pudiera encontrar una clase abierta en la que un novato tan pobre como yo pudiera tomar lecciones. Por mucho que deteste la cosa desde mi alma, y por mucho que admire la consistencia con la que el «Púlpito» se ha opuesto a ella, yo misma estoy tan necesitada de apoyo para mis propios pequeños esfuerzos, y estoy luchando tan duro honestamente para hacerme una carrera remuneradora, que creo que si se me ofreciera la oportunidad, me embolsaría mi honor, dejaría de lado el alto sentimiento que me dice que la alabanza no se compra con dinero ni con la amistad, y descendería entre las cosas bajas, para que algún día tuviera el orgullo de sentir que había logrado con mi propio trabajo proveer a las necesidades de mis hijos.

Pero todavía no he comenzado el descenso hacia abajo y, por lo tanto, todavía soy lo suficientemente valiente como para decirles que miraré, no con preocupación sino con profundo interés, a cualquier cosa que pueda aparecer en el «Púlpito» con respecto a mis «Reinas

Criminales». Me atrevo a pensar que el libro, aunque lo escribí yo misma, tiene una importancia propia que le asegurará cierta atención. No tengo la menor duda de que mi inexactitud quedará al descubierto y se azotará la presunción, pero creo que su crítico podrá certificar que los bocetos son reales y los retratos están bien considerados. No me oírás decir, en cualquier caso, que será mejor que me quede en casa y me zurza las medias, como dijo el otro día de esa pobre y desafortunada señora Effington Stubbs.

No le he visto en las últimas tres semanas. Tengo unos cuantos amigos todos los martes por la noche; le ruego que venga la próxima semana o la siguiente. Y ruego que crea que ninguna cantidad de severidad editorial o crítica me hará recibirle de otra manera que no sea con una sonrisa.

Atentamente,

Matilda Carbury.

Lady Carbury, habiendo terminado su tercera carta, se echó hacia atrás en su silla y por un momento o dos cerró los ojos, como si estuviera a punto de descansar. Pero pronto recordó que la actividad de su vida no admitía tal descanso. Por lo tanto, tomó su pluma y comenzó a escribir más notas.

Doctor Thorne

La historia narra la relación del doctor Thomas Thorne con los Gresham, una familia que, tras contraer una elevada deuda, está a punto de perder su hogar en Greshamsbury. Su sobrina Mary Thorne y el joven Frank Gresham se enamoran y se ven obligados a luchar contra su madre Lady Arabella Gresham y su tía la condesa de Courcy, quienes prefieren que Frank se case con una rica heredera para salvar a su familia de las deudas. Tras la muerte de Sir Louis, Mary hereda una gran fortuna. Cuando Lady Arabella se entera, se disculpa y, finalmente, le permite a su hijo Frank casarse con ella. Lady Alexandrina de Courcy engaña a su prima Lady Augusta Gresham para que rechace la propuesta de matrimonio de Mortimer Gazebee y termina comprometiéndose con él. Lady Beatrice Gresham se compromete con Caleb Oriel, y la rica americana Miss Martha Dunstable comienza a mostrar interés por el doctor Thorne.

Doctor Thorne

Chapter I

The Greshams of Greshamsbury

Before the reader is introduced to the modest country medical practitioner who is to be the chief personage of the following tale, it will be well that he should be made acquainted with some particulars as to the locality in which, and the neighbours among whom, our doctor followed his profession.

There is a county in the west of England not so full of life, indeed, nor so widely spoken of as some of its manufacturing leviathan brethren in the north, but which is, nevertheless, very dear to those who know it well. Its Green pastures, its waving wheat, its deep and shady and –let us add– dirty lanes, its paths and stiles, its tawny-coloured, well-built rural churches, its avenues of beeches, and frequent Tudor mansions, its constant county hunt, its social graces, and the general air of clanship which pervades it, has made it to its own inhabitants a favoured land of Goshen. It is purely agricultural; agricultural in its produce, agricultural in its poor, and agricultural in its pleasures. There are towns in it, of course; *dépôts* from whence are brought seeds and groceries, ribbons and fire-shovels; in which markets are held and county balls are carried on; which return members to Parliament, generally –in spite of Reform Bills, past, present, and coming– in accordance with the dictates of some neighbouring land magnate: from whence emanate the country postmen, and where is located the supply of post-horses necessary for county visitings. But these towns add nothing to the importance of the county; they consist, with the exception of the assize town, of dull, all but death-like single streets. Each possesses two pumps, three hotels, ten shops, fifteen beerhouses, a beadle, and a market-place.

Indeed, the town population of the county reckons for nothing when the importance of the county is discussed, with the exception, as before said, of the assize town, which is also a cathedral city. Herein is a clerical aristocracy, which is certainly not without its due weight. A resident bishop, a resident dean, an archdeacon, three or four resident prebendaries, and all their numerous chaplains, vicars, and ecclesiastical satellites, do make up a society sufficiently powerful to be counted as something by the county squirearchy. In other respects the greatness of Barsetshire depends wholly on the landed powers. Barsetshire, however, is not now so essentially one whole as it was before the Reform Bill divided it. There is in these days an East Barsetshire, and there is a West Barsetshire; and people conversant with Barsetshire doings declare that they can already decipher some difference of feeling, some division of interests. The eastern moiety of the county is more purely Conservative than the western; there is, or was, a taint of Peelism in the latter; and then, too, the residence of two such great Whig magnates as the Duke of Omnium and the Earl de Courcy in that locality in some degree overshadows and renders less influential the gentlemen who live near them.

It is to East Barsetshire that we are called. When the division above spoken of was first contemplated, in those stormy days in which gallant men were still combatting reform ministers, if not with hope, still with spirit, the battle was fought by none more bravely than by John Newbold Gresham of Greshamsbury, the member for Barsetshire. Fate, however, and the Duke of Wellington were adverse, and in the following Parliament John Newbold Gresham was only member for East Barsetshire.

Whether or not it was true, as stated at the time, that the aspect of the men with whom he was called on to associate at St Stephen's broke his heart, it is not for us now to inquire. It is certainly true that he did not live to see the first year of the reformed Parliament brought to a close. The then Mr Gresham was not an old man at the time of his death, and his eldest son, Francis Newbold Gresham, was a very young man; but, notwithstanding his youth, and notwithstanding other grounds of objection which stood in the way of such preferment, and which must be explained, he was chosen in his father's place.

The father's services had been too recent, too well appreciated, too thoroughly in unison with the feelings of those around him to allow of any other choice; and in this way young Frank Gresham found himself member for East Bassetshire, although the very men who elected him knew that they had but slender ground for trusting him with their suffrages. Frank Gresham, though then only twenty-four years of age, was a married man, and a father. He had already chosen a wife, and by his choice had given much ground of distrust to the men of East Bassetshire. He had married no other than Lady Arabella de Courcy, the sister of the great Whig earl who lived at Courcy Castle in the west; that earl who not only voted for the Reform Bill, but had been infamously active in bringing over other young peers so to vote, and whose name therefore stank in the nostrils of the staunch Tory squires of the county.

Not only had Frank Gresham so wedded, but having thus improperly and unpatriotically chosen a wife, he had added to his sins by becoming recklessly intimate with his wife's relations. It is true that he still called himself a Tory, belonged to the club of which his father had been one of the most honoured members, and in the days of the great battle got his head broken in a row, on the right side; but, nevertheless, it was felt by the good men, true and blue, of East Bassetshire, that a constant sojourner at Courcy Castle could not be regarded as a consistent Tory. When, however, his father died, that broken head served him in good stead: his sufferings in the cause were made the most of; these, in unison with his father's merits, turned the scale, and it was accordingly decided, at a meeting held at the George and Dragon, at Barchester, that Frank Gresham should fill his father's shoes.

But Frank Gresham could not fill his father's shoes; they were too big for him. He did become member for East Bassetshire, but he was such a member –so lukewarm, so indifferent, so prone to associate with the enemies of the good cause, so little willing to fight the good fight, that he soon disgusted those who most dearly loved the memory of the old squire.

De Courcy Castle in those days had great allurements for a young man, and all those allurements were made the most of to win over young Gresham. His wife, who was a year or two older than himself, was a fashionable woman, with thorough Whig tastes and aspirations, such as became the daughter of a great Whig earl; she cared for politics, or thought that she cared for them, more than her husband did; for a month or two previous to her engagement she had been attached to the Court, and had been made to believe that much of the policy of England's rulers depended on the political intrigues of England's women. She was one who would fain be doing something if she only knew how, and the first important attempt she made was to turn her respectable young Tory husband into a second-rate Whig bantling. As this lady's character will, it is hoped, show itself in the following pages, we need not now describe it more closely.

It is not a bad thing to be son-in-law to a potent earl, member of Parliament for a county, and a possessor of a fine old English seat, and a fine old English fortune. As a very young man, Frank Gresham found the life to which he was thus introduced agreeable enough. He consoled himself as best he might for the blue looks with which he was greeted by his own party, and took his revenge by consorting more thoroughly than ever with his political adversaries. Foolishly, like a foolish moth, he flew to the bright light, and, like the moths, of course he burnt his wings. Early in 1833 he had become a member of Parliament, and in the autumn of 1834 the dissolution came. Young members of three or four-and-twenty do not think much of dissolutions, forget the fancies of their constituents, and are too proud of the present to calculate much as to the future. So it was with Mr Gresham. His father had been member for Bassetshire all his life, and he looked forward to similar prosperity as though it were part of his inheritance; but he failed to take any of the steps which had secured his father's seat.

In the autumn of 1834 the dissolution came, and Frank Gresham, with his honourable lady wife and all the de Courcys at his back, found that he had mortally offended the county. To his great disgust another candidate was brought forward as a fellow to his late colleague, and though he manfully fought the battle, and spent ten thousand pounds in the contest, he could not recover his position. A high Tory, with a great Whig interest to back him, is never a popular person in England. No one can trust him, though there may be those who are willing to place him, untrusting,

in high positions. Such was the case with Mr Gresham. There were many who were willing, for family considerations, to keep him in Parliament; but no one thought that he was fit to be there. The consequences were, that a bitter and expensive contest ensued.

Frank Gresham, when twitted with being a Whig, foreswore the de Courcy family; and then, when ridiculed as having been thrown over by the Tories, foreswore his father's old friends. So between the two stools he fell to the ground, and, as a politician, he never again rose to his feet. He never again rose to his feet; but twice again he made violent efforts to do so. Elections in East Barsetshire, from various causes, came quick upon each other in those days, and before he was eight-and-twenty years of age Mr Gresham had three times contested the county and been three times beaten. To speak the truth of him, his own spirit would have been satisfied with the loss of the first ten thousand pounds; but Lady Arabella was made of higher mettle.

She had married a man with a fine place and a fine fortune; but she had nevertheless married a commoner and had in so far derogated from her high birth. She felt that her husband should be by rights a member of the House of Lords; but, if not, that it was at least essential that he should have a seat in the lower chamber. She would by degrees sink into nothing if she allowed herself to sit down, the mere wife of a mere country squire.

Thus instigated, Mr Gresham repeated the useless contest three times, and repeated it each time at a serious cost. He lost his money, Lady Arabella lost her temper, and things at Greshamsbury went on by no means as prosperously as they had done in the days of the old squire.

In the first twelve years of their marriage, children came fast into the nursery at Greshamsbury. The first that was born was a boy; and in those happy halcyon days, when the old squire was still alive, great was the joy at the birth of an heir to Greshamsbury; bonfires gleamed through the country-side, oxen were roasted whole, and the customary paraphernalia of joy, usual to rich Britons on such occasions were gone through with wondrous éclat. But when the tenth baby, and the ninth little girl, was brought into the world, the outward show of joy was not so great.

Then other troubles came on. Some of these little girls were sickly, some very sickly. Lady Arabella had her faults, and they were such as were extremely detrimental to her husband's happiness and her own; but that of being an indifferent mother was not among them. She had worried her husband daily for years because he was not in Parliament, she had worried him because he would not furnish the house in Portman Square, she had worried him because he objected to have more people every winter at Greshamsbury Park than the house would hold; but now she changed her tune and worried him because Selina coughed, because Helena was hectic, because poor Sophy's spine was weak, and Matilda's appetite was gone.

Worrying from such causes was pardonable it will be said. So it was; but the manner was hardly pardonable. Selina's cough was certainly not fairly attributable to the old-fashioned furniture in Portman Square; nor would Sophy's spine have been materially benefited by her father having a seat in Parliament; and yet, to have heard Lady Arabella discussing those matters in family conclave, one would have thought that she would have expected such results. As it was, her poor weak darlings were carried about from London to Brighton, from Brighton to some German baths, from the German baths back to Torquay, and thence—as regarded the four we have named—to that bourne from whence no further journey could be made under the Lady Arabella's directions.

Doctor Thorne

Capítulo I

Los Gresham de Greshamsbury

Antes de presentar al modesto médico rural que será el personaje principal del este relato, es conveniente que el lector esté informado de algunos detalles sobre la localidad en la que nuestro médico ejerce su profesión.

Hay un condado en el oeste de Inglaterra no tan lleno de vida ni tan ampliamente mencionado como otros del norte, pero que es, sin embargo, muy querido para quienes lo conocen bien. Posee verdes pastos, trigos ondulantes, caminos profundos y sombríos y –añadimos– sucios, montañas, iglesias rurales bien construidas de color leonado, avenidas de hayas, y frecuentes mansiones de los Tudor, una abundante cacería, una grata vida social y el ambiente general de clan que lo impregna hace que, para sus habitantes, sea una tierra favorecida por Gosén¹⁷. Es completamente agrícola por sus productos, por sus pobres y por sus placeres. En el pueblo existe, por supuesto, unos almacenes en los que se guardan semillas y comestibles, y en los que se celebran los mercados y los bailes del condado. Allí se reúnen los miembros al Parlamento que, por lo general y a pesar de los proyectos de ley de reforma, pasados, presentes y futuros, son nombrados de acuerdo con los dictados de algún magnate de la tierra vecina: de allí emanan los carteros del país, y allí se encuentra el suministro de caballos necesarios para los trabajos de posta del condado. Sin embargo, los otros pueblos nada añaden a la importancia del condado porque, a excepción de los tribunales que en ellos residen, son aburridos y las calles permanecen vacías. Cada una de estas ciudades posee fuentes, tres hoteles, diez tiendas, quince cervecerías, un vigilante y un mercado.

De hecho, la población de la ciudad del condado no cuenta para nada cuando se discute la importancia del condado, con la excepción, como se dijo antes, de que es la ciudad de lo penal, que también es una ciudad catedralicia. Aquí hay una aristocracia clerical que ciertamente no deja de tener un notable peso. Un obispo residente, un deán residente, un archidiácono residente, tres o cuatro prebendados residentes y todos sus numerosos capellanes, vicarios y satélites eclesiásticos constituyen una sociedad suficientemente poderosa para ser considerada como algo importante por la sociedad del condado. En otros aspectos, la grandeza de Bassetshire depende totalmente de los terratenientes poderosos.

Bassetshire, sin embargo, no es ahora tan importante como lo era antes de que la Reforma de Bill lo dividiera. En la actualidad existe un East Bassetshire y un West Bassetshire, y las personas familiarizadas con la historia de Bassetshire declaran que en la actualidad se pueden advertir las diferencias de sentimientos y las divisiones de intereses. La mitad oriental del condado es más conservadora que la mitad del oeste. Existe –o existió– una fama de proselitismo en este último que, además, es la residencia de personajes tan importantes como el duque de Omnium y el de Courcy, un hecho que, en cierto grado, eclipsa y hace menos influyentes a los otros señores que allí conviven.

Es en East Bassetshire donde nos situamos. Cuando la división arriba mencionada fue contemplada por primera vez, en aquellos días tormentosos en que los hombres galantes todavía discutían a los ministros sobre la reforma, si no con esperanza, sí con vehemencia, la batalla la lideraba con valentía John Newbold Gresham de Greshamsbury como representante de Bassetshire. El destino y el duque de Wellington fueron sus adversarios, pero, en el Parlamento siguiente, John Newbold Gresham ya fue el único miembro de East Bassetshire.

Si era cierto o no, como se dijo en ese momento, que las actitudes de los hombres con quienes tuvo que asociarse en San Esteban le rompió el corazón, no es éste el momento para preguntarlo. Es cierto que no vivió para ver la reforma del Parlamento cuando, finalmente, fue terminada. El entonces Sr. Gresham no era un anciano en el momento de su muerte, y su hijo mayor, Francis Newbold Gresham, todavía era un hombre muy joven, pero, a pesar de su juventud, y sin perjuicio

¹⁷ Gosén: tierra bendecida.

de otros motivos de objeción que se interpusieran en el camino de tal preferencia, hay que explicar, por qué fue elegido para suceder a su padre.

Los servicios del padre habían sido demasiado recientes, demasiado apreciados, demasiado al unísono con los sentimientos de quienes lo rodeaban para permitir cualquier otra elección; y de esta manera el joven Frank Gresham se encontró miembro de East Bassetshire, aunque los mismos hombres que lo eligieron sabían que tenían escasas razones para confiarle sus sufragios.

Frank Gresham, aunque entonces sólo tenía veinticuatro años, era un hombre casado y con un hijo. La elección de su esposa había generado motivos de desconfianza en los hombres de East Bassetshire. Se había casado con Lady Arabella de Courcy, la hermana del gran conde Whig que vivió en Courcy Castle en el oeste. Ese conde votó por la Reforma Bill, y fue un perverso mediador para lograr votos de a otros compañeros jóvenes. Su nombre, por lo tanto, generaba malas sensaciones a los conservadores acérrimos del condado.

No sólo Frank Gresham se había casado de ese modo, sino que al haberlo hecho de una manera impropia y elegido a una esposa sin ser patriota, había añadido a sus pecados el hecho de establecer relaciones directas con los amigos de su esposa. Es cierto que todavía se llamaba a sí mismo tory, pertenecía al club del que su padre había sido uno de los más laureados miembros, y en los días de la gran batalla se esforzó por mantenerse en la fila de una forma correcta, pero, sin embargo, los auténticos azules de East Bassetshire, coincidieron en que un residente en Courcy Castle no podía ser considerado como un Tory coherente. Sin embargo, cuando su padre murió, esa contradicción le sirvió de mucho porque, para lograr que los méritos de su padre dieran la vuelta a la balanza, en una reunión celebrada en el George and Dragon, en Barchester, se decidió que Frank Gresham ocupara el lugar de su padre.

Pero Frank Gresham, de hecho, no pudo ocupar el lugar de su padre porque sus trabajos eran excesivos para él. Se convirtió en un miembro de East Bassetshire, pero era un miembro tan tibio, tan indiferente, tan propenso a asociarse con los enemigos de la buena causa, tan poco dispuesto a pelear la buena batalla, que pronto fue rechazado por los que recordaban el buen ejemplo del viejo escudero.

El castillo de Courcy en esos días tenía grandes atractivos para un hombre joven, y todos esos atractivos se aprovecharon al máximo para conquistar al joven Gresham. Su esposa, que era uno o dos años mayor que él, era una mujer elegante, con los profundos gustos y aspiraciones del partido Whig, como la hija que era de un gran conde Whig le importaba la política, o pensaba que le importaba, más de lo que le interesaba a su marido. Durante uno o dos meses antes de su compromiso, ella había sido adscrita a la Corte, y se le había hecho creer que gran parte de la política de los gobernantes de Inglaterra dependía de las intrigas políticas de mujeres inglesas. Ella era quien deseaba hacer algo y en el primer intento importante que hizo fue convertir a su respetable joven marido Tory en un Whig de segunda categoría. Como de este personaje se hablará en las siguientes páginas, no necesitamos ahora contar más detalles.

No es malo ser yerno de un poderoso conde, miembro del parlamento por un condado, y poseedor de un excelente escaño político y una elevada fortuna. Siendo muy joven, Frank Gresham encontró una vida bastante agradable. Se animó bastante gracias a las miradas benévolas con las que fue recibido por los miembros de su grupo, y tomó su venganza asociándose más a fondo que nunca con los políticos que anteriormente habían sido sus adversarios. Tontamente, como una polilla tonta, voló hacia la luz brillante y, como las polillas, por supuesto que se quemó las alas. A principios de 1833 se había convertido en un miembro del Parlamento, y en el otoño de 1834, se produjo la disolución. Los jóvenes de veintitantos años no piensan mucho en las disoluciones, se olvidan de las fantasías de sus electores, porque están tan orgullosos del presente que les resulta imposible pensar en el futuro. Eso fue lo que le ocurrió al Sr. Gresham. Su padre había sido miembro de Bassetshire toda su vida, y esperaba una prosperidad similar como si fuera parte de su herencia, pero no dio ninguno de los pasos de los que habían asegurado el escaño de su padre.

En el otoño de 1834 llegó la disolución y Frank Gresham, con su honorable señora esposa y todos los De Courcy a sus espaldas, descubrió que había ofendido mortalmente al condado. Para

su gran disgusto, otro candidato fue presentado y, aunque peleó denodadamente y gastó diez mil libras en la campaña, no pudo recuperar su puesto. Un alto Tory, con un gran pasado Whig para respaldarlo, nunca es una persona popular en Inglaterra. Nadie puede confiar en él, aunque puedan tener algunos que estén dispuestos a apoyarlo para lograr altos cargos. Eso fue lo que ocurrió con el Sr. Gresham.

Efectivamente, muchos estaban dispuestos, por consideraciones familiares, a mantenerlo en el Parlamento, pero nadie pensó si él era apto para estar allí. Las consecuencias fueron que se produjo una amarga y costosa contienda. Frank Gresham, cuando se burló de ser un Whig, renunció al de Courcy familia y luego, cuando hizo el ridículo por haber sido derrocado por los tories, renunció a los viejos amigos de su padre. Así que entre los dos bandos él cayó como político y nunca más se puso de pie.

Nunca más se puso de pie, pero dos veces más hizo violentos esfuerzos para intentarlo. Las elecciones en East Bassetshire, por diversas causas, llegaron rápidamente durante aquellos días, y antes de que tuviera veintiocho años de edad, el Sr. Gresham había disputado tres veces el condado y había sido golpeado tres veces. A decir la verdad sobre él, su propio espíritu se habría satisfecho con la pérdida de las primeras diez mil libras, pero Lady Arabella estaba hecha de un temple superior.

Se había casado con un hombre que estaba situado en un buen lugar y que, además, poseía una gran fortuna, pero, ahora, sentía que estaba casada con un plebeyo que ya se había alejado de su elevado lugar de nacimiento. Ella estaba convencida de que su esposo debería ser por derecho propio un miembro de la Cámara de señores y que, de lo contrario, al menos era fundamental que se sentara en la cámara inferior. Gradualmente se iría hundiendo en la nada en el caso de que no se le permitiera sentarse allí y que, por lo tanto, ella pasaría a ser la mera mujer de un mero terrateniente.

Así instigado, el Sr. Gresham repitió la inútil contienda tres veces, y lo repitió cada vez a un coste más elevado. Perdió su dinero, Lady Arabella perdió su temperamento, y las cosas en Greshamsbury no fueron tan prósperamente como lo habían sido en los días del viejo escudero. En los primeros doce años de su matrimonio, los niños llegaban rápidamente a la guardería en Greshamsbury. El primero que nació fue un niño y, en esos felices días, cuando aún vivía el viejo escudero, grande fue la alegría del nacimiento de un heredero de Greshamsbury donde las hogueras brillaban en el campo, los bueyes eran asados enteros y se sucedía de manera constante esas manifestaciones de alegría tan habituales en los ricos.

Los británicos en tales ocasiones se sentían iluminados por un resplandor maravilloso. Pero cuando el décimo bebé y la novena niña llegaron al mundo, esas manifestaciones de alegría se fueron eclipsando. Después surgieron nuevos problemas. Si algunas de las niñas enfermaban, otras iban sufriendo dolencias cada vez más graves. Los defectos de Lady Arabella fueron aumentando y, por lo tanto, dañando la felicidad de su esposo y, sobre todo, la suya propia porque ya no era capaz de asumir la realidad. Ella estaba cada vez más preocupada porque su esposo no estaba en el Parlamento, ella lo preocupaba más a él porque cada vez la casa en Portman Square estaba más vacía pero, después sus preocupaciones se centraron en que, cada invierno en Greshamsbury Park, Selina tosía, porque Helena estaba agitada, porque la columna vertebral de la pobre Sophy estaba débil, y porque el apetito de Matilda le había desaparecido.

Preocuparse por tales causas era perdonable, se dirá. Y así fue, pero preocuparse de esa manera era difícilmente perdonable. La tos de Selina ciertamente no fue bastante atribuible a los muebles anticuados en Portman Square, ni la columna vertebral de Sophy se habría beneficiado en el caso de que su padre hubiera tenido un escaño en Parlamento, pero, sin embargo, tras escuchar a Lady Arabella hablando sobre esos asuntos en cualquiera de las reuniones familiares, es posible que hubiéramos pensado que ella esperaba tales resultados. Tal como estaban las cosas, sus pobres y sus débiles hijas fueron llevadas de Londres a Brighton, de Brighton a unos baños alemanes, de los baños alemanes a Torquay, y de allí, en cuanto a los cuatro que hemos nombrado, a cualquier otro baño que decidiera Lady Arabella.

NORTEAMÉRICA

Mark Twain (1835-1910)

Twain, seudónimo de Samuel Langhorne, fue reconocido inicialmente por sus relatos humorísticos como *La célebre rana saltarina del condado de Calaveras* y por sus libros de viajes como *El príncipe y el mendigo*, *Un yanqui en la corte del Rey Arturo*, y, sobre todo, por su novela *Las aventuras de Tom Sawyer* y *Las aventuras de Huckleberry Finn*. William Faulkner lo valora como «el padre de la literatura norteamericana».

En *Las aventuras de Tom Sawyer*, narra cómo este joven huérfano vive en un pueblo de Misisipi a cargo de su tía Polly. Tras chocar inicialmente con el orden establecido por los adultos, vive nuevas experiencias junto a su amigo Huckleberry Finn y, finalmente, adopta las actitudes y los comportamientos de los adultos.

The Adventures of Tom Sawyer

Tom and his friends

'Tom! Tom! Where are you?'

No answer.

'Where is that boy? When I find him, I'm going to...'

Aunt Polly looked under the bed. Then she opened the door and looked out into the garden.

'Tom!'

She heard something behind her. A small boy ran past, but Aunt Polly put out her hand and stopped him.

'Ah, there you are! And what's that in your pocket?'

'Nothing, Aunt Polly.'

'Nothing! It's an apple! I can see it. Now listen, Tom. Those apples are not for you, and I...'

'Oh, Aunt Polly! Quick –look behind you!'

So Aunt Polly looked, and Tom was out of the house in a second. She laughed quietly. 'I never learn. I love that Tom, my dead sister's child, but he isn't an easy boy for an old lady. Well, it's Saturday tomorrow and there's no school, but it isn't going to be a holiday for Tom. Oh no! He's going to work tomorrow!'

Saturday was a beautiful day. It was summer and the sun was hot and there were flowers in all the gardens. It was a day for everybody to be happy.

Tom came out of his house with a brush and a big pot of white paint in his hand. He looked at the fence; it was three metres high and thirty metres long. He put his brush in the paint and painted some of the fence. He did it again. Then he stopped and looked at the fence, put down his brush and sat down. There were hours of work in front of him and he was the unhappiest boy in the village.

After ten minutes Tom had an idea, a wonderful idea. He took up the brush again and began work. He saw his friend Joe Harper in the street, but he didn't look at him. Joe had an apple in his hand. He came up to Tom and looked at the fence.

'I am sorry, Tom.'

Tom said nothing.

The paint brush moved up and down.

'Working for your aunt?' said Joe. 'I'm going down to the river. I'm sorry you can't come with me.'

Tom put down his brush. 'You call this work?' he said.

'Painting a fence?' said Joe. 'Of course it's work!'

'Perhaps it is and perhaps it isn't. But I like it,' said Tom. 'I can go to the river any day. I can't paint a fence very often.'

Joe watched Tom for about five minutes. Tom painted very slowly and carefully. He often stopped, moved back from the fence and looked at his work with a smile. Joe began to get very interested, and said: 'Tom, can I paint a little?'

Tom thought for a second. 'I'm sorry, Joe. You see, my aunt wants me to do it because I'm good at painting. My brother Sid wanted to paint, too, but she said no.'

'Oh, please, Tom, just a little. I'm good at painting, too. Hey, do you want some of my apple?'

'No, Joe, I can't.'

'OK, you can have all my apple!'

Tom gave Joe the brush. He did not smile, but for the first time that day he was a very happy boy. He sat down and ate Joe's apple. More friends came to laugh at Tom, but soon they all wanted to paint, too. By the afternoon Tom had three balls, an old knife, a cat with one eye, an old blue bottle, and a lot of other exciting things. He was the richest boy in St Petersburg, and the fence – all thirty metres of it – was a beautiful white. He went back to the house.

'Aunt Polly! Can I go and play now?'

Aunt Polly came out of the house to look. When she saw the beautiful white fence, she was very pleased. She took Tom into the house and gave him an apple.

'Well, you can go and play. But don't come home late.' Tom quickly took a second apple and ran off.

On Monday morning Tom didn't want to go to school, but Aunt Polly got him out of bed, and then out of the house. In the street near the school he met his friend Huckleberry Finn. Huck had no mother, and his father drank whiskey all the time, so Huck lived in the streets.

He didn't go to school, he was always dirty, and he never had a new shirt. But he was happy. The mothers of St Petersburg didn't like Huck, but Tom and his friends did.

'Hello, Huck!' said Tom. 'What have you got there?'

'A dead cat.'

'What're you going to do with it?' asked Tom.

'I'm going to take it to the graveyard tonight,' Huck said. 'At midnight. A dead cat can call ghosts out of their graves.'

'I never heard that', said Tom. 'Is it true?' 'Well, I don't know', said Huck. 'Old Mrs Hopkins told me. Come with me, and see. Or are you afraid of ghosts?' 'Of course not!' said Tom. 'Come and meow for me at my window at eleven o'clock'. After this, Tom was late for school, and the teacher looked at him angrily. 'Thomas Sawyer, why are you late again?' he said.

Tom began to speak, and then stopped. There was a new girl in the schoolroom –a beautiful girl with blue eyes and long yellow hair. Tom looked and looked.

Oh, how beautiful she was! And in two seconds Tom was in love! He must sit next to her. But how? In the girls' half of the room there was only one empty chair, and it was next to the new girl. Tom thought quickly, and then looked at the teacher.

'I stopped to talk with Huckleberry Finn!' he said.

The teacher was very, very angry. Boys were often late for school. That was bad, but talking with Huckleberry Finn was worse, much worse! The teacher took his stick, and two minutes later Tom's trousers were very hot and the teacher's arm was very tired.

'Now, Tom Sawyer, you go and sit with the girls!'

Some of the children laughed. Tom walked to the chair next to the new girl, sat down and opened his book. The other children began to work again. After ten minutes, the girl looked up. There was an apple on the table in front of her. She put it back on Tom's half of the table. A minute later the apple was in front of her again. Now it stayed. Next, Tom drew a picture of a house and put it in front of her.

'That's nice', the girl said. 'Now draw a man.'

Tom drew a man next to the house. The man was taller than the house, and he had very big hands and very long legs. But the girl liked him.

Las aventuras de Tom Sawyer

Tom y sus amigos

–¡Tomás! ¡Tomás! ¿Dónde estás?

Sin respuesta.

–¿Dónde está ese niño? Cuando lo encuentre, voy a...

La tía Polly miró debajo de la cama. Luego abrió la puerta y miró hacia el jardín.

–¡Tomás!

Oyó algo detrás de ella. Un niño pequeño pasó corriendo, pero la tía Polly alargó la mano y lo detuvo.

–¡Ah, allí estás! ¿Y qué es eso en tu bolsillo?

–Nada, tía Polly.

–¡Nada! ¡Es una manzana! Puedo verlo. Ahora escucha, Tom. Esas manzanas no son para ti, y yo...

–¡Ay, tía Polly! ¡Rápido, mira detrás de ti!

Tan pronto como la tía Polly miró, Tom salió de la casa en un segundo. Ella se rio en silencio.

–Nunca aprendo. Me encanta ese Tom, el hijo de mi hermana muerta, pero no es un chico fácil para una anciana. Bueno, mañana es sábado y no hay escuela, pero no van a ser vacaciones para Tom. ¡Oh, no! ¡Va a trabajar mañana!

El sábado fue un día hermoso. Era verano y el sol calentaba y había flores en todos los jardines. Era un día para que todos fueran felices.

Tom salió de su casa con una brocha y un bote grande de pintura blanca en la mano. Miró la cerca; tenía tres metros de alto y treinta metros de largo. Introdujo su pincel en la pintura y pintó un poco de la cerca. Lo hizo de nuevo. Luego se detuvo y miró la valla, dejó la brocha y se sentó. Tenía horas de trabajo por delante y era el chico más infeliz del pueblo.

Después de diez minutos, Tom tuvo una idea, una idea maravillosa. Tomó la brocha de nuevo y comenzó a trabajar. Vio a su amigo Joe Harper en la calle, pero no lo miró. Joe tenía una manzana en la mano. Se acercó a Tom y miró la cerca.

–Lo siento, Tom.

Tom no dijo nada.

La brocha se movía de arriba a abajo.

–¿Trabajando para tu tía? –dijo Joe–. Voy a bajar al río. Siento que no puedas venir conmigo.

Tom dejó su brocha.

–¿Llamas a esto trabajo? –él dijo.

–¿Manchando una valla? –dijo Joe–. ¡Por supuesto que es trabajo!

–Tal vez lo es y tal vez no lo es. Pero me gusta –dijo Tom–. Puedo ir al río cualquier día. No puedo pintar una valla muy a menudo.

Joe observó a Tom durante unos cinco minutos. Tom pintaba muy despacio y con cuidado. A menudo se detenía, se alejaba de la cerca y miraba su trabajo con una sonrisa. Joe comenzó a interesarse mucho y dijo:

–Tom, ¿puedo pintar un poco?

Tom pensó durante un segundo.

–Lo siento, Joe. Verás, mi tía quiere que lo haga porque soy bueno pintando. Mi hermano Sid también quería pintar, pero le dijo que no.

–Oh, por favor, Tom, sólo un poco. También soy bueno pintando. Oye, ¿quieres un poco de mi manzana?

–No, Joe, no puedo...

–¡Está bien, puedes quedarte con toda mi manzana!

Tom le dio a Joe la brocha. No sonrió, pero por primera vez ese día era un niño muy feliz. Se sentó y comió la manzana de Joe. Más amigos vinieron a reírse de Tom, pero pronto todos también querían pintar. Por la tarde, Tom tenía tres bolas, un cuchillo viejo, un gato tuerto, una vieja botella azul y muchas otras cosas emocionantes. Era el chico más rico de San Petersburgo, y la valla (los treinta metros) era de un blanco precioso. Volvió a la casa.

–¡Tía Polly! ¿Puedo ir a jugar ahora?

La tía Polly salió de la casa para mirar. Cuando vio la hermosa valla blanca, se alegró mucho. Llevó a Tom a la casa y le dio una manzana.

–Bueno, puedes ir a jugar. Pero no vuelvas tarde a casa.

Tom tomó rápidamente una segunda manzana y salió corriendo.

El lunes por la mañana, Tom no quería ir a la escuela, pero la tía Polly lo levantó de la cama y luego lo sacó de la casa. En la calle cerca de la escuela se encontró con su amigo Huckleberry Finn. Huck no tenía madre y su padre bebía whisky todo el tiempo, por lo que Huck vivía en las calles.

No fue a la escuela, siempre estaba sucio y nunca tenía una camisa nueva. Pero estaba feliz. A las madres de San Petersburgo no les gustaba Huck, pero a Tom y a sus amigos sí.

–¡Hola, Huck! –dijo Tom–. ¿Qué tienes ahí?

–Un gato muerto.

–¿Qué vas a hacer con eso? –preguntó Tom.

–Lo voy a llevar al cementerio esta noche –dijo Huck–. A la medianoche, un gato muerto puede llamar a los fantasmas para que salgan de sus tumbas.

Tom nunca había escuchado eso, y preguntó:

–¿Es verdad?

–Bueno, no lo sé, –dijo Huck–. La anciana señora Hopkins me lo dijo. Ven conmigo, y verás. ¿O tienes miedo de los fantasmas?

–¡Por supuesto que no! –dijo Tom–. Ven y mállame en mi ventana a las once.

Después de esto, Tom llegó tarde a la escuela y la maestra lo miró con enojo.

–Thomas Sawyer, ¿por qué llegas tarde otra vez? –dijo ella.

Tom comenzó a hablar y luego se detuvo. Había una chica nueva en el salón de clases: una hermosa chica con ojos azules y cabello largo y amarillo. Tom la miró y la volvió a mirar.

¡Oh, qué hermosa era! ¡Y en dos segundos, Tom se había enamorado! Debía sentarse junto a ella. ¿Pero cómo? En la mitad de la clase de las chicas solo había una silla vacía, y estaba al lado de la chica nueva. Tom pensó rápidamente y luego miró a la maestra.

–¡Me detuve a hablar con Huckleberry Finn! –dijo.

La maestra estaba muy, muy enojada. Los niños a menudo llegaban tarde a la escuela. Eso estaba mal, pero hablar con Huckleberry Finn fue peor, ¡mucho peor! La maestra tomó su bastón y dos minutos después los pantalones de Tom estaban muy calientes y el brazo de la maestra estaba muy cansado.

–¡Ahora, Tom Sawyer, ve y siéntate con las chicas!

Algunos de los niños se rieron. Tom caminó hacia la silla junto a la chica nueva, se sentó y abrió su libro. Los otros niños comenzaron a trabajar de nuevo. Después de diez minutos, la niña levantó la vista. Había una manzana en la mesa ante ella. La volvió a poner en la mitad de la mesa de Tom. Un minuto después, la manzana estaba nuevamente ante ella. Allí se quedó. Luego, Tom hizo un dibujo de una casa y lo puso delante de ella.

–Qué linda –dijo la chica–. Ahora dibuja un hombre.

Tom dibujó a un hombre al lado de la casa. El hombre era más alto que la casa, tenía unas manos muy grandes y unas piernas muy largas. Pero a la chica le gustaba.

RUSIA

Fiódor Dostoievski (1821-1881)

Los múltiples y apasionantes personajes de Dostoievski, uno de los principales escritores de la Rusia zarista de la segunda mitad del siglo XIX, se prestan a la interpretación psicoanalítica de su compleja personalidad como, por ejemplo, a la explicación de su desequilibrio nervioso, a su manía de jugador incontrolado y, a veces, a sus actitudes ante los problemas sociales. Friedrich Nietzsche afirma que «Dostoievski es un psicólogo del que se podía aprender»¹⁸.

Por la epilepsia que padeció se libró del ser alistado en el ejército de Siberia y le sirvió para incorporar trastornos mentales a varios de sus personajes como Murin y Ordínov (*La patrona*, 1847), Nelly (*Humillados y ofendidos*, 1861), Myshkin (*El idiota*, 1868), Kirílov (*Los demonios*, 1872) y Smerdiakov (*Los hermanos Karamázov*, 1879-80).

En *Crimen y castigo* cuenta cómo el joven Raskólnikov, tras verse obligado a suspender sus estudios debido a su pobreza, pensó que sería lícito matar a una vieja usurera con la condición de que, después, hiciera un buen uso de su dinero. Partía del supuesto de que los seres humanos inútiles para la sociedad entorpecen a quienes la rodean. Convencido de que la sociedad está dividida en dos tipos de seres humanos: los superiores que tienen derecho a cometer crímenes por el bienestar general de la sociedad y los inferiores que deben estar sometidos a las leyes, cuya única función es la reproducción de la raza humana; preso de ansiedad, asume su imposibilidad de convertirse en un hombre superior y acepta pertenecer al modelo de hombre que tanto despreciaba.

¹⁸ Nietzsche, Fr., *El ocaso de los ídolos, o cómo se filosofa a martillazos*, en *Obras completas*, Buenos Aires, Aguilar.

Преступление и наказание

Часть первая

- I -

В начале июля, в чрезвычайно жаркое время, под вечер, один молодой человек вышел из своей каморки, которую нанимал от жильцов в С-м переулке, на улицу и медленно, как бы в нерешимости, отправился к К-ну мосту.

Он благополучно избегнул встречи с своею хозяйкой на лестнице. Каморка его приходилась под самую кровлей высокого пятиэтажного дома и походила более на шкаф, чем на квартиру. Квартирная же хозяйка его, у которой он нанимал эту каморку с обедом и прислугой, помещалась одною лестницей ниже, в отдельной квартире, и каждый раз, при выходе на улицу, ему непременно надо было проходить мимо хозяйкиной кухни, почти всегда настежь отворенной на лестницу. И каждый раз молодой человек, проходя мимо, чувствовал какое-то болезненное и трусливое ощущение, которого стыдился и от которого морщился. Он был должен кругом хозяйке и боялся с нею встретиться.

Не то чтоб он был так труслив и забит, совсем даже напротив; но с некоторого времени он был в раздражительном и напряженном состоянии, похожем на ипохондрию. Он до того углубился в себя и уединился от всех, что боялся даже всякой встречи, не только встречи с хозяйкой. Он был задавлен бедностью; но даже стесненное положение перестало в последнее время тяготить его. Насущными делами своими он совсем перестал и не хотел заниматься. Никакой хозяйки, в сущности, он не боялся, что бы та ни замышляла против него. Но останавливаться на лестнице, слушать всякий взор про всю эту обыденную дребедень, до которой ему нет никакого дела, все эти приставания о платеже, угрозы, жалобы, и при этом самому изворачиваться, извиняться, лгать, – нет уж, лучше проскользнуть как-нибудь кошкой по лестнице и улизнуть, чтобы никто не видал.

Впрочем, на этот раз страх встречи с своею кредиторшей даже его самого поразил по выходе на улицу.

«На какое дело хочу покуситься и в то же время каких пустяков боюсь! – подумал он с странною улыбкой. – Гм... да... все в руках человека, и все-то он мимо носу пронесит, единственно от одной трусости... это уж аксиома... Любопытно, чего люди больше боятся? Нового шага, нового собственного слова они всего больше боятся... А впрочем, я слишком много болтаю. Оттого и ничего не делаю, что болтаю. Пожалуй, впрочем, и так: оттого болтаю, что ничего не делаю. Это я в этот последний месяц выучился болтать, лежа по целым суткам в углу и думая... о царе Горохе. Ну зачем я теперь иду? Разве я способен на это? Разве это серьезно? Совсем не серьезно. Так ради фантазии сам себя тешу; игрушки! Да, пожалуй что и игрушки!».

На улице жара стояла страшная, к тому же духота, толкотня, всюду известка, леса, кирпич, пыль и та особенная летняя вонь, столь известная каждому петербуржцу, не имеющему возможности нанять дачу, – все это разом неприятно потрясло и без того уже расстроенные нервы юноши. Нестерпимая же вонь из распивочных, которых в этой части города особенное множество, и пьяные, поминутно попадавшие, несмотря на буднее время, довершили отвратительный и грустный колорит картины. Чувство глубочайшего омерзения мелькнуло на миг в тонких чертах молодого человека. Кстати, он был замечательно хорош собою, с прекрасными темными глазами, темно-рус, ростом выше среднего, тонок и строен. Но скоро он впал как бы в глубокую задумчивость, даже, вернее сказать, как бы в какое-то забытье, и пошел, уже не замечая окружающего, да и не желая его замечать. Изредка только бормотал он что-то про себя, от своей привычки к монологам,

в которой он сейчас сам себе признался. В эту же минуту он и сам сознавал, что мысли его порою мешаются и что он очень слаб: второй день как уж он почти совсем ничего не ел.

Он был до того худо одет, что иной, даже и привычный человек, посовестился бы днем выходить в таких лохмотьях на улицу. Впрочем, квартал был таков, что костюмом здесь было трудно кого-нибудь удивить. Близость Сенной, обилие известных заведений и, по преимуществу, цеховое и ремесленное население, скученное в этих срединных петербургских улицах и переулках, пестрили иногда общую панораму такими субъектами, что странно было бы и удивляться при встрече с иною фигурой. Но столько злобного презрения уже накопилось в душе молодого человека, что, несмотря на всю свою, иногда очень молодую, щекотливость, он менее всего совестился своих лохмотьев на улице. Другое дело при встрече с иными знакомыми или с прежними товарищами, с которыми вообще он не любил встречаться... А между тем, когда один пьяный, которого неизвестно почему и куда провозили в это время по улице в огромной телеге, запряженной огромною ломовою лошадию, крикнул ему вдруг, проезжая: «Эй ты, немецкий шляпник!» – и заорал во все горло, указывая на него рукой, – молодой человек вдруг остановился и судорожно схватился за свою шляпу. Шляпа эта была высокая, круглая, циммермановская, но вся уже изношенная, совсем рыжая, вся в дырах и пятнах, без полей и самым безобразнейшим углом заломившаяся на сторону. Но не стыд, а совсем другое чувство, похожее даже на испуг, охватило его.

–Я так и знал! – бормотал он в смущении, – я так и думал! Это уж всего сквернее!

Вот эдакая какая-нибудь глупость, какая-нибудь пошлейшая мелочь, весь замысел может испортить! Да, слишком приметная шляпа... Смешная, потому и приметная... К моим лохмотьям непременно нужна фуражка, хотя бы старый блин какойнибудь, а не этот урод. Никто таких не носит, за версту заметят, запомнят... главное, потом запомнят, ан и улика. Тут нужно быть как можно неприметнее... Мелочи, мелочи главное!.. Вот эти-то мелочи и губят всегда и все...

Идти ему было немного; он даже знал, сколько шагов от ворот его дома: ровно семьсот тридцать. Как-то раз он их сосчитал, когда уж очень размечтался. В то время он и сам еще не верил этим мечтам своим и только раздражал себя их безобразною, но соблазнительною дерзостью. Теперь же, месяц спустя, он уже начинал смотреть иначе и, несмотря на все поддразнивающие монологи о собственном бессилии и нерешимости, «безобразную» мечту както даже поневоле привык считать уже предприятием, хотя все еще сам себе не верил. Он даже шел теперь делать пробу своему предприятию, и с каждым шагом волнение его возрастало все сильнее и сильнее.

С замиранием сердца и нервной дрожью подошел он к преогромнейшему дому, выходящему одною стеной на канаву, а другою в –ю улицу. Этот дом стоял весь в мелких квартирах и заселен был всякими промышленниками – портными, слесарями, кухарками, разными немцами, девицами, живущими от себя, мелким чиновничеством и проч. Входящие и выходящие так и шмыгали под обоими воротами и на обоих дворах дома. Тут служили три или четыре дворника. Молодой человек был очень доволен, не встретив ни которого из них, и неприметно проскользнул сейчас же из ворот направо на лестницу. Лестница была темная и узкая, «черная», но он все уже это знал и изучил, и ему вся эта обстановка нравилась: в такой темноте даже и любопытный взгляд был неопасен. «Если о сю пору я так боюсь, что же было бы, если б и действительно как-нибудь случилось до самого дела дойти?..» – подумал он невольно, проходя в четвертый этаж. Здесь загородили ему дорогу отставные солдаты-носильщики, выносившие из одной квартиры мебель. Он уже прежде знал, что в этой квартире жил один семейный немец, чиновник: «Стало быть, этот немец теперь выезжает, и, стало быть, в четвертом этаже, по этой лестнице и на этой площадке, остается, на некоторое время, только одна старухина квартира занята. Это хорошо... на всякой случай...» – подумал он опять и позвонил в старухину квартиру. Звонокбрякнул слабо, как будто был сделан из жести, а не из меди. В подобных мелких квартирах таких домов почти все такие звонки. Он уже забыл звон этого колокольчика, и теперь этот

особенный звон как будто вдруг ему что-то напомнил и ясно представил... Он так и вздрогнул, слишком уж ослабели нервы на этот раз. Немного спустя дверь приотворилась на крошечную щелочку: жилища оглядывала из щели пришедшего с видимым недоверием, и только виднелись ее сверкавшие из темноты глазки. Но увидав на площадке много народу, она ободрилась и отворила совсем. Молодой человек переступил через порог в темную прихожую, разгороженную перегородкой, за которою была крошечная кухня. Старуха стояла перед ним молча и вопросительно на него глядела. Это была крошечная, сухая старушонка, лет шестидесяти, с острыми и злыми глазками, с маленьким острым носом и простоволосая. Белобрысые, мало поседевшие волосы ее были жирно смазаны маслом. На ее тонкой и длинной шее, похожей на куриную ногу, было наверхено какое-то фланелевое тряпье, а на плечах, несмотря на жару, болталась вся истрепанная и пожелтевшая меховая кацавейка. Старушонка поминутно кашляла и кряхтела. Должно быть, молодой человек взглянул на нее каким-нибудь особенным взглядом, потому что и в ее глазах мелькнула вдруг опять прежняя недоверчивость.

–Раскольников, студент, был у вас назад тому месяц, –поспешил пробормотать молодой человек с полупоклоном, вспомнив, что надо быть любезнее.

–Помню, батюшка, очень хорошо помню, что вы были, – отчетливо проговорила старушка, по-прежнему не отводя своих вопрошающих глаз от его лица.

–Так вот-с... и опять, по такому же дельцу... –продолжал Раскольников, немного смутившись и удивляясь недоверчивости старухи.

«Может, впрочем, она и всегда такая, да я в тот раз не заметил», –подумал он с неприятным чувством.

Старуха помолчала, как бы в раздумье, потом отступила в сторону и, указывая на дверь в комнату, произнесла, пропуская гостя вперед:

–Пройдите, батюшка.

Небольшая комната, в которую прошел молодой человек, с желтыми обоями, геранями и кисейными занавесками на окнах, была в эту минуту ярко освещена заходящим солнцем. «И тогда, стало быть, так же будет солнце светить!..» – как бы невзначай мелькнуло в уме Раскольникова, и быстрым взглядом окинул он все в комнате, чтобы по возможности изучить и запомнить расположение. Но в комнате не было ничего особенного. Мебель, вся очень старая и из желтого дерева, состояла из дивана с огромною выгнутою деревянною спинкой, круглого стола овальной формы перед диваном, туалета с зеркальцем в простенке, стульев по стенам на двух–трех грошовых картинок в желтых рамках, изображавших немецких барышень с птицами в руках, – вот и вся мебель. В углу перед небольшим образом горела лампада. Все было очень чисто: и мебель, и полы были оттерты под лоск; все блестело. «Лизаветина работа», – подумал молодой человек. Ни пылинки нельзя было найти во всей квартире. «Это у злых и старых вдовиц бывает такая чистота», – продолжал про себя Раскольников и с любопытством покосился на ситцевую занавеску перед дверью во вторую, крошечную комнатку, где стояли старухины постель и комод и куда он еще ни разу не заглядывал. Вся квартира состояла из этих двух комнат.

–Что угодно? –строго произнесла старушонка, входя в комнату и по-прежнему становясь прямо перед ним, чтобы глядеть ему прямо в лицо.

–Заклад принес, вот-с! –И он вынул из кармана старые плоские серебряные часы. На обратной дощечке их был изображен глобус. Цепочка была стальная.

–Да ведь и прежнему закладу срок. Еще третьего дня месяц как минул.

–Я вам проценты еще за месяц внесу; потерпите.

–А в том моя добрая воля, батюшка, терпеть или вещь вашу теперь же продать.

–Много ль за часы-то, Алена Ивановна?

–А с пустяками ходишь, батюшка, ничего, почитай, не стоит. За колечко вам прошлый раз два билетика внесла, а оно и купить-то его новое у ювелира за полтора рубля можно.

–Рубля-то четыре дайте, я выкуплю, отцовские. Я скоро деньги получу.

–Полтора рубля-с и процент вперед, коли хотите-с.

–Полтора рубля! –вскрикнул молодой человек.

–Ваша воля. –И старуха протянула ему обратно часы. Молодой человек взял их и до того рассердился, что хотел было уже уйти; но тотчас одумался, вспомнив, что идти больше некуда и что он еще и за другим пришел.

–Давайте! –сказал он грубо.

Старуха полезла в карман за ключами и пошла в другую комнату за занавески. Молодой человек, оставшись один среди комнаты, любопытно прислушивался и соображал. Слышно было, как она отперла комод. «Должно быть, верхний ящик, – соображал он. – Ключи она, стало быть, в правом кармане носит... Все на одной связке, в стальном кольце... И там один ключ есть всех больше, втрое, с зубчатою бородкой, конечно, не от комода... Стало быть, есть еще какаянибудь шкатулка, али укладка... Вот это любопытно. У укладок все такие ключи... А впрочем, как это подло все...».

Старуха воротилась.

–Вот-с, батюшка: коли по гривне в месяц с рубля, так за полтора рубля причтется с вас пятнадцать копеек, за месяц вперед-с. Да за два прежних рубля с вас еще причтается по сему же счету вперед двадцать копеек. А всего, стало быть, тридцать пять. Приходится же вам теперь всего получить за часы ваши рубль пятнадцать копеек. Вот получите-с.

–Как! так уж теперь рубль пятнадцать копеек!

–Точно так-с.

Молодой человек спорить не стал и взял деньги. Он смотрел на старуху и не спешил уходить, точно ему еще хотелось что-то сказать или сделать, но как будто он и сам не знал, что именно...

–Я вам, Алена Ивановна, может быть, на днях, еще одну вещь принесу... серебряную... хорошую... папиросочницу одну... вот как от приятеля ворочу... –Он смутился и замолчал.

–Ну тогда и будем говорить, батюшка.

–Прощайте-с... А вы все дома одни сидите, сестрицы-то нет? –спросил он как можно развязнее, выходя в переднюю.

–А вам какое до нее, батюшка, дело?

–Да ничего особенного. Я так спросил. Уж вы сейчас... Прощайте, Алена Ивановна!

Раскольников вышел в решительном смущении. Смущение это все более увеличивалось. Сходя по лестнице, он несколько раз даже останавливался, как будто чем-то внезапно пораженный. И наконец, уже на улице, он воскликнул:

«О боже! как это все отвратительно! И неужели, неужели я... нет, это вздор, это нелепость! – прибавил он решительно. – И неужели такой ужас мог прийти мне в голову? На какую грязь способно, однако, мое сердце! Главное: грязно, пакостно, гадко, гадко!.. И я, целый месяц...».

Но он не мог выразить ни словами, ни восклицаниями своего волнения. Чувство бесконечного отвращения, начинавшее давить и мутить его сердце еще в то время, как он только шел к старухе, достигло теперь такого размера и так ярко выяснилось, что он не знал, куда деться от тоски своей. Он шел по тротуару как пьяный, не замечая прохожих и

сталкиваясь с ними, и опомнился уже в следующей улице. Оглядевшись, он заметил, что стоит подле распивочной, в которую вход был с тротуара по лестнице вниз, в подвальный этаж. Из дверей, как раз в эту минуту, выходили двое пьяных и, друг друга поддерживая и ругая, взбирались на улицу. Долго не думая, Раскольников тотчас же спустился вниз. Никогда до сих пор не входил он в распивочные, но теперь голова его кружилась, и к тому же палящая жажда томила его. Ему захотелось выпить холодного пива, тем более что внезапную слабость свою он относил и к тому, что был голоден. Он уселся в темном и грязном углу, за липким столиком, спросил пива и с жадностью выпил первый стакан. Тотчас же все отлегло, и мысли его прояснели. «Все это вздор, – сказал он с надеждой, – и нечем тут было смущаться! Просто физическое расстройство! Один какой-нибудь стакан пива, кусок сухаря, – и вот, в один миг, крепнет ум, яснее мысль, твердеют намерения! Тьфу, какое все это ничтожество!..» Но, несмотря на этот презрительный плевок, он глядел уже весело, как будто внезапно освобождаясь от какого-то ужасного бремени, и дружелюбно окинул глазами присутствующих. Но даже и в эту минуту он отдаленно предчувствовал, что вся эта восприимчивость к лучшему была тоже болезненная.

В распивочной на ту пору оставалось мало народу. Кроме тех двух пьяных, что попались на лестнице, вслед за ними же вышла еще разом целая ватага, человек в пять, с одною девкой и сгармонией. После них стало тихо и просторно. Остались: один хмельной, но немного, сидевший за пивом, с виду мещанин; товарищ его, толстый, огромный, в сибирке и с седою бородой, очень захмелевший, задремавший на лавке и изредка, вдруг, как бы спросонья, начинавший прищелкивать пальцами, расставив руки врозь, и подпрыгивать верхнюю часть корпуса, не вставая с лавки, причем подпевал какую-то ерунду, силясь припомнить стихи, вроде:

Целый год жену ласкал, Цел-лый год же-ну лас-кал...

Или вдруг, проснувшись, опять:

По Подьяческой пошел, Свою прежнюю нашел...

Но никто не разделял его счастья; молчаливый товарищ его смотрел на все эти взрывы даже враждебно и с недоверчивостью. Был тут и еще один человек, с виду похожий как бы на отставного чиновника. Он сидел особо, перед своею посудинкой, изредка отпивая и поглядывая кругом. Он был тоже как будто в некотором волнении.

Crimen y castigo

Primera parte

- I -

Una tarde extremadamente calurosa de principios de julio, un joven salió de la reducida habitación que tenía alquilada en la callejuela de S... y, con paso lento e indeciso, se dirigió al puente K...

Había tenido la suerte de no encontrarse con su patrona en la escalera. Su cuartucho se hallaba bajo el tejado de un gran edificio de cinco pisos y, más que una habitación, parecía una alacena. La patrona, que le había alquilado el cuarto con servicio y pensión, ocupaba un apartamento del piso de abajo de tal modo que nuestro joven, cada vez que salía, se veía obligado a pasar por delante de la puerta de la cocina, que daba a la escalera y estaba casi siempre abierta de par en par. En esos momentos experimentaba invariablemente la sensación desagradable de un vago temor que le humillaba y daba a su semblante una expresión sombría. Debía una cantidad considerable a la patrona y, por eso, temía encontrarse con ella. No es que fuera un cobarde ni un hombre abatido por la vida. Por el contrario, se hallaba desde hacía algún tiempo en un estado de irritación, de tensión incesante, que rayaba en la hipocondría. Se había habituado a vivir tan encerrado en sí mismo, tan aislado, que no sólo temía encontrarse con su patrona, sino que rehuía toda relación con sus semejantes. La pobreza le abrumaba. Sin embargo, últimamente esta miseria había dejado de ser para él un sufrimiento. El joven había renunciado a todas sus ocupaciones diarias, a todo trabajo.

En el fondo, se mofaba de la patrona y de todas las intenciones que pudiera abrigar contra él, pero detenerse en la escalera para oír sandeces y vulgaridades, recriminaciones, quejas, amenazas, y tener que contestar con evasivas, excusas, embustes... No, más valía deslizarse por la escalera como un gato para pasar inadvertido y desaparecer.

Aquella tarde, el temor que experimentaba ante la idea de encontrarse con su acreedora le llenó de asombro cuando se vio en la calle. «¡Que me inquieten semejantes menudencias cuando tengo en proyecto un negocio tan audaz! –pensó con una sonrisa extraña–. Sí, el hombre lo tiene todo al alcance de la mano, y, como buen holgazán, deja que todo pase ante sus mismas narices... Esto es ya un axioma... Es chocante que lo que más temor inspira a los hombres sea aquello que les aparta de sus costumbres. Sí, eso es lo que más los altera... ¡Pero esto ya es demasiado divagar! Mientras divago, no hago nada. Y también podría decir que no hacer nada es lo que me lleva a divagar. Hace ya un mes que tengo la costumbre de hablar conmigo mismo, de pasar días enteros echado en mi rincón, pensando... tonterías... Porque ¿qué necesidad tengo yo de dar este paso? ¿Soy verdaderamente capaz de hacer... "eso"? ¿Es que, por lo menos, lo he pensado en serio? De ningún modo: todo ha sido un juego de mi imaginación, una fantasía que me divierte... Un juego, sí; nada más que un juego».

El calor era sofocante. El aire irrespirable, la multitud, la visión de los andamios, de la cal, de los ladrillos esparcidos por todas partes, y ese hedor especial tan conocido por los petersburgueses que no disponen de medios para alquilar una casa en el campo, todo esto aumentaba la tensión de los nervios, ya bastante excitados, del joven. El insoportable olor de las tabernas, abundantísimas en aquel barrio, y los borrachos que a cada paso se tropezaban a pesar de ser día de trabajo, completaban el lastimoso y horrible cuadro. Una expresión de amargo disgusto pasó por las finas facciones del joven. Era, dicho sea de paso, extraordinariamente bien parecido, de una talla que rebasaba la media, delgado y bien formado. Tenía el cabello negro y unos magníficos ojos oscuros. Pronto cayó en un profundo desvarío o, mejor, en una especie de embotamiento, y prosiguió su camino sin ver o, más exactamente, sin querer ver nada de lo que le rodeaba.

De tarde en tarde musitaba unas palabras confusas, cediendo a aquella costumbre de monologar que había reconocido hacía unos instantes. Se daba cuenta de que las ideas se le embrollaban a veces en el cerebro, y de que estaba sumamente débil. Iba tan miserablemente

vestido, que nadie en su lugar, ni siquiera un viejo vagabundo, se habría atrevido a salir a la calle en pleno día con semejantes andrajos. Bien es verdad que este espectáculo era corriente en el barrio en el que nuestro joven habitaba.

La vecindad del Mercado Central, la multitud de obreros y artesanos amontonados en aquellos callejones y callejuelas del centro de Petersburgo ponían en el cuadro tintes tan singulares, que ni la figura más chocante podía llamar a nadie la atención. Por otra parte, se había apoderado de aquel hombre un desprecio tan feroz hacia todo, que, a pesar de su altivez natural un tanto ingenua, exhibía sus harapos sin rubor alguno.

Otra cosa habría sido si se hubiese encontrado con alguna persona conocida o algún viejo camarada, cosa que procuraba evitar. Sin embargo, se detuvo en seco y se llevó nerviosamente la mano al sombrero cuando un borracho al que transportaban, no se sabe adónde ni por qué, en una carreta vacía que arrastraban al trote dos grandes caballos, le dijo a voz en grito:

–¡Eh, tú, sombrerero alemán!

Era un sombrero de copa alta, circular, descolorido por el uso, agujereado, cubierto de manchas, de bordes desgastados y lleno de abolladuras. Sin embargo, no era la vergüenza, sino otro sentimiento, muy parecido al terror, lo que se había apoderado del joven.

–Lo sabía –murmuró en su turbación–, lo presentía. Nada hay peor que esto. Una nadería, una insignificancia, puede malograr todo el negocio. Sí, este sombrero llama la atención; es tan ridículo, que atrae las miradas. El que va vestido con estos pingajos necesita una gorra, por vieja que sea; no esta cosa tan horrible. Nadie lleva un sombrero como éste. Se me distingue a una versta¹⁹ a la redonda. Te recordarán.

Esto es lo importante: se acordarán de él, andando el tiempo, y será una pista... Lo cierto es que hay que llamar la atención lo menos posible. Los pequeños detalles... Ahí está el quid.

Eso es lo que acaba por perderle a uno... No tenía que ir muy lejos; sabía incluso el número exacto de pasos que tenía que dar desde la puerta de su casa; exactamente setecientos treinta. Los había contado un día, cuando la concepción de su proyecto estaba aún reciente. Entonces ni él mismo creía en su realización. Su ilusoria audacia, a la vez sugestiva y monstruosa, sólo servía para excitar sus nervios. Ahora, transcurrido un mes, empezaba a mirar las cosas de otro modo y, a pesar de sus enervantes soliloquios sobre su debilidad, su impotencia y su irresolución, se iba acostumbrando poco a poco, como a pesar suyo, a llamar «negocio» a aquella fantasía espantosa, y, al considerarla así, la podría llevar a cabo, aunque siguiera dudando de sí mismo.

Aquel día se había propuesto hacer un ensayo y su agitación crecía a cada paso que daba. Con el corazón desfallecido y sacudidos los miembros por un temblor nervioso, llegó, al fin, a un inmenso edificio, una de cuyas fachadas daba al canal y otra a la calle. El caserón estaba dividido en infinidad de pequeños departamentos habitados por modestos artesanos de toda especie: sastres, cerrajeros... Había allí cocineras, alemanes, prostitutas, funcionarios de ínfima categoría. El ir y venir de gente era continuo a través de las puertas y de los dos patios del inmueble. Lo guardaban tres o cuatro porteros, pero nuestro joven tuvo la satisfacción de no encontrarse con ninguno.

Franqueó el umbral y se introdujo en la escalera de la derecha, estrecha y oscura como era propio de una escalera de servicio. Pero estos detalles eran familiares a nuestro héroe y, por otra parte, no le disgustaban: en aquella oscuridad no había que temer las miradas de los curiosos.

«Si tengo tanto miedo en este ensayo, ¿qué sería si viniese a llevar a cabo de verdad el "negocio"?», pensó involuntariamente al llegar al cuarto piso. Allí le cortaron el paso varios antiguos soldados que hacían el oficio de mozos y estaban sacando los muebles de un departamento ocupado –el joven lo sabía– por un funcionario alemán casado.

¹⁹ Versta (del ruso: Верста) es una unidad de longitud rusa obsoleta, definida como 500 sazhen. Esto hace la versta igual a 1066,8 metros (3500 pies).

«Ya que este alemán se muda –se dijo el joven–, en este rellano no habrá durante algún tiempo más inquilino que la vieja. Esto está más que bien». Llamó a la puerta de la vieja. La campanilla resonó tan débilmente, que se diría que era de hojalata y no de cobre. Así eran las campanillas de los pequeños departamentos en todos los grandes edificios semejantes a aquél.

Pero el joven se había olvidado ya de este detalle, y el tintineo de la campanilla debió de despertar claramente en él algún viejo recuerdo, pues se estremeció. La debilidad de sus nervios era extrema. Transcurrido un instante, la puerta se entreabrió. Por la estrecha abertura, la inquilina observó al intruso con evidente desconfianza.

Sólo se veían sus ojillos brillando en la sombra. Al ver que había gente en el rellano, se tranquilizó y abrió la puerta. El joven franqueó el umbral y entró en un vestíbulo oscuro, dividido en dos por un tabique, tras el cual había una minúscula cocina. La vieja permanecía inmóvil ante él. Era una mujer menuda, reseca, de unos sesenta años, con una nariz puntiaguda y unos ojos chispeantes de malicia. Llevaba la cabeza descubierta, y sus cabellos, de un rubio desvaído y con sólo algunas hebras grises, estaban embadurnados de aceite. Un viejo chal de franela rodeaba su cuello, largo y descarnado como una pata de pollo, y, a pesar del calor, llevaba sobre los hombros una pelliza, pelada y amarillenta. La tos la sacudía a cada momento.

La vieja gemía. El joven debió de mirarla de un modo algo extraño, pues los menudos ojos recobraron su expresión de desconfianza.

–Raskolnikof, estudiante. Vine a su casa hace un mes –barbotó rápidamente, inclinándose a medias, pues se había dicho que debía mostrarse muy amable.

–Lo recuerdo, muchacho, lo recuerdo perfectamente –articuló la vieja, sin dejar de mirarlo con una expresión de recelo.

–Bien; pues he venido para un negocillo como aquél –dijo Raskolnikof, un tanto turbado y sorprendido por aquella desconfianza.

«Tal vez esta mujer es siempre así y yo no lo advertí la otra vez», pensó, desagradablemente impresionado.

La vieja no contestó; parecía reflexionar. Después indicó al visitante la puerta de su habitación, mientras se apartaba para dejarle pasar.

–Entre, muchacho.

La reducida habitación donde fue introducido el joven tenía las paredes revestidas de papel amarillo. Cortinas de muselina pendían ante sus ventanas, adornadas con macetas de geranios. En aquel momento, el sol poniente iluminaba la habitación.

«Entonces –se dijo de súbito Raskolnikof–, también, seguramente lucirá un sol como éste».

Y paseó una rápida mirada por toda la habitación para grabar hasta el menor detalle en su memoria. Pero la pieza no tenía nada de particular. El mobiliario, decrepito, de madera clara, se componía de un sofá enorme, de respaldo curvado, una mesa ovalada colocada ante el sofá, un tocador con espejo, varias sillas adosadas a las paredes y dos o tres grabados sin ningún valor, que representaban señoritas alemanas, cada una con un pájaro en la mano. Esto era todo. En un rincón, ante una imagen, ardía una lamparilla. Todo resplandecía de limpieza.

«Esto es obra de Lisbeth», pensó el joven.

Nadie habría podido descubrir ni la menor partícula de polvo en todo el departamento.

«Sólo en las viviendas de estas perversas y viejas viudas puede verse una limpieza semejante», se dijo Raskolnikof. Y dirigió, con curiosidad y al soslayo, una mirada a la cortina de indiana que ocultaba la puerta de la segunda habitación, también sumamente reducida, donde estaban la cama y la cómoda de la vieja, y en la que él no había puesto los pies jamás. Ya no había más piezas en el departamento.

–¿Qué desea usted? –preguntó ásperamente la vieja, que, apenas había entrado en la habitación, se había plantado ante él para mirarle frente a frente.

–Vengo a empeñar esto.

Y sacó del bolsillo un viejo reloj de plata, en cuyo dorso había un grabado que representaba el globo terrestre y del que pendía una cadena de acero.

–¡Pero si todavía no me ha devuelto la cantidad que le presté! El plazo terminó hace tres días.

–Le pagaré los intereses de un mes más.

Tenga paciencia.

–¡Soy yo quien ha de decidir tener paciencia o vender inmediatamente el objeto empeñado, jovencito!

–¿Me dará una buena cantidad por el reloj, Alena Ivanovna?

–¡Pero si me trae usted una miseria! Este reloj no vale nada, mi buen amigo. La vez pasada le di dos hermosos billetes por un anillo que podía obtenerse nuevo en una joyería por sólo rublo y medio.

–Deme cuatro rublos y lo desempeñaré.

Es un recuerdo de mi padre. Recibiré dinero de un momento a otro.

–Rublo y medio, y le descontaré los intereses.

–¡Rublo y medio! –exclamó el joven.

–Si no le parece bien, se lo lleva.

Y la vieja le devolvió el reloj. Él lo cogió y se dispuso a salir, indignado; pero, de pronto, cayó en la cuenta de que la vieja usurera era su último recurso y de que había ido allí para otra cosa.

–Venga el dinero –dijo secamente.

La vieja sacó unas llaves del bolsillo y pasó a la habitación inmediata.

Al quedar a solas, el joven empezó a reflexionar, mientras aguzaba el oído. Hacía deducciones. Oyó abrir la cómoda.

«Sin duda, el cajón de arriba –dedujo–. Lleva las llaves en el bolsillo derecho. Un manojito de llaves en un anillo de acero. Hay una mayor que las otras y que tiene el paletón dentado. Seguramente no es de la cómoda. Por lo tanto, hay una caja, tal vez una caja de caudales. Las llaves de las cajas de caudales suelen tener esa forma... ¡Ah, qué innoble es todo esto!».

La vieja reapareció.

–Aquí tiene, amigo mío. A diez kopeks por rublo y por mes, los intereses del rublo y medio son quince kopeks, que cobro por adelantado. Además, por los dos rublos del préstamo anterior he de descontar veinte kopeks para el mes que empieza, lo que hace un total de treinta y cinco kopeks. Por lo tanto, usted ha de recibir por su reloj un rublo y quince kopeks. Aquí los tiene.

–Así, ¿todo ha quedado reducido a un rublo y quince kopeks?

–Exactamente.

El joven cogió el dinero. No quería discutir. Miraba a la vieja y no mostraba ninguna prisa por marcharse. Parecía deseoso de hacer o decir algo, aunque ni él mismo sabía exactamente qué.

–Es posible, Alena Ivanovna, que le traiga muy pronto otro objeto de plata... Una bonita pitillera que le presté a un amigo. En cuanto me la devuelva...

Se detuvo, turbado.

–Ya hablaremos cuando la traiga, amigo mío.

–Entonces, adiós... ¿Está usted siempre sola aquí? ¿No está nunca su hermana con usted? – preguntó en el tono más indiferente que le fue posible, mientras pasaba al vestíbulo.

–¿A usted qué le importa?

–No lo he dicho con ninguna intención... Usted en seguida... Adiós, Alena Ivanovna.

Raskolnikof salió al rellano, presa de una turbación creciente. Al bajar la escalera se detuvo varias veces, dominado por repentinas emociones. Al fin, ya en la calle, exclamó:

–¡Qué repugnante es todo esto, Dios mío! ¿Cómo es posible que yo...? No, todo ha sido una necesidad, un absurdo –afirmó resueltamente–. ¿Cómo ha podido llegar a mi espíritu una cosa tan atroz? No me creía tan miserable. Todo esto es repugnante, innoble, horrible. ¡Y yo he sido capaz de estar todo un mes pen...!

Pero ni palabras ni exclamaciones bastaban para expresar su turbación. La sensación de profundo disgusto que le oprimía y le ahogaba cuando se dirigía a casa de la vieja era ahora sencillamente insoportable. No sabía cómo librarse de la angustia que le torturaba.

Iba por la acera como embriagado: no veía a nadie y tropezaba con todos. No se recobró hasta que estuvo en otra calle. Al levantar la mirada vio que estaba a la puerta de una taberna. De la acera partía una escalera que se hundía en el subsuelo y conducía al establecimiento. De él salían en aquel momento dos borrachos. Subían la escalera apoyados el uno en el otro e injuriándose. Raskolnikof bajó la escalera sin vacilar. No había entrado nunca en una taberna, pero entonces la cabeza le daba vueltas y la sed le abrasaba. Le dominaba el deseo de beber cerveza fresca, en parte para llenar su vacío estómago, ya que atribuía al hambre su estado.

Se sentó en un rincón oscuro y sucio, ante una pringosa mesa, pidió cerveza y se bebió un vaso con avidez. Al punto experimentó una impresión de profundo alivio. Sus ideas parecieron aclararse.

«Todo esto son necesidades –se dijo, reconfortado–. No había motivo para perder la cabeza. Un trastorno físico, sencillamente. Un vaso de cerveza, un trozo de galleta, y ya está firme el espíritu, y el pensamiento se aclara, y la voluntad renace. ¡Cuánta nimiedad!».

Sin embargo, a despecho de esta amarga conclusión, estaba contento como el hombre que se ha librado de pronto de una carga espantosa, y recorrió con una mirada amistosa a las personas que le rodeaban. Pero en lo más hondo de su ser presentía que su animación, aquel resurgir de su esperanza, era algo enfermizo y ficticio. La taberna estaba casi vacía.

Detrás de los dos borrachos con que se había cruzado Raskolnikof había salido un grupo de cinco personas, entre ellas una muchacha. Llevaban una armónica. Después de su marcha, el local quedó en calma y pareció más amplio. En la taberna sólo había tres hombres más. Uno de ellos era un individuo algo embriagado, un pequeño burgués a juzgar por su apariencia, que estaba tranquilamente sentado ante una botella de cerveza. Tenía un amigo al lado, un hombre alto y grueso, de barba gris, que dormitaba en el banco, completamente ebrio. De vez en cuando se agitaba en pleno sueño, abría los brazos, empezaba a castañetear los dedos, mientras movía el busto sin levantarse de su asiento, y comenzaba a canturrear una burda tonadilla, haciendo esfuerzos para recordar las palabras.

Durante un año entero acaricié a mi mujer... Duran... te un año entero a... ca... ricié a mi mu... jer.

En la Podiatcheskaia me he vuelto a encontrar con mi antigua... Pero nadie daba muestras de compartir su buen humor. Su taciturno compañero observaba estas explosiones de alegría con gesto desconfiado y casi hostil. El tercer cliente tenía la apariencia de un funcionario retirado. Estaba sentado aparte, ante un vaso que se llevaba de vez en cuando a la boca, mientras lanzaba una mirada en torno de él. También este hombre parecía presa de cierta agitación interna.

ESPAÑA

Benito Pérez Galdós (1843-1920)

Considerado como uno de los representantes de la novela realista del siglo XIX Benito Pérez Galdós fue un escritor de talante liberal, que expresó sus deseos de un progreso técnico y social. Manifiesta una notable tolerancia cuando se refiere, por ejemplo, a las relaciones entre los hombres y las mujeres. Cuida la transcripción del habla de sus personajes y fue el único novelista de esta época que vivió de la publicación de sus obras.

En sus cuarenta y seis novelas referidas a los *Episodios Nacionales* alcanza diferentes niveles de calidad y pone de manifiesto su espíritu progresista contra la cerrazón mental de la sociedad rural española como, por ejemplo, en *Doña Perfecta*, una viuda y madre de Rosario a quien decide casar con su sobrino Pepe. Entre los jóvenes nace un natural afecto, pero Pepe, un ingeniero nacido en ciudad, choca con la intolerante Doña Perfecta y con el cura del pueblo. Pertenece al grupo de «novelas de tesis» y ha sido considerada por algunos críticos como una de sus obras tempranas más importantes.

Doña Perfecta

- I -

¡Villahorrenda...!, ¡cinco minutos...!

Cuando el tren mixto descendente, núm. 65 (no es preciso nombrar la línea), se detuvo en la pequeña estación situada entre los kilómetros 171 y 172, casi todos los viajeros de segunda y tercera clase se quedaron durmiendo o bostezando dentro de los coches, porque el frío penetrante de la madrugada no convidaba a pasear por el desamparado andén. El único viajero de primera que en el tren venía bajó apresuradamente, y dirigiéndose a los empleados, preguntoles si aquel era el apeadero de Villahorrenda.

(Este nombre, como otros muchos que después se verán, es propiedad del autor.)

—En Villahorrenda estamos—repuso el conductor, cuya voz se confundía con el cacarear de las gallinas que en aquel momento eran subidas al furgón—. Se me había olvidado llamarle a Vd., señor de Rey. Creo que ahí le esperan a Vd. con las caballerías.

–¡Pero hace aquí un frío de tres mil demonios! –dijo el viajero envolviéndose en su manta–. ¿No hay en el apeadero algún sitio dónde descansar y reponerse antes de emprender un viaje a caballo por este país de hielo?

No había concluido de hablar, cuando el conductor, llamado por las apremiantes obligaciones de su oficio, marchose, dejando a nuestro desconocido caballero con la palabra en la boca. Vio este que se acercaba otro empleado con un farol pendiente de la mano derecha, el cual moviase al compás de la marcha, proyectando geométrica serie de ondulaciones luminosas. La luz caía sobre el piso del andén, formando un zig-zag semejante al que describe la lluvia de una regadera.

–¿Hay fonda o dormitorio en la estación de Villahorrenda? –preguntó el viajero al del farol.

–Aquí no hay nada –respondió este secamente, corriendo hacia los que cargaban y echándoles tal rociada de votos, juramentos, blasfemias y atroces invocaciones que, hasta las gallinas escandalizadas de tan grosera brutalidad, murmuraron dentro de sus cestas.

–Lo mejor será salir de aquí a toda prisa –dijo el caballero para su capote–. El conductor me anunció que ahí estaban las caballerías.

Esto pensaba, cuando sintió que una sutil y respetuosa mano le tiraba suavemente del abrigo. Volviese y vio una oscura masa de paño pardo sobre sí misma revuelta y por cuyo principal pliegue asomaba el avellanado rostro astuto de un labriego castellano. Fijose en la desgarrada estatura que recordaba al chopo entre los vegetales; vio los sagaces ojos que bajo el ala de ancho sombrero de terciopelo viejo resplandecían; vio la mano morena y acerada que empuñaba una vara verde, y el ancho pie que, al moverse, hacía sonajear el hierro de la espuela.

–¿Es Vd. el Sr. D. José de Rey? –preguntó echando mano al sombrero.

–Sí; y Vd. –repuso el caballero con alegría– será el criado de doña Perfecta que viene a buscarme a este apeadero para conducirme a Orbajosa.

–El mismo. Cuando Vd. guste marchar... La jaca corre como el viento. Me parece que el señor D. José ha de ser buen jinete. Verdad es que a quien de casta le viene...

–¿Por dónde se sale? –dijo el viajero con impaciencia–. Vamos, vámonos de aquí, señor... ¿Cómo se llama Vd.?

–Me llamo Pedro Lucas –respondió el del paño pardo, repitiendo la intención de quitarse el sombrero– pero me llaman el tío Licurgo. ¿En dónde está el equipaje del señorito?

–Allí bajo el reloj lo veo. Son tres bultos. Dos maletas y un mundo de libros para el Sr. D. Cayetano. Tome Vd. el talón.

Un momento después señor y escudero hallábanse a espaldas de la barraca llamada estación, frente a un caminejo que partiendo de allí se perdía en las vecinas lomas desnudas, donde confusamente se distinguía el miserable caserío de Villahorrenda. Tres caballerías debían transportar todo, hombres y mundos. Una jaca, de no mala estampa, era destinada al caballero. El tío Licurgo oprimiría los lomos de un cuartago venerable, algo desvencijado, aunque seguro, y el macho cuyo freno debía regir un joven zagal de piernas listas y fogosa sangre, cargaría el equipaje.

Antes de que la caravana se pusiese en movimiento, partió el tren, que se iba escurriendo por la vía con la parsimoniosa cachaza de un tren mixto. Sus pasos, retumbando cada vez más lejanos, producían ecos profundos bajo tierra. Al entrar en el túnel del kilómetro 172, lanzó el vapor por el silbato, y un aullido estrepitoso resonó en los aires. El túnel, echando por su negra boca un hálito blanquecino, clamoreaba como una trompeta, al oír su enorme voz, despertaban aldeas, villas, ciudades, provincias. Aquí cantaba un gallo, más allá otro. Principiaba a amanecer.

Episodios Nacionales *Cádiz*

- I -

En una mañana del mes de Febrero, de 1810 tuve que salir de la Isla, donde estaba de guarnición, para ir a Cádiz, obedeciendo a un aviso tan discreto como breve que cierta dama tuvo la bondad de enviarme. El día era hermoso, claro y alegre cual de Andalucía, y recorrí con otros compañeros, que hacia el mismo punto si no con igual objeto caminaban, el largo istmo que sirve para que el continente no tenga la desdicha de estar separado de Cádiz; examinamos al paso las obras admirables de Torregorda, la Cortadura y Puntales, charlamos con los frailes y personas graves que trabajaban en las fortificaciones; disputamos sobre si se percibían claramente o no las posiciones de los franceses al otro lado de la bahía; echamos unas cañas en el figón de Poenco, junto a la Puerta de Tierra, y finalmente, nos separamos en la plaza de San Juan de Dios, para marchar cada cual a su destino. Repito que era en Febrero, y, aunque no puedo precisar el día, sí afirmo que corrían los principios de dicho mes, pues aún estaba calentita la famosa respuesta: «La ciudad de Cádiz, fiel a los principios que ha jurado, no reconoce otro rey que al señor D. Fernando VII. 6 de Febrero de 1810».

Cuando llegué a la calle de la Verónica, y a la casa de doña Flora, esta me dijo:

–¡Cuán impaciente está la señora condesa, caballero, y cómo se conoce que se ha distraído usted mirando a las majas que van a alborotar a casa del señor Poenco en Puerta de Tierra!

–Señora –le respondí– juro a usted que fuera de Pepa Hígados, la Churriana, y María de las Nieves, la de Sevilla, no había moza alguna en casa de Poenco. También pongo a Dios por testigo de que no nos detuvimos más que una hora y esto porque no nos llamaran descortesés y malos caballeros.

–Me gusta la frescura con que lo dice –exclamó con enfado doña Flora–. Caballero, la condesa y yo estamos muy incomodadas con usted, sí señor. Desde el mes pasado en que mi amiga acertó a recoger en el Puerto esta oveja descarriada, no ha venido usted a visitarnos más que dos o tres veces, prefiriendo en sus horas de vagar y esparcimiento la compañía de soldados y mozas alegres, al trato de personas graves y delicadas que tan necesario es a un jovencuelo sin experiencia. ¡Qué sería de ti –añadió reblandecida de improviso y en tono de confianza–, tierna criatura lanzada en tan temprana edad a los torbellinos del mundo, si nosotras, compadecidas de tu orfandad, no te agasajáramos y cuidáramos, fortaleciéndote a la vez el cuerpecito con sanos y gustosos platos, el alma con sabios consejos! Desgraciado niño...

Vaya se acabaron los regaños, picarillo. Estás perdonado; desde hoy se acabó el mirar a esas desvergonzadas muchachuelas que van a casa de Poenco y comprenderás todo lo que vale un trato honesto y circunspecto con personas de peso y suposición. Vamos, dime lo que quieres almorzar. ¿Te quedarás aquí hasta mañana? ¿Tienes alguna herida, contusión o rasguño, para curártelo en seguida? Si quieres dormir, ya sabes que junto a mi cuarto hay una alcobita muy linda.

Diciendo esto, doña Flora desarrollaba ante mis ojos en toda su magnificencia y extensión el panorama de gestos, guiños, saladas muecas, graciosos mohínes, arqueos de ceja, repulgos de labios y demás signos del lenguaje mudo que en su arrebolado y con cien menjurjes albardado rostro servía para dar mayor fuerza a la palabra. Luego que le di mis excusas, dichas mitad en serio mitad en broma, comenzó a dictar órdenes severas para la obra de mi almuerzo, atronando la casa, y a este punto salió conteniendo la risa la señora condesa que había oído la anterior retahíla.

–Tiene razón –me dijo después que nos saludamos–; el Sr. D. Gabriel es un chiquilicuatro sin fundamento, y mi amiga haría muy bien en ponerle una calza al pie. ¿Qué es eso de mirar a las

chicas bonitas? ¿Hase visto mayor desvergüenza? Un barbilindo que debiera estar en la escuela o cosido a las faldas de alguna persona sentada y de libras que fuera un almacén de buenos consejos... ¿cómo se entiende? Doña Flora, siéntele usted la mano, dirija su corazón por el camino de los sentimientos circunspectos y solemnes, e infúndale el respeto que todo caballero debe tener a los venerandos monumentos de la antigüedad.

Mientras esto decía, doña Flora había traído luengas piezas de damasco amarillo y rojo y ayudada de su doncella empezó a cortar unas como dalmáticas o jubones a la antigua, que luego ribeteaban con galón de plata. Como era tan presumida y extravagante en su vestir, creí que doña Flora preparaba para su propio cuerpo aquellas vestimentas; pero luego conocí, viendo su gran número, que eran prendas de comparsa de teatro, cabalgata o cosa de este jaez.

–¡Qué holgazana está usted, señora condesa! –dijo doña Flora–, y ¿cómo teniendo tan buena mano para la aguja no me ayuda a hilvanar estos uniformes para la Cruzada del Obispado de Cádiz, que va a ser el terror de la Francia y del Rey José?

–Yo no trabajo en mojígangas, amiguita –repuso mi antigua ama– y de picarme las manos con la aguja, prefiero ocuparme, como me ocupo, en la ropa de esos pobrecitos soldados que han venido con Alburquerque de Extremadura, tan destrozados y astrosos que da lástima verlos. Estos y otros como estos, amiga doña Flora, echarán a los franceses, si es que les echan, que no los monigotes de la Cruzada, con su D. Pedro del Congosto a la cabeza, el más loco entre todos los locos de esta tierra, con perdón sea dicho de la que es su tiernísima Filis.

–Niñita mía, no diga usted tales cosas delante de este joven sin experiencia –indicó con mal disimulada satisfacción doña Flora–; pues podría creer que el ilustre jefe de la Cruzada, para quien doy estos puntos y comas, ha tenido conmigo más relaciones que la de una afición purísima y jamás manchadas con nada de aquello que D. Quijote llamaba incitativo melindre.

Conociome el Sr. D. Pedro en Vejer en casa de mi primo D. Alonso y desde entonces se prendó de mí de tal modo, que no ha vuelto a encontrar en toda la Andalucía mujer que le interesara. Ha sido desde entonces acá su devoción para mí cada vez más fina, espiritada y sublime, en tales términos que jamás me lo ha manifestado sino en palabras respetuosísimas, temiendo ofenderme; y en los años que nos conocemos ni una sola vez me ha tocado las puntas de los dedos. Mucho ha picoteado por ahí la gente suponiéndonos inclinados a contraer matrimonio; pero sobre que yo he aborrecido siempre todo lo que sea obra de varón, el señor D. Pedro se pone encendido como la grana cuando tal le dicen, porque ve en esas habladurías una ofensa directa a su pudor y al mío.

–No es tampoco D. Pedro –dijo Amaranta riendo– con sus sesenta años a la espalda, hombre a propósito para una mujer fresca y lozana como usted, amiga mía. Y ya que de esto se trata, aunque le parezcan irrespetuosas y tal vez impúdicas mis palabras, usted debiera apresurarse a tomar estado para no dejar que se extinga tan buena casta como es la de los Gutiérrez de Cisniega; y de hacerlo, debe buscar varón a propósito, no por cierto un jamelgo empedernido y seco como D. Pedro, sino un cachorro tiernecito que alegre la casa, un joven, pongo por caso, como este Gabriel, que nos está oyendo, el cual se daría por muy bien servido, si lograra llevar a sus hombros carga tan dulce como usted.

Yo, que almorzaba durante este gracioso diálogo, no pude menos de manifestarme conforme en todo y por todo con las indicaciones de Amaranta; y doña Flora sirviéndome con singular finura y amabilidad, habló así:

–Jesús, amiga, qué malas cosas enseña usted a este pobrecito niño, que tiene la suerte de no saber todavía más que la táctica de cuatro en fondo. ¿A qué viene el levantarle los cascos con...? Gabriel, no hagas caso. Cuidado con que te desmandes, y mal instruido por esta pícara condesa, vayas ahora a deshacerte en requiebros, y desbaratarte en suspiros y fundirte en lágrimas... Los niños a la escuela. ¡Qué cosas tiene esta Amaranta! Criatura, ¿acaso el muchacho es de bronce?... Su suerte consiste en que da con personas de tan buena pasta como yo, que sé comprender los desvaríos propios de la juventud, y estoy prevenida contra los vehementes arrebatos lo mismo que contra los lazos del enemigo. Calma y sosiego, Gabriel, y esperar con paciencia la suerte que Dios

destina a las criaturas. Esperar sí, pero sin fogosidades, sin exaltaciones, sin locuras juveniles, pues nada sienta tan bien a un joven delicado y caballeroso, como la circunspección. Y si no aprende de ese Sr. D. Pedro del Congosto, aprende de él; mírate en el espejo de su respetuosidad, de su severidad, de su aplomo, de su impasible y jamás turbado platonismo; observa cómo enfrena sus pasiones; como enfría el ardor de los pensamientos con la estudiada urbanidad de las palabras; cómo reconcentra en la idea su afición y pone freno a las manos y mordaza a la lengua y cadenas al corazón que quiere saltársele del pecho.

Amaranta y yo hacíamos esfuerzos por contener la risa. De pronto oyose ruido de pasos, y la doncella entró a anunciar la visita de un caballero.

–Es el inglés –dijo Amaranta–. Corra usted a recibirle.

–Al instante voy, amiga mía. Veré si puedo averiguar algo de lo que usted desea.

Nos quedamos solos la condesa y yo por largo rato, pudiendo sin testigos hablar tranquilamente lo que verá el lector a continuación si tiene paciencia.

Leopoldo Alas «Clarín» (1852-1901)

Catedrático en la Universidad de Zaragoza y en la de Oviedo, «Clarín» diminutivo asturiano de «Claro» fue muy conocido por sus críticas y por los polémicos artículos ideológico-políticos que publicaba en la prensa periódica, donde a veces atacaba también a literatos contemporáneos. Medio siglo después de su muerte se empezó a reconocer la importancia de su novela *La Regenta* (1884), obra que muestra cierta semejanza con *Madame Bovary* de Flaubert.

Esta obra está situada en Vetusta, una ciudad provinciana española que enmascara a Oviedo. La protagonista, Ana Ozores, mujer casada, busca en las prácticas religiosas escaparse de la monotonía familiar y establece ciertas relaciones de amistad con el Magistral de la Catedral, el padre don Fermín.

La Regenta

- I -

La heroica ciudad dormía la siesta. El viento Sur, caliente y perezoso, empujaba las nubes blanquecinas que se rasgaban al correr hacia el Norte. En las calles no había más ruido que el rumor estridente de los remolinos de polvo, trapos, pajas y papeles que iban de arroyo en arroyo, de acera en acera, de esquina en esquina revolando y persiguiéndose, como mariposas que se buscan y huyen y que el aire envuelve en sus pliegues invisibles. Cual turbas de pilluelos, aquellas migajas de la basura, aquellas sobras de todo se juntaban en un montón, parábanse como dormidas un momento y brincaban de nuevo sobresaltadas, dispersándose, trepando unas por las paredes hasta los cristales temblorosos de los faroles, otras hasta los carteles de papel mal pegado a las esquinas, y había pluma que llegaba a un tercer piso, y arenilla que se incrustaba para días, o para años, en la vidriera de un escaparate, agarrada a un plomo.

Vetusta, la muy noble y leal ciudad, corte en lejano siglo, hacía la digestión del cocido y de la olla podrida, y descansaba oyendo entre sueños el monótono y familiar zumbido de la campana de coro, que retumbaba allá en lo alto de la esbelta torre en la Santa Basílica. La torre de la catedral, poema romántico de piedra, delicado himno, de dulces líneas de belleza muda y perenne, era obra del siglo diez y seis, aunque antes comenzada, de estilo gótico, pero, cabe decir, moderado por un instinto de prudencia y armonía que modificaba las vulgares exageraciones de esta arquitectura. La vista no se fatigaba contemplando horas y horas aquel índice de piedra que señalaba al cielo; no era una de esas torres cuya aguja se quiebra de sutil, más flacas que esbeltas, amaneradas, como señoritas cursis que aprietan demasiado el corsé; era maciza sin perder nada de su espiritual grandeza, y hasta sus segundos corredores, elegante balaustrada, subía como fuerte castillo, lanzándose desde allí en pirámide de ángulo gracioso, inimitable en sus medidas y proporciones. Como haz de músculos y nervios la piedra enroscándose en la piedra trepaba a la

altura, haciendo equilibrios de acróbata en el aire; y como prodigio de juegos malabares, en una punta de caliza se mantenía, cual imantada, una bola grande de bronce dorado, y encima otra más pequeña, y sobre ésta una cruz de hierro que acababa en pararrayos.

Cuando en las grandes solemnidades el cabildo mandaba iluminar la torre con faroles de papel y vasos de colores, parecía bien, destacándose en las tinieblas, aquella romántica mole; pero perdía con estas galas la inefable elegancia de su perfil y tomaba los contornos de una enorme botella de champaña. Mejor era contemplarla en clara noche de luna, resaltando en un cielo puro, rodeada de estrellas que parecían su aureola, doblándose en pliegues de luz y sombra, fantasma gigante que velaba por la ciudad pequeña y negruzca que dormía a sus pies.

Bismarck, un pillo ilustre de Vetusta, llamado con tal apodo entre los de su clase, no se sabe por qué, empuñaba el sobado cordel atado al badajo formidable de la *Wamba*, la gran campana que llamaba a coro a los muy venerables canónigos, cabildo catedral de preeminentes calidades y privilegios.

Bismarck era de oficio delantero de diligencia, era *de la tralla*, según en Vetusta se llamaba a los de su condición; pero sus aficiones le llevaban a los campanarios; y por delegación de Celedonio, hombre de iglesia, acólito en funciones de campanero, aunque tampoco en propiedad, el ilustre diplomático *de la tralla* disfrutaba algunos días la honra de despertar al venerando cabildo de su beatífica siesta, convocándole a los rezos y cánticos de su peculiar incumbencia.

El delantero, ordinariamente bromista, alegre y revoltoso, manejaba el badajo de la *Wamba* con una seriedad de arúspice de buena fe. Cuando *posaba* para la hora del coro –así se decía– Bismarck sentía en sí algo de la dignidad y la responsabilidad de un reloj.

Celedonio ceñida al cuerpo la sotana negra, sucia y raída, estaba asomado a una ventana, caballero en ella, y escupía con desdén y por el colmillo a la plazuela; y si se le antojaba disparaba chinitas sobre algún raro transeúnte que le parecía del tamaño y de la importancia de un ratoncillo. Aquella altura se les subía a la cabeza a los pilluelos y les inspiraba un profundo desprecio de las cosas terrenas.

–¡Mia tú, Chiripa, que dice que pué más que yo! –dijo el monaguillo, casi escupiendo las palabras; y disparó media patata asada y podrida a la calle apuntando a un canónigo, pero seguro de no tocarle.

–¡Qué ha de poder! –respondió Bismarck, que en el campanario adulaba a Celedonio y en la calle le trataba a puntapiés y le arrancaba a viva fuerza las llaves para subir a tocar las *oraciones*–. Tú pués más que toos los delanteros, menos yo.

–Porque tú echas la zancadilla, mainate, y eres más grande... Mia, chico, ¿quiés que l'atice al señor Magistral que entra ahora?

–¿Le conoces tú desde ahí?

–Claro, bobo; le conozco en el menear los manteos. Mia, ven acá. ¿No ves cómo al andar le salen pa tras y pa lante? Es por la fachenda que se me gasta. Ya lo decía el señor Custodio el beneficiado a don Pedro el campanero el otro día: «Ese don Fermín tié más orgullo que don Rodrigo en la horca», y don Pedro se reía; y verás, el otro dijo después, cuando ya había pasao don Fermín: «¡Anda, anda, buen mozo, que bien se te conoce el colorete!». ¿Qué te paece, chico? se pinta la cara.

Bismarck negó lo de la pintura. Era que don Custodio tenía envidia. Si Bismarck fuera canónigo y *dinidado* (creía que lo era el Magistral) en vez de ser delantero, con un mote *sacao* de las cajas de cerillas, se daría más tono que un zagal. Pues, claro. Y si fuese campanero, él de verdad, vamos don Pedro... ¡ay Dios! entonces no se hablaba más que con el Obispo y el señor Roque el mayoral del correo.

–Pues chico, no sabes lo que te pescas, porque decía el beneficiado que en la iglesia hay que ser humilde, como si dijéramos, rebajarse con la gente, vamos achantarse, y aguantar una bofetá si a

mano viene; y si no, ahí está el Papa, que es... no sé cómo dijo... así... una cosa como... el criaio de toos los criaos.

–Eso será de boquirris –replicó Bismarck–. ¡Mia tú el Papa, que manda más que el rey! Y que le vi yo pintao, en un santo mu grande, sentao en su coche, que era como una butaca, y lo llevaban en vez de mulas un tiro de *carcas* (curas según Bismarck), y lo cual que le iban espantando las moscas con un paraguas, que parecía cosa del teatro... hombre... ¡si sabré yo!

Se acaloró el debate. Celedonio defendía las costumbres de la Iglesia primitiva; Bismarck estaba por todos los esplendores del culto. Celedonio amenazó al campanero interino con pedirle la dimisión. El de la tralla aludió embozadamente a ciertas bofetadas probables *pa en bajando*. Pero una campana que sonó en un tejado de la catedral les llamó al orden.

–¡El *Laudes*! –gritó Celedonio–, toca, que avisan.

Y Bismarck empuñó el cordel y azotó el metal con la porra del formidable badajo.

Tembló el aire y el delantero cerró los ojos, mientras Celedonio hacía alarde de su imperturbable serenidad oyendo, como si estuviera a dos leguas, las campanadas graves, poderosas, que el viento arrebatava de la torre para llevar sus vibraciones por encima de Vetusta a la sierra vecina y a los extensos campos, que brillaban a lo lejos, verdes todos, con cien matices.

Empezaba el Otoño. Los prados renacían, la yerba había crecido fresca y vigorosa con las últimas lluvias de Septiembre. Los castañedos, robledales y pomares que en hondonadas y laderas se extendían sembrados por el ancho valle, se destacaban sobre prados y maizales con tonos oscuros; la paja del trigo, escaso, amarilleaba entre tanta verdura. Las casas de labranza y algunas quintas de recreo, blancas todas, esparcidas por sierra y valle reflejaban la luz como espejos. Aquel verde esplendoroso con tornasoles dorados y de plata, se apagaba en la sierra, como si cubriera su falda y su cumbre la sombra de una nube invisible, y un tinte rojizo aparecía entre las calvicies de la vegetación, menos vigorosa y variada que en el valle. La sierra estaba al Noroeste y por el Sur que dejaba libre a la vista se alejaba el horizonte, señalado por siluetas de montañas desvanecidas en la niebla que deslumbraba como polvareda luminosa. Al Norte se adivinaba el mar detrás del arco perfecto del horizonte, bajo un cielo despejado, que surcaban como naves, ligeras nubecillas de un dorado pálido. Un girón de la más leve parecía la luna, apagada, flotando entre ellas en el azul blanquecino.

Cerca de la ciudad, en los ruidos, el cultivo más intenso, de mejor abono, de mucha variedad y esmerado, producía en la tierra tonos de colores, sin nombre, exacto, dibujándose sobre el fondo pardo oscuro de la tierra constantemente removida y bien regada.

Alguien subía por el caracol. Los dos pilletes se miraron estupefactos. ¿Quién era el osado?

–¿Será Chiripa? –preguntó Celedonio entre airado y temeroso.

–No; es un *carca*, ¿no oyes el manteo?

Bismarck tenía razón; el roce de la tela con la piedra producía un rumor silbante, como el de una voz apagada que impusiera silencio. El manteo apareció por escotillón; era el de don Fermín De Pas, Magistral de aquella santa iglesia catedral y provisor del Obispo. El delantero sintió escalofríos. Pensó:

«¿Vendrá a pegarnos?».

No había motivo, pero eso no importaba. Él vivía acostumbrado a recibir bofetadas y puntapiés sin saber por qué. A todo poderoso, y para él don Fermín era un personaje de los más empingorotados, se le figuraba Bismarck usando y abusando de la autoridad de repartir cachetes. No discutía la legitimidad de esta prerrogativa, no hacía más que huir de los grandes de la tierra, entre los que figuraban los sacristanes y los polizontes. Se avenía a esta ley, cuyos efectos procuraba evitar. Si él hubiera sido señor, alcalde, canónigo, fontanero, guarda del Jardín Botánico, empleado en casillas, sereno, algo grande, en suma, hubiera hecho lo mismo ¡dar cada

puntapié! No era más que Bismarck, un delantero, y sabía su oficio, huir de los *mainates* de Vetusta.

Pero allí no había modo de escapar. O tirarse por una ventana, o esperar el nublado. El caracol estaba interceptado por el canónigo. Bismarck no tuvo más recurso que hacerse un ovillo, esconderse detrás de la Wamba, encaramado en una viga, y aguardar así los acontecimientos.

Celedonio no extrañaba aquella visita. Recordaba haber visto muchas tardes al señor Magistral subir a la torre antes o después de coro.

¿Qué iba a hacer allí aquel señor tan respetable? Esto preguntaban los ojos del delantero a los del acólito. También lo sabía Celedonio, pero callaba y sonreía complaciéndose en el pavor de su amigo.

El continente altivo del monaguillo se había convertido en humilde actitud. Su rostro se había revestido de repente de la expresión oficial. Celedonio tenía doce o trece años y ya sabía ajustar los músculos de su cara de chato a las exigencias de la liturgia. Sus ojos eran grandes, de un castaño sucio, y cuando el pillastre se creía en funciones eclesiásticas los movía con afectación, de abajo arriba, de arriba abajo, imitando a muchos sacerdotes y beatas que conocía y trataba.

Pero, sin pensarlo, daba una intención lúbrica y cínica a su mirada, como una meretriz de calleja, que anuncia su triste comercio con los ojos, sin que la policía pueda reivindicar los derechos de la moral pública. La boca muy abierta y desdentada seguía a su manera los aspavientos de los ojos; y Celedonio en su expresión de humildad beatífica pasaba del feo tolerable al feo asqueroso.

Así como en las mujeres de su edad se anuncian por asomos de contornos turgentes las elegantes líneas del sexo, en el acólito sin órdenes se podía adivinar futura y próxima perversión de instintos naturales provocada ya por aberraciones de una educación torcida. Cuando quería imitar, bajo la sotana manchada de cera, los acompasados y ondulantes movimientos de don Anacleto, familiar del Obispo –creyendo manifestar así su vocación–, Celedonio se movía y gesticulaba como hembra desfachatada, sirena de cuartel. Esto ya lo había notado el *Palomo*, empleado laico de la Catedral, perrero, según mal nombre de su oficio. Pero no se había atrevido a comunicar sus aprensiones a ningún superior, obedeciendo a un criterio, merced al cual había desempeñado treinta años seguidos con dignidad y prestigio sus funciones complejas de aseo y vigilancia.

En presencia del Magistral, Celedonio había cruzado los brazos e inclinado la cabeza, después de apearse de la ventana. Aquel don Fermín que allá abajo en la calle de la Rúa parecía un escarabajo ¡qué grande se mostraba ahora a los ojos humillados del monaguillo y a los aterrados ojos de su compañero! Celedonio apenas le llegaba a la cintura al canónigo. Veía enfrente de sí la sotana tersa de pliegues escultóricos, rectos, simétricos, una sotana de medio tiempo, de rico castor delgado, y sobre ella flotaba el manteo de seda, abundante, de muchos pliegues y vuelos.

Bismarck, detrás de la Wamba, no veía del canónigo más que los bajos y los admiraba. ¡Aquello era señorío! ¡Ni una mancha! Los pies parecían los de una dama; calzaban media morada, como si fueran de Obispo; y el zapato era de esmerada labor y piel muy fina y lucía hebilla de plata, sencilla pero elegante, que decía muy bien sobre el color de la media.

Si los pilletes hubieran osado mirar cara a cara a don Fermín, le hubieran visto, al asomar en el campanario, serio, cejijunto; al notar la presencia de los campaneros levemente turbado, y en seguida sonriente, con una suavidad resbaladiza en la mirada y una bondad estereotipada en los labios. Tenía razón el delantero. De Pas no se pintaba. Más bien parecía estucado. En efecto, su tez blanca tenía los reflejos del estuco. En los pómulos, un tanto avanzados, bastante para dar energía y expresión característica al rostro, sin afearlo, había un ligero encarnado que a veces tiraba al color del alzacuello y de las medias. No era pintura, ni el color de la salud, ni pregonero del alcohol; era el rojo que brota en las mejillas al calor de palabras de amor o de vergüenza que se pronuncian cerca de ellas, palabras que parecen imanes que atraen el hierro de la sangre. Esta especie de congestión también la causa el orgasmo de pensamientos del mismo estilo. En los ojos

del Magistral, verdes, con pintas que parecían polvo de rapé, lo más notable era la suavidad de liquen; pero en ocasiones, de en medio de aquella crasitud pegajosa salía un resplandor punzante, que era una sorpresa desagradable, como una aguja en una almohada de plumas. Aquella mirada la resistían pocos; a unos les daba miedo, a otros, asco; pero, cuando algún audaz la sufría, el Magistral la humillaba cubriéndola con el telón carnoso de unos párpados anchos, gruesos, insignificantes, como es siempre la carne informe. La nariz larga, recta, sin corrección ni dignidad, también era sobrada de carne hacia el extremo y se inclinaba como árbol bajo el peso de excesivo fruto. Aquella nariz era la obra muerta en aquel rostro, toda expresión, aunque escrito en griego, porque no era fácil leer y traducir lo que el Magistral sentía y pensaba. Los labios largos y delgados, finos, pálidos, parecían obligados a vivir comprimidos por la barba que tendía a subir, amenazando para la vejez, aún lejana, entablar relaciones con la punta de la nariz claudicante. Por entonces no daba al rostro este defecto apariencias de vejez, sino expresión de prudencia de la que toca en cobarde hipocresía y anuncia frío y calculador egoísmo. Podía asegurarse que aquellos labios guardaban como un tesoro la mejor palabra, la que jamás se pronuncia. La barba puntiaguda y levantisca semejaba el candado de aquel tesoro. La cabeza pequeña y bien formada, de espeso cabello negro muy recortado, descansaba sobre un robusto cuello, blanco, de recios músculos, un cuello de atleta, proporcionado al tronco y extremidades del fornido canónigo, que hubiera sido en su aldea el mejor jugador de bolos, el mozo de más partido; y a lucir entallada levita, el más apuesto azotacalles de Vetusta.

Como si se tratara de un personaje, el Magistral saludó a Celedonio doblando graciosamente el cuerpo y extendiendo hacia él la mano derecha, blanca, fina, de muy afilados dedos, no menos cuidada que si fuera la de aristocrática señora. Celedonio contestó con una genuflexión como las de ayudar a misa.

Bismarck, oculto, vio con espanto que el canónigo sacaba de un bolsillo interior de la sotana un tubo que a él le pareció de oro. Vio que el tubo se dejaba estirar como si fuera de goma y se convertía en dos, y luego en tres, todos seguidos, pegados. Indudablemente aquello era un cañón chico, suficiente para acabar con un delantero tan insignificante como él. No; era un fusil porque el Magistral lo acercaba a la cara y hacía con él puntería. Bismarck respiró: no iba con su personilla aquel disparo; apuntaba el carca hacia la calle, asomado a una ventana. El acólito, de puntillas, sin hacer ruido, se había acercado por detrás al Provisor y procuraba seguir la dirección del catalejo. Celedonio era un monaguillo de mundo, entraba como amigo de confianza en las mejores casas de Vetusta, y si supiera que Bismarck tomaba un antejo por un fusil, se le reiría en las narices.

Uno de los recreos solitarios de don Fermín De Pas consistía en subir a las alturas. Era montañés, y por instinto buscaba las cumbres de los montes y los campanarios de las iglesias. En todos los países que había visitado había subido a la montaña más alta, y si no las había, a la más soberbia torre. No se daba por enterado de cosa que no viese a vista de pájaro, abarcándola por completo y desde arriba. Cuando iba a las aldeas acompañando al Obispo en su visita, siempre había de emprender, a pie o a caballo, como se pudiera, una excursión a lo más empingorotado. En la provincia, cuya capital era Vetusta, abundaban por todas partes montes de los que se pierden entre nubes; pues a los más arduos y elevados ascendía el Magistral, dejando atrás al más robusto andarín, al más experto montañés. Cuanto más subía más ansiaba subir; en vez de fatiga sentía fiebre que les daba vigor de acero a las piernas y aliento de fragua a los pulmones. Llegar a lo más alto era un triunfo voluptuoso para De Pas. Ver muchas leguas de tierra, columbrar el mar lejano, contemplar a sus pies los pueblos como si fueran juguetes, imaginarse a los hombres como infusorios, ver pasar un águila o un milano, según los parajes, debajo de sus ojos, enseñándole el dorso dorado por el sol, mirar las nubes desde arriba, eran intensos placeres de su espíritu altanero, que De Pas se procuraba siempre que podía. Entonces sí que en sus mejillas había fuego y en sus ojos dardos. En Vetusta no podía saciar esta pasión; tenía que contentarse con subir algunas veces a la torre de la catedral. Solía hacerlo a la hora del coro, por la mañana o por la tarde, según le convenía. Celedonio que en alguna ocasión, aprovechando un descuido, había mirado por el antejo del Provisor, sabía que era de poderosa atracción; desde los segundos corredores, mucho más altos que el campanario, había él visto perfectamente a la Regenta, una guapísima señora,

pasearse, leyendo un libro, por su huerta que se llamaba el Parque de los Ozores; sí, señor, la había visto como si pudiera tocarla con la mano, y eso que su palacio estaba en la rinconada de la Plaza Nueva, bastante lejos de la torre, pues tenía en medio de la plazuela de la catedral, la calle de la Rúa y la de San Pelayo. ¿Qué más? Con aquel antejo se veía un poco del billar del casino, que estaba junto a la iglesia de Santa María; y él, Celedonio, había visto pasar las bolas de marfil rodando por la mesa. Y sin el antejo ¡quía! en cuanto se veía el balcón como un ventanillo de una grillera. Mientras el acólito hablaba así, en voz baja, a Bismarck que se había atrevido a acercarse, seguro de que no había peligro, el Magistral, olvidado de los campaneros, paseaba lentamente sus miradas por la ciudad escudriñando sus rincones, levantando con la imaginación los techos, aplicando su espíritu a aquella inspección minuciosa, como el naturalista estudia con poderoso microscopio las pequeñeces de los cuerpos. No miraba a los campos, no contemplaba la lontananza de montes y nubes; sus miradas no salían de la ciudad.

Vetusta era su pasión y su presa. Mientras los demás le tenían por sabio teólogo, filósofo y jurisconsulto, él estimaba, sobre todas, su ciencia de Vetusta. La conocía palmo a palmo, por dentro y por fuera, por el alma y por el cuerpo, había escudriñado los rincones de las conciencias y los rincones de las casas. Lo que sentía en presencia de la heroica ciudad era gula; hacía su anatomía, no como el fisiólogo que sólo quiere estudiar, sino como el gastrónomo que busca los bocados apetitosos; no aplicaba el escalpelo sino el trinchante.

Y bastante resignación era contentarse, por ahora, con Vetusta. De Pas había soñado con más altos destinos, y aún no renunciaba a ellos. Como recuerdos de un poema heroico leído en la juventud con entusiasmo, guardaba en la memoria brillantes cuadros que la ambición había pintado en su fantasía; en ellos se contemplaba oficiando de pontifical en Toledo y asistiendo en Roma a un cónclave de cardenales. Ni la tiara le pareciera demasiado ancha; todo estaba en el camino; lo importante era seguir andando. Pero estos sueños según pasaba el tiempo se iban haciendo más y más vaporosos, como si se alejaran. «Así son las perspectivas de la esperanza, pensaba el Magistral; cuanto más nos acercamos al término de nuestra ambición, más distante parece el objeto deseado, porque no está en lo porvenir, sino en lo pasado; lo que vemos delante es un espejo que refleja el cuadro soñador que se queda atrás, en el lejano día del sueño...» No renunciaba a subir, a llegar cuanto más arriba pudiese, pero cada día pensaba menos en estas vaguedades de la ambición a largo plazo, propias de la juventud. Había llegado a los treinta y cinco años y la codicia del poder era más fuerte y menos idealista; se contentaba con menos, pero lo quería con más fuerza, lo necesitaba más cerca; era el hambre que no espera, la sed en el desierto que abrasa y se satisface en el charco impuro sin aguardar a descubrir la fuente que está lejos en lugar desconocido.

Sin confesárselo, sentía a veces desmayos de la voluntad y de la fe en sí mismo que le daban escalofríos; pensaba en tales momentos que acaso él no sería jamás nada de aquello a que había aspirado, que tal vez el límite de su carrera sería el estado actual o un mal obispado en la vejez, todo un sarcasmo. Cuando estas ideas le sobrecogían, para vencerlas y olvidarlas se entregaba con furor al goce de lo presente, del poderío que tenía en la mano; devoraba su presa, la Vetusta levítica, como el león enjaulado los pedazos ruines de carne que el domador le arroja.

Concentrada su ambición entonces en punto concreto y tangible, era mucho más intensa; la energía de su voluntad no encontraba obstáculo capaz de resistir en toda la diócesis. Él era el amo del amo. Tenía al Obispo en una garra, prisionero voluntario que ni se daba cuenta de sus prisiones. En tales días el Provisor era un huracán eclesiástico, un castigo bíblico, un azote de Dios sancionado por su ilustrísima.

Estas crisis del ánimo solían provocarlas noticias del personal: el nombramiento de un Obispo joven, por ejemplo. Echaba sus cuentas: él estaba muy atrasado, no podría llegar a ciertas grandezas de la jerarquía. Esto pensaba, en tanto que el beneficiado don Custodio le aborrecía principalmente porque era Magistral desde los treinta.

Don Fermín contemplaba la ciudad. Era una presa que le disputaban, pero que acabaría de devorar él solo. ¡Qué! ¿También aquel mezquino imperio habían de arrancarle? No, era suyo. Lo había ganado en buena lid. ¿Para qué eran necios? También al Magistral se le subía la altura a la

cabeza; también él veía a los vetustenses como escarabajos; sus viviendas viejas y negruzcas, aplastadas, las creían los vanidosos ciudadanos palacios y eran madrigueras, cuevas, montones de tierra, labor de topo... ¿Qué habían hecho los dueños de aquellos palacios viejos y arruinados de la Encimada que él tenía allí a sus pies? ¿Qué habían hecho? Heredar. ¿Y él? ¿Qué había hecho él? Conquistar. Cuando era su ambición de joven la que chisporroteaba en su alma, don Fermín encontraba estrecho el recinto de Vetusta; él que había predicado en Roma, que había olfateado y gustado el incienso de la alabanza en muy altas regiones por breve tiempo, se creía postergado en la catedral vetustense. Pero otras veces, las más, era el recuerdo de sus sueños de niño, precoz para ambicionar, el que le asaltaba, y entonces veía en aquella ciudad que se humillaba a sus plantas en derredor el colmo de sus deseos más locos. Era una especie de placer material, pensaba De Pas, el que sentía comparando sus ilusiones de la infancia con la realidad presente. Si de joven había soñado cosas mucho más altas, su dominio presente parecía la tierra prometida a las cavilaciones de la niñez, llena de tardes solitarias y melancólicas en las praderas de los puertos. El Magistral empezaba a despreciar un poco los años de su próxima juventud, le parecían a veces algo ridículos sus ensueños y la conciencia no se complacía en repasar todos los actos de aquella época de pasiones reconcentradas, poco y mal satisfechas. Prefería las más veces recrear el espíritu contemplando lo pasado en lo más remoto del recuerdo; su niñez le enternecía, su juventud le disgustaba como el recuerdo de una mujer que fue muy querida, que nos hizo cometer mil locuras y que hoy nos parece digna de olvido y desprecio. Aquello que él llamaba placer material y tenía mucho de pueril, era el consuelo de su alma en los frecuentes decaimientos del ánimo.

El Magistral había sido pastor en los puertos de Tarsa ¡y era él, el mismo que ahora mandaba a su manera en Vetusta! En este salto de la imaginación estaba la esencia de aquel placer intenso, infantil y material que gozaba De Pas como un pecado de lascivia.

¡Cuántas veces en el púlpito, ceñido al robusto y airoso cuerpo el roquete, cándido y rizado, bajo la señoril muceta, viendo allá abajo, en el rostro de todos los fieles la admiración y el encanto, había tenido que suspender el vuelo de su elocuencia, porque le ahogaba el placer, y le cortaba la voz en la garganta! Mientras el auditorio aguardaba en silencio, respirando apenas, a que la emoción religiosa permitiera al orador continuar, él oía como en éxtasis de autolatría el chisporroteo de los cirios y de las lámparas; aspiraba con voluptuosidad extraña el ambiente embalsamado por el incienso de la capilla mayor y por las emanaciones calientes y aromáticas que subían de las damas que le rodeaban; sentía como murmullo de la brisa en las hojas de un bosque el contenido crujir de la seda, el aleteo de los abanicos; y en aquel silencio de la atención que esperaba, delirante, creía comprender y gustaba una adoración muda que subía a él; y estaba seguro de que en tal momento pensaban los fieles en el orador esbelto, elegante, de voz melodiosa, de correctos ademanes a quien oían y veían, no en el Dios de que les hablaba. Entonces sí que, sin poder él desechar aquellos recuerdos se le presentaba su infancia en los puertos; aquellas tardes de su vida de pastor melancólico y meditabundo. Horas y horas, hasta el crepúsculo, pasaba soñando despierto, en una cumbre, oyendo las esquilas del ganado esparcido por el cueto ¿y qué soñaba? que allá, allá abajo, en el ancho mundo, muy lejos, había una ciudad inmensa, como cien veces el lugar de Tarsa, y más; aquella ciudad se llamaba Vetusta, era mucho mayor que San Gil de la Llana, la cabeza del partido, que él tampoco había visto. En la gran ciudad colocaba él maravillas que halagaban el sentido y llenaban la soledad de su espíritu inquieto. Desde aquella infancia ignorante y visionaria al momento en que se contemplaba el predicador no había intervalo; se veía niño y se veía Magistral: lo presente era la realidad del sueño de la niñez y de esto gozaba.

Emociones semejantes ocupaban su alma mientras el catalejo, reflejando con vivos resplandores los rayos del sol, se movía lentamente pasando la visual de tejado en tejado, de ventana en ventana, de jardín en jardín.

Alrededor de la catedral se extendía, en estrecha zona, el primitivo recinto de Vetusta. Comprendía lo que se llamaba el barrio de la *Encimada* y dominaba todo el pueblo que se había ido estirando por Noroeste y por Sudeste. Desde la torre se veía, en algunos patios y jardines de casas viejas y ruinosas, restos de la antigua muralla, convertidos en terrados o paredes medianeras,

entre huertos y corrales. La Encimada era el barrio noble y el barrio pobre de Vetusta. Los más linajudos y los más andrajosos vivían allí, cerca unos de otros, aquéllos a sus anchas, los otros apiñados. El buen vetustente era de la Encimada. Algunos fatuos estimaban en mucho la propiedad de una casa, por miserable que fuera, en la parte alta de la ciudad, a la sombra de la catedral, o de Santa María la Mayor o de San Pedro, las dos antiquísimas iglesias vecinas de la Basílica y parroquias que se dividían el noble territorio de la Encimada. El Magistral veía a sus pies el barrio linajudo compuesto de caserones con ínfulas de palacios; conventos grandes como pueblos; y tugurios, donde se amontonaba la plebe vetustense, demasiado pobre para poder habitar las barriadas nuevas allá abajo, en el Campo del Sol, al Sudeste, donde la Fábrica Vieja levantaba sus augustas chimeneas, en rededor de las cuales un pueblo de obreros había surgido. Casi todas las calles de la Encimada eran estrechas, tortuosas, húmedas, sin sol; crecía en algunas la yerba; la limpieza de aquellas en que predominaba el vecindario noble o de tales pretensiones por lo menos, era triste, casi miserable, como la limpieza de las cocinas pobres de los hospicios; parecía que la escoba municipal y la escoba de la nobleza pulcra habían dejado en aquellas plazuelas y callejas las huellas que el cepillo deja en el paño raído. Había por allí muy pocas tiendas y no muy lucidas. Desde la torre se veía la historia de las clases privilegiadas contada por piedras y adobes en el recinto viejo de Vetusta. La iglesia, ante todo: los conventos ocupaban cerca de la mitad del terreno; Santo Domingo solo tomaba una quinta parte del área total de la Encimada: seguía en tamaño las Recoletas, donde se habían reunido en tiempo de la Revolución de Septiembre dos comunidades de monjas, que juntas eran diez y ocupaban con su convento y huerto la sexta parte del barrio. Verdad era que San Vicente estaba convertido en cuartel y dentro de sus muros retumbaba la indiscreta voz de la corneta, profanación constante del sagrado silencio secular; del convento ampuloso y plateresco de las Clarisas había hecho el Estado un edificio para toda clase de oficinas, y, en cuanto a San Benito, era lóbrega prisión de mal seguros delincuentes. Todo esto era triste; pero el Magistral que veía, con amargura en los labios, estos despojos de que le daba elocuente representación el catalejo, podía abrir el pecho al consuelo y a la esperanza contemplando, fuera del barrio noble, al Oeste y al Norte, gráficas señales de la fe rediviva, en los alrededores de Vetusta, donde la piedad construía nuevas moradas para la vida conventual, más lujosas, más elegantes que las antiguas, si no tan sólidas ni tan grandes. La Revolución había derribado, había robado; pero la Restauración, que no podía restituir, alentaba el espíritu que reedificaba y ya las Hermanitas de los Pobres tenían coronado el edificio de su propiedad, tacita de plata, que brillaba cerca del Espolón, al Oeste, no lejos de los palacios y *chalets* de la Colonia, o sea el barrio nuevo de americanos y comerciantes del reino. Hacia el Norte, entre prados de terciopelo tupido, de un verde obscuro, fuerte, se levantaba la blanca fábrica que con sumas fabulosas construían las Salesas, por ahora arrinconadas dentro de Vetusta, cerca de los vertederos de la Encimada, casi sepultadas en las cloacas, en una casa vieja, que tenía por iglesia un oratorio mezquino. Allí, como en nichos, habitaban las herederas de muchas familias ricas y nobles; habían dejado, en obsequio al Crucificado, el regalo de su palacio ancho y cómodo de allá arriba por la estrechez insana de aquella pocilga, mientras sus padres, hermanos y otros parientes regalaban el perezoso cuerpo en las anchuras de los caserones tristes, pero espaciosos de la Encimada. No sólo era la iglesia quien podía desperezarse y estirar las piernas en el recinto de Vetusta la de arriba, también los herederos de pergaminos y casas solariegas, habían tomado para sí anchas cuadras y jardines y huertas que podían pasar por bosques, con relación al área del pueblo, y que en efecto se llamaban, algo hiperbólicamente, parques, cuando eran tan extensos como el de los Ozores y el de los Vegallana. Y mientras no sólo a los conventos y a los palacios, sino también a los árboles se les dejaba campo abierto para alargarse y ensancharse como querían, los míseros plebeyos que a fuerza de pobres no habían podido huir los codazos del egoísmo noble o regular, vivían hacinados en casas de tierra que el municipio obligaba a tapar con una capa de cal; y era de ver cómo aquellas casuchas, apiñadas, se enchufaban y saltaban unas sobre otras, y se metían los tejados por los ojos, o sean las ventanas. Parecían un rebaño de retozonas reses que, apretadas en un camino, brincan y se encaraman en los lomos de quien encuentran delante.

A pesar de esta injusticia distributiva que don Fermín tenía debajo de sus ojos, sin que le irritara, el buen canónigo amaba el barrio de la catedral, aquel hijo predilecto de la Basílica, sobre todos. La Encimada era su imperio natural, la metrópoli del poder espiritual que ejercía. El humo

y los silbidos de la fábrica le hacían dirigir miradas recelosas al Campo del Sol; allí vivían los rebeldes, los trabajadores sucios, negros por el carbón y el hierro amasados con sudor, los que escuchaban con la boca abierta a los energúmenos que les predicaban igualdad, federación, reparto, mil absurdos, y a él no querían oírle cuando les hablaba de premios celestiales, de reparaciones de ultra-tumba. No era que allí no tuviera ninguna influencia, pero la tenía en los menos. Ciertamente que cuando allí la creencia pura, la fe católica arraigaba, era con robustas raíces, como con cadenas de hierro. Pero si moría un obrero bueno, creyente, nacían dos, tres, que ya jamás oírían hablar de resignación, de lealtad, de fe y obediencia. El Magistral no se hacía ilusiones. El Campo del Sol se les iba. Las mujeres defendían allí las últimas trincheras. Poco tiempo antes del día en que De Pas meditaba así, varias ciudadanas del barrio de obreros habían querido matar a pedradas a un forastero que se titulaba pastor protestante; pero estos excesos, estos paroxismos de la fe moribunda más entristecían que animaban al Magistral. No, aquel humo no era de incienso, subía a lo alto, pero no iba al cielo; aquellos silbidos de las máquinas le parecían burlescos, silbidos de sátira, silbidos de látigo. Hasta aquellas chimeneas delgadas, largas, como monumentos de una idolatría, parecían parodias de las agujas de las iglesias...

El Magistral volvía el catalejo al Noroeste, allí estaba la *Colonia*, la Vetusta novísima, tirada a cordel, deslumbrante de colores vivos con reflejos acerados; parecía un pájaro de los bosques de América, o una india brava adornada con plumas y cintas de tonos discordantes. Igualdad geométrica, desigualdad, anarquía cromáticas. En los tejados todos los colores del Iris como en los muros de Ecbátana; galerías de cristales robando a los edificios por todas partes la esbeltez que podía suponérselos; alardes de piedra inoportunos, solidez afectada, lujo vocinglero. La ciudad del sueño de un indiano que va mezclada con la ciudad de un usurero o de un mercader de paños o de harinas que se quedan y edifican despiertos. Una pulmonía posible por una pared maestra ahorrada; una incomodidad segura por una fastuosidad ridícula. Pero no importa, el Magistral no atiende a nada de eso; no ve allí más que riqueza; un Perú en miniatura, del cual pretende ser el Pizarro espiritual. Y ya empieza a serlo. Los indios de la Colonia que en América oyeron muy pocas misas, en Vetusta vuelven, como a una patria, a la piedad de sus mayores: la religión con las formas aprendidas en la infancia es para ellos una de las dulces promesas de aquella España que veían en sueños al otro lado del mar. Además, los indios no quieren nada que no sea de buen tono, que huelga a plebeyo, ni siquiera pueda recordar los orígenes humildes de la estirpe; en Vetusta los descreídos no son más que cuatro pillos, que no tienen sobre qué caerse muertos; todas las personas pudientes creen y practican, como se dice ahora. Páez, don Frutos Redondo, los Jacas, Antolínez, los Argumosa y otros y otros ilustres Américo Vespucios del barrio de la Colonia siguen escrupulosamente en lo que se les alcanza las costumbres *distinguidas* de los Corujedos, Vegallanas, Membibres, Ozores, Carraspiques y demás familias nobles de la Encimada, que se precian de muy buenos y muy rancios cristianos. Y si no lo hicieran por propio impulso los Páez, los Redondo, etc., etc., sus respectivas esposas, hijas y demás familia del sexo débil obligaríanles a imitar en religión, como en todo, las maneras, ideas y palabras de la envidiada aristocracia. Por todo lo cual el Provisor mira al barrio del Noroeste con más codicia que antipatía; si allí hay muchos espíritus que él no ha sondeado todavía, si hay mucha tierra que descubrir en aquella América abreviada, las exploraciones hechas, las *factorías* establecidas han dado muy buen resultado, y no desconfía don Fermín de llevar la luz de la fe más acendrada, y con ella su natural influencia, a todos los rincones de las bien alineadas casas de la Colonia, a quien el municipio midió los tejados por un rasero.

Pero, entretanto, De Pas volvía amorosamente la visual del catalejo a su Encimada querida, la noble, la vieja, la amontonada a la sombra de la soberbia torre. Una a Oriente otra a Occidente, allí debajo tenía, como dando guardia de honor a la catedral, las dos iglesias antiquísimas que la vieron tal vez nacer, o por lo menos pasar a grandezas y esplendores que ellas jamás alcanzaron. Se llamaban, como va dicho, Santa María y San Pedro; su historia anda escrita en los cronicones de la Reconquista, y gloriosamente se pudren poco a poco víctimas de la humedad y hechas polvo por los siglos. En rededor de Santa María y de San Pedro hay esparcidas, por callejones y plazuelas, casas solariegas, cuya mayor gloria sería poder proclamarse contemporáneas de los ruinosos templos. Pero no pueden, porque delata la relativa juventud de estos caserones su arquitectura que revela el mal gusto decadente, pesado o recargado, de muy posteriores siglos. La

piedra de todos estos edificios está ennegrecida por los rigores de la intemperie que en Vetusta la húmeda no dejan nada claro mucho tiempo, ni consienten blancura duradera.

Don Saturnino Bermúdez, que juraba tener documentos que probaban al inteligente en heráldica venirse el Bermúdez del rey Bermudo en persona, era el más perito en la materia de contar la historia de cada uno de aquellos caserones, que él consideraba otras tantas glorias nacionales. Cada vez que algún Ayuntamiento radical emprendía o proyectaba siquiera el derribo de algunas ruinas o la expropiación de algún solar por utilidad pública, don Saturnino ponía el grito en el cielo y publicaba en *El Lábaro*, el órgano de los ultramontanos de Vetusta, largos artículos que nadie leía, y que el alcalde no hubiera entendido, de haberlos leído; en ellos ponía por las nubes el mérito arqueológico de cada tabique, y si se trataba de una pared maestra demostraba que era todo un monumento. No cabe duda de que el señor don Saturnino, siquiera fuese por bien del arte, mentía no poco, y abusaba de lo románico y de lo mudéjar. Para él todo era mudéjar o si no románico, y más de una vez hizo remontarse a los tiempos de Fruela los fundamentos de una pared fabricada por algún modesto cantero, vivo todavía. Estos lapsus del erudito no lastimaban su reputación, porque los pocos que podían descubrirlos los consideraban piadosas exageraciones, anacronismos beneméritos, y los demás vetustenses no leían nada de aquello. Mas no por esto dejaba el sabio de sacar a relucir la retórica, en que creía, ostentando atrevidas imágenes, figuras de gran energía, entre las que descollaban las más temerarias personificaciones y las epanadiplosis más cadenciosas: hablaban las murallas como libros y solían decir: «tiemblan mis cimientos y mis almenas tiemblan;» y tal puerta cochera hubo que hizo llorar con sus discursos patéticos; por lo cual solía terminar el artículo del arqueólogo diciendo: «En fin, señores de la comisión de obras, *sunt lacrimae rerum!*».

Más de media hora empleó el Magistral en su observatorio aquella tarde. Cansado de mirar o no pudiendo ver lo que buscaba allá, hacia la Plaza Nueva, a donde constantemente volvía el catalejo, separose de la ventana, redujo a su mínimo tamaño el instrumento óptico, guardolo cuidadosamente en el bolsillo y saludando con la mano y la cabeza a los campaneros, descendió con el paso majestuoso de antes, por el caracol de piedra. En cuanto abrió la puerta de la torre y se encontró en la nave Norte de la iglesia, recobró la sonrisa inmóvil, habitual expresión de su rostro, cruzó las manos sobre el vientre, inclinó hacia delante un poco con cierta languidez entre mística y romántica la bien modelada cabeza, y más que anduvo se deslizó sobre el mármol del pavimento que figuraba juego de damas, blanco y negro. Por las altas ventanas y por los rosetones del arco toral y de los laterales entraban haces de luz de muchos colores que remedaban pedazos del iris dentro de las naves. El manteo que el canónigo movía con un ritmo de pasos y suave contoneo iba tomando en sus anchos pliegues, al flotar casi al ras del pavimento, tornasoles de plumas de faisán, y otras veces parecía cola de pavo real; algunas franjas de luz trepaban hasta el rostro del Magistral y ora lo teñían con un verde pálido blanquecino, como de planta sombría, ora le daban viscosa apariencia de planta submarina, ora la palidez de un cadáver.

En la gran nave central del trascoro había muy pocos fieles, esparcidos a mucha distancia; en las capillas laterales, abiertas en los gruesos muros, sumidas en las sombras, se veía apenas grupos de mujeres arrodilladas o sentadas sobre los pies, rodeando los confesonarios. Aquí y allí se oía el leve rumor de la plática secreta de un sacerdote y una devota en el tribunal de la penitencia. En la segunda capilla del Norte, la más oscura, don Fermín distinguió dos señoras que hablaban en voz baja. Siguió adelante. Ellas quisieron ir tras él, llamarle, pero no se atrevieron. Le esperaban, le buscaban, y se quedaron sin él.

—Va al coro —dijo una de las damas. Y se sentaron sobre la tarima que rodeaba el confesonario, sumido en tinieblas. Era la capilla del Magistral. En el altar había dos candeleros de bronce, sin velas, sujetos con cadenillas de hierro. Delante del retablo estaba un Jesús Nazareno de talla; los ojos de cristal, tristes, brillaban en la obscuridad; los reflejos del vidrio parecían una humedad fría. Era el rostro el de un anémico; la expresión amanerada del gesto anunciaba una idea fija petrificada en aquellos labios finos y en aquellos pómulos afilados, como gastados por el roce de besos devotos.

Sin detenerse pasó el Magistral junto a la puerta de escape del coro; llegó al crucero; la valla que corre del coro a la capilla mayor estaba cerrada. Don Fermín, que iba a la sacristía, dio el rodeo de la nave del trasaltar flanqueada por otra crujía de capillas. Frente a cada una de éstas, empotrados en la pared del ábside había haces de columnas entre los que se ocultaban sendos confesonarios, invisibles hasta el momento de colocarse enfrente de ellos. Allí comúnmente ataban y desataban culpas los beneficiados. De uno de estos escondites salió, al pasar el Provisor, como una perdiz levantada por los perros, el señor don Custodio el beneficiado, pálido el rostro, menos las mejillas encendidas con un tinte cárdeno. Sudaba como una pared húmeda. El Magistral miró al beneficiado sin sonreír, pinchándole con aquellas agujas que tenía entre la blanda crasitud de los ojos. Humilló los suyos don Custodio y pasó cabizbajo, confuso, aturdido en dirección al coro. Era gruesecillo, adamado, tenía aires de comisionista francés vestido con traje talar muy pulcro y elegante. El cuerpo bien torneado se lo ceñía, debajo del manteo ampuloso, un roquete que parecía prenda mujeril, sobre la cual ostentaba la muceta ligera, de seda, propia de su beneficio. Este don Custodio era un enemigo doméstico, un beneficiado de la oposición. Creía, o por lo menos propalaba todas las injurias con que se quería derribar al Provisor, y le envidiaba por lo que pudiera haber de cierto en el fondo de tantas calumnias. De Pas le despreciaba; la envidia de aquel pobre clérigo le servía para ver, como en un espejo, los propios méritos. El beneficiado admiraba al Magistral, creía en su porvenir, se le figuraba obispo, cardenal, favorito en la corte, influyente en los ministerios, en los salones, mimado por damas y magnates. La envidia del beneficiado soñaba para don Fermín más grandezas que el mismo Magistral veía en sus esperanzas. La mirada de éste fue en seguida, rápida y rastrera, al confesonario de que salía el envidioso. Arrodiada junto a una de las celosías vio una joven pálida con hábito del Carmen.

No era una señorita; debía de ser una doncella de servicio, una costurera, o cosa así, pensó el Magistral. Tenía los ojos cargados de una curiosidad maliciosa más irritada que satisfecha; se santiguó, como si quisiera comerse la señal de la cruz, y se recogió, sentada sobre los pies, a saborear los pormenores de la confesión, sin moverse del sitio, pegada al confesonario lleno todavía del calor y el olor de don Custodio.

El Magistral siguió adelante, dio vuelta al ábside y entró en la sacristía. Era una capilla en forma de cruz latina, grande, fría, con cuatro bóvedas altas. A lo largo de todas las paredes estaba la cajonería, de castaño, donde se guardaba ropas y objetos del culto. Encima de los cajones pendían cuadros de pintores adocenados, antiguos los más, y algunas copias no malas de artistas buenos. Entre cuadro y cuadro ostentaban su dorado viejo algunas cornucopias cuya luna reflejaba apenas los objetos, por culpa del polvo y las moscas. En medio de la sacristía ocupaba largo espacio una mesa de mármol negro, del país. Dos monaguillos, con ropón encarnado, guardaban casullas y capas pluviales en los armarios. El *Palomo*, con una sotana sucia y escotada, cubierta la cabeza con enorme peluca echada hacia el cogote, acababa de barrer en un rincón las inmundicias de cierto gato que, no se sabía cómo, entraba en la catedral y lo profanaba todo. El perrero estaba furioso. Los monaguillos se hacían los distraídos, pero él, sin mirarles, les aludía y amenazaba con terribles castigos hipotéticos, repugnantes para el estómago principalmente. El Magistral siguió adelante fingiendo no parar mientes en estos pormenores groseros, tan extraños a la santidad del culto. Se acercó a un grupo que en el otro extremo de la sacristía cuchicheaba con la voz apagada de la conversación profana que quiere respetar el lugar sagrado. Eran dos señoras y dos caballeros. Los cuatro tenían la cabeza echada hacia atrás. Contemplaban un cuadro. La luz entraba por ventanas estrechas abiertas en la bóveda y a las pinturas llegaba muy torcida y menguada. El cuadro que miraban estaba casi en la sombra y parecía una gran mancha de negro mate. De otro color no se veía más que el frontal de una calavera y el tarso de un pie desnudo y descarnado. Sin embargo, cinco minutos llevaba don Saturnino Bermúdez empleados en explicar el mérito de la pintura a aquellas señoras y al caballero que llenos de fe y con la boca abierta escuchaban al arqueólogo. El Magistral encontraba casi todos los días a don Saturnino en semejante ocupación. En cuanto llegaba un forastero de alguna importancia a Vetusta, se buscaba por un lado o por otro una recomendación para que Bermúdez fuese tan amable que le acompañara a ver las antigüedades de la catedral y otras de la Encimada. Don Saturnino estaba muy ocupado todo el día, pero de tres a cuatro y media siempre le tenían a su disposición cuantas personas decentes, como él decía, quisieran poner a prueba sus conocimientos arqueológicos y su

inveterada amabilidad. Porque además del primer anticuario de la provincia, creía ser –y esto era verdad– el hombre más fino y cortés de España. No era clérigo, sino anfibio. En su traje pulcro y negro de los pies a la cabeza se veía algo que Frígilis, personaje darwinista que encontraremos más adelante, llamaba la adaptación a la sotana, la influencia del medio, etc.; es decir, que, si don Saturnino fuera tan atrevido que se decidiera a engendrar un Bermúdez, éste saldría ya diácono por lo menos, según Frígilis. Era el arqueólogo bajo, traía el pelo rapado como cepillo de cerdas negras; procuraba dejar grandes entradas en la frente y se conocía que una calvicie precoz le hubiera lisonjeado no poco. No era viejo: «La edad de Nuestro Señor Jesucristo», decía él, creyendo haber aventurado un chiste respetuoso, pero algo mundano. Como lo de parecer cura no estaba en su intención, sino en las leyes naturales, don Saturno –así le llamaban– después de haber perdido ciertas ilusiones en una aventura seria en que le tomaron por clérigo, se dejaba la barba, de un negro de tinta china, pero la recortaba como el boj de su huerto. Tenía la boca muy grande, y al sonreír con propósito de agradar, los labios iban de oreja a oreja. No se sabe por qué entonces era cuando mejor se conocía que Bermúdez no se quejaba de vicio al quejarse del pícaro estómago, de digestiones difíciles y sobre todo de perpetuos restringimientos. Era una sonrisa llena de arrugas, que equivalía a una mueca provocada por un dolor intestinal, aquella con que Bermúdez quería pasar por el hombre más *espiritual* de Vetusta, y el más capaz de comprender una pasión profunda y alambicada. Pues debe advertirse que sus lecturas serias de crónicas y otros libros viejos alternaban en su ambicioso espíritu con las novelas más finas y psicológicas que se escribían por entonces en París. Lo de parecer clérigo no era sino muy a su pesar. Él se encargaba unas levitas de tricot como las de un lechuguino, pero el sastre veía con asombro que vestir la prenda don Saturno y quedar convertida en sotana era todo uno. Siempre parecía que iba de luto, aunque no fuera. Sin embargo, pocas veces quitaba la gasa del sombrero porque se tenía por pariente de toda la nobleza vetustense, y en cuanto moría un aristócrata estaba de pésame. Allá, en el fondo de su alma, se creía nacido para el amor, y su pasión por la arqueología era un sentimiento de la clase de sucedáneos. Al ver en las novelas más acreditadas de Francia y de España que los personajes de mejor sociedad sentían sobre poco más o menos las mismas comezones de que él era víctima, ya no vaciló en pensar que lo que le había faltado había sido un escenario. Las muchachas de Vetusta eran incapaces de comprenderle, así como él se confesaba a solas que no se atrevería jamás a acercarse a una joven para decirle cosa mayor en materia de amores.

Tal vez las casadas, algunas por lo menos, podrían entenderle mejor. La primera vez que pensó esto tuvo remordimientos para una semana; pero volvió la idea a presentarse tentadora, y como en las novelas que saboreaba sucedía casi siempre que eran casadas las heroínas, pecadoras sí, pero al fin redimidas por el amor y la mucha fe, vino en averiguar y dar por evidente que se podía querer a una casada y hasta decírselo, si el amor se contenía en los límites del más acendrado idealismo. En efecto, don Saturno se enamoró de una señora casada; pero le sucedió con ella lo mismo que con las solteras; no se atrevió a decírselo. Con los ojos sí se lo daba a entender, y hasta con ciertas parábolas y alegorías que tomaba de la Biblia y otros libros orientales; pero la señora de sus amores no hacía caso de los ojos de don Saturno ni entendía las alegorías ni las parábolas; no hacía más que decir a espaldas de Bermúdez:

–No sé cómo ese don Saturno puede saber tanto: parece un mentecato.

Esta señora que llamaban en Vetusta la Regenta, porque su marido, ahora jubilado, había sido regente de la Audiencia, nunca supo la ardiente pasión del arqueólogo. Este joven sentimental y amante del saber se cansó de devorar en silencio aquel amor único y procuró ser veleidoso, aturdirse, y esto último poco trabajo le costaba, porque nunca se vio hombre más aturdido que él en cuanto una mujer quería marearle con una o dos miradas. Cuatro años hacía que no perdía baile, ni reunión de confianza, ni teatro, ni paseo, y todavía las damas, cada vez que le veían bailando un rigodón (no se atrevía con el wals ni con la polka) repetían:

–¡Pero este Bermúdez está desconocido!

¡Todos, todos empeñados en que era un cartujo! Esto le desesperaba. Cierto que jamás había probado las dulzuras groseras y materiales del amor carnal; pero eso ¿le constaba al público?

Cierto que primero faltaba el sol que don Saturnino a misa de ocho; pero esta devoción, así como el comulgar dos veces al mes, en nada empecía (su estilo) a los títulos de hombre de mundo que él reclamaba. ¡Y si las gentes supieran! ¿Quién era un embozado que, de noche, a la hora de las criadas, como dicen en *Vetusta*, salía muy recatadamente por la calle del Rosario, torcía entre las sombras por la de Quintana y de una en otra llegaba a los porches de la plaza del Pan y dejaba la Encimada aventurándose por la Colonia, solitaria a tales horas? Pues era don Saturnino Bermúdez, doctor en teología, en ambos derechos, civil y canónico, licenciado en filosofía y letras y bachiller en ciencias: el autor ni más ni menos, de *Vetusta Romana*, *Vetusta Goda*, *Vetusta Feudal*, *Vetusta Cristiana* y *Vetusta Transformada*, a tomo por *Vetusta*. Era él, que salía disfrazado de capa y sombrero flexible. No había miedo que en tal guisa le reconociera nadie. ¿Y a dónde iba? A luchar con la tentación al aire libre; a cansar la carne con paseos interminables; y un poco también a olfatear el vicio, el crimen pensaba él, crimen en que tenía seguridad de no caer, no tanto por esfuerzos de la virtud como por invencible pujanza del miedo que no le dejaba nunca dar el último y decisivo paso en la carrera del abismo. Al borde llegaba todas las noches, y solía ser una puerta desvencijada, sucia y negra en las sombras de algún callejón inmundo. Alguna vez desde el fondo del susodicho abismo le llamaba la tentación; entonces retrocedía el sabio más pronto, ganaba el terreno perdido, volvía a las calles anchas y respiraba con delicia el aire puro; puro como su cuerpo; y para llegar antes a las regiones del ideal que eran su propio ambiente, cantaba la *Casta diva* o el *Spirito gentil* o el *Santo Fuerte*, y pensaba en sus amores de niño o en alguna heroína de sus novelas.

¡Ah, cuánta felicidad había en estas victorias de la virtud! ¡Qué clara y evidente se le presentaba entonces la idea de una Providencia! ¡Algo así debía de ser el éxtasis de los místicos! Y don Saturno apretando el paso volvía a su casa ebrio de idealismo, mojando los embozos de la capa con las lágrimas que le hacía llorar aquel baño de idealidad, como él decía para sus adentros. Su enternecimiento era eminentemente piadoso, sobre todo en las noches de luna.

Encerrado en su casa, en su despacho, después de cenar, o bien escribía versos a la luz del petróleo o manejaba sus libretos; y por fin se acostaba, satisfecho de sí mismo, contento con la vida, feliz en este mundo calumniado donde, dígame lo que se quiera, aún hay hombres buenos, ánimos fuertes. Esta voluptuosidad ideal del bien obrar, mezclándose a la sensación agradable del calorcillo del suave y blando lecho, convertía poco a poco a don Saturno en otro hombre; y entonces era el imaginar aventuras románticas, de amores en París, que era el país de sus ensueños, en cuanto hombre de mundo. Solía volver a sus novelas de la hora de dormirse la imagen de la Regenta, y entablaba con ella, o con otras damas no menos guapas, diálogos muy sabrosos en que ponía el ingenio femenino en lucha con el serio y varonil ingenio suyo; y entre estos dimes y diretes en que todo era espiritualismo y, a lo sumo, vagas promesas de futuros favores, le iba entrando el sueño al arqueólogo, y la lógica se hacía disparatada, y hasta el sentido moral se pervertía y se desplomaba la fortaleza de aquel miedo que poco antes salvara al doctor en teología.

A la mañana siguiente don Saturno despertaba mal humorado, con dolor de estómago, llena el alma de pesimismo desesperado y de flato el cuerpo. «¡Memento homo!», decía el infeliz, y se arrojaba del lecho con tedio, procurando una reacción en el espíritu mediante agudos y terribles remordimientos y propósitos de buen obrar, que facilitaba con chorros de agua en la nuca y lavándose con grandes esponjas. Tal vez era la limpieza, esa gran virtud que tanto recomienda Mahoma, la única que positivamente tenía el ilustre autor de *Vetusta Transformada*. Después de bien lavado iba a misa sin falta, a buscar el hombre nuevo que pide el Evangelio. Poco a poco el hombre nuevo venía; y por vanidad o por fe creía en su regeneración todas las mañanas aquel devoto del Corazón de Jesús. Por eso el espíritu no envejecía: era el estómago, el pícaro estómago el que no hacía caso de la fervorosa contrición del pobre hombre. ¡Y que le dijeran a don Saturno que la materia no es vil y grosera!

Aquel día había recibido antes de comer un billete perfumado de su amiguita Obdulia Fandiño, viuda de Pomares. ¡Qué emoción! No quiso abrir el misterioso pliego hasta después de tomar la sopa. ¿Por qué no soñar? ¿Qué era aquello? O. F. decían dos letras enroscadas como culebras en el lema del sobre. —De parte de doña Obdulia, había dicho el criado. Aquella señora, todo *Vetusta* lo sabía, era una mujer despreocupada, tal vez demasiado; era una original... Entonces... acaso...

¿por qué no?... una cita... Ellos, al fin, se entendían algo, no tanto como algunos maliciaban, pero se entendían... Ella le miraba en la iglesia y suspiraba. Le había dicho una vez que sabía más que el Tostado, elogio que él supo apreciar en todo lo que valía, por haber leído al ilustre hijo de Ávila. En cierta ocasión ella había dejado caer el pañuelo, un pañuelo que olía como aquella carta, y él lo había recogido y al entregárselo se habían tocado los dedos y ella había dicho: «Gracias, Saturno». Saturno, sin don. Una noche en la tertulia de Visitación Olías de Cuervo, Obdulia le había tocado con una rodilla en una pierna. Él no había retirado la pierna ni ella la rodilla; él había tocado con el suyo el pie de la hermosa y ella no lo había retirado... Una cucharada de sopa se le atragantó. Bebió vino y abrió la carta.

Decía así:

«Saturnillo: usted que es tan bueno ¿querrá hacerme el obsequio de venir a esta su casa a las tres de la tarde? Le espero con...». Hubo que dar vuelta a la hoja.

–Impaciencia –pensó el sabio. Pero decía: «... Le espero con unos amigos de Palomares que quieren visitar la catedral acompañados de una persona inteligente... etc., etc.». Don Saturno se puso colorado como si estuviera en ridículo delante de una asamblea.

–No importa –se dijo– esta visita a la catedral es un pretexto.

Y añadió:

–¡Bien sabe Dios que siento la profanación a que se me invita!

Se vistió lo más correctamente que supo, y después de verse en el espejo como un Lovelace que estudia arqueología en sus ratos de ocio, se fue a casa de doña Obdulia.

Tal era el personaje que explicaba a dos señoras y a un caballero el mérito de un cuadro todo negro, en medio del cual se veía apenas una calavera de color de aceituna y el talón de un pie descarnado. Representaba la pintura a San Pablo primer ermitaño; el pintor era un vetustense del siglo diecisiete, sólo conocido de los especialistas en antigüedades de Vetusta y su provincia. Por eso el cuadro y el pintor eran tan notables para Bermúdez.

El señor de Palomares vestía un gabán de verano muy largo, de color de pasa, y llevaba en la mano derecha un jipijapa impropio de la estación, pero de cuatro o cinco onzas –su precio en La Habana– y por esto pensaba que podía usarlo todo el otoño. Se creía el señor Infanzón en el caso de comprender el entusiasmo artístico del sabio mejor que las señoras, quien por su natural ignorancia tenían alguna disculpa si no se pasmaban ante un cuadro que no se veía. Buscó alguna frase oportuna y por de pronto halló esto:

–¡Oh! ¡mucho! ¡evidentemente! ¡conforme!

Después inclinó la cabeza hacia el pecho, como para meditar, pero en realidad de verdad –estilo de Bermúdez– para descansar, con una reacción proporcionada, de la postura incómoda en que el sabio le había tenido un cuarto de hora. Por fin el del jipijapa exclamó:

–Me parece, señor Bermúdez, que ese famosísimo cuadro del ilustre...

–Cenceño.

–Pues; del ilustrísimo Cenceño; luciría más si...

–Si se pudiera ver –interrumpió la esposa del señor Infanzón.

Éste fulminó terrible mirada de reprensión conyugal y rectificó diciendo:

–Luciría más... si no estuviera un poquito ahumado... Tal vez la cera... el incienso...

–No señor; ¡qué ahumado! –respondió el sabio, sonriendo de oreja a oreja–. Eso que usted cree obra del humo es la pátina; precisamente el encanto de los cuadros antiguos.

–¡La pátina! –exclamó el del pueblo convencido–. Sí, es lo más probable. Y se juró, en llegando a Palomares, mirar el diccionario para saber qué era pátina.

En aquel momento el Magistral se acercaba a saludar a don Saturno; reconoció a Obdulia y se inclinó sonriente; pero menos sonriente que al saludar a Bermúdez. Después dobló la cabeza y parte del cuerpo ante los de Palomares que le fueron presentados por el sabio.

–El señor don Fermín De Pas, Magistral y provisor de la diócesis...

–¡Oh! ¡oh! ¡ya! ¡ya! –exclamó Infanzón, que hacía mucho admiraba de lejos al señor Magistral. La señora del lugareño manifestó deseos de besar la mano del Provisor, pero la mirada del marido la contuvo otra vez, y no hizo más que doblar las rodillas como si fuera a caerse. El Magistral hablaba en voz alta de modo que sus palabras resonaban en las bóvedas, y los demás con el ejemplo se arrimaron también a gritar. Pronto las carcajadas de Obdulia Fandiño, frescas, perladadas, como las llamaba don Saturno, llenaron el ambiente, profanado ya con el olor mundano de que había infestado la sacristía desde el momento de entrar. Era el olor del billete, el olor del pañuelo, el olor de Obdulia con que el sabio soñaba algunas veces. Mezclado al de la cera y del incienso le sabía a gloria al anticuario, cuyo ideal era juntar así los olores místicos y los eróticos, mediante una armonía o componenda, que creía él debía de ser en otro mundo mejor la recompensa de los que en la tierra habían sabido resistir toda clase de tentaciones.

Obdulia, que disimulaba mal su aburrimiento mientras se hablaba de cuadros, ojivas, arcos peraltados, dovelas y otras tonterías que no había entendido nunca, se animó con la presencia del Magistral, de quien era hija de confesión, por más que él había procurado varias veces entregarla a don Custodio, hambriento de esta clase de presas. Aquella mujer le crispaba los nervios a don Fermín; era un escándalo andando. No había más que notar cómo iba vestida a la catedral. «Estas señoras desacreditan la religión.» Obdulia ostentaba una capota de terciopelo carmesí, debajo de la cual salían abundantes, como cascada de oro, rizos y más rizos de un rubio sucio, metálico, artificial. ¡Ocho días antes el Magistral había visto aquella cabeza a través de las celosías del confesonario completamente negra! La falda del vestido no tenía nada de particular mientras la dama no se movía; era negra, de raso. Pero lo peor de todo era una coraza de seda escarlata que ponía el grito en el cielo. Aquella coraza estaba apretada contra algún armazón (no podía ser menos) que figuraba formas de una mujer exageradamente dotada por la naturaleza de los atributos de su sexo. ¡Qué brazos! ¡qué pecho! ¡y todo parecía que iba a estallar! Todo esto encantaba a don Saturno mientras irritaba al Magistral, que no quería aquellos escándalos en la iglesia. Aquella señora entendía la devoción de un modo que podría pasar en otras partes, en un gran centro, en Madrid, en París, en Roma; pero en Vetusta no. Confesaba atrocidades en tono confidencial, como podía referírselas en su tocador a alguna amiga de su estofa. Citaba mucho a su amigo el Patriarca y al campechano obispo de Nauplia; proponía rifas católicas, *organizaba* bailes de caridad, novenas y jubileos a puerta cerrada, para las personas decentes... ¡mil absurdos! El Magistral le iba a la mano siempre que podía, pero no podía siempre. Su autoridad, que era absoluta casi, no conseguía sujetar aquel azogue que se le marchaba por las junturas de los dedos. La doña Obdulita le fatigaba, le mareaba. ¡Y ella que quería seducirle, hacerle suyo como al obispo de Nauplia, aquel prelado tan fino que no se separaba de ella cuando vivieron en el hotel de la Paix, en Madrid, tabique en medio! Las miradas más ardientes, más negras de aquellos ojos negros, grandes y abrasadores eran para De Pas; los adoradores de la viuda lo sabían y le envidiaban. Pero él maldecía de aquel bloqueo.

–«Necia, ¿si creerá que a mí se me conquista como a don Saturno?»

A pesar de esta cordial antipatía, siempre estaba afable y cortés con la viuda, porque en este punto no distinguía entre amigos y enemigos. Era menester que una persona estuviese debajo de sus pies, aplastada, para que don Fermín no usase con ella de formas irreprochables. La urbanidad era un dogma para el Magistral lo mismo que para Bermúdez, pero sacaban de ella muy diferente partido.

Mientras se hablaba de lo mucho bueno que había en la catedral y el lugareño se pasmaba y su señora repetía aquellas admiraciones, Obdulia se miraba como podía, en las altas cornucopias.

El Magistral se despidió. No podía acompañar a aquellas señoras, lo sentía mucho... pero le esperaba la obligación... el coro. Todos se inclinaron.

–Lo primero es lo primero –dijo el de Palomares, aludiendo a la Divinidad y haciendo una genuflexión (no se sabe si ante la Divinidad o ante el Provisor).

Afortunadamente, según don Fermín, nada les serviría su inutilidad, mientras que Bermúdez era una crónica viva de las antigüedades vetustenses.

Don Saturno estiró las cejas y dio señales de querer besar el suelo; después miró a Obdulia con mirada seria, penetrante, como con una sonda, como diciéndole:

–Ya lo oyes; soy yo, el primer anticuario de Vetusta, según la opinión del mejor teólogo, quien se declara esclavo tuyo. Todo esto quiso decir con los ojos; pero ella no debió de entenderlo porque se despidió del Magistral dejándole el alma, por conducto de las pupilas, entre los pliegues amplios y rítmicos del manteo. De éste se despojó don Fermín, después de acercarse a un armario y muy gravemente vistió el ajustado roquete, la señoril muceta y la capa de coro.

–¡Qué guapo está! –dijo desde lejos Obdulia, mientras los lugareños admiraban con la fe del carbonero otro cuadro que alababa don Saturnino.

Dieron vuelta a toda la sacristía. Cerca de la puerta había algunos cuadros nuevos que eran copias no mal entendidas de pintores célebres. A la Infanzón debieron de agrardarle más que las maravillas de Cenceño, sin duda porque se veían mejor. Pero su prudente esposo, considerando que Bermúdez pasaba con afectado desdén delante de aquellos vivos y flamantes colores, dio un codazo a su mujer para que entendiera que por allí se pasaba sin hacer aspavientos. Entre aquellos cuadros había una copia bastante fiel y muy discretamente comprendida del célebre cuadro de Murillo *San Juan de Dios*, del Hospital de incurables de Sevilla. A la señora de pueblo le llamó la atención la cabeza del santo, que desde que se ve una vez no se olvida.

–¡Oh, qué hermoso! –exclamó sin poder contenerse.

Miró don Saturno con sonrisa de lástima y dijo:

–Sí, es bonito; pero muy conocido.

Y volvió la espalda a San Juan, que llevaba sobre sus hombros al pordiosero enfermo, entre las tinieblas.

El señor Infanzón dio un pellizco a su mujer; se puso muy colorado y en voz baja la reprendió de esta suerte:

–Siempre has de avergonzarme. ¿No ves que eso no tiene... pátina?

Salieron de la sacristía.

–Por aquí –dijo Bermúdez señalando a la derecha; y atravesaron el crucero no sin escándalo de algunas beatas que interrumpieron sus oraciones para descoser y recortar la coraza de fuego de Obdulia. La falda de raso, que no tenía nada de particular mientras no la movían, era lo más subversivo del traje en cuanto la viuda echaba a andar. Ajustábase de tal modo al cuerpo, que lo que era falda parecía apretado calzón ciñendo esculturales formas, que así mostradas, no convenían a la santidad del lugar.

–Señores, vamos a ver el Panteón de los Reyes –murmuró muy quedo el arqueólogo, que iba ya preparando sendos trocitos de su *Vetusta Goda* y de su *Vetusta Cristiana*. Y en honor de la verdad se ha de decir que un rey se le iba y otro se le venía; esto es, que los mezclaba y confundía, siendo la falda de Obdulia la causa de tales confusiones, porque el sabio no podía menos de admirar aquella atrevidísima invención, nueva en Vetusta, mediante la que aparecían ante sus ojos graciosas y significativas curvas que él nunca viera más que en sueños. Con gran pesadumbre comprendía el devoto anticuario que el contraste del lugar sagrado con las insinuaciones talaras de la Fandiño, en vez de apagar sus fuegos interiores, era alimento de la combustión que deploraba, como si a una hoguera la echasen petróleo...

Entraron en la capilla del Panteón. Era ancha, oscura, fría, de tosca fábrica, pero de majestuosa e imponente sencillez. El taconeo irrespetuoso de las botas imperiales, color bronce, que enseñaba Obdulia debajo de la falda corta y ajustada; el estrépito de la seda frotando las enaguas; el crujir del almidón de aquellos bajos de nieve y espuma que tal se le antojaban a don Saturno, quien los había visto otras veces; hubieran sido parte a despertar de su sueño de siglos a los reyes allí sepultados, a ser cierto lo que el arqueólogo dijo respecto del descanso eterno de tan respetables señores:

–Aquí descansan desde la octava centuria los señores reyes don..., y pronunció los nombres de seis o siete soberanos con variantes en las vocales, en sentir del lugareño, que, siguiendo corrupciones vulgares, decía *ue* en vez de *oi* y otros adefesios.

Estaba el del pueblo profundamente maravillado de la sabiduría y elocuencia de don Saturnino.

Dentro de una cripta cavada en uno de los muros, había un sepulcro de piedra de gran tamaño cubierto de relieves e inscripciones ilegibles. Entre el sepulcro y el muro había estrecho pasadizo, de un pie de ancho y del otro lado, a la misma distancia, una verja de hierro. En la parte interior la obscuridad era absoluta. Del lado de la verja quedaron los lugareños. Bermúdez, y en pos de él Obdulia, se perdieron de vista en el pasadizo sumido en tinieblas. Después de la enumeración de don Saturno, hubo un silencio solemne. El sabio había tosido, iba a hablar.

–Encienda usted un fósforo, señor Infanzón –dijo Obdulia.

–No tengo... aquí. Pero se puede pedir una vela.

–No señor, no hace falta. Yo sé las inscripciones de memoria... y, además, no se pueden leer.

–¿Están en latín? –se atrevió a decir la Infanzón.

–No señora, están borradas.

No se hizo la luz.

El arqueólogo habló cerca de un cuarto de hora. Recitó, fingiendo el pícaro que improvisaba, los capítulos 1.º, 2.º, 3.º y 4.º de una de sus *Vetustas* y ya iba a terminar con el epílogo que copiaremos a la letra, cuando Obdulia le interrumpió diciendo:

–¡Dios mío! ¿Habrán aquí ratones? Yo creo sentir...

Y dio un chillido y se agarró a don Saturno que, patrocinado por las tinieblas, se atrevió a coger con sus manos la que le oprimía el hombro; y después de tranquilizar a Obdulia con un apretón enérgico, concluyó de esta suerte:

–Tales fueron los preclaros varones que galardonaron con el alboroque de ricas preesas, envidiables privilegios y pías fundaciones a esta Santa Iglesia de Vetusta, que les otorgó perenne mansión ultratelúrica para los mortales despojos; con la majestad de cuyo depósito creció tanto su fama, que presto se vio siendo emporio, y gozó hegemonía, digámoslo así, sobre las no menos santas iglesias de Tuy, Dumio, Braga, Iria, Coimbra, Viseo, Lamego, Celeres, Aguas Cálidas *et sic de caeteris*.

–¡Amén! –exclamó la lugareña sin poder contenerse; mientras Obdulia felicitaba a Bermúdez con un apretón de manos, en la sombra.

Juan Valera (1824-1905)

Aunque empezó sus tareas literarias escribiendo poesía lírica, se dio a conocer como novelista cuando ya había cumplido los cincuenta años. Su concepción de la narrativa difiere de los otros escritores realistas porque, como él explica, «si las novelas reflejan la vida, ha de hacerlo de una manera idealizada y embellecida». Rechaza los excesos de la fantasía y del sentimentalismo románticos, y se esfuerza por eliminar los datos penosos y crudos de la realidad idealizando y subrayando los aspectos placenteros de la vida. Sus textos se caracterizan por su corrección, precisión, sencillez y armonía, y por su estilo refinado y académico. A veces emplea una burlona ironía, de dejos volterianos, fruto de su escepticismo.

A los cincuenta años publicó *Pepita Jiménez* (1874), novela dividida en dos partes: la primera está compuesta por una serie de cartas del seminarista Luis de Vargas a su tío, el deán de la catedral, y, en la segunda, narrada en tercera persona, cuenta el proceso de enamoramiento de Luis de Vargas hacia la joven viuda andaluza, prometida a su padre, con la que, tras grandes luchas espirituales, termina casándose felizmente.

Pepita Jiménez

El señor deán de la catedral de..., muerto pocos años ha, dejó entre sus papeles un legajo, que, rodando de unas manos en otras, ha venido a dar en las mías, sin que, por extraña fortuna, se haya perdido uno solo de los documentos de que constaba.

El rótulo del legajo es la sentencia latina que me sirve de epígrafe, sin el nombre de mujer que yo le doy por título ahora; y tal vez este rótulo haya contribuido a que los papeles se conserven, pues creyéndolos cosa de sermón o de teología, nadie se movió antes que yo a desatar el balduque ni a leer una sola página. Contiene el legajo tres partes. La primera dice: Cartas de mi Sobrino; la segunda, Paralipómenos; y la tercera, Epílogo. Cartas de mi hermano. Todo ello está escrito de una misma letra, que se puede inferir fuese la del señor deán. Y como el conjunto forma algo a modo de novela, si bien con poco o ningún enredo, yo imaginé en un principio que tal vez el señor deán quiso ejercitar su ingenio componiéndola en algunos ratos de ocio; pero, mirado el asunto con más detención y, notando la natural sencillez del estilo, me inclino a creer ahora que no hay tal novela, sino que las cartas son copia de verdaderas cartas, que el señor deán rasgó, quemó o

devolvió a sus dueños, y que la parte narrativa, designada con el título bíblico de Paralipómenos, es la sola obra del señor deán, a fin de completar el cuadro con sucesos que las cartas no refieren.

De cualquier modo que sea, confieso que no me ha cansado, antes bien me ha interesado casi la lectura de estos papeles; y como en el día se publica todo, he decidido publicarlos también, sin más averiguaciones, mudando sólo los nombres propios, para que, si viven los que con ellos se designan, no se vean en novela sin quererlo ni permitirlo.

Las cartas que la primera parte contiene parecen escritas por un joven de pocos años, con algún conocimiento teórico, pero con ninguna práctica de las cosas del mundo, educado al lado del señor deán, su tío, y en el Seminario, y con gran fervor religioso y empeño decidido de ser sacerdote.

A este joven llamaremos D. Luis de Vargas. El mencionado manuscrito, fielmente trasladado a la estampa, es como sigue.

Capítulo I

Cartas de mi sobrinho

22 de Marzo.

Querido tío y venerado maestro: Hace cuatro días que llegué con toda felicidad a este lugar de mi nacimiento, donde he hallado bien de salud a mi padre, al señor vicario y a los amigos y parientes. El contento de verlos y de hablar con ellos, después de tantos años de ausencia, me ha embargado el ánimo y me ha robado el tiempo, de suerte que hasta ahora no he podido escribir a Vd. Vd. me lo perdonará.

Como salí de aquí tan niño y he vuelto hecho un hombre, es singular la impresión que me causan todos estos objetos que guardaba en la memoria. Todo me parece más chico, mucho más chico; pero también más bonito que el recuerdo que tenía. La casa de mi padre, que en mi imaginación era inmensa, es sin duda una gran casa de un rico labrador; pero más pequeña que el Seminario. Lo que ahora comprendo y estimo mejor es el campo de por aquí. Las huertas, sobre todo, son deliciosas. ¡Qué sendas tan lindas hay entre ellas! A un lado, y tal vez a ambos, corre el agua cristalina con grato murmullo. Las orillas de las acequias están cubiertas de yerbas olorosas y de flores de mil clases. En un instante puede uno coger un gran ramo de violetas. Dan sombra a estas sendas pomposos y gigantescos nogales, higueras y otros árboles, y forman los vallados la zarzamora, el rosal, el granado y la madreSelva. Es portentosa la multitud de pajarillos que alegran estos campos y alamedas.

Yo estoy encantado con las huertas, y todas las tardes me paseo por ellas un par de horas. Mi padre quiere llevarme a ver sus olivares, sus viñas, sus cortijos; pero nada de esto hemos visto aún. No he salido del lugar y de las amenas huertas que le circundan. Es verdad que no me dejan parar con tanta visita. Hasta cinco mujeres han venido a verme que todas han sido mis amas y me han abrazado y besado.

Todos me llaman Luisito o el niño de D. Pedro, aunque tengo ya veintidós años cumplidos. Todos preguntan a mi padre por el niño, cuando no estoy presente. Se me figura que son inútiles los libros que he traído para leer, pues ni un instante me dejan solo. La dignidad de cacique, que yo creía cosa de broma, es cosa harto seria. Mi padre es el cacique del lugar. Apenas hay aquí quien acierte a comprender lo que llaman mi manía de hacerme clérigo, y esta buena gente me dice con un candor selvático que debo ahorcar los hábitos, que el ser clérigo está bien para los pobretones; pero que yo, soy un rico heredero, debo casarme y consolar la vejez de mi padre, dándole media docena de hermosos y robustos nietos.

Para adularme y adular a mi padre, dicen hombres y mujeres que soy un real mozo, muy salado, que tengo mucho ángel, que mis ojos son muy pícaros, y otras sandeces que me afligen, disgustan y avergüenzan, a pesar de que no soy tímido y conozco las miserias y locuras de esta vida, para no escandalizarme ni asustarme de nada. El único defecto que hallan en mí es el de que estoy muy delgadito, a fuerza de estudiar. Para que engorde se proponen no dejarme estudiar ni leer un papel mientras aquí permanezca, y además hacerme comer cuantos primores de cocina y de repostería se confeccionan en el lugar. Está visto: quieren cebarme. No hay familia conocida que no me haya enviado algún obsequio. Ya me envían una torta de bizcocho, ya un cuajado, ya una pirámide de piñonate, ya un tarro de almíbar.

Los obsequios que me hacen no son sólo estos presentes enviados a casa, sino que también me han convidado a comer tres o cuatro personas de las más importantes del lugar. Mañana como en casa de la famosa Pepita Jiménez, de quien Vd. habrá oído hablar sin duda alguna. Nadie ignora aquí que mi padre la pretende. Mi padre, a pesar de sus cincuenta y cinco años, está tan bien que puede poner envidia a los más gallardos mozos del lugar. Tiene además el atractivo poderoso, irresistible para algunas mujeres, de sus pasadas conquistas, de su celebridad, de haber sido una especie de D. Juan Tenorio.

No conozco aún a Pepita Jiménez. Todos dicen que es muy linda. Yo sospecho que será una beldad lugareña y algo rústica. Por lo que de ella se cuenta, no acierto a decidir si es buena o mala moralmente; pero sí que es de gran despejo natural. Pepita tendrá veinte años; es viuda; sólo tres años estuvo casada. Era hija de doña Francisca Gálvez, viuda, como Vd. sabe, de un capitán retirado, que le dejó a su muerte sólo su honrosa espada por herencia, según dice el poeta. Hasta la edad de diez y seis años vivió Pepita con su madre en la mayor estrechez, casi en la miseria. Tenía un tío llamado D. Gumersindo, poseedor de un mezquinísimo mayorazgo, de aquellos que en tiempos antiguos una vanidad absurda fundaba. Cualquiera persona regular hubiera vivido con las rentas de este mayorazgo en continuos apuros, llena tal vez de trampas y sin acertar a darse el lustre y decoro propios de su clase; pero D. Gumersindo era un ser extraordinario: el genio de la economía. No se podía decir que crease riqueza, pero tenía una extraordinaria facultad de absorción con respecto a la de los otros, y en punto a consumirla, será difícil hallar sobre la tierra persona alguna en cuyo mantenimiento, conservación y bienestar hayan tenido menos que afanarse la madre naturaleza y la industria humana.

No se sabe cómo vivió, pero el caso es que vivió hasta la edad de ochenta años, ahorrando sus rentas íntegras y haciendo crecer su capital por medio de préstamos muy sobre seguro. Nadie por aquí le critica de usurero, antes bien le califican de caritativo, porque siendo moderado en todo, hasta en la usura lo era, y no solía llevar más de un 10 por 100 al año, mientras que en toda esta comarca llevan un 20 y hasta un 30 por 100, y aún parece poco.

Con este arreglo, con esta industria, y con el ánimo consagrado siempre a aumentar y a no disminuir sus bienes, sin permitirse el lujo de casarse, ni de tener hijos, ni de fumar siquiera, llegó D. Gumersindo a la edad que he dicho, siendo poseedor de un capital, importante sin duda en cualquier punto, y aquí considerado enorme, merced a la pobreza de estos lugareños y a la natural exageración andaluza. D. Gumersindo, muy aseado y cuidadoso de su persona, era un viejo que no inspiraba repugnancia. Las prendas de su sencillo vestuario estaban algo raídas, pero sin una mancha y saltando de limpias, aunque de tiempo inmemorial se le conocía la misma capa, el mismo chaquetón y los mismos pantalones y chaleco. A veces se interrogaban en balde las gentes unas a otras a ver si alguien le había visto estrenar una prenda.

Con todos estos defectos, que aquí y en otras partes muchos consideran virtudes, aunque virtudes exageradas, D. Gumersindo tenía excelentes cualidades: era afable, servicial, compasivo, y se desvivía por complacer y ser útil a todo el mundo, aunque le costase trabajo, desvelos y fatiga, con tal de que no le costase un real. Alegre y amigo de chanzas y de burlas, se hallaba en todas las reuniones y fiestas, cuando no eran a escote, y las regocijaba con la amenidad de su trato y con su discreta, aunque poco ática conversación. Nunca había tenido inclinación alguna amorosa a una mujer determinada, pero inocentemente, sin malicia, gustaba de todas y era el viejo más amigo de requebrar a las muchachas y que más las hiciese reír que había en diez leguas a la redonda.

Ya he dicho que era tío de la Pepita. Cuando frisaba en los ochenta años, iba ella a cumplir los diez y seis. Él era poderoso, ella pobre y desvalida. La madre de ella era una mujer vulgar, de cortas luces y de instintos groseros. Adoraba a su hija, pero continuamente y con honda amargura se lamentaba de los sacrificios que por ella hacía, de las privaciones que sufría y de la desconsolada vejez y triste muerte que iba a tener en medio de tanta pobreza. Tenía además un hijo mayor que Pepita, que había sido gran calavera en el lugar, jugador y pendenciero, a quien después de muchos disgustos, había logrado colocar en la Habana en un empleillo de mala muerte, viéndose así libre de él y con el charco de por medio. Sin embargo, a los pocos años de estar en la Habana el muchacho, su mala conducta hizo que le dejaran cesante, y asaetaba a cartas a su madre pidiéndole dinero. La madre, que apenas tenía para sí y para Pepita, se desesperaba, rabiaba, maldecía de sí y de su destino con paciencia poco evangélica, y cifraba toda su esperanza en una buena colocación para su hija que la sacase de apuros.

En tan angustiosa situación, empezó D. Gumersindo a frecuentar la casa de Pepita y de su madre y a requebrar a Pepita con más ahínco y persistencia que solía requebrar a otras. Era, con todo, tan inverosímil y tan desatinado el suponer que un hombre, que había pasado ochenta años sin querer casarse, pensase en tal locura cuando ya tenía un pie en el sepulcro, que ni la madre de Pepita, ni Pepita mucho menos, sospecharon jamás los en verdad atrevidos pensamientos de D. Gumersindo. Así es que un día ambas se quedaron atónitas y pasmadas cuando, después de varios requiebros, entre burlas y veras, D. Gumersindo soltó con la mayor formalidad y a boca de jarro la siguiente categórica pregunta:

—Muchacha, ¿quieres casarte conmigo?

Pepita, aunque la pregunta venía después de mucha broma, y pudiera tomarse por broma, y aunque inexperta de las cosas del mundo, por cierto instinto adivinatorio que hay en las mujeres y sobre todo en las mozas, por candidas que sean, conoció que aquello iba por lo serio, se puso colorada como una guinda, y no contestó nada. La madre contestó por ella:

—Niña, no seas mal criada; contesta a tu tío lo que debes contestar: Tío, con mucho gusto; cuando Vd. quiera.

Este Tío, con mucho gusto; cuando Vd. quiera, entonces, y varias veces después, dicen que salió casi mecánicamente de entre los trémulos labios de Pepita, cediendo a las amonestaciones, a los discursos, a las quejas y hasta al mandato imperioso de su madre.

Veo que me extiendo demasiado en hablar a Vd. de esta Pepita Jiménez y de su historia, pero me interesa y supongo que debe interesarle, pues si es cierto lo que aquí aseguran, va a ser cuñada de Vd. y madrastra mía. Procuraré, sin embargo, no detenerme en pormenores y referir en resumen cosas que acaso Vd. ya sepa, aunque hace tiempo que falta de aquí.

Pepita Jiménez se casó con D. Gumersindo. La envidia se desencadenó contra ella en los días que precedieron a la boda y algunos meses después. En efecto, el valor moral de este matrimonio es hartamente discutible, mas, para la muchacha, si se atiende a los ruegos de su madre, a sus quejas, hasta a su mandato, si se atiende a que ella creía por este medio proporcionar a su madre una vejez descansada y libertar a su hermano de la deshonra y de la infamia, siendo su ángel tutelar y su Providencia, fuerza es confesar que merece atenuación la censura. Por otra parte, ¿cómo penetrar en lo íntimo del corazón, en el secreto escondido de la mente juvenil de una doncella, criada tal

vez con recogimiento exquisito e ignorante de todo, y saber qué idea podía ella formarse del matrimonio? Tal vez entendió que casarse con aquel viejo era consagrar su vida a cuidarle, a ser su enfermera, a dulcificar los últimos años de su vida, a no dejarle en soledad y abandono, cercado sólo de achaques y asistido por manos mercenarias, y a iluminar y dorar, por último, sus postrimerías con el rayo esplendente y suave de su hermosura y de su juventud, como ángel que toma forma humana. Si algo de esto o todo esto pensó la muchacha, y en su inocencia no penetró en otros misterios, salva queda la bondad de lo que hizo.

Como quiera que sea, dejando a un lado estas investigaciones psicológicas que no tengo derecho a hacer, pues no conozco a Pepita Jiménez, es lo cierto que ella vivió en santa paz con el viejo durante tres años; que el viejo parecía más feliz que nunca; que ella le cuidaba y regalaba con un esmero admirable, y que en su última y penosa enfermedad le atendió y veló con infatigable y tierno afecto, hasta que el viejo murió en sus brazos dejándola heredera de una gran fortuna.

Aunque hace más de dos años que perdió a su madre, y más de año y medio que enviudó, Pepita lleva aún luto de viuda. Su compostura, su vivir retirado y su melancolía son tales, que cualquiera pensaría que llora la muerte del marido como si hubiera sido un hermoso mancebo. Tal vez alguien presume o sospecha que la soberbia de Pepita y el conocimiento cierto que tiene hoy de los poco poéticos medios con que se ha hecho rica, traen su conciencia alterada y más que escrupulosa, y que, avergonzada a sus propios ojos y a los de los hombres, busca en la austeridad y en el retiro el consuelo y reparo a la herida de su corazón.

Aquí, como en todas partes, la gente es muy aficionada al dinero. Y digo mal como en todas partes: en las ciudades populosas, en los grandes centros de civilización, hay otras distinciones que se ambicionan tanto o más que el dinero, porque abren camino y dan crédito y consideración en el mundo, pero en los pueblos pequeños, donde ni la gloria literaria o científica, ni tal vez la distinción en los modales, ni la elegancia, ni la discreción y amenidad en el trato, suelen estimarse ni comprenderse, no hay otros grados que marquen la jerarquía social sino el tener más o menos dinero o cosa que lo valga. Pepita, pues, con dinero y siendo además hermosa, y haciendo, como dicen todos, buen uso de su riqueza, se ve en el día considerada y respetada extraordinariamente.

De este pueblo y de todos los de las cercanías han acudido a pretenderla los más brillantes partidos, los mozos mejor acomodados. Pero, a lo que parece, ella los desdeña a todos con extremada dulzura, procurando no hacerse ningún enemigo, y se supone que tiene llena el alma de la más ardiente devoción y que su constante pensamiento es consagrar su vida a ejercicios de caridad y de piedad religiosa.

Mi padre no está más adelantado ni ha salido mejor librado, según dicen, que los demás pretendientes, pero Pepita, para cumplir el refrán de que no quita lo cortés a lo valiente, se esmera en mostrarle la amistad más franca, afectuosa y desinteresada. Se deshace con él en obsequios y atenciones, y, siempre que mi padre trata de hablarle de amor, le pone a raya echándole un sermón dulcísimo, trayéndole a la memoria sus pasadas culpas y tratando de desengañarle del mundo y de sus pompas vanas. Confieso a Vd. que empiezo a tener curiosidad de conocer a esta mujer, tanto oigo hablar de ella. No creo que mi curiosidad carezca de fundamento, tenga nada de vano ni de pecaminoso. Yo mismo siento lo que dice Pepita, yo mismo deseo que mi padre, en su edad provecta, venga a mejor vida, olvide y no renueve las agitaciones y pasiones de su mocedad, y llegue a una vejez tranquila, dichosa y honrada. Sólo difiero del sentir de Pepita en una cosa, en creer que mi padre, mejor que quedándose soltero, conseguiría esto casándose con una mujer digna, buena y que le quisiese. Por esto mismo deseo conocer a Pepita y ver si ella puede ser esta mujer, pesándome ya algo, y tal vez entre en esto cierto orgullo de familia, que si es malo quisiera desechar, los desdenes, aunque melifluos y afectuosos, de la mencionada joven viuda.

Si tuviera yo otra condición, preferiría que mi padre se quedase soltero. Hijo único entonces, heredaría todas sus riquezas, y, como si dijéramos, nada menos que el cacicato de este lugar, pero Vd. sabe bien lo firme de mi resolución. Aunque indigno y humilde, me siento llamado al sacerdocio, y los bienes de la tierra hacen poca mella en mi ánimo. Si hay algo en mí del ardor de la juventud y de la vehemencia de las pasiones propias de dicha edad, todo habrá de emplearse en

dar pábulo a una caridad activa y fecunda. Hasta los muchos libros que Vd. me ha dado a leer y mi conocimiento de la historia de las antiguas civilizaciones de los pueblos del Asia unen en mí la curiosidad científica al deseo de propagar la fe, y me convidan y excitan a irme de misionero al remoto Oriente.

Yo creo que, no bien salga de este lugar, donde Vd. mismo me envía a pasar algún tiempo con mi padre, y no bien me vea elevado a la dignidad del sacerdocio, y aunque ignorante y pecador como soy, me sienta revestido por don sobrenatural y gratuito, merced a la soberana bondad del Altísimo, de la facultad de perdonar los pecados y de la misión de enseñar a las gentes, y reciba el perpetuo y milagroso favor de traer a mis manos impuras al mismo Dios humanado, dejaré a España y me iré a tierras distantes a predicar el Evangelio. No me mueve vanidad alguna; no quiero creerme superior a ningún otro hombre. El poder de mi fe, la constancia de que me siento capaz, todo, después del favor y de la gracia de Dios, se lo debo a la atinada educación, a la santa enseñanza y al buen ejemplo de Vd., mi querido tío.

Casi no me atrevo a confesarme a mí mismo una cosa, pero contra mi voluntad esta cosa, este pensamiento, esta cavilación, acude a mi mente con frecuencia, y ya que acude a mi mente, quiero, debo confesársela a Vd., no me es lícito ocultarle ni mis más recónditos e involuntarios pensamientos. Vd. me ha enseñado a analizar lo que el alma siente, a buscar su origen bueno o malo, a escudriñar los más hondos senos del corazón, a hacer, en suma, un escrupuloso examen de conciencia.

He pensado muchas veces sobre dos métodos opuestos de educación: el de aquéllos que procuran conservar la inocencia, confundiendo la inocencia con la ignorancia y creyendo que el mal no conocido se evita mejor que el conocido, y el de aquéllos que, valerosamente y no bien llegado el discípulo a la edad de la razón, y salva la delicadeza del pudor, le muestran el mal en toda su fealdad horrible y en toda su espantosa desnudez, a fin de que le aborrezca y le evite. Yo entiendo que el mal debe conocerse para estimar mejor la infinita bondad divina, término ideal e inasequible de todo bien nacido deseo. Yo agradezco a Vd. que me haya hecho conocer, como dice la Escritura, con la miel y la manteca de su enseñanza, todo lo malo y todo lo bueno, a fin de reprobado lo uno y aspirar a lo otro, con discreto ahínco y con pleno conocimiento de causa. Me alegro de no ser cándido, y de ir derecho a la virtud, y en cuanto cabe en lo humano, a la perfección, sabedor de todas las tribulaciones, de todas las asperezas que hay en la peregrinación que debemos hacer por este valle de lágrimas, y no ignorando tampoco lo llano, lo fácil, lo dulce, lo sembrado de flores que está, en apariencia, el camino que conduce a la perdición y a la muerte eterna.

Otra cosa que me considero obligado a agradecer a Vd., es la indulgencia, la tolerancia, aunque no complaciente y relajada, sino severa y grave, que ha sabido Vd. inspirarme para con las faltas y pecados del prójimo. Digo todo esto porque quiero hablar a Vd. de un asunto tan delicado, tan vidrioso, que apenas hallo términos con que expresarle. En resolución, yo me pregunto a veces: este propósito mío ¿tendrá por fundamento, en parte al menos, el carácter de mis relaciones con mi padre? En el fondo de mi corazón, ¿he sabido perdonarle su conducta con mi pobre madre, víctima de sus liviandades?

Lo examino detenidamente y no hallo un átomo de rencor en mi pecho. Muy al contrario: la gratitud le llena todo. Mi padre me ha criado con amor, ha procurado honrar en mí la memoria de mi madre, y se diría que, al criarme, al cuidarme, al mimarme, al esmerarse conmigo cuando pequeño, trataba de aplacar su irritada sombra, si la sombra, si el espíritu de ella, que era un ángel de bondad y de mansedumbre, hubiera sido capaz de ira. Repito, pues, que estoy lleno de gratitud hacia mi padre; él me ha reconocido, y, además, a la edad de diez años me envió con Vd., a quien debo cuanto soy.

Si hay en mi corazón algún germen de virtud, si hay en mi mente algún principio de ciencia, si hay en mi voluntad algún honrado y buen propósito, a Vd. lo debo.

El cariño de mi padre hacia mí es extraordinario, es grande, la estimación en que me tiene, inmensamente superior a mis merecimientos. Acaso influya en esto la vanidad. En el amor paterno

hay algo de egoísta, es como una prolongación del egoísmo. Todo mi valer, si yo le tuviese, mi padre le consideraría como creación suya, como si yo fuera emanación de su personalidad, así en el cuerpo como en el espíritu. Pero, de todos modos, creo que él me quiere y que hay en este cariño algo de independiente y de superior a todo ese disculpable egoísmo de que he hablado.

Siento un gran consuelo, una gran tranquilidad en mi conciencia, y doy por ello las más fervientes gracias a Dios, cuando advierto y noto que la fuerza de la sangre, el vínculo de la naturaleza, ese misterioso lazo que nos une, me lleva, sin ninguna consideración del deber, a amar a mi padre y a reverenciarle. Sería horrible no amarle así y esforzarse por amarle para cumplir con un mandamiento divino. Sin embargo, y aquí vuelve mi escrúpulo: mi propósito de ser clérigo o fraile, de no aceptar o de aceptar sólo una pequeña parte de los cuantiosos bienes que han de tocarme por herencia y de los cuales puedo disfrutar ya en vida de mi padre, ¿proviene sólo de mi menosprecio de las cosas del mundo, de una verdadera vocación a la vida religiosa, o proviene también de orgullo, de rencor escondido, de queja, de algo que hay en mí que no perdona lo que mi madre perdonó con generosidad sublime?

Esta duda me asalta y me atormenta a veces, pero casi siempre la resuelvo en mi favor, y creo que no soy orgulloso con mi padre, creo que yo aceptaría todo cuanto tiene si lo necesitara, y me complazco en ser tan agradecido con él por lo poco como por lo mucho.

Adiós tío: en adelante escribiré a Vd. a menudo y tan por extenso como me tiene encargado, si bien no tanto como hoy, para no pecar de prolijo.

Emilia Pardo Bazán (1851-1921)

Calificada como la paisajista de las tierras de Galicia, Emilia Pardo Bazán condesa de Pardo Bazán –novelista, periodista, ensayista, crítica literaria, poetisa, dramaturga, traductora, editora, catedrática y conferenciante– fue introductora del naturalismo en España. En sus diversas obras y, especialmente en los ensayos titulados *La cuestión palpitante* muestra su admiración por los naturalistas franceses, su atracción por la novela rusa y su afán por conjugar el realismo con la tradición de los clásicos españoles como *La Celestina* y *El Quijote*. En todas sus creaciones demuestra un permanente espíritu de observación psicológica unido a una honda interpretación de los mensajes de la naturaleza.

Un viaje de novios (1881) fue un primer acercamiento al realismo-naturalismo. En esta obra narra las consecuencias de un desafortunado matrimonio entre un funcionario aprovechado y una ingenua joven, Lucía, quien, tras la unión, se ve sometida a la progresiva oposición entre sus deseos y realidad. En esta obra se pone de manifiesto, sobre todo, la habilidad para dibujar el perfil de una joven hija única de un tendero de ultramarinos enriquecido. Constituye uno de sus mejores retratos de la escritora gallega.

*Un viaje de novios*²⁰

- I -

Que la boda no era de gentes del gran mundo, conocíase a tiro de ballesta, a la primera ojeada. No hay duda que los desposados podían alternar con la más selecta sociedad, al menos por su aspecto exterior; pero la mayoría del acompañamiento, el coro, pertenecía a la clase media, en el límite en que casi se funde con la masa popular. Había grupos curiosos y dignos de examen, ofreciendo el andén de la estación de León golpe de vista muy interesante para un pintor de género y costumbres.

Ni más ni menos que en los países de abanico cuyas mitológicas pinturas representan nupcias, se notaba allí que el séquito de la novia lo componían hembras, y sólo individuos del sexo fuerte formaban el del novio. Advertíase asimismo gran diferencia entre la condición social de uno y otro cortejo. La escolta de la novia, mucho más numerosa, parecía poblado hormiguero: viejas y mozas llevaban el sacramental traje de negra lana, que viene a ser como uniforme de ceremonia para la mujer de clase inferior, no exenta, sin embargo, de ribetes señoriles: que el pueblo conserva aun el privilegio de vestirse de alegres colores en las circunstancias regocijadas y festivas.

Entre aquellas hormigas humanas habíalas de pocos años y buen palmito, risueñas unas y alborotadas con la boda, otras quejumbrosicas y encendidos los ojos de llorar, con la despedida. Media docena de maduras dueñas las autorizaban, sacando de entre el velo del manto la nariz, y girando a todas partes sus pupilas llenas de experiencia y malicia. Todo el racimo de amigas se

²⁰ Pardo Bazán, Emilia, *Un viaje de novios*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmckk977>).

apiñaba en torno de la nueva esposa, manifestando la pueril y ávida curiosidad que despierta en las multitudes el espectáculo de las situaciones supremas de la existencia. Se estaban comiendo a miradas a la que mil veces vieran, a la que ya de memoria sabían: a la novia, que con el traje de camino se les figuraba otra mujer, diversísima de la conocida hasta entonces.

Contaría la heroína de la fiesta unos diez y ocho años: aparentaba menos, atendiendo al mohín infantil de su boca y al redondo contorno de sus mejillas, y más, consideradas las ya florecientes curvas de su talle, y la plenitud de robustez y vida de toda su persona. Nada de hombros altos y estrechos, nada de inverosímiles caderas como las que se ven en los grabados de figurines, que traen a la memoria la muñeca rellena de serrín y paja; sino una mujer conforme, no al tipo convencional de la moda de una época, pero al tipo eterno de la forma femenina, tal cual la quisieron natura y arte. Acaso esta superioridad física perjudicaba un tanto al efecto del caprichoso atavío de viaje de la niña: tal vez se requería un cuerpo más plano, líneas más duras en los brazos y cuello, para llevar con el conveniente desenfado el traje semimasculino, de paño marrón, y la toca de paja burda, en cuyo casco se posaba, abiertas las alas, sobre un nido de plumas, tornasolado colibrí. Notábase bien que eran nuevas para la novia tales extrañezas de ropaje, y que la ceñida y plegada falda, el casaquín que modelaba exactamente su busto le estorbaban, como suele estorbar a las doncellas en el primer baile la desnudez del escote: que hay en toda moda peregrina algo de impúdico para la mujer de modestas costumbres.

Además, el molde era estrecho para encerrar la bella estatua, que amenazaba romperlo a cada instante, no precisamente con el volumen, sino más bien con la libertad y soltura de sus juveniles movimientos. No se desmentía en tan lucido ejemplar la raza del recio y fornido anciano, del padre que allí se estaba derecho, sin apartar de su hija los ojos. El viejo, alto, recto y firme, como un poste del telégrafo, y un jesuita bajo y de edad mediana, eran los únicos varones que descollaban entre el consabido hormiguero femenil.

Al novio le rodeaban hasta media docena de amigos: y si el séquito de la novia era el eslabón que une a clase media y pueblo, el del novio tocaba en esa frontera, en España tan indeterminada como vasta, que enlaza a la mesocracia con la gente de alto copete. Cierta gravedad oficial, la tez marchita y como ahumada por los reverberos, no sé qué inexplicable matiz de satisfacción optimista, la edad tirando a madura, signos eran que denotaban hombres llegados a la meta de las humanas aspiraciones en los países decadentes: el ingreso en las oficinas del Estado. Uno de ellos llevaba la voz, y los demás le manifestaban singular deferencia en sus ademanes. Animaba aquel grupo una jovialidad retozona, contenida por el empaque burocrático: hervía también allí la curiosidad, menos ingenua y descarada, pero más aguda y epigramática que en el hormiguero de las amigas. Había discretos cuchicheos, familiaridades de café indicadas por un movimiento o un codazo, risas instantáneamente reprimidas, aires de inteligencia, puntas de puros arrojadas al suelo con marcialidad, brazos que se unían como en confidencia tácita. La mancha clara del sobretodo gris del novio se destacaba entre las negras levitas, y su estatura aventajada dominaba también las de los circunstantes.

Medio siglo menos un lustro, victoriosamente combatido por un sastre, y mucho aliño y cuidado de tocador; las espaldas queriendo arquearse un tanto sin permiso de su dueño; un rostro de palidez trasnochadora, sobre el cual se recortaban, con la crudeza de rayas de tinta, las guías del engomado bigote; cabellos cuya rareza se advertía aún bajo el ala tersa del hongo de fieltro ceniza; marchita y abolsada y floja la piel de las ojeras; terroso el párpado y plúmbea la pupila, pero aún gallarda la apostura y esmeradamente conservados los imponentes restos de lo que antaño fue un buen mozo, esto se veía en el desposado. Quizás ayudaba el mismo primor del traje a patentizar la madurez de los años: el luengo sobretodo ceñía demasiado el talle, no muy esbelto ya; el fieltro, ladeado gentilmente, pedía a gritos las mejillas y sienes de un mancebo. Pero, así y todo, entre aquella colección de vulgares figuras de provincia, tenía la del novio no sé qué tufillo cortesano, cierto desenfado de hombre hecho a la vida ancha y fácil de los grandes centros, y la soltura de quien no conoce escrúpulos, ni se para en barras cuando el propio interés está en juego. Hasta se distinguía del grupo de sus amigos, por la reserva de buen género con que acogía las insinuaciones y bromas *sotto voce*, tan adecuadas al carácter mesocrático de la boda.

Anunciaba ya la máquina con algún silbido la próxima marcha; acelerábase en el andén el movimiento que la precede, y temblaba el suelo bajo la pesadumbre de los rodantes camiones, cargados de bultos de equipaje. Oyose por fin el grito sacramental de los empleados. Hasta entonces las gentes de la despedida habían conversado en voz queda, confidencialmente, por parejas: el cercano desenlace pareció reanimarlas, desencantarlas, mudando la escena en un segundo. Corrió la novia a su padre, abiertos los brazos, y el viejo y la niña se confundieron en un abrazo largo, verdadero, popular, abrazo en que crujían los huesos y el aliento se acortaba. Salían de las bocas, casi unidas, entrecruzadas y rápidas frases.

–Que escribas... cuidado me llamas... todos los días, ¿eh? No bebas agua fría cuando estés sudando... Tu marido lleva dinero... pedid más si se acaba.

–No se aflija usted, señor... Yo haré por volver pronto... Cuídese usted mucho, por Dios... atienda usted al asma... Vaya usted de tiempo en tiempo a ver al señor de Rada... Si tiene usted algo, un telegrama volando... ¿Palabra de honor?

Después vinieron los apretones, los besucones, los pucheros del acompañamiento femenino, y el último encargo, y el último deseo...

–Dios os haga dichosos... como patriarcas...

–San Rafael te acompañe, hija.

–¡Quién como tú, chica!, ¡a Francia en un vuelo!

–No te olvides de mi abrigo... ¿Van en el mundo las medias? ¿Confundirás los hilos?

–Mira que las tiras bordadas no sean de ojales, que de esas ya las hay por acá.

–Abre bien esos ojazos, míralo todito, ¡y después nos contarás cada cosa!...

–Padre Urtazu –dijo la desposada llegándose al que su negra faja declaraba por jesuita, y, asiéndole la mano, sobre la cual cayeron a un tiempo sus labios y dos lágrimas, claras como agua–, pida usted a Dios por mí...

Y acercándose más, añadió bajito:

–Que si papá tiene algo, me lo avise usted, usted ¿verdad? Yo le enviaré a usted las señas de todas partes donde nos detengamos... No me lo descuide usted; ¿irá usted de vez en cuando a ver cómo lo pasa? Se queda el pobre tan solito...

Alzó el jesuita la cabeza y fijó en la niña sus ojos levemente bizcos, como son los de las personas hechas a concentrar y sujetar la mirada. Y con la vaga sonrisa distraída de las gentes meditabundas, y en el propio tono confidencial: –Vete en paz, y Dios Nuestro Señor te acompañe, que es buen acompañante –contestó–. Ya he rezado por ti el itinerario, para que volvamos tan sanos y satisfechos...

Acuérdate de lo que te avisé, chiquilla; ahora ya somos, como quien dice, una señora casada y de respeto; y aunque nos parece que todo se va a volver florecicas y mieles en el nuevo estado, y nos largamos por esos mundos a echar canas al aire y divertirnos... ¡cuidadito, cuidadito!, puede que donde menos se piense salte la liebre, y tengamos rabieta, y pruebecitas y trabajos que no tuvimos de niños... No ser tonta entonces... ¿eh? Ya sabemos que Aquel que anda por allá arriba moviendo aquellas estrellas tan preciosas, es el único que nos entiende y nos consuela cuando a Él le parece... mira, en vez de tanto trapo como has metido en las maletas, mete paciencia, ¡chiquilla! mete paciencia. Es mejor aún que el árnica y los emplastos...; si a quien era tan grande le hizo falta para aguantar aquella cruz, tú que eres chiquitita...

Durara aún la homilía, acompañada de blandos golpecitos en los hombros, a no interrumpirla la trepidación del tren, brusca como la realidad. Prodújose confusión momentánea. Se apresuró el novio a despedirse de todo el mundo con cierta llaneza cordial, donde ojos expertos podían advertir matices de afectación y superioridad protectora. Al suegro abrazó con un solo abrazo, y recostole en el hombro la mano, pulcramente calzada con guante de castor, color bronce.

–Escriba usted si se enferma la chica –suplicó con paternal angustia, preñado de lágrimas los ojos, el viejo–. Pierda usted cuidado, señor Joaquín..., ¡no hay que afectarse, vamos!, cuenta con esa salud... Adiós, Mendoya, adiós, Santián... Gracias, gracias. Señor gobernador de la provincia, a mi vuelta, reclamo esas ofrecidas botellas de Pedro Jiménez... ¡No se haga usted el olvidadizo! Lucía, hay que subirse: el tren andará en seguida, y las señoras no pueden... Y con ademán cortés y discreto ayudó a subir a la novia, empujándola levemente por el talle. Después saltó él, sin casi apoyarse en el estribo, arrojando antes el puro a medio fumar.

Ya oscilaba la férrea culebra cuando él penetró en el departamento, cerrando la portezuela tras de sí. El compasado balance fue acelerándose, y el tren completo cruzó ante las gentes de la despedida, dejándoles en los ojos confusos torbellino de líneas, de colores, de números, la visión rápida de las cabezas asomadas a todas las ventanillas. Algún tiempo se distinguió la cara de Lucía, sofocada y bañada en llanto, y su pañuelo que se agitaba, y oyose su voz diciendo: Adiós, papá..., padre Urtazu, adiós, adiós... Rosario... Carmen..., abur... Al fin se perdió todo en la distancia, la escamosa sierpe del tren revelose a lo lejos por una mancha oscura, luego por desmadejado penacho de turbio vapor, que presto se disipó también en el ambiente. Más allá del andén, extrañamente silencioso ya, resplandecía el cielo claro, de acerado azul; se extendían monótonas las interminables campiñas; los rieles señalaban como arrugas en la árida faz de la tierra. Un gran silencio pesaba sobre la estación. Quedáronse inmóviles los acompañantes, como sobrecogidos por el aturdimiento de la ausencia.

Fueron los amigos del novio los primeros en moverse y hablar. Se despidieron del padre con rápidos apretones de mano y frases triviales de sociedad, un tanto descuidadas en la forma, como dirigidas de superior a inferior; tras de lo cual, el pelotón entero tomó el camino de la ciudad, reanudando la broma y algazara.

Por su parte, el séquito de la novia empezó a animarse también, y a vueltas de algún suspiro y de limpiarse los ojos con los pañuelos y aun con el dorso de la mano, fueron rebullendo los grupos de hormigas negras, con ánimo de abandonar el andén. La incontrastable fuerza de los hechos las empujaba a la vida real. Hasta el padre sacudió la cabeza, alzó con elocuente resignación los hombros, y rompió el primero a andar. A su lado iba el jesuita, que estiraba su corta estatura para hablarle, sin conseguir, a pesar de sus laudables esfuerzos, que el cerquillo de su corona pasase más allá de los atléticos hombros del viejo afligido.

–¡Vaya, señor Joaquín –decía el padre Urtazu–, que ahora sienta bien esa cara de Viernes Santo! ¡No parece sino que a la chica se la llevan robada y que usted no es gustoso en el enlace! ¡Pues estamos buenos, hombre! ¿No ha sido usted mismo, desgraciado, quien resolvió este casorio? ¿A qué vienen los gimoteos?

–¡Y si en todo lo que uno hace estuviese seguro del acierto! –pronunció con ahogada voz el señor Joaquín, balanceando su cuello de toro.

–Eso se mira antes..., ¡pero teníamos tanta prisa..., tanta prisa, que no sé para qué sirven esos pelos blancos y esos añitos que llevamos acuestas! Lo mismito estábamos que los chicos de mi clase cuando les ofrezco contarles algo, que se les despierta la curiosidad... y no les cabe en el cuerpo la impaciencia. A fe de Alonso, que parecía usted la novia... digo, no; porque la novia, maldito el apuro que...

–¡Ay padre! ¿Si tendría usted razón? Usted quería diferir la boda...

–No, poco a poco; cepitos quedos, amigo: yo quería no hacerla. Soy muy claro.

El señor Joaquín se puso más tétrico aún.

–¡Por vida de la Constitución! ¡Qué aprieto y qué compromiso es para un padre!...

–Tener hijas –concluyó el jesuita con su vaga sonrisa, adelantando el belfo labio, en mueca de benévolo desdén. Y añadió–: El peor aprieto es ser más terco que una mula, con perdón sea dicho, y creer que el pobre Padre Urtazu sólo entiende de sus piedras y de sus astros y de su microscopio, y es un bolonio, un simplón, para aconsejar en la vida...

–No me aflija usted más, Padre. Harto tendré con no ver a Lucía en qué sé yo qué tiempo. Sólo me faltaba que también salga mal la cosa, y que pase ella penas...

–Bueno, bueno. Déjese de eso ya: a lo hecho, pecho. Esto de matrimonios, sólo lo ata y lo desata el de arriba. ¿Y quién sabe si saldrá muy bien, a pesar de todos mis agüeros y mis necesidades? Porque ¿quién soy yo sino un cegato, un miope? ¡Bah! Esto es como lo que pasa con el microscopio. Mira usted una gota de agua a simple vista ¡y parece tan clara!, vamos, que dan ganas de bebérsela. Pero aplique usted aquellos lenticicos y... ¡zas, zis!, ya se encuentra usted con los bicharracos y las bacterias que bailan dentro un rigodón... Pues el que anda por allá, encimita de las nubes, también ve cosas que a los bobos de por acá nos parecen tan sencillas... y para él tienen su quid... ¡Bah, bah!, él se encargará de arreglarnos las cosas... nosotros, ni que nos empeñemos.

–Lleva usted razón... Dios sobre todo –aprobó el señor Joaquín, arrancando doliente suspiro de la vasta cavidad de su pecho–. Esta noche, con el mal rato, la condenada asma va a darme qué hacer... Encuentro ya la respiración muy corta. Dormiré, si duermo, casi incorporado.

–Llame, llame a ese mala cabeza de Rada... tiene mucho acierto –murmuró el jesuita considerando compadecido, a la luz oblicua del sol de otoño, la inyectada tez y los ojos edematosos del viejo.

Mientras el acompañamiento desfilaba, con lentitud de duelo, por las calles mal empedradas de León, el tren corría, corría, dejando atrás las interminables alamedas de chopos que parecen un pentagrama donde fuesen las notas verde claro, sobre el crudo tono rojizo de las llanadas. Hecha Lucía un ovillo en la esquina del departamento, sollozaba sin amargura, con algún hipo, con vehemente llanto de niña inconsolable. Bien comprendía el novio que le tocaba decir algo, mostrarse afectuoso, compartir aquel primer dolor, ponerle término; mas hay en la vida situaciones especiales, casos en que no tropieza ni se embaraza la gente sencilla, y en que acaso el hombre de mundo y experiencia se convierte en doctrino. Preferible es en ocasiones un adarme de corazón a una arroba de habilidad; donde fracasan las huecas fórmulas, vence el sentimiento, con su espontánea elocuencia. A fuerza de quebrarse los cascos ideando manera de anudar el diálogo con su esposa, ocurriole al novio aprovechar una circunstancia insignificante.

–Lucía –le dijo en voz algo turbada– múdate de ventanilla, hija mía, córrete acá; ahí te da el sol de lleno, y es tan malsano...

Levantose Lucía con automática rigidez, pasó al lado opuesto del departamento, y dejándose caer de golpe, tornó a cubrir el semblante con el fino pañuelo, y se oyeron otra vez sus sollozos y el anhelar de su seno juvenil.

Levemente frunció el ceño el novio, que no en vano había corrido cuarenta y pico de años de la vida cercado de gentes de festivo humor y fácil trato y huyendo de las escenas de lagrimitas y de lástimas y disgustos que alteraban por extraño modo el equilibrio de sus nervios, desagradándole como desagrada a las gentes de mediano nivel intelectual el sublime horror de la tragedia. Al gesto con que manifestó su impaciencia, siguió un alzar de hombros que claramente quería decir: «Caiga el chubasco, que el aguase agota también, y tras de la lluvia viene el buen tiempo». Resuelto, pues, a aguardar que descargase la nube, dio comienzo a minucioso examen de sus enseres de camino, enterándose de si abrochaban bien las hebillas del correa de la manta, y de si su bastón y paraguas iban en debida y conveniente forma liados con el quitasol de Lucía. Cerciorose asimismo de que una cartera de cuero de Rusia y plateados remates que pendiente de una correa llevaba terciada al costado, abría y cerraba fácilmente con la llavecica de acero, que volvió a guardar en el bolsillo del chaleco, con cuidado sumo. Después sacó de las hondas faltriqueras del sobretodo el Indicador de los Caminos de Hierro, y con el dedo índice, fue recorriendo las estaciones del itinerario de viaje.

José María de Pereda (1833-1906)

Viajero y de ideología conservadora, fue diputado carlista. El cariño a su tierra, a su paisaje montañoso y a su mar determinó que sus novelas tuvieran mayores contenidos descriptivos que relatos narrativos. Contó con la amistad de Galdós, pese a su ideología política conservadora.

Inicialmente, en sus *Escenas montañosas* mostró sus dotes de observador y su inclinación al realismo. Más tarde fue insertando los moldes costumbristas para expresar su visión enamorada del paisaje y de las gentes de la montaña, con sus pasiones y su lenguaje característico. Si en sus primeras novelas opuso la paz y la ignorancia de la gente rústica con las estratagemas y zancadillas políticas de la vida moderna, después, su *Peñas arriba* (1895), con su estilo bucólico, descriptivo y castizo dio prueba de una notable capacidad descriptiva y, a veces, épica.

En *Peñas arriba*, el protagonismo, más que los personajes, lo ejerce el paisaje montañoso, y, por lo tanto, es una novela de escasa narración y más descriptiva. Cuenta la estancia de Marcelo en casa de su tío Celso en Tablanca durante un invierno, y donde, tras diferentes excursiones y conversaciones con sus habitantes, se entusiasma con su impresionante naturaleza, participa en la cacería de un oso y sobrevive a un temporal de nieve. Tras el fallecimiento de su tío, contrae matrimonio y permanece allí hasta su fallecimiento.

*Peñas arriba*²¹

- I -

Las razones en que mi tío fundaba la tenacidad de su empeño eran muy juiciosas, y me las iba enviando por el correo, escritas con mano torpe, pluma de ave, tinta rancia, letras gordas y anticuada ortografía, en papel de barbas comprado en el estanquillo del lugar. Yo no las echaba en saco roto precisamente; pero el caso, para mí, era de meditar mucho y, por eso, entre alegrar él y meditar y responderle yo, se fue pasando una buena temporada.

La primera carta en que trató del asunto fue la más extensa de las ocho o diez de la serie. Temía colarse en él de sopetón, y me preparaba el camino para sus fines, «tomando las cosas desde muy atrás, y como si nos tratáramos entonces, aunque de lejos, por primera vez».

«Mucho le estorbaba la pluma entre los dedos», y bien lo revelaban la rudeza de los trazos, la desigualdad de las letras y las señales de más de un borrón lamido en fresco o extendido con el canto de la mano; «pero con paciencia y buena voluntad se vencían los imposibles».

²¹ Pereda, José María de, *Peñas arriba*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcfb4z8>).

«Tus abuelos paternos –me escribía–, no lograron otros hijos que tu padre y yo. Yo fui el mayorazgo, y como tal, aquí arraigué desde el punto y hora en que nací. Tu padre, como más necesitado, echose al mundo, y rodando mucho por él, adquirió buenos caudales y una mujer que no había oro con qué pagarla. De esta traza me la pintó cuando vino a darme cuenta de sus proyectos matrimoniales, y a tomar posesión, en pura chanza, de la pobreza que le correspondía por herencia libre de tus abuelos. Fuese a los pocos días de haber venido, y no he vuelto ni volveré a verle más en la tierra. Dios le tenga en eterno descanso.

También yo me casé andando los días, y tuve mujer buena, e hijos que el Señor me iba quitando a medida que me los daba. Con el último de ellos se llevó a su madre. ¡Bendita y alabada sea su divina voluntad, hasta en aquello con que humanamente nos agobia y atribula! Como aún no era yo propiamente viejo y me sentía fuerte, y en estas angosturas y asperezas del terruño hallaban pasto y solaz abundante las cortas ambiciones de mi espíritu, aprendí a arrastrar con valentía la cruz de mis dolores, y hasta logré olvidarme, tiempo andando, de que la llevaba auestas: vamos, que me hice a la carga, y volví a ser el hombre de buen contentar y apegado a la tierra madre como la yedra al morio. De tarde en tarde nos escribíamos mi hermano y yo, y de este modo supo él mis venturas y desventuras, y yo tu nacimiento y el de tu hermana, el casamiento de ésta después con un americano rico que se la llevó a su tierra, la muerte de tu madre y los rumbos que tomabas con los libros de las aulas, según ibas esponjándote y haciéndote hombre.

Una vez dio en faltarme carta vuestra más de lo acostumbrado, que era bien poco, y la primera que tuve al cabo de los meses fue tuya y para decirme que tu padre se había muerto de un tabardillo enconado, o cosa por este arte. Ausente tu hermana y cargada de familia y de bienes en la otra banda, quedábaste solo en la de acá, y aticuenta que en el mundo, aunque con medios de fortuna para bracear a tus anchas en él. Lo mismo que yo, salvo la comparanza de gentes y lugares. Te brindé con éste mío, desconfiando mucho, en verdad se diga, de que me quisieras el envite, hecho de todo corazón, porque barruntaba tu modo de vivir y conocía tu estampa por retratos que me habías ido mandando. Ni el uno ni la otra se amañaban bien con la pobreza y rustiquez de estos andurriales; me parecía a mí. Y no iba el parecer fuera de camino, porque eso resultó de tu respuesta, bien desentrañadas sus finezas y cortesías. Desde entonces fueron peras de a libra las cartas entre nosotros dos. Tú corriendo la Ceca y la Meca, y yo firme y agarrado a estos peñascales como barda montuna. Y así hemos ido tirando tan guapamente: tú sin acordarte dos veces al año del santo de mi nombre, y yo sin apurarme por ello cosa mayor, porque mientras tuve salud, tuve alegría, y a la luz de ella me tenía por bien acompañado con vivir entre estas gentes y estos riscos y hasta sus alimañas, que me parecían ya, a fuerza de verlos y palparlos, carne de mis huesos y sangre de mis propias venas. Pero tú eras mozo y tenías mucho tiempo y mucha tierra por delante; yo viejo y con muy pocas fantasías en la cabeza, y no sobrado de calor en la masa de la sangre; los muchos años hicieron al cabo una de las tuyas, y ayer mañana, como quien dice, una pizca de nada, un sorbo de leche más de los acostumbrados, el aire de una puerta, el aletazo de un mosquito, me acaldó en la cama.

Tardé en salir de ella, y salí como para entrar en la sepultura. El roble se bamboleaba como si le faltara la tierra que le sostenía, o se te despegaran de ella las raíces, o no pudiera con el peso de su propio ramaje. Ya me dan anseo las cuevas arriba con solo mirarlas, y la mano que ayer venteaba gustosa el apero o el hacha con que yo me entretenía en la tierra de labor o en la espesura del monte, hoy me pide el paluco del tullido, como el puntal de sostén el jastial resquebrajado; y lo que es peor que todo ello, que el ánimo va cantando al son de la osamenta que se descuajaringa y no puede ya con el pellejo. En suma, hombre: que, en un dos por tres, y cuando menos lo esperaba, di el bajón que había de dar más tarde o más temprano. Es de ley que la tierra llame a lo que es suyo, y a mí no cesa de llamarme unos días hace. No te diré que tenga miedo, propiamente miedo, a ese vocerío que no calla día ni noche; pero es la verdad que a estas horas quisiera verme algo más acompañado de lo que me veo en la soledad en que me hallo. Soledad digo, porque con estar cada cosa de estos lugares en el punto en que siempre estuvo, y con ser estas buenas gentes lo que siempre fueron para mí, ahora resulta que tengo codicia de algo que me llegue más adentro que todo ello, por lo mismo que lo hay y sé por dónde anda. Sí, hombre, sí: has de saberte que toda la ley que tuve a mis hijos, y a su madre, y a tu padre, y a los míos, y

que por tantos años ha estado como dormida en lo más hondo del corazón, se me ha despertado de repente, cebando su hambre envejecida en la única carne de la nuestra que conoce: en ti, para que lo sepas de una vez. Porque tu hermana, a la distancia que está de nosotros, es para el caso como si ya no viviera, y no quiero tener por de la casta nuestra a dos sobrinos segundos míos, por parte de mi madre: dos bigardones de mala catadura y peor vivir. Hace no mucho tiempo bajaron de su pueblo a pedirme "algo", a tales horas y en tales términos, que tuve que darles el «Dios vos ampare» con la escopeta echada a la cara. Primera y única vez que los he visto.

Pues bueno, y para fin y remate del camino que traigo y ya me cansa: creo que si tú te animaras y me dieras el regalo de tu compañía en esta casona, el vocear de la tierra me sería más llevadero. No hay cosa mayor con qué tentarte entre estos solitarios despeñaderos, a ti que estás avezado a las pompas y regalos de la corte; pero a todo se hacen los hombres cuando se empeñan en ello, sin contar con que también aquí hay su sol correspondiente; y aunque es cierto que tarda un poco por la mañana en trasponer los picachos que rodean el lugar, una vez arriba alumbra y calienta y regocija el ánimo como el sol más majo de cualquiera parte. Además, tu destierro no podría durar mucho por razones que yo me sé; y por último y finiquito, con salir de él en cuanto no pudieras resistirle, estaba el cuento acabado para ti.

Ítem más: tengo ciertos planes en el magín, que me dan mucho que hacer. ¿Qué hombre anda sin ellos en mi caso? No tengo herederos forzosos, y no deja de haber en casa algo que echar a perder de mi propia pertenencia; algo que irá a parar Dios sabe adónde, si en mis últimas y postreras no topo al alcance de la vista con un ser que me haga un poco de cosquilleo en las entretelas del corazón.

Por supuesto, que no trato de encender tu codicia con estas indirectas. ¡A buena parte iría! Pero es bien que todo se estipule y se tenga presente en horas como las que han empezado a correr para mí. En fin, hombre, ámate a venir por acá; y si no puedes hacerlo por gusto, hazlo por caridad de Dios».

Menos lo del «bajón» y sus consecuencias, todo lo que mi tío me contaba en esta carta me lo tenía yo bien sabido; y sabía también, por lo que se deducía fácilmente de su anterior y escasa correspondencia con nosotros y lo poco que me había dicho mi padre, que su hermano Celso era un hombre campechano, de escasas letras y excelente corazón, agudo de magín y un tanto marrullero, como buen montañés, y más cuidadoso del cultivo y prosperidad de sus tierras y ganados, que del fomento de su cariño a la familia que le quedaba; dejadez que a ratos tocaba en una indiferencia que parecía rayana del absoluto olvido. Menos que de mi tío sabía yo de su tierra nativa y de nuestra casa solar, no tanto por culpa de mi poca curiosidad sobre estos particulares, como por obra de una de las flaquezas más salientes de mi padre. Le llamaban más la atención los apellidos que las condiciones personales de «los nuestros»: así es que, al preguntarle por la vida y milagros de cualquiera de ellos, en lugar de responder derechamente a la pregunta, se encaramaba en la copa del árbol genealógico de la familia, y gateando de rama en rama hacia abajo, no paraba hasta dar, lo que menos, con la pata del Cid, si es que se conformaba con eso. De sus padres sólo pude sacar en limpio, en las diferentes veces que le pedí noticias sobre ellos, que habían sido el tronco de la casa «única» de los Ruiz de Bejos, de Tablanca, con la de los Gómez de Pomar, la más ilustre de las de Promisiones. Pocos caudales, eso sí, por parte de estos últimos principalmente, es decir, por la de mi abuela paterna, que sólo aportó al matrimonio unas gargantillas y unas arracadas de coral, dos relicarios de plata con una astilla de la Vera-Cruz, y un hueso de Santa Felicitas, respectivamente; tres mudas de ropa blanca, dos mantelerías de hilo casero, una cadena de oro cordobés, el vestido de gala con que se casó, y otro a medio uso para todos los días.

Por parte de mi abuelo ya fue cosa muy diferente. Nuestra casa de Tablanca ejercía en todo el valle, por virtud de su condición benéfica amén de ilustre, cierto señorío indiscutible y patriarcal, y era el paradero obligado de todas las personas notables que pasaban por allí, incluso los obispos. Solamente en lo que recordaba mi padre, se habían hospedado dos en ella: el de Santander y el de León. Para estos y otros parecidos menesteres había en arcas y alacenas buena provisión de sábanas y mantelerías superiores, maciza y abundante plata de mesa y hasta dos colchas de

damasco y un crucifijo de marfil y ébano. Nada faltaba allí de lo que no debía de faltar en la casa de una familia como la nuestra. Pero de su situación, de su forma, de su amplitud, de sus comodidades, ni una palabra: a lo sumo, que era grande, con solanas, escudo nobiliario y accesorias. Del terreno en que estaba enclavada y sus aledaños, de las condiciones y aspecto del paisaje, de su clima, de sus recursos para la vida algo más que animal, de las costumbres de sus habitantes, era ocioso inquirir cosa alguna por informes de aquel buen señor, que con estar tan pagado de su estirpe y poner en los cuernos de la luna los blasones de su casa y la tierra en que había nacido, sólo una vez y muy de prisa volvió a ella después de haberla abandonado, aunque por imperio de la necesidad, siendo muchacho todavía.

Se remontaba a lo más alto de cuanto había oído y leído sobre aquella empingorotada región de la cordillera cantábrica, y era de ver cómo se las había, primeramente, con los celtas, nuestros supuestos progenitores, y se descolgaba enseguida de allí para enzarzarse mano a mano y como quien ventila y justiprecia ordinarios y corrientes asuntos de familia, con aquellas tribus montaraces, con aquel cántabro feroz que pasó los Alpes y luchó con Aníbal contra Roma y derrotó a Escipión en el Tesino. Después hablaba de Augusto y sus legiones, venidos a Cantabria expresamente para someternos al yugo romano; de que tal era nuestro empuje, tal «nuestro» valor y tal «nuestro» apego a la independencia, que el César había necesitado seis años para triunfar en un empeño que le había parecido obra de pocos días; de los horrores de esta guerra bárbara entre inaccesibles peñascales y profundos y sombríos barrancos, donde rugían las aguas tintas en la sangre de «los nuestros» y de los aguerridos legionarios. No faltaba lo de las madres que durante la guerra mataban a sus pequeñuelos para no verlos esclavos de los triunfadores extranjeros, ni lo de la muerte en cruz de tantos mártires entonando himnos de libertad entre maldiciones al conquistador, y con todo esto, un sinnúmero de pormenores sobre el tipo y las costumbres de sus héroes, pormenores que yo hubiera querido sobre la tierra que habitaron, tal y como era en mis días.

Lejos de ello, sólo dejaba los cántabros para mezclar a sus sucesores en la epopeya de Covadonga o en los líos de los «Bandos» de Castilla; y ya puesto aquí con los ditirambos a sus ínclitos «antepasados», recorría con ellos las cinco partes del mundo, hasta no saber por dónde se andaba, ni yo tampoco. Porque sobre estas materias tenía mi padre una erudición abundante, pero un tanto sospechosa, obra de una voracidad que entraba con lo cierto lo mismo que con lo fantástico, por apego tenaz, aunque meramente platónico, a las cosas de su tierra.

De esta manera sabía yo de ella, al recibir la carta de mi tío, poco más de lo que se sabe, por conjeturas o por comparación, de otras semejantes que se han visto «al pasar», y muy de prisa.

Entre tanto, yo había cumplido ya los treinta y dos años; hacía seis que era doctor en ambos derechos, aunque sin saber, por desuso de ellas, para qué servían esas cosas; más de siete que campaba por mis respetos, y me daba la gran vida con el caudal que había heredado de mi padre. Porque de mi madre no heredé un maravedí. Fue una granadina muy guapa, hija de un magistrado de aquella Audiencia territorial. La conoció mi padre andando por allá una temporada, ocupado en negocios de minas, y se casó con ella de la noche a la mañana. El magistrado era viudo y pobre, y se murió dos años después de la boda de su hija.

Debo a Dios, entre otras muchas mercedes, la de un temperamento singularmente equilibrado de humores, que me ha permitido atravesar por las más peligrosas asperezas de la vida, sin dejar entre ellas la menor tira del pellejo. Muy pocas cosas me han llegado al alma, y rara vez me he apasionado por la mejor de ellas. Esta ha sido mi mayor fortuna en medio de la libertad y de la abundancia en que viví, siendo niño mimado y consentido, mientras fui «hijo de familia», y rico y desligado de toda traba en cuanto quedé huérfano de padre y madre y me declaré «mozo de casa abierta». En estas condiciones y con un temperamento más apasionado, sabe Dios lo que hubiera sido de mí y de mi dinero. Así y todo, no acrecenté el heredado de mi padre, y hasta le mermé en una buena tajada, porque no todos los tiempos corrían iguales para el ochavo; y yo, aunque sin perder de vista lo útil que es este ingrediente para vivir a gusto entre los hombres, no había nacido para esclavo de él y tenía muy arraigadas aficiones que no eran baratas. Me gustaba viajar, y viajaba mucho dentro y fuera de España; me gustaba el llamado «gran mundo» o «alta sociedad»,

y la frecuentaba en sus salones, en los teatros, en los paseos y hasta en los balnearios de moda, y en el deporte; me gustaban las Bellas Artes, aunque consideradas principalmente como artículo de lujo, y compraba cuadros y esculturas en las exposiciones; me gustaban ciertos hombres de la política y de la literatura, no por políticos ni por literatos precisamente, sino por la resonancia de sus nombres y el atractivo de sus conversaciones, y frecuentaba su trato y los acompañaba en sus círculos y en sus banquetes y en sus tertulias y francachelas... hasta me gustaban los toreros a cierta distancia, y a cierta distancia cultivaba la amistad de algunos de ellos.

Todo esto, y otro tanto más que de ello se sigue por ley forzosa, al fin y a la postre resultaba caro y producía hondos desgastes, si no del pellejo, cuando menos de la sensibilidad moral, aun tratándose de un mozo como yo, que en ningún cuadro aspiró a ser figura de primer término, ni a levantar media pulgada sobre la talla común de la masa de espectadores; y esto, no por virtud, sino por exigencias de mi temperamento.

Es muy de notarse que en la afición más acentuada de todas las mías, la de los viajes, me seducía mucho más el artificio de los hombres que la obra de la Naturaleza. Como buen madrileño, amaba a Madrid sobre todas las cosas de la tierra, y después de Madrid, a sus similares de España y del extranjero: las más grandes y más alegres capitales del mundo civilizado. Lo que quedaba entre unas y otras, me tenía sin cuidado, y pasaba sobre ello, para ir adonde fuera, como insensible proyectil que lleva el paradero determinado desde su punto de origen. Hijo y habitante de tierra llana, los montes me entristecían y los cielos borrosos me acoquinaban. Una vez sola había estado en la capital montañesa, disfrazando con el deseo de pisar «la tierra de mis mayores», como diría mi padre, la tentación de veranear en aquel puerto que comenzaba a ser «elegante». Atravesando en ferrocarril la cordillera cantábrica casi por encima de las fuentes del Ebro, recordé que «por allí», no sabía si a la derecha o a la izquierda, debía de andar mi casa solariega, en algún repliegue de aquellos montes encapuchados de neblinas y ceñidos de negros robledales. Y no tuvo entonces mayor resonancia que ésta en mi corazón el tan cacareado «grito de la sangre». Días después, y desde una de las alturas que dominan la ciudad, un santanderino, práctico en ello, me nombraba, señalándolos con el dedo, cada picacho y cada monte de la grandiosa cordillera que empieza al Oriente en Cabo Quintres y Galizano (la cola del enorme reptil), y acaba al Occidente metiendo entre las nubes los Picos de Europa (su cabeza).

Después, al trazar en el aire con el mismo dedo el curso de cada río de los que en ella nacen y por el fondo de sus negras barrancas se despeñan, llegó a encararse al Oeste; y marcando tres rayas casi verticales, me nombró el Saja, el Nansa y el Deva; y allí le atajé yo con el pensamiento, diciéndome a mí propio: «Junto a uno de esos tres ríos (creo que el Nansa), más arriba o más abajo, debe de andar el solar de mis mayores». Y a esto solo se redujo, por segunda vez, «el grito de la sangre» que llevaba en las venas. Como decoración, me enamoraba aquel rosario de escalonadas montañas que de E. a O. por el S. sirven de marco grandioso a la admirable bahía; ¡pero como tierras habitables!...

Tales eran, pico más, pico menos, mis antecedentes personales cuando recibí la carta en que mi tío Celso me llamaba a su lado, y por tiempo indefinido, desde lo más recóndito y montaraz de la región cantábrica; y, sin embargo, no me causó la embajada impresión tan desagradable como pudiera presumirse tomando al pie de la letra lo dicho sobre mi modo de ser y de sentir.

Aparte de lo que me interesó el estado físico y moral de mi tío, no estaba yo tan enamorado de mi sistema de vida, que me espantaran los riesgos de trastornarle radicalmente por algún tiempo. Sin sentirme «cansado» de vivir como vivía, porque no cabía el cansancio en un andar tan reposado y, relativamente, metódico como el que había usado yo hasta llegar adonde había llegado por tantos y tan peligrosos caminos, comenzaba a notar a la sazón cierta languidez de espíritu, cierta inapetencia moral que no estaban reñidas seguramente con un paréntesis de reposo, y mucho menos con un cambio de impresiones y de «alimentos». Por este lado, la carta de mi tío no podía llegar más a tiempo de lo que llegó a mis manos. Lo grave, lo inesperado, lo terrible para mí estaba por otro lado: la calidad de lo que se me pedía en ella. Resuelto a cambiar de vida por algún tiempo, Dios sabe qué derroteros hubiera adoptado yo; pero es indudable para mí que jamás habría elegido el que mi tío deseaba y me proponía. Llegarme allá para hacerle una visita; pasar por allí

de largo, siquiera por conocer de vista el solar de mis abuelos, menos mal; pero establecerme en él; hacer la vida de las fieras entre riscos y breñales; aclimatarme a ella de repente en la estación que corría (más que mediado el otoño), la antesala del invierno, ¡qué tendría que ver en Tablanca! recién llegado yo de Aguas.

Buenas y de París y de medio mundo «distinguido», con las maletas atestadas de «novedades», lo mismo en ropas que en libros; reinstalado en mi «confortable» casita de soltero... Vamos, era el colmo de lo imposible soñar siquiera en trocar todo eso y de repente por lo que se me ofrecía desde Tablanca.

Pero yo no podía decir a mi tío estas cosas que le hubieran lastimado mucho en la situación de ánimo en que se hallaba; y le entretenía despachando sus apremiantes instancias con evasivas corteses, pretextando negocios que no tenía, y apuntando «veremos» sin el menor propósito de cumplirlos.

Ente tanto, la visión, a mi modo, de la casa de Tablanca, con sus montes y sus fieras y sus gentes y su desolación invernal, no se apartaba un instante de mis ojos, porque las súplicas de mi tío, cada vez más vivas, llegaron a tocarme muy adentro; y por lo que pudiera suceder, sentía la necesidad de poner el caso en tela de juicio, que vale tanto, según las reglas de la experiencia, como empezar a transigir.

Lo cierto es que un día, el en que recibí la anteúltima carta de mi tío, que me conmovió muy hondamente, di en el tema de buscar dentro de mí el porqué de ser yo tan poco sensible a los convenidos encantos de la Naturaleza. ¿Faltaba esa cuerda en mi organismo, o la tenía y no la había puesto en ocasión de que vibrara? Pues había que averiguarlo, porque comenzaba a mortificarme el temor de carecer de ella. Además, o es uno hombre, o no lo es; o tiene o no tiene entrañas de humanidad, agallas para ir por donde vayan y hacer lo que hagan otros; o sirve o no sirve para algo más útil y de mayor jugo y provecho que pisar alfombras de salones; engordar el riñón a fondistas judíos, sastres y zapateros de moda; concurrir a los espectáculos; devorar distancias embutidas en muelles jaulas de ferrocarril, y gastar, en fin, el tiempo y el dinero en futilidades de mujerzuela presumida y casquivana.

Encarrilado el discurso en este sendero, llegué a sentir un vigor de espíritu, una virilidad desconocida en mí; soliviantose mi amor propio de mozo bien saneado de alma y cuerpo; y aprovechando la fiebre, por temor de que, si era pasajera, se llevara consigo mi ardimiento al desaparecer, escribí a mi tío diciéndole «allá voy» y hasta fijándole la fecha de mi salida de Madrid. Entre tanto haría yo mis preparativos de viaje, y me contestaría él dándome las necesarias instrucciones para llegar a su casa desde la última estación del ferrocarril.

Mientras anduve ocupado en hacer abundante provisión de ropas de abrigo, calzado recio, armas ofensivas y defensivas, libros de Aimard, de Topffer y de cuantos, incluso Chateaubriand, han escrito cosas amenas a propósito de montañas, de selvas y de salvajes, lo mismo que si proyectara una excursión por el centro de un remoto continente inexplorado, puedo responder de que no me faltó la fiebre. Menos seguridad tuve de ello cuando intenté «levantar» mi casa. Me parecía que esto equivalía a quemar mis naves, o, por lo menos, a darme ya por consentido en que había de ser muy larga mi permanencia entre los osos de Cantabria; y el temor de este riesgo me inclinó a dejar esas cosas como estaban, sobrándome buenos amigos en Madrid que mirarían por ellas. De todas suertes, nada más fácil que resolver lo contrario desde allá, si así lo pidieran las circunstancias.

En fin, temiendo que por este resquicio de mis flaquezas se me fueran colando otros aires aún más fríos y enervadores, cerré las puertas del discurso a toda reflexión contraria a lo convenido, y *Alea jacta est*, me dije, como César, resuelto a pasar a todo trance mi correspondiente Rubicón.

Pedro Antonio de Alarcón (1833-1891)

Además de novelista, Pedro Antonio de Alarcón ejerció el periodismo desde 1853, año en el que fundó en Cádiz *El Eco de Occidente*, junto a Torcuato Tárrego y Mateos, y, posteriormente, *La Política*. Fue elegido diputado por esta misma ciudad. En su *Diario de un testigo de la Guerra africana* (1859) dejó constancia de su participación como voluntario. Además de sus numerosos artículos sobre viajes, escribió novelas sobre asuntos religiosos como *El escándalo* (1875) donde defendía a los jesuitas. Su obra más popular es *El sombrero de tres picos*, publicada en 1874, en la que se inspiró Falla para componer su conocido *ballet*.

*El sombrero de tres picos*²²

El tío Lucas, molinero, y Frasquita, su mujer molinera, celebran una tertulia en su molino con personajes importantes entre los que Frasquita suscita admiración. El corregidor desea conquistarla. Una noche envían al tío Lucas al pueblo próximo. El corregidor intenta asaltar la casa y se cae al agua. A sus gritos, Frasquita le abre la puerta y huye en busca de su marido. Él se quita la ropa y se mete en la cama. El tío Lucas, percatado del engaño, al volver a casa, se cruza con su mujer sin reconocerla. Sus dos burros sí lo hacen y rebuznan. Al llegar al molino, encuentra en el suelo las ropas del corregidor y cree que ha sido deshonrado, piensa en matar a los adúlteros, pero lo que hace es cambiar sus ropas por las del corregidor y se dirige a casa de este para devolverle la afrenta. Al día siguiente, el corregidor, vestido con las ropas del molinero regresa y la corregidora finge no reconocerlo y les dice que el corregidor está en casa, durmiendo. Todos se acusan de infidelidad. Frasquita demuestra su inocencia apelando al testimonio de sus dos burras. La corregidora explica su artimaña y afea la conducta a su marido.

²² Alarcón, Pedro Antonio de, *El sombrero de tres picos*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmccv4d9>).

Capítulo primero

- I -

De cuándo sucedió la cosa

Comenzaba este largo siglo, que ya va de vencida. No se sabe fijamente el año: sólo consta que era después del de 4 y antes del de 8.

Reinaba, pues, todavía en España don Carlos IV de Borbón; por la gracia de Dios, según las monedas, y por olvido o gracia especial de Bonaparte, según los boletines franceses. Los demás soberanos europeos descendientes de Luis XIV habían perdido ya la corona (y el Jefe de ellos la cabeza) en la deshecha borrasca que corría esta envejecida parte del mundo desde 1789.

Ni paraba aquí la singularidad de nuestra patria en aquellos tiempos. El Soldado de la Revolución, el hijo de un oscuro abogado corso, el vencedor en Rívoli, en las Pirámides, en Marengo y en otras cien batallas, acababa de ceñirse la corona de Carlo Magno y de transfigurar completamente la Europa, creando y suprimiendo naciones, borrando fronteras, inventando dinastías y haciendo mudar de forma, de nombre, de sitio, de costumbres y hasta de traje a los pueblos por donde pasaba en su corcel de guerra como un terremoto animado, o como el «Antecristo», que le llamaban las Potencias del Norte... Sin embargo, nuestros padres (Dios les tenga en su santa Gloria), lejos de odiarlo o de temerle, complacíanse aún en ponderar sus descomunales hazañas, como si se tratase del héroe de un libro de caballerías, o de cosas que sucedían en otro planeta, sin que ni por asomo recelasen que pensara nunca en venir por acá a intentar las atrocidades que había hecho en Francia, Italia, Alemania y en otros países. Una vez por semana (y dos a lo sumo) llegaba el correo de Madrid a la mayor parte de las poblaciones importantes de la Península, llevando algún número de la Gaceta (que tampoco era diaria), y por ella sabían las personas principales (suponiendo que la Gaceta hablase del particular) si existía un estado más o menos allende el Pirineo, si se había reñido otra batalla en que peleasen seis u ocho reyes y emperadores, y si Napoleón se hallaba en Milán, en Bruselas o en Varsovia... Por lo demás, nuestros mayores seguían viviendo a la antigua española, sumamente despacio, apegados a sus rancias costumbres, en paz y en gracia de Dios, con su Inquisición y sus frailes, con su pintoresca desigualdad ante la ley, con sus privilegios, fueros y exenciones personales, con su carencia de toda libertad municipal o política, gobernados simultáneamente por insignes obispos y poderosos corregidores (cuyas respectivas potestades no era muy fácil deslindar, pues unos y otros se metían en lo temporal y en lo eterno), y pagando diezmos, primicias, alcabalas, subsidios, mandas y limosnas forzosas, rentas, rentillas, capitaciones, tercias reales, gabelas, frutos-civiles, y hasta cincuenta tributos más, cuya nomenclatura no viene a cuento ahora.

Y aquí termina todo lo que la presente historia tiene que ver con la militar y política de aquella época; pues nuestro único objeto, al referir lo que entonces sucedía en el mundo, ha sido venir a parar a que el año de que se trata (supongamos que el de 1805) imperaba todavía en España el antiguo régimen en todas las esferas de la vida pública y particular, como si, en medio de tantas novedades y trastornos, el Pirineo se hubiese convertido en otra Muralla de la China.

Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928)

Escritor, periodista y político republicano español, propulsor del naturalismo y del realismo. En torno a su figura y al periódico *El Pueblo*, fundado en 1894 y dirigido por él y donde publicó cerca de mil artículos, alentó en la ciudad de Valencia un movimiento político republicano conocido como «blasquismo» caracterizado por su oposición a la monarquía y por sus ideales republicanos.

Cañas y barro, 1902, se encuadrada en el naturalismo. La novela establece un cuadro descriptivo situado en la Albufera valenciana, en un determinado momento, con las transformaciones propias de finales del siglo XIX. Se centra en una familia que habita El Palmar, los Paloma, tomando como protagonista al último de esta saga, a Tonet.

Cañas y barro (1902)

Tonet vive una intensa historia de amor con Neleta, a la que conoce desde la infancia. Por diversos motivos, el protagonista se ve obligado a dejar la Albufera y prestar servicio en la guerra de Cuba. Durante su ausencia, Neleta contrae matrimonio con el rico tabernero Canyamel, adquiriendo una prestigiosa posición social en la Albufera y abandonando la miseria en la que había crecido. A la vuelta de la guerra de Cuba, Tonet y Neleta no pueden evitar su relación adúltera, que marcará el desenlace de la novela.

- I -

Como todas las tardes, la barca-correo anunció su llegada al Palmar con varios toques de bocina. El barquero, un hombrecillo enjuto, con una oreja amputada, iba de puerta en puerta recibiendo encargos para Valencia, y al llegar a los espacios abiertos en la única calle del pueblo, soplaba de nuevo en la bocina para avisar su presencia a las barracas desparramadas en el borde del canal. Una nube de chicuelos casi desnudos seguía al barquero con cierta admiración. Les infundía respeto el hombre que cruzaba la Albufera cuatro veces al día, llevándose a Valencia la mejor pesca del lago y trayendo de allá los mil objetos de una ciudad misteriosa y fantástica para aquellos chiquitines criados en una isla de cañas y barro.

De la taberna de Cañamèl, que era el primer establecimiento del Palmar, salía un grupo de segadores con el saco al hombro en busca de la barca para regresar a sus tierras. Afluían las mujeres al canal, semejante a una calle de Venecia, con las márgenes cubiertas de barracas y viveros donde los pescadores guardaban las anguilas. En el agua muerta, de una brillantez de

estaño, permanecía inmóvil la barca-correo: un gran ataúd cargado de personas y paquetes, con la borda casi a flor de agua. La vela triangular, con remiendos oscuros, estaba rematada por un guiñapo incoloro que en otros tiempos había sido una bandera española y delataba el carácter oficial de la vieja embarcación. Un hedor insoportable se esparcía en torno de la barca. Sus tablas se habían impregnado del tufo de los cestos de anguilas y de la suciedad de centenares de pasajeros: una mezcla nauseabunda de pieles gelatinosas, escamas de pez criado en el barro, pies sucios y ropas mugrientas, que con su roce habían acabado por pulir y abrillantar los asientos de la barca.

Los pasajeros, segadores en su mayoría, que venían del Perelló, último confín de la Albufera lindante con el mar, cantaban a gritos pidiendo al barquero que partiese cuanto antes. ¡Ya estaba llena la barca! ¡No cabía más gente...! Así era; pero el hombrecillo, volviendo hacia ellos el informe muñón de su oreja cortada como para no oírles, esparcía lentamente por la barca las cestas y los sacos que las mujeres le entregaban desde la orilla. Cada uno de los objetos provocaba nuevas protestas; los pasajeros se estrechaban o cambiaban de sitio, y los del Palmar que entraban en la barca recibían con reflexiones evangélicas la rociada de injurias de los que ya estaban acomodados. ¡Un poco de paciencia! ¡Tanto sitio que encontrasen en el cielo...!

La embarcación se hundía al recibir tanta carga, sin que el barquero mostrase la menor inquietud, acostumbrado a travesías audaces. No quedaba en ella un asiento libre. Dos hombres se mantenían de pie en la borda, agarrados al mástil; otro se colocaba en la proa, como un mascarón de navío. Todavía el impasible barquero hizo sonar otra vez su bocina en medio de la general protesta... ¡Cristo! ¿Aún no tenía bastante el muy ladrón? ¿Iban a pasar allí toda la tarde bajo el sol de septiembre, que les hería de lado, achicharrándoles la espalda...?

De pronto se hizo el silencio, y la gente del correo vio aproximarse por la orilla del canal un hombre sostenido por dos mujeres, un espectro, blanco, tembloroso, con los ojos brillantes, envuelto en una manta de cama. Las aguas parecían hervir con el calor de aquella tarde de verano; sudaban todos en la barca, haciendo esfuerzos por librarse del pegajoso contacto del vecino, y aquel hombre temblaba, chocando los dientes con un escalofrío lúgubre, como si el mundo hubiese caído para él en eterna noche. Las mujeres que le sostenían protestaban con palabras gruesas al ver que los de la barca permanecían inmóviles. Debían dejarle un puesto: era un enfermo, un trabajador. Segando el arroz había atrapado las fiebres, las malditas tercianas de la Albufera, y marchaba a Ruzafa a curarse en casa de unos parientes...

¿No eran acaso cristianos? ¡Por caridad! ¡Un puesto! Y el tembloroso fantasma de la fiebre repetía como un eco, con los sollozos del escalofrío:

–¡Per caritat! ¡Per caritat...!

Entró a empujones, sin que la masa egoísta le abriera paso, y no encontrando sitio, se deslizó entre las piernas de los pasajeros, tendiéndose en el fondo, con el rostro pegado a las alpargatas sucias y los zapatos llenos de barro, en un ambiente nauseabundo. La gente parecía acostumbrada a estas escenas. Aquella embarcación servía para todo; era el vehículo de la comida, del hospital y del cementerio. Todos los días embarcaba enfermos, trasladándolos al arrabal de Ruzafa, donde los vecinos del Palmar, faltos de medicamentos, tenían realquilados algunos cuartuchos para curarse las tercianas. Cuando moría un pobre sin barca propia, el ataúd se metía bajo un asiento del correo y la embarcación emprendía la marcha con el mismo pasaje indiferente, que reía y conversaba, golpeando con los pies la fúnebre caja.

Al ocultarse el enfermo volvió a surgir la protesta. ¿Qué esperaba el desorejado? ¿Faltaba aún alguien...? Y casi todos los pasajeros acogieron con risotadas a una pareja que salió por la puerta de la taberna de Cañamèl, inmediata al canal.

–¡El tío Paco! –gritaron muchos–. ¡El tío Paco Cañamèl!

El dueño de la taberna, un hombre enorme, hinchado, de vientre hidrópico, andaba a pequeños saltos, quejándose a cada paso con suspiros de niño, apoyándose en su mujer, Neleta, pequeña, con el rojo cabello alborotado y ojos verdes y vivos que parecían acariciar con la suavidad del

terciopelo. ¡Famoso Cañamèl! enfermo y lamentándose, mientras su mujer, cada vez más guapa y amable, reinaba desde su mostrador sobre todo el Palmar y la Albufera. Lo que él tenía era la enfermedad del rico: sobra de dinero y exceso de buena vida. No había más que verle la panza, la faz rubicunda, los carrillos que casi ocultaban su naricilla redonda y sus ojos ahogados por el oleaje de la grasa. ¡Todos que se quejasen de su mal! ¡Si tuviera que ganarse la vida con agua a la cintura, segando arroz, no se acordaría de estar enfermo!

Y Cañamèl avanzaba una pierna dentro de la barca, penosamente, con débiles quejidos, sin soltar a Neleta, mientras refunfuñaba contra las gentes que se burlaban de su salud. ¡Él sabía cómo estaba! ¡Ay, Señor! Y se acomodó en un puesto que le dejaron libre, con esa obsequiosa solicitud que las gentes del campo tienen para el rico, mientras su mujer hacía frente sin arredrarse a las bromas de los que la cumplimentaban viéndola tan guapa y animosa.

Ayudó a su marido a abrir un gran quitasol, puso a su lado una espuerta con provisiones para un viaje que no duraría tres horas, y acabó por recomendar al barquero el mayor cuidado con su Paco. Iba a pasar una temporada en su casita de Ruzafa. Allí le visitarían buenos médicos: el pobre estaba mal. Lo decía sonriendo, con expresión cándida, acariciando al blanducho hombretón, que temblaba con las primeras oscilaciones de la barca como si fuese de gelatina. No prestaba atención a los guiños maliciosos de la gente, a las miradas irónicas y burlonas que después de resbalar sobre ella se fijaban en el tabernero, doblado en su asiento bajo el quitasol y respirando con un gruñido doloroso.

El barquero apoyó su larga percha en el ribazo, y la embarcación comenzó a deslizarse por el canal, seguida por las voces de Neleta, que siempre con sonrisa enigmática recomendaba a todos los amigos que cuidasen de su esposo. Las gallinas corrían por entre las brozas del ribazo siguiendo la barca. Las bandas de ánades agitaban sus alas en torno de la proa que enturbiaba el espejo del canal, donde se reflejaban invertidas las barracas del pueblo, las negras barcas amarradas a los viveros con techos de paja a ras del agua, adornadas en los extremos con cruces de madera, como si quisieran colocar las anguilas de su seno bajo la divina protección.

Al salir del canal, la barca-correo comenzó a deslizarse por entre los arrozales, inmensos campos de barro líquido cubiertos de espigas de un color bronceado. Los segadores, hundidos en el agua, avanzaban hoz en mano, y las barquitas, negras y estrechas como góndolas, recibían en su seno los haces que habían de conducir a las eras. En medio de esta vegetación acuática, que era como una prolongación de los canales, levantábanse a trechos, sobre isletas de barro, blancas casitas rematadas por chimeneas. Eran las máquinas que inundaban y desecaban los campos, según las exigencias del cultivo.

Los altos ribazos ocultaban la red de canales, las anchas «carreras» por donde navegaban los barcos de vela cargados de arroz. Sus cascos permanecían invisibles y las grandes velas triangulares se deslizaban sobre el verde de los campos, en el silencio de la tarde, como fantasmas que caminaban en tierra firme. Los pasajeros contemplaban los campos como expertos conocedores, dando su opinión sobre las cosechas y lamentando la suerte de aquellos a quienes había entrado el salitre en las tierras, matándoles el arroz. Deslizábase la barca por canales tranquilos, de un agua amarillenta, con los dorados reflejos del té. En el fondo, las hierbas acuáticas inclinaban sus cabelleras con el roce de la quilla. El silencio y la tersura del agua aumentaban los sonidos. En los momentos en que cesaban las conversaciones, se oía claramente la quejumbrosa respiración del enfermo tendido bajo un banco y el gruñido tenaz de Cañamèl al respirar, con la barba hundida en el pecho. De las barcas lejanas y casi invisibles llegaban, agrandados por la calma, el choque de una percha al caer sobre la cubierta, el chirrido de un mástil, las voces de los barqueros avisándose para no tropezar en las revueltas de los canales.

El conductor desorejado abandonó la percha, y saltando sobre las rodillas de los pasajeros fue de un extremo a otro de la embarcación arreglando la vela para aprovechar la débil brisa de la tarde. Habían entrado en el lago, en la parte de la Albufera obstruida de carrizales e islas, donde había que navegar con cierto cuidado. El horizonte se ensanchaba. A un lado, la línea oscura y ondulada de los pinos de la Dehesa, que separa la Albufera del mar; la selva casi virgen, que se extiende leguas y leguas, donde pastan los toros feroces y viven en la sombra los grandes reptiles,

que muy pocos ven, pero de los que se habla con terror durante las veladas. Al lado opuesto, la inmensa llanura de los arrozales perdiéndose en el horizonte por la parte de Sollana y Sueca, confundiendo con las lejanas montañas. Al frente, los carrizales e isletas que ocultaban el lago libre, y por entre los cuales deslizábase la barca, hundiendo con la proa las plantas acuáticas, rozando su vela con las cañas que avanzaban de las orillas. Marañas de hierbas oscuras y gelatinosas como viscosos tentáculos subían hasta la superficie, enredándose en la percha del barquero, y la vista sondeaba inútilmente la vegetación sombría e infecta, en cuyo seno pululaban las bestias del barro. Todos los ojos expresaban el mismo pensamiento: el que cayera allí, difícilmente saldría.

Un rebaño de toros pastaba en la playa de juncos y charcas lindante con la Dehesa. Algunos de ellos habían pasado a nado a las islas inmediatas, y hundidos en el fango hasta el vientre rumiaban entre los carrizales, moviendo con fuerte chapoteo sus pesadas patas. Eran unos animales grandes, sucios, con el lomo cubierto de costras, los cuernos enormes y el hocico siempre babeante. Miraban fieramente la cargada barca que se deslizaba entre ellos, y al mover su cabeza esparcían en torno una nube de gruesos mosquitos que volvía a caer sobre el rizado testuz. A poca distancia, en un ribazo que no era más que una estrecha lengua de barro entre dos aguas, vieron los de la barca un hombre en cuclillas. Los del Palmar le conocieron.

—¡Es Sangonera! —gritaron—. ¡El borracho Sangonera!

Y agitando sus sombreros, le preguntaban a gritos dónde la había «pillado» por la mañana y si pensaba dormirla allí. Sangonera seguía inmóvil; pero cansado de las risas y gritos de los de la barca, púsose en pie, y girando en una ligera pirueta, se dio unas cuantas palmadas en el dorso de su cuerpo con expresión de desprecio, volviendo a agacharse gravemente. Al verle de pie redoblaron las risas, excitadas por su bizarro aspecto. Llevaba el sombrero adornado con un alto penacho de flores de la Dehesa y sobre el pecho y en torno de su faja se enroscaban algunas bandas de campanillas silvestres de las que crecían entre las cañas de los ribazos.

Todos hablaban de él. ¡Famoso Sangonera! No había otro igual en los pueblos del lago. Tenía el firme propósito de no trabajar como los demás hombres, diciendo que el trabajo era un insulto a Dios, y se pasaba el día buscando quien le convidase a beber. Se emborrachaba en el Perelló para dormir en el Palmar; bebía en el Palmar para despertar al día siguiente en el Saler; y si había fiesta en los pueblos de tierra firme, se le veía en Silla o en Catarroja buscando entre la gente que cultivaba campos en la Albufera una buena alma que le invitase. Era milagroso que no apareciera su cadáver en el fondo de un canal después de tantos viajes a pie por el lago, en plena embriaguez, siguiendo las lindes de los arrozales, estrechas como un filo de hacha, atravesando los portillos de las acequias con agua al pecho y pasando por lugares de barro movedizo donde nadie osaba aventurarse como no fuese en barca. La Albufera era su casa. Su instinto de hijo del lago le sacaba del peligro, y muchas noches, al presentarse en la taberna de Cañamèl para mendigar un vaso, tenía el contacto viscoso y el hedor de fango de una verdadera anguila.

El tabernero murmuraba entre gruñidos al oír la conversación. ¡Sangonera! ¡Valiente sinvergüenza! ¡Mil veces le había prohibido la entrada en su casa...! Y la gente reía recordando los extraños adornos del vagabundo, su manía de cubrirse de flores y ceñirse coronas como un salvaje apenas comenzaba en su hambriento estómago la fermentación del vino. La barca penetraba en el lago. Por entre dos masas de carrizales, semejantes a las escolleras de un puerto, se veía una gran extensión de agua tersa, reluciente, de un azul blanquecino. Era el lluent, la verdadera Albufera, el lago libre, con sus bosquecillos de cañas esparcidos a grandes distancias, donde se refugiaban las aves del lago, tan perseguidas por los cazadores de la ciudad. La barca costeaba el lado de la Dehesa, donde ciertos barrizales cubiertos de agua se iban convirtiendo lentamente en campos de arroz.

En una pequeña laguna cerrada por ribazos de fango, un hombre de musculatura recia arrojaba capazos de tierra desde su barca. Los pasajeros le admiraban. Era el tío Tono, hijo del tío Paloma, y padre a su vez de Tonet el Cubano. Y al nombrar a este último, muchos miraron maliciosamente a Cañamèl, que seguía gruñendo como si no oyese nada. No había en toda la Albufera hombre más trabajador que el tío Tono. Se había metido entre ceja y ceja ser propietario, tener sus campos

de arroz, no vivir de la pesca como el tío Paloma, que era el barquero más viejo de la Albufera; y solo –pues su familia únicamente le ayudaba a temporadas, cansándose ante la grandeza del trabajo–, iba rellenando de tierra, traída de muy lejos, la charca profunda cedida por una señora rica que no sabía qué hacer de ella.

Era empresa de años, tal vez de toda la vida, para un hombre solo. El tío Paloma se burlaba de él; su hijo le ayudaba de vez en cuando, para declararse cansado a los pocos días; y el tío Tono, con una fe inquebrantable, seguía adelante, auxiliado únicamente por la Borda, una pobrecilla que su difunta mujer sacó de los expósitos, tímida con todos y tenaz para el trabajo lo mismo que él.

¡Salud, tío Tono, y no cansarse! ¡Qué cogiera pronto arroz de su campo! Y la barca se alejó, sin que el testarudo trabajador levantase la cabeza más que un momento para contestar a los irónicos saludos. Un poco más allá, en una barquichuela pequeña como un ataúd, vieron al tío Paloma junto a una fila de estacas, calando sus redes para recogerlas al día siguiente. En la barca discutían si el viejo tenía noventa años o estaba próximo a los cien. ¡Lo que aquel hombre había visto sin salir de la Albufera! ¡Los personajes que tenía tratados...! Y agrandadas por la credulidad popular, repetían sus insolencias familiares con el general Prim, al que servía de barquero en sus cacerías por el lago; su rudeza con grandes señoras y hasta con reinas. El viejo, como si adivinase estos comentarios y se sintiera ahído de gloria, permanecía encorvado, examinando las redes, mostrando su espalda cubierta por una blusa de anchos cuadros y el gorro negro calado hasta las acartonadas orejas, que parecían despegársele del cráneo. Cuando el correo pasó junto a él, levantó la cabeza, mostrando el abismo negro de su boca desdentada y los círculos de arrugas rojizas que convergían en torno de los ojos profundos, animados por una punta de irónico resplandor.

El viento comenzaba a refrescar. La vela se hinchó con nuevas sacudidas y la cargada barca inclinóse hasta mojar las espaldas de los que se sentaban en la borda. En torno de la proa, las aguas, partidas con violencia, cantaban un gluglú cada vez más fuerte. Ya estaban en la verdadera Albufera, en el inmenso lluent, azul y terso como un espejo veneciano, que retrataba invertidos los barcos y las lejanas orillas con el contorno ligeramente serpenteado. Las nubes parecían rodar por el fondo del lago como vedijas de blanca lana: en la playa de la Dehesa, unos cazadores seguidos de perros duplicaban su imagen en el agua, andando cabeza abajo. En la parte de tierra firme, los grandes pueblos de la Ribera, con sus tierras ocultas por la distancia, parecían flotar sobre el lago.

El viento, cada vez más fuerte, cambió la superficie de la Albufera. Las ondulaciones se hicieron más sensibles, las aguas tomaron un tinte verdoso semejante al del mar, se ocultó el suelo del lago, y en las orillas de gruesa arena formada de conchas comenzó a depositar el oleaje amarillentas vedijas de espuma, pompas jabonosas que brillaban irisadas a la luz del sol. La barca deslizábase a lo largo de la Dehesa y pasaban rápidamente ante ella las colinas areniscas, con las chozas de los guardas en su cumbre; las espesas cortinas de matorrales; los grupos de pinos retorcidos, de formas terroríficas, como manojos de miembros torturados. Los viajeros, enardecidos por la velocidad, excitados por el peligro que ofrecía la embarcación arrastrando una de sus bordas a ras del lago, saludaban a gritos a las otras barcas que pasaban a lo lejos y extendían su mano para recibir el choque de las ondas conmovidas por la rápida marcha. En torno del timón arremolinábase el agua. A corta distancia flotaban dos capuzones, pájaros oscuros que se sumergían y volvían a sacar la cabeza tras larga inmersión, distrayendo a los pasajeros con estas evoluciones de su pesca. Más allá, en las «matas», en las grandes islas de cañares acuáticos, las fúlicas y los collvèrts levantaban el vuelo al aproximarse la barca, lentamente, como si adivinasen que aquella gente era de paz. Algunos se coloreaban de emoción viéndolos... ¡Qué magnífico escopetazo! ¿Por qué habían de prohibir los hombres que cada cual cazase sin permiso, como mejor le pareciera? Y mientras se indignaban los belicosos, sonaba en el fondo de la barca el quejido del enfermo y Cañamèl suspiraba como un niño, herido por los rayos del sol poniente que se deslizaban bajo su sombrilla.

El bosque parecía alejarse hacia el mar, dejando entre él y la Albufera una extensa llanura baja cubierta de vegetación bravía, rasgada a trechos por la tersa lámina de pequeñas lagunas. Era el

llano de Sancha. Un rebaño de cabras guardado por un muchacho pastaba entre las malezas, y a su vista surgió en la memoria de los hijos de la Albufera la tradición que daba su nombre al llano. Los de tierra adentro que volvían a sus casas después de ganar los grandes jornales de la siega preguntaban quién era la tal Sancha que las mujeres nombraban con cierto terror, y los del lago contaban al forastero más próximo la sencilla leyenda que todos aprendían desde pequeños.

Un pastorcillo como el que ahora caminaba por la orilla apacentaba en otros tiempos sus cabras en el mismo llano. Pero esto era muchos años antes, ¡muchos...! tantos, que ninguno de los viejos que aún vivían en la Albufera conoció al pastor: ni el mismo tío Paloma. El muchacho vivía como un salvaje en la soledad, y los barqueros que pescaban en el lago le oían gritar desde muy lejos, en las mañanas de calma:

–¡Sancha! ¡Sancha...!

Sancha era una serpiente pequeña, la única amiga que le acompañaba. El mal bicho acudía a los gritos, y el pastor, ordeñando sus mejores cabras, la ofrecía un cuenco de leche. Después, en las horas de sol, el muchacho se fabricaba un caramillo cortando cañas en los carrizales y soplabla dulcemente, teniendo a sus pies al reptil, que enderezaba parte de su cuerpo y lo contraía como si quisiera bailar al compás de los suaves silbidos. Otras veces, el pastor se entretenía deshaciendo los anillos de Sancha, extendiéndola en línea recta sobre la arena, regocijándose al ver con qué nervioso impulso volvía a enroscarse. Cuando, cansado de estos juegos, llevaba su rebaño al otro extremo de la gran llanura, seguía la serpiente como un gozquecillo, o enroscándose a sus piernas le llegaba hasta el cuello, permaneciendo allí caída y como muerta, con sus ojos de diamante fijos en los del pastor, erizándole el vello de la cara con el silbido de su boca triangular.

Las gentes de la Albufera le tenían por brujo, y más de una mujer de las que robaban leña en la Dehesa, al verle llegar con la Sancha en el cuello hacía la señal de la cruz como si se presentase el demonio. Así comprendían todos cómo el pastor podía dormir en la selva sin miedo a los grandes reptiles que pululaban en la maleza. Sancha, que debía ser el diablo, le guardaba de todo peligro.

La serpiente crecía y el pastor era ya un hombre, cuando los habitantes de la Albufera no le vieron más. Se supo que era soldado y andaba peleando en las guerras de Italia. Ningún otro rebaño volvió a pastar en la salvaje llanura. Los pescadores, al bajar a tierra, no gustaban de aventurarse entre los altos juncales que cubrían las pestíferas lagunas. Sancha, falta de la leche con que la regalaba el pastor, debía perseguir los innumerables conejos de la Dehesa. Transcurrieron ocho o diez años, y un día los habitantes del Saler vieron llegar por el camino de Valencia, apoyado en un palo y con la mochila a la espalda, un soldado, un granadero enjuto y cetrino, con las negras polainas hasta encima de las rodillas, casaca blanca con bombas de paño rojo y una gorra en forma de mitra sobre el peinado en trenza. Sus grandes bigotes no le impidieron ser reconocido. Era el pastor, que volvía deseoso de ver la tierra de su infancia. Empezó el camino de la selva costeando el lago, y llegó a la llanura pantanosa donde en otros tiempos guardaba sus reses. Nadie. Las libélulas movían sus alas sobre los altos juncos con suave zumbido, y en las charcas ocultas bajo los matorrales chapoteaban los sapos, asustados por la proximidad del granadero.

–¡Sancha! ¡Sancha! –llamó suavemente el antiguo pastor.

Silencio absoluto. Hasta él llegaba la soñolienta canción de un barquero invisible que pescaba en el centro del lago.

–¡Sancha! ¡Sancha! –volvió a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Y cuando hubo repetido su llamamiento muchas veces, vio que las altas hierbas se agitaban y oyó un estrépito de cañas tronchadas, como si se arrastrase un cuerpo pesado. Entre los juncos brillaron dos ojos a la altura de los suyos y avanzó una cabeza achatada moviendo la lengua de horquilla, con un bufido tétrico que pareció helarle la sangre, paralizar su vida. Era Sancha, pero enorme, soberbia, levantándose a la altura de un hombre, arrastrando su cola entre la maleza hasta perderse de vista, con la piel multicolor y el cuerpo grueso como el tronco de un pino.

–¡Sancha! –gritó el soldado, retrocediendo a impulsos del miedo– ¡Cómo has crecido...! ¡Qué grande eres!

E intentó huir. Pero la antigua amiga, pasado el primer asombro, pareció reconocerle y se enroscó en torno de sus hombros, estrechándolo con un anillo de su piel rugosa sacudida por nerviosos estremecimientos. El soldado forcejeó.

–¡Suelta, Sancha, suelta! No me abrases. Eres demasiado grande para estos juegos.

Otro anillo oprimió sus brazos, agarrotándolos. La boca del reptil le acariciaba como en otros tiempos; su aliento le agitaba el bigote, causándole un escalofrío angustioso, y mientras tanto los anillos se contraían, se estrechaban, hasta que el soldado, asfixiado, crujiéndole los huesos, cayó al suelo envuelto en el rollo de pintados anillos.

A los pocos días, unos pescadores encontraron su cadáver: una masa informe, con los huesos quebrantados y la carne amoratada por el irresistible apretón de Sancha. Así murió el pastor, víctima de un abrazo de su antigua amiga. En la barca-correo reían los forasteros oyendo el cuento, mientras las mujeres agitaban sus pies con cierta inquietud, creyendo que lo que rebullía cerca de sus faldas con sordos gemidos era la Sancha, refugiada en el fondo de la embarcación.

LATINOAMÉRICA

Durante el siglo XIX en Latinoamérica se publican algunas novelas que, aunque diversas por las diferentes situaciones económicas, sociales y políticas de cada país, manifiestan algunos de los rasgos de contenido y de estilo que caracterizan al realismo, aunque en general mantiene algunas de las marcas románticas.

CHILE

Alberto Blest Gana (1830-1920)

Novelista y diplomático chileno, de ascendencia irlandesa y vasca, es considerado el padre de la novela chilena. Sus obras más conocidas como *La aritmética del amor* (1860), *Martín Rivas* (1862), *El ideal de un calavera* (1863), *Durante la Reconquista* (1897) y *El loco Estero* (1909) han sido adaptadas varias veces al teatro y al cine. Aunque mantienen algunos rasgos de la tradición romántica por sus resonancias sentimentales, se caracterizan sobre todo por asuntos sociales conectados con ese momento de la historia de Chile. Escribió también poemas líricos, artículos de costumbres, crónica y obras de teatro.

El loco Estero

Su trama posee rasgos picarescos y costumbristas, también dibuja los rasgos que caracterizan a los comportamientos políticos de Chile en el ámbito de la historia política latinoamericana del siglo XIX. Pone de manifiesto, por un lado, un liberalismo comprometido y utópico, encarnado en un loco, y, por otro lado, un conservadurismo pragmático, representado por Diego Portales, el político más influyente del siglo.

*El loco Estero*²³

Aquel día, bien que no era fiesta, los dos chicuelos vestían el traje de los domingos. Sentados a la mesa con estudiada compostura, sin hacer gran caso de la conversación de las personas grandes que ocupaban la testera, sus miradas se dirigían furtivas a las golosinas y a las frutas distribuidas en cestas y azafates sobre el mantel, con aire de extraordinario gaudeamus. Pero a pesar de la ansiosa distracción en que aquel espectáculo los mantenía, ni uno ni otro dejaban de sentir sobre ellos, como se siente el fuego de un rayo de sol sobre el rostro, el reflejo autoritario de los ojos paternos, que los requería a estar atentos a lo que hablaban sus mayores.

Más osado que el primogénito, el menor de los chicos extendió con disimulo una mano hacia un canastillo de fresas, primicia de la estación, que, entrelazadas con flores, lo fascinaban con su rosada frescura.

–Javier, no toques las frutillas, hijito –le ordenó, desde la opuesta extremidad, la voz de la madre, con dulzura.

–Si vuelves a desmandarte, no irás esta tarde a la Cañada –amenazó la voz del padre, con severidad.

Javier bajó la frente, fingiendo contrición, pero sus ojuelos pardas formulaban al mismo tiempo la protesta muda de su altiva voluntad.

–Ya ves que Guillén se está quieto –agregó la madre, para suavizar la aspereza de la conminación paternal.

Con el elogio de la madre, un vivo tinte de carmín coloreó el rostro del mayor de los niños. Él, más bien que su hermano, parecía el delincuente. La mirada de sus grandes ojos azules daba a su fisonomía la seriedad casi tímida de los precoces soñadores.

Una voz de los grandes invocó indulgencia para Javier:

–Déjalo, Marica, que tome una frutilla. Hoy es un día de regocijo general, y es preciso que todos estén contentos.

–¿No ves, mamá, lo que dice tío Miguel? –exclamó, triunfante, el niño.

–Cuando llegemos a los postres –pronunció, con sentencia definitiva, el papá.

El chico no se desconsoló con ese fallo inapelable.

Sabía que cuando estaban convidados don Miguel Topín y su mujer, doña Rosa, dos personas plácidas, aquejadas de excesiva gordura, un ambiente de bondad contagiosa parecía sentirse en torno de ellos, templando el rigor de la disciplina del hogar. Para los chicos, don Miguel y doña

²³ Blest Gana, Alberto, *El loco Estero y Gladys Fairfield*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcgj027>).

Rosa que, en vez de comer para vivir, vivían principalmente para comer, eran los dioses tutelares de sus infantiles alegrías. Cuando llegaban, jueves y domingos, en la noche, a jugar la malilla, el fastidioso y soñoliento estudio de las lecciones se suspendía. Y, más tarde, un gran trozo de chanco arrollado, en que el rojo color del ají se destacaba sobre las blancas listas de tocino, aparecía sobre la mesa, como adorno de la bandeja del té, flanqueado de una fuente de negras aceitunas y de una ensalada de rábanos, capaces de despertar el apetito del más frugal de los ascetas. Guillén y Javier saltaban entonces de contento.

Pero aquel día los esposos Topín estaban convidados a almorzar. En agasajo a ellos, la cazuela y el ajiaco diarios habían cedido el puesto a los platos favoritos de la apetitosa pareja. Al contemplar las viandas, las frutas y los dulces, don Miguel y doña Rosa habían cambiado una mirada beatífica de común satisfacción. Ambos parecieron saborear de antemano las delicias culinarias que prometía la mesa.

–Esta Marica, nadie sabe como ella hacer abrir el apetito –dijo don Miguel al sentarse.

–Todo parece estar de chuparse los dedos –agregó doña Rosa, confirmando el cumplido de su esposo, con miradas amorosas a cada una de las fuentes.

Entonces empezó el metódico ataque.

–¿Qué te sirvo, Rosa? –preguntó la dueña de casa, por vía de comienzo.

Don Miguel se apresuró a contestar por su consorte:

–Hija, de todo y por su orden; tú sabes que ésa es nuestra divisa.

Los chicuelos aplaudieron:

–Yo también, tío Miguel; de todo y por su orden –exclamaron.

En ese tono alegre empezó el almuerzo. Al principio, los esposos Topín sólo contribuían a la conversación con monosílabos escasos, con sonrisas entendidas, con aquiescencias de cabezas, para no apresurarse en su concienzuda masticación; un acto para ellos de suprema gravedad.

El incidente causado por la intentona de Javier sobre el canastillo de fresas ocurrió después, cuando ya, medio satisfecho el vigoroso apetito, había empezado don Miguel a disertar sobre los acontecimientos de que la fiesta de aquel día iba a ser el pomposo epílogo.

–Es preciso no olvidar –decía– que hace un año no estábamos los chilenos tan contentos como hoy de haber emprendido la campaña restauradora del Perú.

–¿Por qué, Miguel? Yo nunca dudé del triunfo de nuestras armas –dijo el dueño de casa.

–Porque no se hallaba usted, como yo, al cabo de lo que ocurría, mi amigo don Guillén –contestó don Miguel–. Yo estaba en los secretos de palacio, y sabía cuál era la situación de nuestro ejército en Lima. El general Bulnes, en comunicaciones privadas al presidente, le decía que la residencia de las fuerzas de su mando en la capital del Perú podía hacerse muy crítica.

–Habíamos triunfado en Yungay y en Matucana –observó don Guillén, incrédulo–; ¿qué podía temer después de esas victorias?

–Con el enemigo al frente y a la retaguardia –contestó don Miguel–, corría el peligro de sufrir un desastre.

Los dos muchachuelos se miraron con extrañeza. Las palabras del tío les parecieron un enigma. Hasta entonces, el enemigo significaba para ellos únicamente el diablo, el vestiglo²⁴ horripilante de los cuentos de criados, espanto de la niñez.

Santa Cruz, el Protector, como se llamaba, de la Confederación Perú-boliviana, que la expedición chilena había ido a desbaratar, se hallaba situado al norte, no lejos de Lima, con

²⁴ Monstruo mitológico horrible y fantástico.

fuerzas muy superiores a las nuestras; otra parte de su ejército se había encastillado en las fortalezas del Callao. En un ataque combinado con Santa Cruz, estas fuerzas podían caer sobre la espalda de los chilenos.

Mientras el tío Topín daba esta explicación de alta estrategia, pasando, con intrépido apetito, de las viandas a los postres, los dos niños habían trabado un diálogo en voz baja, sin poder explicarse la siniestra presencia del diablo en las operaciones militares de las que era el tema de la conversación de los grandes.

–Pregúntale –decía Javier a su hermano mayor– si los soldados veían al diablo.

–Yo no, pregúntale tú –se excusaba Guillén, con timidez.

Ante sus imaginaciones infantiles, los ejércitos habían desaparecido. Era el enemigo de que había hablado don Miguel el punto luminoso y oscuro al mismo tiempo que substituía a los adversarios próximos al combate.

–Pero el enemigo se guardó muy bien de atacarlo –dijo don Guillén.

¡El enemigo! Esta voz volvía a resonar en los oídos de los dos niños, atormentándoles el alma con las primeras angustias de la inquieta existencia. Y ninguno de los dos se atrevía a preguntar la explicación del misterioso enigma.

Don Miguel replicó:

–No lo atacaron, porque el general Bulnes abandonó Lima a fin de poner su ejército a cubierto de un golpe de mano. Ustedes recordarán la alarma que reinó en Santiago al saberse que nuestro ejército había salido de la capital para el norte. El general pedía refuerzos. Las promesas de los emigrados peruanos, que habían salido de aquí con la expedición restauradora, no se realizaban; los pueblos eran más bien hostiles al ejército chileno. Dos pequeñas victorias alcanzadas por las armas de Chile, la de Buin y la de Casma, no bastaban a tranquilizar los ánimos entre nosotros.

–Así era, pues, hijita –dijo doña Rosa, mirando a doña María–; ¡todos estábamos muertos de susto!

Guillén y Javier, a los que se había permitido que comiesen las frutas de los postres, olvidaban ya al enemigo, terciando en la conversación en vez de ser simples oyentes.

–¿Y quién ganó, tío Miguel? –le preguntaban.

–¡Ah!, chiquillos, no olviden esta fecha: el 20 de febrero de este año de 1839 llegó la noticia del gran triunfo de Yungay. El 20 de enero anterior, después de un combate de seis horas, el ejército de la Confederación, al mando del protector Santa Cruz, fue completamente derrotado por el chileno, bajo las órdenes del general don Manuel Bulnes.

Javier y Guillén gritaron entusiasmadas:

–¡Viva Chile! –alargando cuanto podían, con infantil entusiasmo, la última vocal.

–Así es, chiquillos: ¡Viva Chile! –hicieron eco los grandes.

–Y el enemigo, tío Miguel, ¿qué se hizo?

–El enemigo trató de salvarse como pudo.

Santa Cruz huyó a la costa, hasta ir a asilarse en un buque Inglés.

–Y la Confederación Perú-boliviana, que turbaba el equilibrio y amenazaba la autonomía.

CUBA

Cirilo Villaverde de la Paz (1812-1894)

Bachiller en leyes, vivió sus primeros años en Ingenio Santiago, población en la que aún estaba vigente el sistema esclavista. Fue maestro en varios colegios de La Habana y publicó artículos en diversas revistas. Fue detenido por conspirar en favor de la independencia cubana en 1848, y, un año después, huyó y se refugió en los Estados Unidos.

Cecilia Valdés

Novela considerada como una de las más representativas de Cuba, está editada en dos tomos, y el primero fue publicado a mediados de 1839, y la obra completa se publicaría en Nueva York en 1879, y, después, su versión definitiva en 1882. Si la primera parte manifiesta rasgos románticos, la segunda posee caracteres realistas y trazos costumbristas. En ella trata los amores de la protagonista, una cuarterona, hija de una mujer esclava y un hombre blanco. Los esclavos y los amos se mezclan en una sociedad clasista.

Primera parte

Capítulo I

*Tal es el fruto de la culpa,
Tello, cosecha de dolor.*

Solís

Hacia el oscurecer de un día de noviembre del año de 1812, seguía la calle de Compostela en dirección del norte de la ciudad, una calesa tirada por un par de mulas, en una de las cuales, como era de costumbre, cabalgaba el calesero negro. El traje de éste, las guarniciones de aquéllas y los ornamentos de plata maciza, mostraban a las claras que era rica la persona a que pertenecía tan

lujoso equipaje. Prendida estaba de los calamones, no sólo por el frente, sino también por un costado y hasta la mitad del otro, –la cortina o capacete de paño con banda de vaqueta–. Sea el que fuese quien ocupaba el carruaje a la sazón, no puede negarse que tenía interés en guardar la incógnita, aunque parecía excusada la precaución, por cuanto no había alma viviente en las calles, ni se divisaba otra luz que la de las estrellas, o la artificial de algunas casas que se escapaba por las anchas rendijas de las puertas cerradas.

Pararon de repente las mulas al trote en la esquina del callejón de San Juan de Dios y salió a espacio y con no poco trabajo de la calesa un caballero alto, bien puesto, vestido de frac negro abotonado hasta el cuello, dejando ver por debajo el chaleco o chupa de color claro, pantalones de carranclán de pie, corbatín de cerda y sombrero de castor con copa enorme y ala angosta. Por lo que podía distinguirse en aquella media luz de las estrellas, las facciones más notables del hombre eran la nariz, que tenía aguileña, los ojos bastante vivos, el rostro ovalado y la barba pequeña. El color de ésta y el del cabello, las sombras del sombrero y de las paredes alterosas del convento vecino, lo oscurecían tal vez sin ser negro.

–Sigue hasta la calle de lo Empedrado –dijo el caballero en tono imperioso, más bajo, apoyando la mano izquierda en la silla de la mula de varas– y espera inmediato a la esquina. En caso que diese la ronda contigo, di que perteneces a don Joaquín Gómez y que aguardas sus órdenes. ¿Entiendes, Pío?

–Sí, señor, contestó el calesero; quien desde que empezó a hablar su amo tenía el sombrero en la mano.

Y siguió al paso de las mulas hasta el punto que le indicó aquél.

El callejón de San Juan de Dios se compone de dos cuadras solamente, cerrado por un extremo en las paredes del convento de Santa Catalina y por el otro en las casas de la calle de la Habana. El hospital de San Juan de Dios, que le da nombre, y que, por sus altas y cuadradas ventanas, siempre deja salir el vaho caliente de los enfermos, ocupa todo un lado de la segunda cuadra y los otros tres, casitas pequeñas de tejas coloradas y un solo piso, el de las últimas en particular más alto que el nivel de la calle, con uno y dos escalones de piedra a la puerta. Las de mejor apariencia de ellas eran las de la primera cuadra entrando de la calle de Compostela. Eran todas de un mismo tamaño, poco más o menos, de una sola ventana y puerta, ésta de cedro con clavos de cabeza grande, pintadas de color de ladrillo, aquélla o de espejo o volada y de balaustres de madera gruesa. El piso de la calle se hallaba en su estado primitivo y natural, pedregoso y sin banquetas.

El caballero desconocido, arrimado a las paredes, debajo de los salientes aleros de tejas, se detuvo a la puerta de la tercera casita de su derecha y dio dos golpecitos con la punta de los dedos. Allí sin duda le aguardaban, porque tardaron en abrir lo que tardó en pasar de la ventana a la puerta la persona que quitó la tranca con que se cerraba por dentro.

Esa resultó ser la ama de la casa; mulata como de 40 años de edad, de estatura mediana, llena de carnes, aunque conservaba el talle estrecho, los hombros redondos y desnudos, la cabeza hermosa, la nariz algo gruesa, la boca expresiva y el cabello espeso y muy crespo. Vestía camisa fina bordada, de manga corta, y enaguas de sarga sin pliegues ni adorno ninguno.

Había pocos muebles en la sala: arrimada a la pared de la derecha una mesa de caoba, sobre la cual ardía una vela de cera, dentro de una guardabrisa o fanal, y varias sillas de cedro con asiento y respaldo de vaqueta, clavados con tachuelas de cobre. En aquella época esto se tenía por lujo, mucho más tratándose de una mujer de color, que ocupaba aquella habitación como ama y no como criada. El caballero no le dio la mano al entrar, sólo le hizo un saludo grave sin dejar de ser gracioso y amable; lo que sin disputa era aún más extraño, pues aparte de su diferencia de condición y de raza, la de sus edades respectivas era notable a primera vista y no cabía entre ellos otra relación que la de la amistad, más o menos sincera y desinteresada. Enseguida preguntó en tono triste y acercándose a la mujer cuanto podía, a fin de no levantar la voz, que la tenía algo bronca:

–¿Y qué tal la enferma?

La mulata sacudió la cabeza con aire todavía más triste y contestó con tres monosílabos:

–¡Ah! muy mal.

Algo más animada, aunque sin despejarse el semblante, agregó poco después:

–¿No se lo dije al señor? Entodavía ha de acabar con ella el golpe.

–Pues qué, replicó desazonado el caballero, ¿no me dijo Vd. anoche que estaba mejor y más tranquila?

–Lo estaba, sí, señor; pero la mañana la ha pasado muy desinquieta y agitada. Decía que le daban calor las sábanas, que le ardía la cabeza, y varias veces ha tratado de salirse de la cama buscando aire. De manera que fue preciso mandar por el médico.

Vino y recetó un calmante: lo tomó, porque la pobrecita toma cuanto le dan. De sus resultas ya se duerme como una piedra, ya despierta sobresaltada. ¡Ay, señor, su sueño se parece tanto a la muerte! Me da miedo, mucho miedo. Yo se lo decía al señor desde un principio, el golpe era demasiado para ella. Esa muchacha no tiene fuerzas para soportarlo. ¡Ah! mi señor, de esta hecha la perdemos, lo estoy mirando; me lo ha dado el corazón.

Y no dijo más, porque la emoción le ahogó la voz en la garganta.

–Veo que Vd. se acobarda, seña Josefa, dijo el desconocido con dulzura y sentimiento.

¿Pues no ha tratado Vd. de convencerla de que la separación es sólo por muy corto tiempo? No es ella ninguna chiquilla...

–¡Que si no he tratado! El señor parece que no la conoce entodavía. Ella no oye razones. Es la más voluntariosa y cabecidura que ha nacido. Además, dende ese lance no está en su cabal juicio y razón. ¿El señor mismo no trató aquella noche fatal de consolarla y tranquilizarla? ¿Y qué sacó? Acuérdense lo que semos: nada. El señor va a ver por sus propios ojos que se escogió mal el momento de someterla a semejante prueba. No se habían pasado los cuarenta días y luego tenía una calentura que volaba.

–Sí, –concluyó ya del todo conmovida y llorosa– me tengo tragado que de ésta no sale ella con juicio o con vida.

–Dios querrá, seña Josefa, que no se realicen tan funestos pronósticos –dijo el caballero preocupado. Después de breve rato añadió:

–Ella es joven y robusta, y todavía la naturaleza triunfará de todos sus males y penas. Fío más en esto que en la ciencia oscura de los médicos. Aparte de eso, Vd. sabe que se ha hecho lo hecho por el bien de todos, mejor dicho... Más adelante me lo agradecerán, estoy seguro. Yo no podía ni debía darla mi nombre. No, no, repitió como azorado del eco de su propia voz. Nadie mejor que Vd. lo sabe. Vd. que es mujer de razón, conocerá y confesará que así tenía que ser. Es preciso que la chica lleve un nombre, nombre de que no tenga que avergonzarse mañana, ni esotro día, el de Valdés, con que quizás haga un buen casamiento. Para ello no había más remedio sino pasar por la Real Casa Cuna. Esto no ha podido ser más doloroso para la madre, bien lo sé, que para... todos nosotros. Pero dentro de breves días la habrán bautizado y entonces haré que la traiga aquí María de Regla, mi negra, que tres meses hace perdió un hijo del mal de los siete días, y la está amamantando en la Casa Cuna por orden mía. Ella la devolverá sana, salva y cristiana a los brazos de su madre. Yo tengo arreglado todo eso con Montes de Oca, el médico de la Real Casa, por quien a menudo sé de la chica. Al principio lloraba mucho y se negaba a tomar el pecho de María de Regla, por lo que enflaqueció un poco. Pero ya todo eso ha pasado y ahora está gorda y rozagante, es decir, según me ha informado Montes de Oca, porque yo no la he visto desde la noche en que la hice pasar por el torno... Los ojos se me fueron tras ella. Es increíble cuánto me costó ese paso... Pero, a otra cosa. Vd. sabe, sin embargo, que no cabe equivocación.

–Demasiado que lo sé –dijo la mulata enjugándose las lágrimas–. No puede equivocarse, no. Por lo tocante a eso estoy tranquila, como que, a pesar de sus chillidos, que me partían el alma, le

hice la media luna azul en el hombro izquierdo, según el señor me ordenó. Yo no sé a quién le dolería más, si a ella o a mí... La madre, la madre, mi señor, es la que me tiene sin sosiego. Ella no puede resistir. De por fuerza pierde el juicio o la vida. Yo se lo repito al señor.

Seña Josefa, como la llamó el desconocido, se conocía que era mujer inteligente, si bien por el descuido de su educación incurría a menudo en las faltas de lenguaje comunes al vulgo de las gentes en Cuba. A pesar de la madurez de sus años y de sus pesares, conservaba las muestras de una juventud bella y distinguida, buenos ojos, la expresión amorosa de la boca y la redondez del cuello, de los hombros y de los brazos. Tenía el color cetrino que resulta de la mezcla de hembra negra y varón indio; pero lo crespo del pelo y el óvalo del rostro no admitían la probabilidad de semejante maridaje, sino el de madre negra y padre blanco. Cuando joven llevó vida acomodada, tuvo goces y se rozó con gente bien criada y de buenas maneras. Honda debía de ser la pesadumbre que a la sazón la aquejaba, según eran la frecuencia de sus suspiros, la contracción repetida de su entrecejo y la abundancia del humor acuoso en que nadaban sus grandes ojos y le empañaban el brillo. Por lo demás, había en su actitud más desesperación que verdadero pesar. En efecto, como luego veremos, tenía razón sobrada para lo uno y no le faltaba para lo otro.

Hacía ratos que ambos personajes estaban callados, cada cual a vueltas con sus propios pensamientos, que de seguro no coincidían en ningún punto, a tiempo que se oyeron un lamento y un grito desgarrador salidos del interior de la casa. La mujer hizo una exclamación dolorosa, se llevó ambas manos a la cabeza y corrió como desalada por el primer aposento al segundo cuarto. Maquinalmente el caballero hizo con las manos el mismo movimiento y siguió sus pasos en silencio, aunque a cierta distancia. Allí no había más luz que la mortecina de una lamparita de aceite en una mesa, sobre la cual se veía un nicho o retablo de titiritero, donde se veneraba una figura de talla, con traje talar o de mujer, que miraba al cielo y tenía clavada en el pecho una espada, cuya empuñadura parecía de plata. En el lado opuesto había un catre, con colgaduras de seda, ya ajadas, y a la cabecera una silla de cuero, que en el momento que entró allí seña Josefa, la había desocupado una anciana negra, escuálida, imagen de la muerte, cuya cabeza blanca contrastaba con el ébano de su cuello largo y huesoso. Tenía en la mano derecha un rosario y varios escapularios al pecho sobre la camisa blanca; ciñéndola el talle de la falda de cañamazo, una correa negra y larga a lo fraile agustino. Estaba como embebida o rezando con gran fervor, y al tocarle en el hombro seña Josefa, alzó de repente la cabeza, la volvió hacia la puerta del aposento, vio en ella de pie al desconocido, hizo un movimiento de horror o de susto y desapareció por la puerta del fondo sin decir palabra.

Ocupó su lugar seña Josefa. Abrió con tiento las cortinas del lecho, y por señas indicó al caballero que se acercara; lo que hizo éste, al parecer, con repugnancia. Los ojos de ambos se clavaron en el rostro pálido de una muchacha de 20 años, yacente boca arriba y aparentemente muerta. Porque no se movía a la sazón, tenía los ojos hundidos y cerrados los párpados, cuyas pestañas eran tan largas que daban sombra a las mejillas.

La cabeza era lo único que tenía fuera de las sábanas, y eso casi enterrada en la almohada, la cual desaparecía bajo una mata de pelo negro, undoso y esparcido por todas partes en el mayor desorden. De en medio de aquel fondo negro se destacaba el rostro ovalado, pálido de cera de la enferma, con la barba aguda, la frente cuadrada y alta, la boca pequeña, los labios belfos, y la nariz bastante bien hecha para mujer de raza mezclada, como sin duda era aquella de que ahora se trata. El conjunto era bueno, femenino; pero había tal expresión de angustia y melancolía en el semblante marchito por la enfermedad, que daba lástima el contemplarle. Movida por este sentimiento tal vez seña Josefa dijo al oído del caballero: «Se ha dormido».

La contestación del caballero fue sacudir la cabeza negativamente, acaso porque en aquel instante creyó notar un temblor convulsivo que recorría de pies a cabeza todo el cuerpo de la paciente. Tras el temblor empezó a levantársele el pecho, movimiento fácil de percibir por encima de la sábana, como una ola en mar sereno que repunta, de repente, y precursor del suspiro que exhaló enseguida del fondo del corazón, acompañado de un gemido doloroso y agudo. Comprendiendo el caballero lo que debía sobrevenir, sin poderlo remediar, apartó primero la vista

y disimulada y paulatinamente se retiró a los pies de la cama. Incorporada en aquel instante la enferma, exclamó con aire de espanto:

–¡Mamita! ¿Era su merced?

–¡Hija mía! ¿Qué quieres? ¿Estás mejor?

–¡Ah! ¡Mamita! –prosiguió la muchacha en el mismo aire de azorada–. La he visto, la acabo de ver. Sí, no me queda duda. ¡Ahí está! –agregó señalando al cielo–. ¡Se va! ¡Me la llevan! Debe estar muerta. ¡Ay!

Y se le escapó otro grito desgarrador.

–¡Hija! –le observó la madre afligida–. Dispierta. Tú estás soñando o esas son ilusiones tuyas.

–Venga acá, mamita, mire su merced misma.

Diciendo esto la atraía a sí por el brazo.

–¡Véala! ¿No es aquella la Virgen Santísima dentro de una nube dorada, con los pies desnudos, apoyados en las alas de infinitos ángeles? Ella es. ¡Mire! Por aquí. ¡Allá! Vea. ¡Se eleva!

–Visiones, hija mía. No hagas caso. Acuéstate y descansa.

–¿Cómo quiere su merced que me acueste, si veo que se llevan a mi hija, la hija de mis entrañas?

–¿Pero, quién se la lleva, mi vida?

–¿Quién se la lleva? ¿Pues no lo ve su merced? La Virgen Santísima. Se la lleva en los brazos. Debe estar muerta. ¡Ah!

–Ella no se ha muerto, no lo creas; le dijo débilmente seña Josefa, pues sobre este punto no estaba más segura que la enferma. Tu niña está viva y pronto la verás. Esos son sueños tuyos.

–Sueños, sueños, repitió la muchacha, distraída. ¿Yo soñaba? ¿No será más que un sueño? Pero, ¿y mi hija? ¿Dónde está? ¿Por qué me la han quitado? Y de que yo la perdiera su merced tiene la culpa, concluyó diciendo con iracundo ademán y acento.

No tuvo valor seña Josefa para replicar palabra, bien por no irritar más a la enferma con una contradicción poco menos que inútil, bien porque la acusación era directa y fundada. Sólo acertó a volver los ojos hacia su derecha, con lo que los de la enferma naturalmente siguieron la misma dirección y en consecuencia tropezaron con el bulto oscuro del desconocido, que hacía por ocultarse tras las colgaduras de la cama.

–¿Quién está ahí? preguntó apuntando con el dedo. ¡Ah! ¡Él es, el ladrón de mi hija! ¡Mi verdugo! ¿Qué vienes a buscar aquí? ¿Vienes, basilisco, a gozarte en tu obra? A tiempo llegas. Gózate a tus anchas. Mi hija ha volado al cielo, lo sé, de ello estoy convencida, yo la seguiré muy pronto; pero tú, tú, causa de nuestra condenación y muerte, tú bajarás... al infierno.

–¡Jesús! –exclamó seña Josefa santiguándose–. Tú no sabes lo que dices. Calla.

Y anegada en lágrimas se arrojó sobre su hija con el doble objeto de impedirle que se levantara y de que siguiera en aquella terrible increpación contra el caballero desconocido. Por prudencia o por remordimiento, éste callaba e inclinó más la cabeza.

Él, de todos modos, estaba muy disgustado y luchaba consigo mismo a fin de tomar una resolución. Porque, previéndolo, había venido a ponerse al alcance de las recriminaciones, al parecer justas, de la enferma, quien, aunque delirante, le echaba en cara la pérdida de su hija y la ruina de su razón. Mas no hizo por defenderse. Se sentía, al contrario, humillado, altamente ofendido por cuanto siendo sus intenciones las más puras, guiadas por el deseo del bien de todos los inmediatamente interesados, los resultados llevaban camino de ser muy desastrosas. A los ojos

de su propia conciencia la justificación era fácil; el mundo, sin embargo, debía juzgarle por los hechos. Y a este juicio le tenía él horror cervical.

Continuaba entre tanto la lucha entre la madre y la hija. Esta, con los ojos de espantada, los cabellos desgreñados, la frente cubierta de sudor copioso, las mejillas encendidas por la fiebre, repelía con ambas manos a la madre y le repetía:

—Déjame, mamita, déjame ver esa cara de hereje. Quiero pedirle cuenta de mi hija. El me la ha quitado, él, entrañas de fiera.

Y la madre, siempre inundada en lágrimas estrechándola en sus brazos, le respondía:

—Por el amor de Dios, hija mía, por la Purísima Concepción de María Santísima, por tu salud, por la de tu hija, que vive y está buena, cállate, tranquilízate. Yo te lo ruego por lo que más quiera.

Pero como se prolongase demasiado aquella lucha, se acercó el caballero a la cama, tomó en la suya una mano de la enferma, la cual ella no rechazó, y con voz grave, mas llena de exquisita ternura, le dijo:

—Charo, óyeme. Te prometo que mañana verás a tu hija. Vuelve en ti. ¡Cálmate! No más locuras.

Séase que de tanto bregar se le agotasen las fuerzas, séase que la impusiese respeto la voz del desconocido, es lo cierto que la enferma, exhalando un profundo suspiro, cayó repentinamente de espaldas en la almohada y allí quedó por breve rato sin movimiento.

No creyó menos la madre, al pronto, sino que había expirado. Púsola con ese motivo la mano en el corazón, y como, ya por el susto, ya porque en efecto se le había paralizado la sangre en las venas a la paciente, no sintió por unos instantes las pulsaciones. Así que, grandemente asustada, se volvió para el caballero, que al parecer contemplaba impassible aquella escena muda, y con acento de amarga reconvención le dijo:

—¿Lo ve el señor? Está muerta.

No fue esto parte a hacerle perder al caballero su natural ecuanimidad. Lejos de ello, con mucha calma y deliberación le tomó el pulso a la muchacha, a guisa de médico, y después dijo:

—Traiga Vd. éter. Se ha desmayado. Esta moza está muy débil, necesita alimento.

—El médico lo ha prohibido, observó seña Josefa.

—El médico no sabe lo que se pesca. Dela Vd. caldo. Pero despache con el éter.

Traído el álcali volátil, se le aplicaron a la nariz; pero las únicas señales de vida que dio la muchacha fue un estremecimiento de los párpados, que no abrió, por cierto, y un llorar en silencio, o hilo a hilo, según reza la gráfica expresión vulgar. Mientras esto pasaba delante de la cama de la enferma, asomó la cabeza blanca por entre la puerta del fondo, medio abierta, la anciana negra antes mencionada; pero la retiró de golpe persignándose cual si viese al diablo, sin duda porque aún estaba allí el caballero desconocido. Al fin, éste se alejó de aquel sitio de dolor y de tribulación, saludó a seña Josefa con una mera inclinación de cabeza, y salió a la calle murmurando en su despecho:

—¡Y nadie más que yo tiene la culpa!

ARGENTINA

Eugenio Cambaceres (1843-1889)

Hijo de un químico francés que se estableció en Argentina hacia 1833, heredó cierta fortuna que invirtió para convertirse en un poderoso estanciero, y de una argentina, Rufina Alais, hija del grabador londinense John Alais. Hizo los estudios secundarios en el Colegio Nacional de Buenos Aires y, después, se graduó de abogado. Ejerció un tiempo su profesión e intervino activamente en política. En 1870, fue elegido diputado y ese mismo año fue nombrado secretario del Club del Progreso y en 1873 vicepresidente del mismo.

Introdujo el naturalismo de Émile Zola y los Goncourt en Argentina y sobre asuntos realistas y locales en sus cuatro novelas *Pot-pourri*. *Silbidos de un vago* (1882), *Música sentimental* (1884), *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1887).

En la sangre (1887)

Cuenta la historia de un hijo de inmigrantes italianos que busca abandonar su humilde origen y fuerza al matrimonio a la hija de un estanciero adinerado, para luego derrochar su fortuna y arruinar su vida. A través de sus escritos, patentizó los problemas que se originaron con la llegada de extranjeros a Argentina y los cambios sociales de su época, criticó a la Alta Burguesía y su doble moral.

*En la sangre*²⁵

- I -

De cabeza grande, de facciones chatas, ganchuda la nariz, saliente el labio inferior, en la expresión aviesa de sus ojos chicos y sumidos, una rapacidad de buitre se acusaba. Llevaba un traje raído de pana gris, un sombrero redondo de alas anchas, un aro de oro en la oreja; la doble suela claveteada de sus zapatos marcaba el ritmo de su andar pesado y trabajoso sobre las piedras desiguales de la calle.

De vez en cuando, lentamente paseaba la mirada en torno suyo, daba un golpe –uno solo– al llamador de alguna puerta y, encorvado bajo el peso de la carga que soportaban sus hombros: «tachero»... gritaba con voz gangosa, «¿componi calderi, tachi, señora?» Un momento, alargando el cuello, hundía la vista en el zaguán. Continuaba luego su camino entre ruidos de latón y fierro viejo. Había en su paso una resignación de buey.

Alguna mulata zarrapastrosa, desgreñada, solía asomar; lo chistaba, regateaba, porfiaba, «alegaba», acababa por ajustarse con él. Poco a poco, en su lucha tenaz y paciente por vivir, llegó así hasta el extremo Sud de la ciudad penetró a una casa de la calle San Juan entre Bolívar y Defensa. Dos hileras de cuartos de pared de tabla y techo de cinc, semejantes a los nichos de algún inmenso palomar, bordeaban el patio angosto y largo. Acá y allá entre las basuras del suelo, inmundo, ardía el fuego de un brasero, humeaba una olla, chirriaba la grasa de una sartén, mientras bajo el ambiente abrasador de un sol de enero, numerosos grupos de vecinos se formaban, alegres, chacotones los hombres, las mujeres azoradas, cuchicheando.

Algo insólito, anormal, parecía alterar la calma, la tranquila animalidad de aquel humano hacinamiento. Sin reparar en los otros, sin hacer alto en nada por su parte, el italiano cabizbajo se dirigía hacia el fondo, cuando una voz interpeándolo:

–Va a encontrarse con novedades en su casa, don Esteban.

–¿Cosa dice?

–Su esposa está algo indispuesta.

Limitándose a alzarse de hombros él, con toda calma siguió andando, caminó hasta dar con la hoja entornada de una puerta, la penúltima a la izquierda. Un grito salió, se oyó, repercutió seguido de otros atroces, desgarradores al abrirla.

–¿Sta enferma vos? –hizo el tachero avanzando hacia la única cama de la pieza, donde una mujer gemía arqueada de dolor:

–¡Madonna, Madonna Santa...! –atinaba tan sólo a repetir ella, mientras gruesa, madura, majestuosa, un velo negro de encaje en la cabeza, un prendedor enorme en el cuello y aros y cadena y anillos de doublé, muchos en los dedos, hallábase de pie junto al catre la partera.

Se había inclinado, se había arremangado un brazo, el derecho, hasta el codo; manteníalo introducido entre las sábanas; como quien reza letanías, prodigaba palabras de consuelo a la paciente, maternalmente la exhortaba: «¡Coraque Duña maría, ya viene lanquelito, é lúrtimo... coraque!...».

Mudo y como ajeno al cuadro que presenciaban sus ojos, dejose estar el hombre, inmóvil un instante. Luego, arrugando el entrecejo y barbotando una blasfemia, volvió la espalda, echó mano de una caja de herramientas, alzó un banco y, sentado junto a la puerta, afuera, púsose a trabajar tranquilamente, dio comienzo a cambiar el fondo roto de un balde.

²⁵ Cambaceres, Eugenio, *En la sangre* (<https://historiasocialargentinaunlp.com.ar/wp-content/uploads/2018/04/eugenio-cambaceres-en-la-sangre.pdf>).

MÉXICO

Emilio Rabasa (1856-1930)

Colaboró para el periódico oficial de Chiapas llamado *La Iberia*, para *El Porvenir* de San Cristóbal de las Casas en 1881 y para *El liberal* de Oaxaca en 1883. Dedicó un poema en 54 sextetas llamado *A Mercedes* en 1884. Dentro de sus principales obras, firmadas bajo el seudónimo Sancho Polo, encontramos narrativa como los relatos de *La Bola*, *La Gran Ciencia*, *El Cuarto Poder* y *La Guerra de los Tres Años*, por las que se le ha reconocido como iniciador del realismo en México. Sin embargo, su principal aportación literaria lo fue para el Derecho y la Ciencia Política, con sus famosos escritos *El Artículo 14 y el Juicio Constitucional*, *La Constitución y la Dictadura* y *La Evolución Histórica en México*.

Es un vasto cuadro de costumbres en el cual muestra sus dotes de fino observador de la podredumbre moral de su tiempo en la esfera política; de la malicia y rústica sutileza para la intriga entre quienes la pueblan; de la engañosa quietud de la vida en provincia, y, finalmente, de los turbios enjuagues capitalinos dentro del ámbito electoral y periodístico. Justo Sierra apuntó esta síntesis laudatoria sobre el autor: «Escribe bien; es una cosa notable; se parece a Galdós», y aun José María de Pereda –aunque no se identifica la fuente– lo reputaba superior a Altamirano. Tiene Rabasa un atemperado sentido del humor, y los protagonistas de sus ficciones hablan en el lenguaje adecuado a su posición y circunstancia.

La bola

- I -

Un día de fiesta

El pueblo de San Martín de la Piedra despertó aquel día de un modo inusitado. Al alba los chicos saltaron del lecho, merced al estruendo de los cohetes voladores en que el Ayuntamiento había extendido la franqueza hasta el despilfarro; los ancianos, prendados de la novedad, soportaban la interrupción del sueño, y escuchaban con cierta animación nerviosa el martilleo de la diana, malditamente aporreada por el tambor Atanasio en la calle única de San Martín; las muchachas saltaban de gusto, y a toda prisa se echaban encima las enaguas y demás lienzos, ávidas de entreabrir la ventana para oír mejor la música, que recorría las calles (palabras del

bando), si bien ahora que la recuerdo, me parece que imitaba maravillosamente el grito en coro que dan los pavos cuando un chico los excita. Si a esto se agrega que el sacristán y algunos auxiliares oficiosos, echaban a vuelo las tres campanas de la iglesia, de las cuales dos estaban rajadas, se comprenderá que aquello, más que regocijo público, parecía el comienzo frenético de una asonada tremenda.

Yo tenía veinte años, novia que me requemaba la sangre, y un trajecillo flamante, hecho de encargo para aquel día con impaciencia esperado; y con decir esto, dicho se queda que salté de la cama con precipitación, me puse el vestido (que era color de azafrán), me calcé unos zapatos, también nuevos, que apretaban como borceguíes del Santo Oficio, y completando el aderezo con sombrero de fieltro negro, me eché a la calle radiante de alegría.

Tomé calle abajo, con el doble objeto de incorporarme a la banda de música y de pasar por las ventanas de Remedios, fiado en que su alborozo la habría levantado ya; pero defraudó mis esperanzas, sin duda por el temor que le infundía el celoso argos que la guardaba, bajo el nombre y robusto físico de su tío el Sr. Comandante Don Mateo Cabezudo. Y si he de decir verdad, no acierto a decidir si mi afán era ver a Remedios o que ella me viera con aquel traje tan mono.

Un buen grupo de hombres del pueblo, entre los que ya se veían algunos galancetes con puntas y ribetes de educación, semejantes a mí, rodeaban a los músicos, mientras éstos inflaban los carrillos, soplando sus respectivos instrumentos y causando la admiración de los chicos parados frente a ellos. Los músicos de pueblo se han envanecido siempre con esa admiración infantil, que no comprende cómo se pueden mover con tanta habilidad los dedos; pero creo que ningunos como los de la banda de mi tierra. Concluida la pieza que se ejecutaba, los tocadores hablaban entre sí con cierta gravedad cómica, mirando alto y sacudiendo el instrumento con la boquilla hacia abajo, acto al cual dan una importancia verdaderamente seria.

Hoy me río de esa simple vanidad; pero en aquella época me cargaba, porque me parecía que aquellos tontos me suponían también su admirador; mas todo lo perdonaba yo con tal de que me hicieran el gusto de pasar por las ventanas del Comandante, tocando una danza que se llamaba No te olvido; porque caminando yo cerca del clarinete, y dirigiendo una mirada a Remedios de cierto modo, de fijo comprendería que yo había hecho tocar la danza para dedicarle a ella el título.

Perdónenseme estas pequeñas digresiones referentes a mi persona; mas por una parte, están justificadas con el hecho de tener yo tan principal parte en los acontecimientos que voy a referir, y por otra, justo es que al recordar mis años juveniles, la memoria se derrame sobre el campo de mis más íntimos sentimientos, y la pluma escriba lo que con tanta viveza se presenta a mi imaginación. Forzando, sin embargo, esta mi inclinación natural y justa, diré, para beneficio del lector lo menos que pueda de mi persona, y pasando rápidamente los insignificantes pormenores de aquella madrugada, referiré solamente que al regresar con la música vi a Remedios, que la saludó de un modo imperceptible, que noté su admiración por mi azafranada envoltura, y que, llegando a la plaza, la música se instaló en rueda cerca de la iglesia y tocó hasta las siete de la mañana.

Ya el lector (apasionado de las novelas como debe de ser para tener en sus manos la presente), adivinó sin duda que aquel día era el 16 de Setiembre; y digo que lo adivinó, y cierto estoy de ello, porque chico en lo chico y grande en lo grande, así se celebra la aurora de ese sol en toda nuestra nación, por un acuerdo tácito de once millones de pareceres, que han convenido en que nada hay mejor que el repique de campanas, redoble de tambores, estruendo de cohetes y bufidos de latones.

Sea de esto lo que sea, el caso es que mi pueblo y yo estábamos contentos como nunca, y hasta admirados de la gracia y maña que la comisión del Ayuntamiento se había dado para arreglar los festejos con acierto y aun con cierta novedad. El templete, colocado en el portal de los Gonzagas (único en su género), no tenía por fondo dos sobrecamas, como en el año anterior, sino las cortinas del altar de las Ánimas, que el señor cura prestó a la comisión bondadosamente; en el centro se veía el retrato del Padre Hidalgo, asentado sobre seis bayonetas artísticamente cruzadas en forma de abanico, y rodeado de banderitas tricolores de papel; a los lados del cuadro y a una vara de

distancia, colgaban dos anchas fajas con los colores nacionales, y coronando el retrato del Libertador desplegaba atrevidamente las alas una águila de papel recortado, pintada por el maestro de escuela, que para esto de mojar los pinceles era un primor y se perdía de vista; y por último, a ambos lados del águila y en papeles de colores fuertes, se leían dispersos los nombres de Morelos, Allende, Abasolo, Mina, Rayón, Galeana y cuantos más análogos hubo el ilustrado dómine al alcance de su feliz memoria.

Tal como lo rezaba el bando, a las nueve de la mañana me presenté en la casa municipal y sala de cabildos, para acompañar a las autoridades al paseo cívico de costumbre. El maestro de escuela estaba ya en su puesto, conteniendo y atajando con fruncimientos de ceño y aun con ciertas airadas voces, la natural tendencia de los chicos al desorden, los cuales formaban en tiradores, apoyado un extremo de la línea en la puerta de la sala del Ayuntamiento. La murmuración hizo cundir en aquella indisciplinada tropa el descontento, pues alguno de ellos expresó la idea de que, si Pepo García llevaba la bandera, lo debía a que era sobrino del Jefe político. De allí el culebreo de la línea, que apenas podía moderar la constante trompeta del irritado pedagogo.

Poco tardó en llegar el Jefe político Don Jacinto Coderas, vestido de negro con una levita que no cesaba yo de mirar, como se ve al único competidor temible; en seguida, se presentó, dándome bondadosamente la mano, mi vecino Don Justo Llamas, cubierta la ancha calva con antiquísimo sombrero de seda y copa, prenda que sólo tomaba sol en días de grande regocijo; asomó después su hermano Don Agustín, y casi juntos penetraron en la sala el Recaudador de Contribuciones, el Administrador del Correo, los dos Gonzagas del portal, el Presidente del Ayuntamiento y cinco concejales, incluso el síndico Don Abundio Cañas.

Pasó un buen rato, durante el cual el síndico hablaba en tono resbaloso como piel de gato, con el Jefe político, en esa entonación que parece que trata de rozar blanda y flexiblemente la nuca del que escucha. Esto me parecía desde entonces adulación indirecta y disimulada. Los demás asistentes fueron poco a poco formando un círculo en derredor del representante del Poder Ejecutivo, y aun me parece que yo sonreía discretamente, haciendo coro a los circunstantes, cuando el señor Coderas decía algún donaire o algo que tal nos quería parecer.

—Y este maldito Severo que no parece, cuando debiera ser el primero en llegar. Se impacienta uno con justicia, puesto que sin él no hay nada. Sería bueno mandar un recado; y si por accidente está enfermo, que nos remita el discurso. Esto es: aquí Juanito subirá a la tribuna y lo leerá, que al fin tiene buena voz y es muy expedito para eso y mucho más.

Yo me puse verde al oír tal propósito y protesté en términos respetuosos.

¡Cómo había de leer una obra ajena! Además, la leería muy mal, porque Severo tenía malísima letra.

—Pues no, señor, no hay remedio; Juanillo nos hará el favor...

Pero gracias a Dios, Severo llegó a este tiempo con el cabello muy asentado, la ropa aderezada convenientemente y el aire grave de su eterna y fastidiosa pedantería, y todos callaron para saludarle. Otros vecinos distinguidos del pueblo habíanse agrupado a la puerta, y numerosos ciudadanos de arado y yunta esperaban en la plaza. Eran las diez en punto cuando el Sr. Comandante Don Mateo Cabezudo se presentó en la sala, vestido de paisano, y llevando en la raída solapa una medalla plateada y una cinta, claros blasones de su valor y sus servicios.

Saludó cortésmente al Jefe político y demás personas, y preguntó:

—¿Ya estamos listos?

—Parece que sí —contestó Coderas.

—Pues vamos.

Y el Comandante se dirigió a tomar la bandera que estaba sobre la mesa. Y aquí fue Troya.

PORTUGAL

Eça de Queirós (1845-1900)

Escritor y diplomático portugués, considerado por muchos el mejor realista de su país en el siglo XIX. Entre varias novelas suyas de reconocida importancia destaca *Los Maia*. Al año siguiente, junto con Ramalho Ortigão, fundó y dirigió el periódico *As Farpas* y participó en las llamadas Conferencias del Casino con su texto *La nueva literatura*, que llevaba el subtítulo de «El realismo como nueva expresión de arte». Durante su estancia en Leiria, e inspirándose en el ambiente de esta ciudad, escribió su primera novela realista sobre la vida portuguesa, *El crimen del padre Amaro*, que se publicaría en 1875 en las páginas de la *Revista Ocidental*, y que aparecería posteriormente (en 1876 y luego, con importantes modificaciones, en 1880) como volumen independiente.

O Crime do Padre Amaro

- I -

Foi no domingo de Páscoa que se soube em Leiria, que o pároco da Sé, José Miguéis, tinha morrido de madrugada com uma apoplexia. O pároco era um homem sanguíneo e nutrido, que passava entre o clero diocesano pelo comilão dos comilões. Contavam-se histórias singulares da sua voracidade. O Carlos da Botica –que o detestava– costumava dizer, sempre que o via sair depois da sesta, com a face afoqueada de sangue, muito enfartado:

–Lá vai a jibóia esmoer. Um dia estoura!

Com efeito estourou, depois de uma ceia de peixe –à hora em que defronte, na casa do doutor Godinho que fazia anos, se polcava com alarido. Ninguém o lamentou, e foi pouca gente ao seu enterro. Em geral não era estimado. Era um aldeão; tinha os modos e os pulsos de um cavador, a voz rouca, cabelos nos ouvidos, palavras muito rudes.

Nunca fora querido das devotas; arrotava no confessionário, e, tendo vivido sempre em freguesias da aldeia ou da serra, não compreendia certas sensibilidades requintadas da devoção: perdera por isso, logo ao princípio, quase todas as confessadas, que tinham passado para o polido padre Gusmão, tão cheio de lábia!

E quando as beatas, que lhe eram fiéis, lhe iam falar de escrúpulos de visões, José Miguéis escandalizava-as, rosnando:

–Ora histórias, santinha! Peça juízo a Deus! Mais miolo na bola!

As exagerações dos jejuns sobretudo irritavam-no:

–Coma-lhe e beba-lhe –costumava gritar–, coma-lhe e beba-lhe, criatura!

Era miguelista –e os partidos liberais, as suas opiniões, os seus jornais enchiam-no duma cólera irracional:

–Cacete! cacete! –exclamava, meneando o seu enorme guarda-sol vermelho.

Nos últimos anos tomara hábitos sedentários, e vivia isolado –com uma criada velha e um cão, o Joli. O seu único amigo era o chantre Valadares, que governava então o bispado, porque o senhor bispo D. Joaquim gemia, havia dois anos, o seu reumatismo, numa quinta do Alto Minho. O pároco tinha um grande respeito pelo chantre, homem seco, de grande nariz, muito curto de vista, admirador de Ovídio –que falava fazendo sempre boquinhas, e com alusões mitológicas.

O chantre estimava-o. Chamava-lhe Frei Hércules.

–Hércules pela força –explicava sorrindo–, Frei pela gula.

No seu enterro ele mesmo lhe foi aspergir a cova; e, como costumava oferecer-lhe todos os dias rapé da sua caixa de ouro, disse aos outros cônegos, baixinho, ao deixar-lhe cair sobre o caixão, segundo o ritual, o primeiro torrão de terra:

–É a última pitada que lhe dou!

Todo o cabido riu muito com esta graça do senhor governador do bispado; o cônego Campos contou-o à noite ao chá em casa do deputado Novais; foi celebrada com risos deleitados, todos exaltaram as virtudes do chantre, e afirmou-se com respeito –que sua excelência tinha muita pilhéria!

Dias depois do enterro apareceu, errando pela Praça, o cão do pároco, o Joli. A criada entrara com sezões no hospital; a casa fora fechada; o cão, abandonado, gemia a sua fome pelos portais. Era um gozo pequeno, extremamente gordo, –que tinha vagas semelhanças com o pároco. Com o hábito das batinas, ávido dum dono, apenas via um padre punha-se a segui-lo, ganindo baixo. Mas nenhum queria o infeliz Joli; enxotavam-no com as ponteiras dos guarda-sóis; o cão, repellido como um pretendente, toda a noite uivava pelas ruas. Uma manhã apareceu morto ao pé da Misericórdia; a carroça do estrume levou-o e, como ninguém tomou a ver o cão, na Praça, o pároco José Miguéis foi definitivamente esquecido.

Dois meses depois soube-se em Leiria que estava nomeado outro pároco. Dizia-se que era um homem muito novo, saído apenas do seminário. O seu nome era Amaro Vieira. Atribuía-se a sua escolha a influências políticas, e o jornal de Leiria, *A Voz do Distrito*, que estava na oposição, falou com amargura, citando o Gólgota, no favoritismo da corte e na reação clerical. Alguns padres tinham-se escandalizado com o artigo; conversou-se sobre isso, acrememente, diante do senhor chantre.

–Não, não, lá que há favor, há; e que o homem tem padrinhos, tem –disse o chantre–. A mim quem me escreveu para a confirmação foi o Brito Correia (Brito Correia era então ministro da Justiça). Até me diz na carta que o pároco é um belo rapagão. De sorte que –acrescentou sorrindo com satisfação– depois de Frei Hércules vamos talvez ter Frei Apolo.

Em Leiria havia só uma pessoa que conhecia o pároco novo: era o cônego Dias, que fora nos primeiros anos do seminário seu mestre de Moral. No seu tempo –dizia o cônego– o pároco era um rapaz franzino, acanhado, cheio de espinhas carnisais...

–Parece que o estou a ver com a batina muito coçada e cara de quem tem lombrigas!... De resto bom rapaz! E espertote...

O cônego Dias era muito conhecido em Leiria. Ultimamente engordara, o ventre saliente enchia-lhe a batina e a sua cabecinha grisalha, as olheiras papudas, o beijo espesso faziam lembrar velhas anedotas de frades lascivos e glutões.

O tio Patrício, o Antigo, negociante da Praça, muito liberal e que quando passava pelos padres rosnava como um velho cão de fila, dizia às vezes ao vê-lo atravessar a Praça, pesado, ruminando a digestão, encostado ao guarda-chuva:

–Que maroto! Parece mesmo D. João VI!

O cônego vivia só com uma irmã velha, a Sra. D. Josefa Dias, e uma criada, que todos conheciam também em Leiria, sempre na rua, entrouxada num xale tingido de negro, e arrastando pesadamente as suas chinelas de ouro. O cônego Dias passava por ser rico; trazia ao pé de Leiria propriedades arrendadas, dava jantares com peru, e tinha reputação o seu vinho duque de 1815. Mas o fato saliente da sua vida –o fato comentado e murmurado– era a sua antiga amizade com a Sra. Augusta Caminha, a quem chamavam a S. Joaneira, por ser natural de S. João da Foz. A S. Joaneira morava na Rua da Misericórdia, e recebia hóspedes. Tinha uma filha, a Ameliazinha, rapariga de vinte e três anos, bonita, forte, muito desejada.

O cônego Dias mostrara um grande contentamento com a nomeação de Amaro Vieira. Na botica do Carlos, na Praça, na sacristia da Sé, exaltou os seus bons estudos no seminário, a sua prudência de costumes, a sua obediência: gabava-lhe mesmo a voz: «um timbre que é um regalo».

–Para um bocado de sentimento nos sermões da Semana Santa, está a calhar!

Predizia-lhe com ênfase um destino feliz, uma conezia decerto, talvez a glória de um bispado!

E um dia, enfim, mostrou com satisfação ao coadjutor da Sé, criatura servil e calada, uma carta que recebera de Lisboa de Amaro Vieira.

Era uma tarde de Agosto e passeavam ambos para os lados da Ponte Nova. Andava então a construir-se a estrada da Figueira: o velho passadiço de pau sobre a ribeira do Listinha sido destruído, já se passava sobre a Ponte Nova, muito gabada, com os seus dois largos arcos de pedra, fortes e atarracados. Para diante as obras estavam suspendidas por questões de expropriação; ainda se via o lodoso caminho da freguesia de Marrazes, que a estrada nova devia desbastar e incorporar; camadas de cascalho cobriam o chão; e os grossos cilindros de pedra, que acalcam e recamam os macadames, enterravam-se na terra negra e úmida das chuvas.

Em roda da Ponte a paisagem é larga e tranquila. Para o lado de onde o rio vem são colinas baixas, de formas arredondadas, cobertas da rama verde-negra dos pinheiros novos; embaixo, na espessura dos arvoredos, estão os casais que dão àqueles lugares melancólicos uma feição mais viva e humana –com as suas alegres paredes caiadas que luzem ao sol, com os fumos das lareiras que pela tarde se azulam nos ares sempre claros e lavados. Para o lado do mar, para onde o rio se arrasta nas terras baixas entre dois renques de salgueiros pálidos, estende-se até os primeiros areais o campo de Leiria, largo, fecundo, com o aspecto de águas abundantes, cheio de luz. Da Ponte pouco se vê da cidade; apenas uma esquina das cantarias pesadas e jesuíticas da Sé, um canto do muro do cemitério coberto de parietárias, e pontas agudas e negras dos ciprestes; o resto está escondido pelo duro monte ouriçado de vegetações rebeldes, onde destacam as ruínas do Castelo, todas envolvidas à tarde nos largos vãos circulares dos mochos, desmanteladas e com um grande ar histórico.

Ao pé da Ponte, uma rampa desce para a alameda que se estende um pouco à beira do rio. É um lugar recolhido, coberto de árvores antigas. Chamam-lhe a Alameda Velha. Ali, caminhando devagar, falando baixo, o cônego consultava o coadjutor sobre a carta de Amaro Vieira, e sobre «uma ideia que ela lhe dera, que lhe parecia de mestre! De mestre!». Amaro pedia-lhe com urgência que lhe arranjasse uma casa de aluguel, barata, bem situada, e se fosse possível mobilada; falava sobretudo de quartos numa casa de hóspedes respeitável. «Bem vê o meu caro padre-mestre –dizia Amaro– que era isto o que verdadeiramente me convinha; eu não quero luxos, está claro: um quarto e uma saleta seria o bastante. O que é necessário é que a casa seja respeitável,

sossegada, central, que a patroa tenha bom gênio e que não peça mundos e fundos; deixo tudo isto à sua prudência e capacidade, e creia que todos estes favores não cairão em terreno ingrato. Sobretudo que a patroa seja pessoa acomodada e de boa língua».

–Ora a minha ideia, amigo Mendes, é esta: metê-lo em casa da S. Joaneira! –resumiu o cônego com um grande contentamento–. É rica ideia, hein!

–Soberba ideia! –disse o coadjutor com a sua voz servil.

–Ela tem o quarto de baixo, a saleta pegada e o outro quarto que pode servir de escritório. Tem boa mobília, boas roupas...

–Ricas roupas –disse o coadjutor com respeito.

O cônego continuou:

–É um belo negócio para a S. Joaneira: dando os quartos, roupas, comida, criada, pode muito bem pedir os seus seis tostões por dia. E depois sempre tem o pároco de casa.

–Por causa da Ameliuzinha é que eu não sei –considerou timidamente o coadjutor–. Sim, pode ser reparado. Uma rapariga nova... Diz que o senhor pároco é ainda novo... Vossa senhoria sabe o que são línguas do mundo.

O cônego tinha parado:

–Ora histórias! Então o padre Joaquim não vive debaixo das mesmas telhas com a afilhada da mãe? E o cônego Pedroso não vive com a cunhada, e uma irmã da cunhada, que é uma rapariga de dezenove anos? Ora essa!

–Eu dizia... –atenuou o coadjutor.

–Não, não vejo mal nenhum. A S. Joaneira aluga os seus quartos, é como se fosse uma hospedaria. Então o secretário-geral não esteve lá uns poucos de meses?

–Mas um eclesiástico... –insinuou o coadjutor.

–Mais garantias, Sr. Mendes, mais garantias! –exclamou o cônego. E parando, com uma atitude confidencial–: E depois a mim é que me convinha, Mendes! A mim é que me convinha, meu amigo!

Houve um pequeno silêncio. O coadjutor disse, baixando a voz:

–Sim, vossa senhoria faz muito bem à S. Joaneira...

–Faço o que posso, meu caro amigo, faço o que posso –disse o cônego. E com uma entonação terna, risonhamente paternal–: que ela é merecedora! é merecedora. Boa até ali, meu amigo! –Parou, esgazeando os olhos–: Olhe que dia em que eu não lhe apareça pela manhã às nove em ponto, está num frenesi! Oh criatura! digo-lhe eu, a senhora rala-se sem razão. Mas então, é aquilo! Pois quando eu tive a cólica o ano passado! Emagreceu, Sr. Mendes! E depois não há lembrança que não tenha! Agora, pela matança do porco, o melhor do animal é para o padre santo, você sabe? é como ela me chama.

Falava com os olhos luzidos, uma satisfação babosa.

–Ah, Mendes! –acrescentou– é uma rica mulher!

–E bonita mulher –disse o coadjutor respeitosamente.

–Lá isso! –exclamou o cônego parando outra vez–. Lá isso! Bem conservada até ali! Pois olhe que não é uma criança! Mas nem um cabelo branco, nem um, nem um só! E então que cor de pele! –E mais baixo, com um sorriso guloso–: E isto aqui! ó Mendes, e isto aqui! –Indicava o lado do pescoço debaixo do queixo, passando-lhe devagar por cima a sua mão papuda–: É uma perfeição! E depois mulher de asseio, muitíssimo asseio! E que lembranças! Não há dia que me não mande o seu presente! é o covillete de geléia, é o pratinho de arroz-doce, é a bela morcela

de Arouca! Ontem me mandou ela uma torta de maçã. Ora havia de você ver aquilo! A maçã parecia um creme! Até a mana Josefa disse: «Está tão boa que parece que foi cozida em água benta!» –E pondo a mão espalmada sobre o peito–: São coisas que tocam a gente cá por dentro, Mendes! Não, não é lá por dizer, mas não há outra.

O coadjutor escutava com a taciturnidade da inveja.

–Eu bem sei –disse o cônego parando de novo e tirando lentamente as palavras– eu bem sei que por ai rosnam, rosnam... Pois é uma grandíssima calúnia! O que é, é que eu tenho muito apego àquela gente. Já o tinha em tempo do marido. Você bem o sabe, Mendes.

O coadjutor teve um gesto afirmativo.

–A S. Joaneira é uma pessoa de bem! olhe que é uma pessoa de bem, Mendes! –exclamava o cônego batendo no chão fortemente com a ponteira do guarda-sol.

–As línguas do mundo são venenosas, senhor cônego –disse o coadjutor com uma voz chorosa. E depois dum silêncio, acrescentou baixo–: Mas aquilo a vossa senhoria deve-lhe sair caro!

–Pois aí está, meu amigo! Imagine você que desde que o secretário-geral se foi embora a pobre da mulher tem tido a casa vazia: eu é que tenho dado para a panela, Mendes!

–Que ela tem uma fazendita –considerou o coadjutor.

–Uma nesga de terra, meu rico senhor, uma nesga de terra! E depois as décimas, os jornais! Por isso digo eu, o pároco é uma mina. Com os seis tostões que ele der, com que eu ajudar, com alguma coisa que ela tire da hortalicha que vende da fazenda, já se governa. E para mim é um alívio, Mendes.

–É um alívio, senhor cônego! –repetiu o coadjutor.

Ficaram calados. A tarde descaía muito límpida; o alto céu tinha uma pálida cor azul; o ar estava imóvel. Naquele tempo o rio ia muito vazio; pedaços de areia reluziam em seco; e a água baixa arrastava-se com um marulho brando, toda enrugada do roçar dos seixos.

Duas vacas, guardadas por uma rapariga, apareceram então pelo caminho lodoso que do outro lado do rio, defronte da alameda, corre junto de um silvado; entraram no rio devagar, e estendendo o pescoço pelado da canga, bebiam de leve, sem ruído; a espaços erguiam a cabeça bondosa, olhavam em redor com a passiva tranquilidade dos seres fartos –e fios de água, babados, luzidios à luz, pendiam-lhes dos cantos do focinho. Com a inclinação do sol a água perdia a sua claridade espelhada, estendiam-se as sombras dos arcos da Ponte. Do lado das colinas ia subindo um crepúsculo esfumado, e as nuvens cor de sanguínea e cor de laranja que anunciam o calor faziam, sobre os lados do mar, uma decoração muito rica.

–Bonita tarde! –disse o coadjutor.

O cônego bocejou, e fazendo uma cruz sobre o bocejo:

–Vamo-nos chegando às Ave-Marias, hein?

Quando, daí a pouco, iam subindo as escadarias da Sé, o cônego parou, e voltando-se para o coadjutor:

–Pois está decidido, amigo Mendes, ferro o Amaro na casa da S. Joaneira! É uma pechincha para todos.

–Uma grande pechincha! –disse respeitosamente o coadjutor–. Uma grande pechincha!

E entraram na igreja, persignando-se.

El crimen del padre Amaro

- I -

Era domingo de Pascua cuando se supo en Leiria que el párroco de la catedral, José Miguéis, había muerto de madrugada de una apoplejía. El párroco era un hombre sanguíneo y cebado, que pasaba entre el clero diocesano por «el comilón de los comilones». Se contaban historias singulares sobre su voracidad. Carlos el de la botica –que lo detestaba– solía decir siempre que lo veía salir después de la siesta, con la cara enrojecida, harto:

–Ahí va la boa a rumiar. ¡Un día revienta!

Reventó, en efecto, después de una cena de pescado, a la misma hora en que, enfrente, en casa del doctor Godinho, que cumplía años, se polqueaba²⁶ con estruendo. Nadie lo lamentó y fue poca gente a su entierro. En general no era estimado. Era un aldeano; tenía los modales y las muñecas de un cavador; la voz ronca, pelos en las orejas, el hablar muy rudo. Las devotas nunca lo habían querido: eructaba en el confesionario y, como había vivido siempre en parroquias aldeanas o de la sierra, no entendía ciertas sensibilidades exacerbadas por la devoción: por eso había perdido, desde el principio, a casi todas las confesadas, que se pasaron al pulido padre Gusmão, ¡tan rico en labia!

Y, cuando las beatas que le eran fieles iban a hablarle de escrúpulos, de visiones, José Miguéis las escandalizaba, gruñendo:

–¡Pero qué historias, santita! Pídale a Dios sentido común. ¡Más juicio en la mollera!

Lo irritaban sobre todo las exageraciones en los ayunos:

–¡Coma y beba! –solía gritar–, ¡coma y beba, criatura!

Era miguelista y los partidos liberales, sus opiniones, sus periódicos, le producían una ira irracional.

–¡Mano dura, mano dura! –exclamaba, agitando su enorme quitasol rojo.

En los últimos años había adquirido hábitos sedentarios y vivía aislado con una criada vieja y un perro, Joli. Su único amigo era el chantre Valadares, que gobernaba entonces el obispado, pues el señor obispo, don Joaquín, penaba desde hacía dos años su reumatismo en una quinta del Alto Miño.

El párroco sentía un gran respeto por el chantre, hombre enjuto, de gran nariz, muy corto de vista, admirador de Ovidio, que hablaba siempre poniendo la boca pequeñita y con alusiones mitológicas. El chantre lo estimaba. Le llamaba «fray Hércules».

–«Hércules» por la fuerza –explicaba sonriente–, «fray» por la gula.

En su entierro, él mismo le hisopeó la tumba; y como tenía por costumbre ofrecerle todos los días rapé de su caja de oro, les dijo a los otros canónigos, en voz baja, al dejar caer sobre el féretro, según el ritual, el primer puñado de tierra:

–¡Es la última pulgarada que le doy!

Todo el cabildo rio mucho la gracia del señor gobernador del obispado; el canónigo Campos la contó por la noche, tomando el té en casa del diputado Novais; fue celebrada con risas gozosas, todos exaltaron las virtudes del chantre y se afirmó con respeto «que Su Excelencia tenía mucha picardía».

²⁶ Cantar y bailar.

Días después del entierro apareció, errando por la plaza, el perro del párroco, Joli. La criada había sido internada con fiebres tercianas en el hospital; la casa había sido cerrada; el perro, abandonado, gemía su hambre por los portales. Era un chucho pequeño, extremadamente gordo, que guardaba vagas semejanzas con el párroco. Habitado a las sotanas, ávido de un dueño, tan pronto veía a un cura empezaba a seguirlo con gemidos serviles. Pero nadie quería al infeliz Joli; lo ahuyentaban con las puntas de los quitasoles; el perro, rechazado como un pretendiente, aullaba toda la noche por las calles. Una mañana apareció muerto junto a la Misericordia; el carro del estiércol se lo llevó y, como nadie volvió a ver al perro en la plaza, el párroco José Miguéis fue definitivamente olvidado.

Dos meses más tarde se supo en Leiria que había sido nombrado otro párroco. Se decía que era un hombre muy joven recién salido del seminario. Se llamaba Amaro Vieira. Se atribuía su elección a influencias políticas y el periódico de Leiria, *A Voz do Distrito*, que estaba en la oposición, habló con amargura, citando el Gólgota, del «favoritismo de la corte» y de la «reacción clerical».

Algunos curas se habían escandalizado por el artículo; se conversó sobre ello, agriamente, en presencia del señor chantre.

—No, no, favor claro que hay; y el hombre tiene padrinos claro que los tiene —decía el chantre—. A mí me ha escrito Brito Correia para confirmármelo (Brito Correia era entonces ministro de Justicia). Hasta me dice en la carta que el párroco es un hermoso mocetón. De manera que —añadió sonriendo con satisfacción— después de «fray Hércules» vamos a tener tal vez a «fray Apolo».

En Leiria sólo había una persona que conocía al nuevo párroco; era el canónigo Dias, que había sido, en los primeros años del seminario, su profesor de moral. En aquel tiempo, decía el canónigo, el párroco era un muchacho menudo, apocado, lleno de granos...

—¡Me parece que lo estoy viendo, con la sotana muy gastada y cara de tener lombrices!... ¡Por lo demás, buen chico! Y despabiladote...

El canónigo Dias era muy conocido en Leiria. Últimamente había engordado, el vientre sobrante le llenaba la sotana; y su cabecita agrisada, las ojeras carnosas, el labio espeso hacían recordar viejas anécdotas de frailes lascivos y glotonos. El tío Patricio, «el Viejo», un comerciante de la plaza, muy liberal, que cuando pasaba junto a los curas gruñía como un viejo perro guardián, decía algunas veces al verlo atravesar la plaza, pesado, rumiando la digestión, apoyado en el paraguas:

—¡Menudo tunante! ¡Si parece D. João VI!

El canónigo vivía solo con una hermana mayor, la señora doña Josefa Dias, y una criada a la que todos conocían en Leiria, siempre en la calle, envuelta en un chal teñido de negro y arrastrando pesadamente sus zapatillas de orillo. El canónigo Dias pasaba por ser rico: tenía propiedades arrendadas junto a Leiria, comía pavo y era famoso su vino Duque de 1815. Pero el hecho destacado en su vida, el hecho comentado y murmurado, era su antigua amistad con la señora Augusta Caminha, a quien todos llamaban Sanjoaneira por ser natural de São João da Foz. La Sanjoaneira vivía en la Rua da Misericórdia y admitía huéspedes. Tenía una hija, Amelinha, una muchachita de veintitrés años, hermosa, sana, muy deseada.

El canónigo Dias se había mostrado muy contento con el nombramiento de Amaro Vieira. En la botica de Carlos, en la plaza, en la sacristía de la catedral, elogió sus buenos estudios en el seminario, su moderación en las costumbres, su obediencia. Elogiaba incluso su voz: «¡Un timbre que es un regalo!».

—¡Es el indicado para poner un poco de sentimiento en los sermones de Semana Santa!

Le auguraba con énfasis un destino feliz, una canonjía seguramente, ¡tal vez la gloria de un obispado!

Y un día, por fin, enseñó con satisfacción al coadjutor de la catedral, criatura servil y callada, una carta que había recibido de Amaro Vieira desde Lisboa. Era una tarde de agosto y paseaban los dos por las orillas del Puente Nuevo. Estaba entonces en construcción la carretera de Figueira: el viejo pasadizo de madera sobre la ribera del Lis había sido destruido, se pasaba ya por el Puente Nuevo, muy alabado, con sus dos amplias arcadas de piedra, fuertes y rechonchas. Más adelante las obras estaban paradas por pleitos de expropiación; se veía aún el embarrado camino de la parroquia de Os Marrazes, que la carretera nueva debía desbistar e incorporar; montones de cascajo cubrían el suelo, y los gruesos cilindros de piedra que comprimen y embellecen el pavimento yacían enterrados en la tierra negra y húmeda de lluvias.

Alrededor del puente el paisaje es amplio y tranquilo. Por la parte de donde viene el río hay colinas bajas de formas redondeadas, cubiertas por el ramaje verdinegro de los pinos jóvenes; abajo, en la espesura de las arboledas, están las casas que proporcionan a aquellos lugares melancólicos un aspecto más vivo y humano, con sus alegres paredes encaladas luciendo al sol, con los humos de las chimeneas que por la tarde se azulan en los aires siempre claros y limpios. Hacia el lado del mar, por donde el río se arrastra en las tierras bajas entre dos hileras de sauces pálidos, se extiende hasta los primeros arenales la tierra de Leiria, amplia, fecunda, con aspecto de aguas abundantes, llena de luz.

Desde el puente poco se ve de la ciudad; apenas una esquina de los sillares pesados y jesuíticos de la catedral, un trozo del muro del cementerio cubierto de parietarias y las puntas agudas y negras de los cipreses; el resto está oculto por el duro monte erizado de vegetaciones rebeldes en el que destacan las ruinas del castillo, completamente envueltas al caer la tarde en los amplios velos circulares de las lechuzas, desmanteladas y con un gran aire histórico.

Junto al puente, una rampa desciende hacia la alameda, que se extiende un poco por la orilla del río. Es un lugar recoleto, cubierto por árboles antiguos. Le llaman la Alameda Vieja. Allí, caminando despacio, hablando en voz baja, el canónigo consultaba al coadjutor sobre la carta de Amaro Vieira y sobre «una idea que se le había ocurrido, que le parecía magistral, ¡magistral!». Amaro le pedía que le consiguiese con urgencia una casa de alquiler barata, bien situada y, a ser posible, amueblada; pedía sobre todo habitaciones en una casa de huéspedes respetable. «Ya ve, mi querido profesor», decía Amaro, «que es esto lo que verdaderamente me convendría; yo no quiero lujos, claro está: una habitación y una salita serían suficiente. Lo que es necesario es que la casa sea respetable, tranquila, céntrica, que la patrona tenga buen carácter y que no pida el oro y el moro; dejo todo esto a su prudencia y capacidad y crea que todos estos favores no caerán en terreno yermo. Sobre todo, que la patrona sea persona de buen trato y de buena lengua».

–Mi idea, amigo Mendes, es ésta: ¡meterlo en casa de la Sanjoaneira! –concluyó el canónigo con gran contento–. Es buena idea, ¡eh!

–¡Una idea soberbia! –le apoyó el coadjutor con su voz servil.

–Ella dispone de la habitación de abajo, la salita de al lado y del otro cuarto, que puede servir como escritorio. Tiene buen mobiliario, buenas ropas de cama...

–Magníficas ropas –dijo el coadjutor con respeto.

El canónigo continuó:

–Es un bonito negocio para la Sanjoaneira: por las habitaciones, la ropa de cama, la comida, la criada, puede muy bien pedir sus seis tostones diarios. Y, además, con el párroco siempre en casa.

–Tengo mis dudas por Améliasinha –consideró tímidamente el coadjutor–. Sí, puede repararse en ello. Una chica joven... Dice que el señor párroco es todavía joven... Su Señoría sabe lo que son las lenguas del mundo.

El canónigo se detuvo:

–¡Historias! ¿Entonces no vive el padre Joaquín bajo el mismo techo con la ahijada de su madre? ¿Y el canónigo Pedroso no vive con una cuñada y con una hermana de la cuñada que es una chica de diecinueve años? ¡Estaría bueno!

–Yo decía... –atenuó el coadjutor.

–No, no veo nada malo. La Sanjoaneira alquila sus habitaciones, es como si fuese una hospedería. ¿Acaso no estuvo allí el secretario general durante unos meses?

–Pero un eclesiástico... –insinuó el coadjutor.

–¡Más garantías, señor Mendes, más garantías! –exclamó el canónigo. Y parándose, en actitud confidencial–: Y además a mí me conviene, Mendes. ¡A mí me conviene, amigo mío!

Hubo un pequeño silencio. El coadjutor dijo, bajando la voz:

–Sí, Su Señoría se porta muy bien con la Sanjoaneira.

–Hago lo que puedo, mi caro amigo, hago lo que puedo –dijo el canónigo. Y con tono tierno, risueñamente paternal–: porque ella se lo merece, se lo merece. ¡Buena a más no poder, amigo mío!

Se detuvo, abriendo mucho los ojos:

–Fíjese que el día en que no le aparezco a las nueve en punto de la mañana, se pone enferma. «¡Oh, criatura!», le digo yo, «se atormenta usted sin razón». Pero entonces me sale con lo del cólico que tuve el año pasado. ¡Adelgazó, señor Mendes! Y además no hay detalle que se le pase. Ahora, por la matanza del cerdo, lo mejor del animal es para el «padre santo», ¿sabe?, es como me llama ella.

Hablaba con los ojos brillantes, con apasionada satisfacción.

–¡Ah, Mendes! –añadió– ¡Es una mujer maravillosa!

–Y una hermosa mujer –dijo el coadjutor respetuosamente.

–¡Y además eso! –exclamó el canónigo parándose otra vez–. ¡Y además eso! ¡Qué bien conservada! ¡Tenga en cuenta que ya no es una niña! Pero ni un pelo blanco, ¡ni uno, ni uno solo! ¡Y qué color de piel! –Y, en voz más baja, con sonrisa golosa–: ¡Y esto de aquí, Mendes, y esto de aquí! –Indicaba la parte del cuello bajo el mentón, acariciándola despacio con su mano gordezuela–: ¡Es una perfección! Y además mujer limpia, ¡de muchísima limpieza! ¡Y qué detallitos! ¡No hay día que no me mande su presente! ¡Que si el tarrito de mermelada, que si el platito de arroz con teche, que si la estupenda morcilla de Arouca! Ayer me mandó una tarta de manzana. ¡Tendría usted que haber visto aquello! ¡La manzana parecía crema! Hasta mi hermana Josefa lo dijo: «¡Está tan rica que parece cocinada en agua bendita!». –Y poniendo la palma de la mano sobre el pecho–: ¡Son cosas que le tocan a uno aquí, Mendes! No, no es hablar por hablar, como ella no hay otra.

El coadjutor escuchaba con la taciturnidad de la envidia.

–Yo ya sé –dijo el canónigo parando otra vez y desgranando lentamente las palabras–, yo ya sé que por ahí murmuran, murmuran... ¡Pues es una grandísima calumnia! Lo único cierto es que le tengo muchísimo cariño a esa gente. Ya se lo tenía cuando vivía el marido. Usted lo sabe bien, Mendes.

El coadjutor hizo un gesto afirmativo.

–¡La Sanjoaneira es una mujer decente! ¡Es una mujer decente, Mendes! –exclamaba el canónigo golpeando fuertemente el suelo con la puntera de su quitasol.

–Las lenguas del mundo son venenosas, señor canónigo –dijo el coadjutor con voz llorosa. Y, tras un silencio, añadió en voz baja–: ¡Pero todo eso debe de salirle caro a Su Señoría!

–¡Pues ahí está, amigo mío! Imagínese que desde que se fue el secretario general la pobre mujer ha tenido la casa vacía: ¡yo he tenido que poner para la olla, Mendes!

–Pero ella tiene un capitalito –consideró el coadjutor.

–¡Un pedacito de tierra, señor mío, un pedacito de tierra! ¡Y hay que pagar impuestos, salarios! Por eso digo que el párroco es una mina. Con los seis tostones que él le dé, con lo que yo ayude, con alguna cosa que ella saque de la venta de las hortalizas de la finca, ya se arregla. ¡Y para mí es un alivio, Mendes!

–¡Es un alivio, señor canónigo! –repitió el coadjutor.

Quedaron en silencio. La tarde descendía muy limpia; en lo alto el cielo tenía un color azul pálido; el aire estaba inmóvil. Por aquel tiempo el río iba muy vacío; fragmentos de arenal brillaban en las partes secas; y el agua baja se arrastraba con una agitación blanda, toda arrugada por el roce con las piedras.

Dos vacas guardadas por una chiquilla aparecieron entonces por el camino embarrado que, desde el otro lado del río, frente a la alameda, discurre junto a un zarzal; entraron despacio en el río y, extendiendo el pescuezo pelado por el yugo, bebían levemente, sin ruido; a veces levantaban la cabeza bondadosa, miraban en torno con la pasiva tranquilidad de los seres hartos, e hilos de agua, babados, brillantes, les colgaban de las comisuras del morro. Con el declinar del sol, el agua perdía su claridad espejada, se extendían las sombras de los arcos del puente. Sobre las colinas crecía un crepúsculo difuminado y las nubes color sangre y naranja que anuncian el calor componían, hacia el mar, un decorado magnífico.

–¡Bonita tarde! –dijo el coadjutor.

El canónigo bostezó y haciendo una cruz sobre el bostezo:

–Vamos acercándonos a las Avemarías, ¿eh?

Cuando, al poco tiempo, subían las escaleras de la catedral, el canónigo se detuvo y se volvió hacia el coadjutor:

–Pues ya está decidido, amigo Mendes, meto a Amaro en casa de la Sanjoaneira. Es una suerte para todos.

–¡Una gran suerte! –dijo respetuosamente el coadjutor–. ¡Una gran suerte!

Y entraron en la iglesia, persignándose.

ALEMANIA

Theodor Fontane (1819-1898)

El farmacéutico Theodor Fontane fue el principal exponente del realismo literario en Alemania. En el club literario berlinés Tunnel über estableció contactos con los más importantes intelectuales berlineses de su tiempo. Sus historias de su ciudad natal, Neuruppin, aparecidas en el periódico Kreuzzeitung fueron publicadas en un libro titulado *El condado de Ruppín (Grafschaft Ruppín)* que, en la segunda edición llevó el sobretítulo *de Paseos por la Marca de Brandeburgo (Wanderungen durch die Mark Brandenburg)*, el punto de partida de su futura obra. Casi todas sus novelas están escenificadas en Brandeburgo y Berlín. Tras sufrir una isquemia cerebral, por consejo del médico se dedicó a escribir los recuerdos de su niñez, publicados en los libros titulados *Antes de la tormenta* (1878), *Grete Minde* (1880), *La adúltera* (1882), *La elección del capitán von Schach* (1882), hasta llegar a su obra maestra, *Effi Briest*.

Su protagonista: Effi Briest es la hija de diecisiete años de un noble rural de la Marca de Brandeburgo, criada en la libertad y la inocencia de la vida campestre y educada por un pastor de ideas amplias y sencillas. La madre de Effi Briest había amado en su juventud a un joven oficial, el barón Instetten, pero se casó con el presidente del distrito, von Briest, que era mejor partido. El barón Instetten, después de abandonar el servicio militar, hizo carrera en Pomerania, también como presidente de distrito, y ahora, durante una visita a casa de Briest, queda prendado de la jovencísima hija de su antiguo amor y la pide en matrimonio. La jovencísima Effi, halagada en su orgullo, acepta su proposición.

Effi Briest (1896)

Erstes Kapitel

In Front des schon seit Kurfürst Georg Wilhelm von der Familie von Briest bewohnten Herrenhauses zu Hohen-Cremmen fiel heller Sonnenschein auf die mittagsstille Dorfstraße, während nach der Park- und Gartenseite hin ein rechtwinklig angebauter Seitenflügel einen breiten Schatten erst auf ei weiß und grün quadrierten Fliesengang und dann über diesen hinaus auf ein großes, in seiner Mitte mit einer Sonnenuhr und an seinem Rande mit Canna indica und Rhabarberstauden besetzten Rondell warf. Einige zwanzig Schritte weiter, in Richtung und Lage genau dem Seitenflügel entsprechend, lief eine ganz in kleinblättrigem Efeu stehende, nur an einer Stelle von einer kleinen weißgestrichenen Eisentür unterbrochene Kirchhofsmauer, hinter der der Hohen-Cremmener Schindelturm mit seinem blitzenden, weil neuerdings erst wieder vergoldeten Wetterhahn aufragte. Fronthaus, Seitenflügel und Kirchhofsmauer bildeten ein einen kleinen Ziergarten umschließendes Hufeisen, an dessen offener Seite man eines Teiches mit Wassersteg und angekettetem Boot und dicht daneben einer Schaukel gewahr wurde, deren horizontal gelegtes Brett zu Häupten und Füßen an je zwei Stricken hing –die Pfosten der Balkenlage schon

etwas schief stehend. Zwischen Teich und Rondell aber und die Schaukel halb versteckend standen ein paar mächtige alte Platanen.

Auch die Front des Herrenhauses –eine mit Aloekübeln und ein paar Gartenstühlen besetzte Rampe– gewährte bei bewölktem Himmel einen angenehmen und zugleich allerlei Zerstreuung bietenden Aufenthalt; an Tagen aber, wo die Sonne niederbrannte, wurde die Gartenseite ganz entschieden bevorzugt, besonders von Frau und Tochter des Hauses, die denn auch heute wieder auf dem im vollen Schatten liegenden Fliesengange saßen, in ihrem Rücken ein paar offene, von wildem Wein umrankte Fenster, neben sich eine vorspringende kleine Treppe, deren vier Steinstufen vom Garten aus in das Hochparterre des Seitenflügels hinaufführten. Beide, Mutter und Tochter, waren fleißig bei der Arbeit, die der Herstellung eines aus Einzelquadraten zusammensetzenden Altarteppichs galt; ungezählte Wollsträhnen und Seidendocken lagen auf einem großen, runden Tisch bunt durcheinander, dazwischen, noch vom Lunch her, ein paar Dessertteller und eine mit großen schönen Stachelbeeren gefüllte Majolikaschale. Rasch und sicher ging die Wollnadel der Damen hin und her, aber während die Mutter kein Auge von der Arbeit ließ, legte die Tochter, die den Rufnamen Effi führte, von Zeit zu Zeit die Nadel nieder und erhob sich, um unter allerlei kunstgerechten Beugungen und Streckungen den ganzen Kursus der Heil- und Zimmergymnastik durchzumachen. Es war ersichtlich, daß sie sich diesen absichtlich ein wenig ins Komische gezogenen Übungen mit ganz besonderer Liebe hingab, und wenn sie dann so dastand und, langsam die Arme hebend, die Handflächen hoch über dem Kopf zusammenlegte, so sah auch wohl die Mama von ihrer Handarbeit auf, aber immer nur flüchtig und verstohlen, weil sie nicht zeigen wollte, wie entzückend sie ihr eigenes Kind finde, zu welcher Regung mütterlichen Stolzes sie voll berechtigt war. Effi trug ein blau und weiß gestreiftes, halb kittelartiges Leinwandkleid, dem erst ein fest zusammengezogener, bronzefarbener Ledergürtel die Taille gab; der Hals war frei, und über Schulter und Nacken fiel ein breiter Matrosenkragen. In allem, was sie tat, paarten sich Übermut und Grazie, während ihre lachenden braunen Augen eine große, natürliche Klugheit und viel Lebenslust und Herzengüte verrieten. Man nannte sie die «Kleine», was sie sich nur gefallen lassen mußte, weil die schöne, schlanke Mama noch um eine Handbreit höher war.

Eben hatte sich Effi wieder erhoben, um abwechselnd nach links und rechts ihre turnerischen Drehungen zu machen, als die von ihrer Stickerei gerade wieder aufblickende Mama ihr zurief: «Effi, eigentlich hättest du doch wohl Kunstreiterin werden müssen. Immer am Trapez, immer Tochter der Luft. Ich glaube beinah, daß du so was möchtest».

«Vielleicht, Mama. Aber wenn es so wäre, wer wäre schuld? Von wem hab ich es? Doch nur von dir. Oder meinst du, von Papa? Da mußt du nun selber lachen. Und dann, warum steckst du mich in diesen Hänger, in diesen Jungenkittel? Mitunter denk ich, ich komme noch wieder in kurze Kleider. Und wenn ich die erst wiederhabe, dann knicks ich auch wieder wie ein Backfisch, und wenn dann die Rathenower herüberkommen, setze ich mich auf Oberst Goetzes Schoß und reite hopp, hopp. Warum auch nicht? Drei Viertel ist er Onkel und nur ein Viertel Courmacher. Du bist schuld. Warum kriege ich keine Staatskleider? Warum machst du keine Dame aus mir?»

«Möchtest du's?».

«Nein». Und dabei lief sie auf die Mama zu und umarmte sie stürmisch und küßte sie.

«Nicht so wild, Effi, nicht so leidenschaftlich. Ich beunruhige mich immer, wenn ich dich so sehe...». Und die Mama schien ernstlich willens, in Äußerung ihrer Sorgen und Ängste fortzufahren. Aber sie kam nicht weit damit, weil in ebendiesem Augenblick drei junge Mädchen aus der kleinen, in der Kirhhofsmauer angebrachten Eisentür in den Garten eintraten und einen Kiesweg entlang auf das Rondell und die Sonnenuhr zuschritten. Alle drei grüßten mit ihren Sonnenschirmen zu Effi herüber und eilten dann auf Frau von Briest zu, um dieser die Hand zu küssen. Diese tat rasch ein paar Fragen und lud dann die Mädchen ein, ihnen oder doch wenigstens Effi auf eine halbe Stunde Gesellschaft zu leisten. «Ich habe ohnehin noch zu tun, und junges Volk ist am liebsten unter sich. Gehabt euch wohl». Und dabei stieg sie die vom Garten in den Seitenflügel führende Steintreppe hinauf.

Und da war nun die Jugend wirklich allein.

Zwei der jungen Mädchen – kleine, rundliche Persönchen, zu deren krausem, rotblondem Haar ihre Sommersprossen und ihre gute Laune ganz vorzüglich paßten – waren Töchter des auf Hansa, Skandinavien und Fritz Reuter eingeschworenen Kantors Jahnke, der denn auch, unter Anlehnung an seinen mecklenburgischen Landsmann und Lieblingsdichter und nach dem Vorbilde von Mining und Lining, seinen eigenen Zwillingen die Namen Bertha und Hertha gegeben hatte. Die dritte junge Dame war Hulda Niemeyer, Pastor Niemeyers einziges Kind; sie war damenhafter als die beiden anderen, dafür aber langweilig und eingebildet, eine lymphatische Blondine, mit etwas vorspringenden, blöden Augen, die trotzdem beständig nach was zu suchen schienen, weshalb denn auch Klitzing von den Husaren gesagt hatte: «Sieht sie nicht aus, als erwarte sie jeden Augenblick den Engel Gabriel?». Effi fand, daß der etwas kritische Klitzing nur zu sehr recht habe, vermied es aber trotzdem, einen Unterschied zwischen den drei Freundinnen zu machen. Am wenigsten war ihr in diesem Augenblick danach zu Sinn, und während sie die Arme auf den Tisch stemmte, sagte sie: «Diese langweilige Stickerie. Gott sei Dank, daß ihr da seid». «Aber deine Mama haben wir vertrieben», sagte Hulda. «Nicht doch. Wie sie euch schon sagte, sie wäre doch gegangen; sie erwartet nämlich Besuch, einen alten Freund aus ihren Mädchentagen her, von dem ich euch nachher erzählen muß, eine Liebesgeschichte mit Held und Heldin und zuletzt mit Entsagung. Ihr werdet Augen machen und euch wundern. Übrigens habe ich Mamas alten Freund schon drüben in Schwantikow gesehen; er ist Landrat, gute Figur und sehr männlich».

«Das ist die Hauptsache», sagte Hertha.

«Freilich ist das die Hauptsache, 'Weiber weiblich, Männer männlich' – das ist, wie ihr wißt, einer von Papas Lieblingssätzen. Und nun helft mir erst Ordnung schaffen auf dem Tisch hier, sonst gibt es wieder eine Strafpredigt».

Im Nu waren die Docken in den Korb gepackt, und als alle wieder saßen, sagte Hulda: «Nun aber, Effi, nun ist es Zeit, nun die Liebesgeschichte mit Entsagung. Oder ist es nicht so schlimm?».

«Eine Geschichte mit Entsagung ist nie schlimm. Aber ehe Hertha nicht von den Stachelbeeren genommen, eher kann ich nicht anfangen – sie läßt ja kein Auge davon. Übrigens nimm, soviel du willst, wir können ja hinterher neue pflücken; nur wirf die Schalen weit weg oder noch besser, lege sie hier auf die Zeitungsbeilage, wir machen dann eine Tüte daraus und schaffen alles beiseite. Mama kann es nicht leiden, wenn die Schlusen so überall herumliegen, und sagt immer, man könne dabei ausgleiten und ein Bein brechen».

«Glaub ich nicht», sagte Hertha, während sie den Stachelbeeren fleißig zusprach.

«Ich auch nicht», bestätigte Effi. «Denkt doch mal nach, ich falle jeden Tag wenigstens zweimal, dreimal, und noch ist mir nichts gebrochen. Was ein richtiges Bein ist, das bricht nicht so leicht, meines gewiß nicht und deines auch nicht, Hertha. Was meinst du, Hulda?».

«Man soll sein Schicksal nicht versuchen; Hochmut kommt vor dem Fall».

«Immer Gouvernante; du bist doch die geborene alte Jungfer».

«Und hoffe mich doch noch zu verheiraten. Und vielleicht eher als du».

«Meinetwegen. Denkst du, daß ich darauf warte? Das fehlte noch. Übrigens, ich kriege schon einen und vielleicht bald. Da ist mir nicht bange. Neulich erst hat mir der kleine Ventivegni von drüben gesagt: 'Fräulein Effi, was gilt die Wette, wir sind hier noch in diesem Jahre zu Polterabend und Hochzeit'».

«Und was sagtest du da?».

«'Wohl möglich', sagte ich, 'wohl möglich; Hulda ist die Älteste und kann sich jeden Tag verheiraten'. Aber er wollte davon nichts wissen und sagte: 'Nein, bei einer anderen jungen Dame, die geradeso brünett ist, wie Fräulein Hulda blond ist'. Und dabei sah er mich ganz ernsthaft an... Aber ich komme vom Hundertsten aufs Tausendste und vergesse die Geschichte».

«Ja, du brichst immer wieder ab; am Ende willst du nicht». «Oh, ich will schon, aber freilich, ich breche immer wieder ab, weil es alles ein bißchen sonderbar ist, ja beinah romantisch».

«Aber du sagtest doch, er sei Landrat».

«Allerdings, Landrat. Und er heißt Geert von Innstetten, Baron von Innstetten».

Alle drei lachten.

«Warum lacht ihr?» sagte Effi pikiert. «Was soll das heißen?».

«Ach, Effi, wir wollen dich ja nicht beleidigen und auch den Baron nicht. Innstetten, sagtest du? Und Geert? So heißt doch hier kein Mensch. Freilich, die adeligen Namen haben oft so was Komisches».

«Ja, meine Liebe, das haben sie. Dafür sind es eben Adelige. Die dürfen sich das gönnen, und je weiter zurück, ich meine der Zeit nach, desto mehr dürfen sie sich's gönnen. Aber davon versteht ihr nichts, was ihr mir nicht übelnehmen dürft. Wir bleiben doch gute Freunde. Geert von Innstetten also und Baron. Er ist geradeso alt wie Mama, auf den Tag».

«Und wie alt ist denn eigentlich deine Mama?».

«Achtunddreißig».

«Ein schönes Alter».

«Ist es auch, namentlich wenn man noch so aussieht wie die Mama. Sie ist doch eigentlich eine schöne Frau, findet ihr nicht auch? Und wie sie alles so weg hat, immer so sicher und dabei so fein und nie unpassend wie Papa. Wenn ich ein junger Leutnant wäre, so würd ich mich in die Mama verlieben».

«Aber Effi, wie kannst du nur so was sagen», sagte Hulda. «Das ist ja gegen das vierte Gebot».

«Unsinn. Wie kann das gegen das vierte Gebot sein? Ich glaube, Mama würde sich freuen, wenn sie wüßte, daß ich so was gesagt habe».

«Kann schon sein», unterbrach hierauf Hertha, «Aber nun endlich die Geschichte».

«Nun, gib dich zufrieden, ich fange schon an... Also Baron Innstetten! Als er noch keine zwanzig war, stand er drüben bei den Rathenowern und verkehrte viel auf den Gütern hier herum, und am liebsten war er in Schwantikow drüben bei meinem Großvater Belling. Natürlich war es nicht des Großvaters wegen, daß er so oft drüben war, und wenn die Mama davon erzählt, so kann jeder leicht sehen, um wen es eigentlich war. Und ich glaube, es war auch gegenseitig». «Und wie kam es nachher?».

«Nun, es kam, wie's kommen mußte, wie's immer kommt. Er war ja noch viel zu jung, und als mein Papa sich einfand, der schon Ritterschaftsrat war und Hohen-Cremmen hatte, da war kein langes Besinnen mehr, und sie nahm ihn und wurde Frau von Briest... Und das andere, was sonst noch kam, nun, das wißt ihr... das andere bin ich».

«Ja, das andere bist du, Effi», sagte Bertha. «Gott sei Dank; wir hätten dich nicht, wenn es anders gekommen wäre. Und nun sage, was tat Innstetten, was wurde aus ihm? Das Leben hat er sich nicht genommen, sonst könntet ihr ihn heute nicht erwarten».

«Nein, das Leben hat er sich nicht genommen. Aber ein bißchen war es doch so was».

«Hat er einen Versuch gemacht?».

«Auch das nicht. Aber er mochte doch nicht länger hier in der Nähe bleiben, und das ganze Soldatenleben überhaupt muß ihm damals wie verleidet gewesen sein. Es war ja auch Friedenszeit. Kurz und gut, er nahm den Abschied und fing an, Juristerei zu studieren, wie Papa sagt, mit einem 'wahren Biereifer'; nur als der Siebziger Krieg kam, trat er wieder ein, aber bei den Perlebergern statt bei seinem alten Regiment, und hat auch das Kreuz. Natürlich, denn er ist

sehr schneidig. Und gleich nach dem Kriege saß er wieder bei seinen Akten, und es heißt, Bismarck halte große Stücke von ihm und auch der Kaiser, und so kam es denn, daß er Landrat wurde, Landrat im Kreise».

«Was ist Kessin? Ich kenne hier kein Kessin».

«Nein, hier in unserer Gegend liegt es nicht; es liegt eine hübsche Strecke von hier fort in Pommern, in Hinterpommern sogar, was aber nichts sagen will, weil es ein Badeort ist (alles da herum ist Badeort), und die Ferienreise, die Baron Innstetten jetzt macht, ist eigentlich eine Vetterreise oder doch etwas Ähnliches. Er will hier alte Freundschaft und Verwandtschaft wiedersehen».

«Hat er denn hier Verwandte?».

«Ja und nein, wie man's nehmen will. Innstettens gibt es hier nicht, gibt es, glaub ich, überhaupt nicht mehr. Aber er hat hier entfernte Vettern von der Mutter Seite her, und vor allem hat er wohl Schwantikow und das Bellingsche Haus wiedersehen wollen, an das ihn so viele Erinnerungen knüpfen. Da war er denn vorgestern drüben, und heute will er hier in Hohen-Cremmen sein».

«Und was sagt dein Vater dazu?».

«Gar nichts. Der ist nicht so. Und dann kennt er ja doch die Mama. Er neckt sie bloß».

In diesem Augenblick schlug es Mittag, und ehe es noch ausgeschlagen, erschien Wilke, das alte Briestsche Haus- und Familienfaktotum, um an Fräulein Effi zu bestellen: Die gnädige Frau ließe bitten, daß das gnädige Fräulein zu rechter Zeit auch Toilette mache; gleich nach eins würde der Herr Baron wohl vorfahren. Und während Wilke dies noch vermeldete, begann er auch schon auf dem Arbeitstisch der Damen abzuräumen und griff dabei zunächst nach dem Zeitungsblatt, auf dem die Stachelbeerschalen lagen.

«Nein, Wilke, nicht so; das mit den Schlusen, das ist unsere Sache... Hertha, du mußt nun die Tüte machen und einen Stein hineintun, daß alles besser versinken kann. Und dann wollen wir in einem langen Trauerzug aufbrechen und die Tüte auf offener See begraben».

Wilke schmunzelte. Is doch ein Daus, unser Fräulein, so etwa gingen seine Gedanken. Effi aber, während sie die Tüte mitten auf die rasch zusammengeraffte Tischdecke legte, sagte: «Nun fassen wir alle vier an, jeder an einem Zipfel, und singen was Trauriges».

«Ja, das sagst du wohl, Effi. Aber was sollen wir denn singen?».

«Irgendwas; es ist ganz gleich, es muß nur einen Reim auf 'u' haben; 'u' ist immer Trauervokal. Also singen wir: Flut, Flut, Mach alles wieder gut...».

Und während Effi diese Litanei feierlich anstimmte, setzten sich alle vier auf den Steg hin in Bewegung, stiegen in das dort angekettete Boot und ließen von diesem aus die mit einem Kiesel beschwerte Tüte langsam in den Teich niedergleiten. «Hertha, nun ist deine Schuld versenkt», sagte Effi, «wobei mir übrigens einfällt, so vom Boot aus sollen früher auch arme, unglückliche Frauen versenkt worden sein, natürlich wegen Untreue».

«Aber doch nicht hier».

«Nein, nicht hier», lachte Effi, «hier kommt sowas nicht vor. Aber in Konstantinopel, und du mußt ja, wie mir eben einfällt, auch davon wissen, so gut wie ich, du bist ja mit dabeigewesen, als uns Kandidat Holzapfel in der Geographiestunde davon erzählte».

«Ja», sagte Hulda, «der erzählte immer so was. Aber so was vergißt mandoch wieder».

«Ich nicht. Ich behalte so was».

Effi Briest (1896)

Capítulo I

Delante de la casa señorial de Hohen-Cremmen, habitada ya desde los tiempos del príncipe elector Jorge Guillermo por la familia Briest, el sol caía con fuerza sobre la calle del pueblo sumida en la quietud del mediodía, mientras que del lado del parque y del jardín, el ala rectangular del edificio arrojaba una generosa sombra, primero sobre una galería de baldosas blancas y verdes, y luego sobre una rotonda con un reloj de sol en el centro y bordeada de cañas indias y arbustos de ruibarbo. Unos veinte pasos más adelante, siguiendo justamente la dirección y el emplazamiento del ala lateral, corría el muro del camposanto enteramente cubierto de hiedra y sólo en un punto interrumpido por una cancela de hierro pintada de blanco, tras la cual se alzaba el campanario de Hohen-Cremmen, todo de mampostería y con su veleta reluciente porque recientemente la habían vuelto a dorar. La fachada, el ala lateral y el muro del cementerio formaban un conjunto a modo de herradura que delimitaba un pequeño jardín, en cuya parte abierta se veía un estanque con su embarcadero y su bote amarrado, y algo más allá un columpio cuyo tablón de madera era sostenido en sus extremos por dos pares de cuerdas, ya que la estructura de la que colgaban se hallaba un tanto combada. Entre el estanque y la rotonda se erguían, ocultando a medias el columpio, unos viejos y robustos plátanos.

Al pie de la fachada principal de la casa señorial, una terraza en suave pendiente guarnecida de tiestos con áloes y algunas sillas de jardín ofrecía, cuando el cielo estaba nublado, una agradable estancia propicia a la vez para todo género de diversiones; pero los días en que el sol caía a plomo el lugar preferido para estar era sin duda la zona del jardín, especialmente por parte de la dueña y la heredera de la casa, que también hoy se hallaban sentadas a la sombra en medio de la galería embaldosada, de espaldas a un par de ventanas abiertas festoneadas por la enramada de una parra y al lado de una pequeña escalinata cuyos cuatro escalones conducían desde el jardín al parterre del ala lateral. Ambas, madre e hija, se hallaban entregadas afanosamente a sus labores de bordado, un mantel de altar formado por varios retales de tela cuadrados. Sobre una gran mesa redonda descansaba un revoltijo multicolor de madejas de lana y ovillos de seda, y entre ellos, sobrantes del lunch, unos platos de postre y una bandeja de mayólica llena de hermosas y orondas grosellas. Las agujas de punto de las damas iban y venían con movimientos seguros y rápidos, pero mientras que la madre no quitaba la vista de la labor, la hija, a la que todo el mundo llamaba Effi, dejaba de vez en cuando la aguja para levantarse y hacer toda una serie de flexiones y estiramientos propios de una tabla doméstica de gimnasia terapéutica. Era evidente que se entregaba con singular afición a estos ejercicios, realizados con cierta comicidad intencionada; cada vez que se erguía y alzaba lentamente los brazos hasta juntar las palmas por encima de la cabeza, también la madre levantaba los ojos, pero sólo para dirigirle una fugaz mirada furtiva, pues no quería demostrar a su hija lo encantadora que le parecía, un impulso de orgullo materno plenamente justificado. Effi llevaba un vestido de hilo con rayas azules y blancas, una especie de bata cuyo talle estaba ceñido únicamente por un cinturón de cuero color bronce, ligeramente escotada y con un amplio cuello marinero que le caía sobre los hombros y la nuca. En todos sus gestos se aunaban petulancia y gracia, mientras que sus risueños ojos castaños delataban una gran inteligencia natural, un ansia plena de vida y un corazón bondadoso. La llamaban «la pequeña», lo cual no tenía más remedio que admitir, ya que su hermosa y esbelta mamá le sacaba todavía un palmo. Acababa Effi de levantarse una vez más para hacer sus flexiones alternativamente a derecha e izquierda cuando su madre, alzando de nuevo los ojos del bordado, exclamó:

–¡Pero Effi!, tal vez deberías haber sido amazona. Siempre subida al trapecio, siempre volando por los aires. A veces creo que es lo que te hubiera gustado.

–Tal vez, mamá. Pero, de ser así, ¿de quién sería la culpa? ¿A quién habría salido? A nadie más que a ti. Porque no irás a creer que he salido a papá... ¿Ves como tú misma te ríes? Y, además, ¿por qué me haces ponerme este saco, este blusón de muchacho? A veces pienso que cualquier día tendré que volver a vestir de corto. Y tendré que hacer de nuevo reverencias como una niña pequeña, y si vienen los húsares de Rathenow volveré a cabalgar, hop, hop, sobre las rodillas del

coronel Goetze. ¿Y por qué no? Después de todo, tiene tres cuartas partes de tío y tan sólo una de pretendiente. ¡Tú tienes la culpa! ¿Por qué no tengo vestidos como es debido? ¿Por qué no haces de mí una señorita?

–¿Es eso lo que quieres?

–No.

Y salió corriendo hacia su mamá, la abrazó impetuosamente y la besó.

–No debes ser tan impulsiva, Effi, ni tan apasionada. Me preocupa cuando te veo comportarte así...

La madre parecía seriamente decidida a seguir manifestando sus inquietudes y temores, pero tuvo que interrumpirse porque en ese preciso instante tres jóvenes muchachas entraron en el jardín por la cancela de hierro del camposanto y avanzaron por la vereda de gravilla que conducía a la rotonda y al reloj de sol. Las tres saludaron a un tiempo con sus sombrillas a Effi y luego se dirigieron presurosas hacia la señora Von Briest para besarle la mano. Esta les hizo unas rápidas preguntas y después las invitó a que se quedaran una media hora para hacerles compañía, o al menos a Effi.

–De todos modos, yo tengo cosas que hacer, y las jóvenes siempre os encontraréis más a gusto a solas. Así que pasadlo bien.

Tras decir estas palabras, subió la escalinata de piedra que conducía al jardín del ala lateral. Y entonces las jóvenes se quedaron realmente a solas.

Dos de las jóvenes, personillas menudas y rollizas cuyas pecas y excelente buen humor casaban admirablemente con su rubio cabello rizado de un tono rojizo, eran hermanas gemelas. Su padre, el maestro Jahnke, era un entusiasta de la Hansa, de Escandinavia y de Fritz Reuter, su paisano mecklemburgués y poeta predilecto, de quien había tomado como modelo a Mining y Lining para poner a sus hijas los nombres de Bertha y Hertha. La tercera de las jóvenes era Hulda Niemeyer, hija única del pastor Niemeyer. Tenía un aire más distinguido que las otras dos, pero también era más sosa y presumida, una rubia linfática de ojos un tanto saltones e inexpresivos, que parecían buscar algo de continuo, lo cual incluso había llevado a decir a Klitzing, el de húsares: «Parece que esté esperando la aparición del arcángel Gabriel en cualquier momento». Effi encontraba que, aunque algo mordaz, a Klitzing le sobraba razón, pero evitaba hacer diferencias entre las tres amigas. Sin embargo, no era eso en lo que pensaba en ese instante y, apoyando los brazos en la mesa, exclamó:

–¡Qué aburrimiento de bordado! Gracias a Dios que habéis venido.

–Pero hemos ahuyentado a tu mamá –dijo Hulda.

–¡Oh, no! Como ya os ha dicho, tenía que irse de todos modos; espera visita; un antiguo amigo de su época de soltera, del cual os contaré después una historia de amor, con su héroe, su heroína y su final de renuncia. Vais a quedaros pasmadas, con los ojos como platos. Además, ya he visto ya en Schwantikow al viejo amigo de mamá. Es gobernador provincial, tiene buena planta y un aspecto muy varonil.

–Eso es lo más importante –añadió Hertha.

–Por supuesto que es lo más importante: «las mujeres muy femeninas, los hombres muy varoniles», lo cual, como sabéis, es una de las frases favoritas de papá. Y ahora ayudadme a recoger esta mesa, no quiero que vuelvan a sermonearme.

En un santiamén quedaron las madejas recogidas en el cesto y, una vez que todas se hubieron sentado de nuevo, Hulda dijo:

–Vamos, Effi, ahora ya puedes contarnos esa historia de amor y renuncia. Tal vez no sea tan terrible...

–Una historia de amor y renuncia siempre es algo terrible. Pero no podré empezar hasta que Hertha no se haya comido unas grosellas. ¡No les quita ojo de encima! Adelante, toma todas las que quieras. Luego recogeremos más, pero, eso sí, tira las pieles bien lejos, o mejor aún, ponlas sobre ese trozo de periódico; al acabar, haremos un cucurucho con todo y lo arrojaremos lejos. Mamá se pone mala cuando ve las mondas por el suelo; siempre dice que alguien puede resbalarse con ellas y romperse una pierna.

–No me lo creo –dijo Hertha mientras se aplicaba afanosamente a las grosellas.

–Yo tampoco –confirmó Effi–. Figúrate, yo me caigo por lo menos dos o tres veces al día y aún no me he roto nada. Unas piernas como Dios manda no se rompen así como así. Las mías no, por lo menos, ni tampoco las tuyas, Hertha. ¿Tú qué dices, Hulda?

–No hay que tentar a la suerte. Todo el mundo es muy valiente hasta que se lleva el primer desengaño.

–Tú siempre tan marisabidilla; eres una vieja solterona de nacimiento.

–Bueno, aún espero casarme. Tal vez antes que tú.

–Ya ves... ¿Crees que eso es lo que estoy esperando? ¡Sólo me faltaba eso! Además, ya me saldrá alguien, y quizá pronto. Eso no me preocupa. Precisamente el otro día, el pequeño Ventivegni me dijo: «Señorita Effi, me juego lo que quiera a que este año tendremos aquí fiesta de vigilia y casamiento».

–¿Y qué le contestaste?

–«Es posible», le dije, «muy posible. Hulda es la mayor y cualquier día de estos puede casarse». Pero él no iba por ahí, y repuso: «No, se trata de otra joven, una que es tan morena como rubia es la señorita Hulda». Y me miró con aire muy serio... Pero me estoy yendo por las ramas y me estoy olvidando de mi historia.

–Eso parece. No paras de divagar, y tal vez no quieras contárnosla.

–¡Oh, sí, claro que quiero! Pero si le doy tantas vueltas es porque en toda esta historia hay algo extraño, sí, algo casi romántico.

–Pero ¿no nos habías dicho que es gobernador provincial?

–Así es. Se llama Geert von Innstetten, y es barón. Las tres rompieron a reír.

–¿De qué os reís? –inquirió Effi, molesta–. ¿A qué viene esto?

–Oh, Effi, no pretendemos ofenderte, ni tampoco al barón. ¿Innstetten, has dicho? ¿Y Geert? Pero si nadie por aquí se llama de ese modo. Lo cierto es que los nombres de los nobles pueden llegar a ser muy graciosos.

–Sí, querida, claro que pueden serlo. Para eso son nobles y pueden permitírselo, tanto más cuanto más antiguo es su abolengo. De esto, y no os lo toméis a mal, no entendéis ni una palabra. Pero no vamos a pelearnos por esto. En fin, se llama Geert von Innstetten, y es barón. Tiene exactamente la misma edad que mamá, coinciden hasta en el día.

–¿Y cuántos años tiene tu mamá?

–Treinta y ocho.

–Bonita edad.

–Sí que lo es, y más cuando se tiene el aspecto de ella. Es una mujer realmente hermosa, ¿no os lo parece a vosotras? Y la gracia con que lo hace todo, siempre tan segura de sí misma y tan refinada, y siempre en su lugar, no como papá. Si yo fuese un joven teniente, me enamoraría de ella.

–Pero, Effi, ¿cómo te atreves a decir algo así? –le reprochó Hulda–. Eso va en contra del cuarto mandamiento.

–¡Tonterías! ¿Cómo va a ir eso en contra del cuarto mandamiento? Yo creo que a mamá le complacería saber que he dicho algo así.

–Puede ser –intervino Bertha–, pero vamos allá con esa historia.

–Tranquila, que ya comienzo... En fin, sigamos con el barón Innstetten. Antes de cumplir los veinte años vivía en Rathenow y frecuentaba mucho las fincas de por aquí, aunque su lugar favorito era la casa de mi abuelo Belling en Schwantikow. Naturalmente, la razón de que fuese tan a menudo por allí no era mi abuelo, y cuando mamá habla de ello, se comprende cuál era la causa real de su atracción. Y, además, creo que era mutua.

–¿Y qué ocurrió después?

–Pues ocurrió lo que tenía que ocurrir, lo que pasa siempre. Él era demasiado joven, y cuando entró en escena mi papá, que ya era diputado y propietario de Hohen-Cremmen, la elección no dio lugar a dudas. Ella lo aceptó y se convirtió en la señora Von Briest... Lo demás, lo que vino después, ya lo sabéis vosotras... Lo que vino después fui yo.

–Pues claro que fuiste tú, Effi –exclamó Bertha–. Gracias a Dios. Si hubiera sido de otro modo, ahora no te tendríamos aquí. Y ahora dínos, ¿qué hizo Innstetten? ¿Qué fue de él? No se quitó la vida, porque de lo contrario no le estaríais esperando.

–No, no se quitó la vida, pero algo sí que hubo.

–¿Un intento de suicidio?

–No, eso tampoco. Pero ya no quiso seguir viviendo por estos contornos, e incluso llegó a perder interés por la vida militar. Después de todo, era una época de paz. En resumen, que dejó el ejército y se marchó a estudiar leyes con auténtico celo. No volvió a ingresar en la milicia hasta que estalló la guerra del setenta, pero no se incorporó a su antiguo regimiento, sino al de Perleberg, y ganó la Cruz de Hierro, como es natural, por su arrojo y valentía. Al acabar la guerra volvió a la carrera judicial y, según dicen, tanto el emperador como Bismarck le tienen en gran estima, motivo por el cual llegó a ser gobernador del distrito de Kessin.

–¿Kessin? No conozco ningún Kessin por aquí.

–No, no está en nuestra región, sino muy lejos de aquí, en Pomerania; de hecho, en la Pomerania Oriental, lo cual no quiere decir mucho, porque es una estación balneario (por allí todo son balnearios), y el barón Innstetten hace este viaje de vacaciones para visitar a sus familiares o algo así. Quiere reencontrarse con antiguos amigos y parientes.

–¿Así que tiene parientes aquí?

–Sí y no, según se mire. No hay ningún otro Innstetten por estos contornos; es más, creo que ya no quedan. Pero tiene unos primos lejanos por parte de madre, y supongo que habrá venido para volver a ver Schwantikow y la casa de los Belling, a la cual le unen tantos recuerdos. Estuvo allí anteayer, y hoy piensa venir a Hohen-Cremmen.

–¿Y qué dice tu padre de todo esto?

–Nada. Él no es de esa clase. Conoce perfectamente a mamá, y sólo le toma un poco el pelo.

En ese instante comenzaron a dar las doce, y mientras sonaban aún las campanadas apareció Wilke, el viejo factótum de la casa y de la familia Briest, con un recado para Effi.

–La señora ruega a la señorita que empiece a arreglarse con tiempo, ya que el señor barón llegará a la una en punto.

Y mientras transmitía el recado, Wilke se puso a despejar la mesa de labores de las damas, y lo primero que se dispuso a recoger fue la hoja de periódico en que se amontonaban las pieles de grosellas.

–No, Wilke, déjalo, eso es cosa nuestra... Hertha, haz tú el cucurucho y métele una piedrecilla dentro para que se hunda antes. Luego iremos en largo y fúnebre cortejo para darle sepultura en alta mar.

Wilke sonrió. «Menuda pilluela está hecha la señorita», parecía estar pensando; pero Effi ya había colocado el cucurucho en el centro del tapete y lo había quitado de la mesa con un rápido movimiento.

–Ahora cojámoslo cada una por una esquina y entonemos alguna canción triste.

–Muy bien, Effi. Pero ¿qué vamos a cantar?

–Cualquier cosa, es lo mismo. Basta con que rime en «o»; la «o» es siempre una vocal triste.

Cantemos, pues: «Flujo, flujo, dale a todo su nuevo curso».

Y mientras Effi entonaba con festiva solemnidad esta letanía, las cuatro emprendieron camino hacia el embarcadero del estanque, subieron al bote que se hallaba allí amarrado y dejaron caer el cucurucho a las aguas, que con el guijarro como lastre se deslizó lentamente hasta el fondo.

–La prueba de tu delito se ha hundido, Hertha –dijo Effi–, y eso me hace pensar que así es como antiguamente debían de ser arrojadas al mar, desde un bote como este, las desgraciadas mujeres acusadas, claro está, de infidelidad.

–Pero no aquí.

–No, aquí no –rio Effi–, ese tipo de cosas no suceden aquí, pero sí en Constantinopla. Y ahora que lo pienso, tú deberías saberlo igual que yo, porque estabas conmigo en clase de geografía cuando el ordenando Holzapfel nos lo explicó.

–Sí –repuso Hulda–, siempre estaba contando historias por el estilo. Pero eran esas cosas de las que luego una se olvida.

–Yo no. Yo siempre recuerdo esas cosas.

BIBLIOGRAFÍA

- Alborg, J. L., 1980, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Gredos.
- Amorós Moltó, A., 1982, «La retórica del silencio», *Los cuadernos del Norte*, 35. III, núm. 16, 1982, 18-27.
- Angenot, M., Bessière, J., Fokkema, D., Kushner, E., 1989, *Théorie Littéraire. Problèmes et perspectives*, Paris, PUF.
- Ayala, F., 1984, *La estructura narrativa. Y otras experiencias literarias*, Barcelona, Crítica.
- Balzac, H. de, *El padre Goriot: historia parisiense. Tomo I*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcxd0z9>).
- Baquero Escudero, A. L., *El motivo de «el viejo y la niña» en Galdós y otros grandes novelistas del siglo XIX*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2020 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc0996616>).
- Bravo Castillo, J., *Stendhal, autobiografía y novela*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*. Núm. 402, diciembre 198, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2022 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc1145295>).
- Brunel, P., Pichois, Cl., Rousseau, A.-M. 1983, *Qu'est-ce la Littérature Comparée?*, Paris, Armand Colin.
- Bueno, S., *Costumbristas cubanos del siglo XIX*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 1999 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcbk187>).
- Carreño, A., 2022, *Busquemos otros montes y otros ríos, (De la palabra al silencio)*, Madrid, Cátedra.
- Dikens, Ch., *The adventures of Oliver Twist*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2019 (<https://www.cervantesvirtual.com/obra/the-adventures-of-oliver-twist/>).
- Fernández, D., 2008, *Literatura Universal*, Barcelona, Almadraba.
- Ferre, J., y Cañuelo, S., 2022, *Historia de la literatura universal*, Barcelona, Óptima.
- Ferreras, J. I., 1988, *La novela en el siglo XIX: (desde 1868)*, Madrid, Taurus.
- Freire López, A. M., *Emilia Pardo Bazán*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2021 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc416x4>).
- Flaubert, G., *La señora Bovary: (Costumbres de provincias)*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2017 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcvd8x4>).
- Flaubert, G. 2022, *La educación sentimental*, Cátedra, Madrid, duodécima edición. Traducción y edición de Germán Palacios.
- García de la Concha, V., 1998, *Historia de la Literatura Española*, Madrid, Espasa Calpe.
- García López, J., 1966, *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, Editorial Vicens-Vives, Decimoquinta edición.
- Jiménez Caro, M. I., 2003, *Ideas acerca de la novela española a mediados del siglo XIX*, Almería, Universidad de Almería.
- González Herrán, J. M., *José María de Pereda*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcc82m3>).
- Gullón, R. (dir.), *Diccionario de Literatura española e hispanoamericana*, Madrid, Alianza.

- Lissorgues, Y., 1988, *Realismo y naturalismo en España en la segunda mitad del siglo XIX*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcrj6g4>).
- Mariás, J., *La perspectiva rusa: Dostoyevski*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2014 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc6m534>).
- Oleza, J., 2002, «Realismo y naturalismo en la novela española», Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2002 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmc4x576>).
- Pegenaute, L., 2004, «La época realista y el fin de siglo», *Historia de la traducción en España*, 397-478.
- Pérez Bustamante, C., 1947, *Historia de la Literatura Universal*, Madrid, Ediciones Atlas.
- Pulecio Mariño, E., «Dostoyevski para nuestro tiempo», *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. 46, Núm. 82 (2012). Ver en cervantesvirtual.com (<https://www.cervantesvirtual.com/obra/dostoyevski-para-nuestro-tiempo-913723/>).
- Rabasa, E., *La bola*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2000. (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcq8186>).
- Riquer, M. de, y Varverde, J. M., 1994, *Historia de la Literatura Universal*, Barcelona, Editorial Planeta, Volumen 7.
- Rubio Cremades, E., 2001, *Panorama crítico de la novela realista-naturalista española*, Madrid, Castalia.
- Rubio Cremades, E., *Benito Pérez Galdós*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2001 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcjd4t8>).
- Rubio Cremades, E., *Juan Valera*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2003 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcdn4f7>).
- Rubio Cremades, E., *Pedro Antonio de Alarcón*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2008 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcnc608>).
- San José Vázquez, Eduardo, *Alberto Blest Gana*, Alicante, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2010 (<https://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcj96q8>).
- Valbuena Prat, A., 1950, *Historia de la Literatura Española*, Barcelona, Editorial Gustavo Gili. Tomo III.
- Philip Ward, Ph. (ed.), 1984, *Diccionario Oxford de literatura española e hispanoamericana*, Barcelona, Crítica.
- Wellek, R., 1969, *Historia de la Crítica Moderna*, Madrid, Editorial Gredos.
- Zubiarre, M. T., 2000, *El espacio en la novela realista: paisajes, miniaturas, perspectivas*, México, Fondo de Cultura Económica.

Consulta de autores y obras

Portal de la [Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](http://www.cervantesvirtual.com), con páginas dedicadas a los principales autores de la literatura española ([Bibliotecas de autores](http://www.cervantesvirtual.com/obra/bibliotecas-de-autores/)).